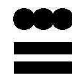
H. D. THOREAU

WALDEN

LA VIDA EN LOS BOSQUES



HUNAB KU

PROYECTO BAKTUN 

Agradecemos la colaboración de Ediciones del Cotal, S.A.,
al cedemos la traducción de este libro.

Título original:
Walden: or, Life In the Woods
On the Duty of Civil Disobedience

1.a edición: noviembre, 1989

© 1989, de esta edición
Parsifal Ediciones
Valseca, 39-3.°
08024 Barcelona
© del prólogo: Henry Miller.
First Published in *H.D. Thoreau: Life Without Principie; Three Essays* by James Ladd Delkin,
Stanford University Press, California, 1946.
ISBN: 84-87265-06-5
Depósito Legal: B. 39.189-1989
Producción: Norial, s.a.
Río de Oro, 33 - 08034 Barcelona

HENRY DAVID THOREAU

Prólogo

Tan sólo hay cinco o seis hombres, en la historia de América, que para mí tienen un significado. Uno de ellos es Thoreau. Pienso en él como en un verdadero representante de América, un carácter que, por desgracia, hemos dejado de forjar. De ninguna manera es un demócrata, tal como hoy lo entendemos. Es lo que Lawrence llamaría «un aristócrata del espíritu», o sea lo más raro de encontrar sobre la faz de la tierra: un individuo. Está más cerca de un anarquista que de un demócrata, un socialista o un comunista. De todos modos, no le interesaba la política; era un tipo de persona que, de haber proliferado, hubiera provocado la no existencia de los gobiernos. Ésta es, a mi parecer, la mejor clase de hombre que una comunidad puede producir. Y es por eso que siento hacia Thoreau un respeto y una admiración desmesurados.

El secreto de su influencia, todavía latente, es muy simple. Él fue hombre en cuerpo y alma, con un pensamiento y una conducta de perfecto acuerdo. Asumió la responsabilidad de sus acciones y de sus afirmaciones. La palabra compromiso no existía en su vocabulario. América, a pesar de todos sus privilegios, apenas ha producido un puñado de hombres de este calibre. La razón es obvia: los hombres como Thoreau nunca estuvieron de acuerdo con el sistema de su tiempo. Ellos simbolizan la América lejos de haber nacido hoy, como no había nacido en 1776 o inclusive antes. Ellos escogieron el camino arduo, no el fácil. Creyeron ante todo y sobre todo en sí mismos, no se preocuparon de lo que podían pensar de ellos sus vecinos, y no titubearon en desafiar al gobierno cuando estaba en juego la justicia. No hubo inclinación en sus concesiones: se les podía adular o seducir, jamás intimidar.

Los ensayos que recoge este volumen fueron en su origen discursos,*

* Este texto fue escrito en 1946 como prólogo a *Life without Principle,* tres ensayos de Thoreau impresos a mano por James Ladd Delkin.

hecho bastante importante, si se piensa lo difícil que sería hoy, sí, el dar una expresión pública a parecidos sentimientos. La noción misma de «desobediencia civil» es hoy en día impensable. (Menos quizás en India, donde en su campaña de resistencia pasiva Gandhi usaba este discurso como texto.) En nuestro país un hombre que se atreviera a imitar la conducta de Thoreau, con referencia a cualquier problema crucial de nuestro tiempo, sería, sin duda, condenado a cadena perpetua. Es más: nadie movería un dedo para defenderlo, como en su día, Thoreau defendió el nombre y la reputación de John Brown. Como siempre ocurre con las afirmaciones francas y originales, estos ensayos se han convertido en clásicos. Y esto significa que, a pesar de tener la potencia de forjar un carácter, ya no influyen en los hombres que gobiernan nuestro destino. Se recomienda su lectura a los estudiantes, son fuente perpetua para el pensador y el rebelde, pero para gran parte de los lectores ya no tienen importancia, no contienen un mensaje. La imagen de Thoreau ha sido fijada para el público por educadores y «hombres de gusto»: es la imagen del eremita, del excéntrico, de la broma de la Naturaleza. En fin, se ha conservado la caricatura, como acostumbra a pasar con nuestros hombres eminentes. A mi parecer, lo más importante de Thoreau, es que haya aparecido en una época en la cual, por decirlo de algún modo, teníamos que escoger el camino que nosotros, el pueblo americano, al fin hemos tomado. Como Emerson y Whitman, él indicó el justo camino, el camino arduo, como ya he dicho. Como pueblo, nosotros hicimos una elección diferente. Y ahora estamos recogiendo los frutos de nuestra elección. Thoreau, Whitman, Emerson, estos hombres han sido, hoy en día, reivindicados. En la oscuridad de los hechos cotidianos, sus nombres se elevan altos como faros. Pagamos un bravo tributo verbal a su memoria, pero seguimos ignorando su sabiduría. Nos hemos convertido en víctimas del tiempo, miramos el pasado con aflicción y queja. Es demasiado tarde para cambiar, pensamos. Pues no. Como individuos, como hombres, nunca es demasiado tarde para cambiar. Y es esto exactamente lo que estos obstinados precursores afirmaron toda su vida.

Con la creación de la bomba atómica, todo el mundo comprende, de pronto, que el hombre tiene delante de sí un duerna de una gravedad inconmensurable. En un ensayo titulado «Vida sin principio» Thoreau anticipó esta posibilidad que atemorizó al mundo, cuando se tuvo noticia de la bomba atómica. «Por consiguiente», dice Thoreau, «si donde explotara nuestro planeta, no hubiese ninguna persona involucrada en la explosión... yo no iría hasta la esquina a ver como explota el mundo».

Estoy seguro que Thoreau no habría faltado a su palabra, si inesperadamente hubiese explotado por iniciativa propia. Pero también estoy seguro que si se hubiera conocido la bomba atómica, hubiera dicho algo memorable sobre su uso. Y lo habría dicho como desafío a la opinión pública. Ni siquiera se hubiera alegrado al saber que la fábrica de la bomba estaba en manos de los justos. Seguro que preguntaría: «¿Quién es tan justo, como para usar con fines destructivos un instrumento tan diabólico?». Ya no tendría más fe en la sabiduría y en la santidad del actual gobierno de los Estados Unidos, que la que tuviera en el gobierno de los días de la esclavitud. Él murió, no lo olvidemos, en plena guerra civil, cuando el problema que se hubiese debido resolver rápidamente gracias a la conciencia de todo buen ciudadano, se estaba resolviendo con sangre. No, Thoreau habría sido el primero en decir que ningún gobierno terrestre es suficientemente bueno y sabio como para recibir, sea para bien o para mal, un poder similar. Habría pronosticado que nosotros usaríamos esta nueva fuerza de la misma manera que hemos usado otras fuerzas naturales, que la paz y la seguridad del mundo no están en las intenciones, sino en el corazón de los hombres, en el alma de los hombres. Toda su vida testimonia un hecho obvio continuamente ignorado por los hombres: que para sustentar la vida necesitamos primero el menos que el más, que para proteger la vida necesitamos coraje e integridad, no armas, ni coaliciones. Todo lo que él dijo e hizo está muy lejano del hombre de hoy. Ya dije que su influencia es todavía viva y activa. Es cierto, pero sólo porque la verdad y la sabiduría son inalterables y tienen que prevalecer. Consciente o inconscientemente, estamos haciendo exactamente lo opuesto de todo lo que él sostenía. Así y todo no somos felices, ni de ninguna manera tenemos la seguridad de estar en lo justo. Sino que estamos más trastornados, más desesperados que nunca en el curso de nuestra breve historia. Y esto es sumamente extraño y fastidioso, pues hoy en día todos nos reconocen como la nación más potente, más rica y más segura del mundo. Estamos en el cénit, ¿pero poseemos la visión necesaria como para tener este observatorio? Tenemos la vaga sospecha de que nos han cargado con una responsabilidad demasiado pesada para nosotros. Sabemos que no somos superiores, en ningún sentido real, a otros pueblos de la tierra. Sólo ahora nos damos cuenta de estar moralmente mucho más atrasados, si así puede decirse, que nosotros mismos. Algunos imaginan beatíficamente que la amenaza de extinción —el suicidio cósmico— nos despertará del letargo. Me temo que sueños así están destinados a desintegrarse, aun más que el mismo átomo. No se alcanzan grandes metas a través del miedo

a la extinción. Los hechos que mueven al mundo, sustentan y dan la vida, tienen una motivación muy diferente.

El problema de la potencia, obsesivo para los americanos, está hoy en su punto crucial. En cambio de trabajar por la paz, tendríamos que empujar a los hombres a relajarse, a dejar de trabajar; a tomárselo con calma, a soñar y a ociar, a perder el tiempo. Retiraos en los bosques, si encontráis uno. Pensad en vuestros pensamientos durante un tiempo. Haced un examen de conciencia, pero sólo después de haber gozado plenamente. ¿Qué puede valer vuestra fatiga, al fin y al cabo, si mañana junto a vuestros seres queridos podéis ser reducidos a migas por algún loco exaltado? ¿Creéis que nos podemos fiar más del gobierno que de los individuos que lo componen? ¿Quiénes son estos individuos a los cuales se les confía el destino de todo el planeta? ¿Creéis plenamente en cada uno de ellos? ¿Qué haríais si tuvierais el control de esta potencia inaudita? ¿La usaríais en beneficio de toda la humanidad, o tan sólo de vuestro pueblo, de vuestro grupo de elegidos? ¿Pensáis que los hombres pueden guardar para sí mismos un secreto tan grave? ¿Creéis que se debe guardar secreto?

He aquí las preguntas que, me parece, nos haría a bocajarro un Thoreau. Son preguntas que, si se tiene una pizca de sentido común, se contestan solas. Pero parece que los gobiernos no poseen esta pizca de sentido común. Y no se fían de quienes la poseen.

El gobierno americano, aun siendo reciente, ¿es algo más que una tradición intentando transmitirse intacta a la posteridad, aun perdiendo a cada instante una parte de su integridad? No tiene la vitalidad y la fuerza de un solo hombre vivo; porque éste puede doblegarlo a su voluntad. Es una especie de cañón de madera para el mismo pueblo. Pero no por eso menos útil, pues la gente necesita siempre alguna compleja maquinaria, y oír su estruendo, para satisfacer su idea del gobernar. Los gobiernos demuestran de este modo cómo se puede someter con éxito a los hombres, e incluso imponerse a ellos con ventaja. Excelente, tenemos que reconocerlo. Sin embargo, este gobierno jamás ha iniciado ninguna empresa por su cuenta, si no por la rapidez con la que se apartó de su camino. No da libertad al país. No ordena a Occidente. No educa. Es el carácter arraigado en el pueblo americano el que ha hecho posible todo lo logrado; e incluso habría hecho algo más, si el gobierno a veces no se hubiera opuesto...

Así hablaba Thoreau hace cien años. Hablaría de un modo todavía menos halagador si aún viviera. En estos últimos cien años el estado se ha convertido en una especie de Frankestein. Nunca, como hoy, nos hizo menos falta el estado, así como nunca nos ha tiranizado tanto. En todas partes el ciudadano ordinario tiene un código moral muy su-

perior al del gobierno al que debe fidelidad. La falsa idea de que el estado existe para protegernos se ha desintegrado mil veces. Sin embargo, mientras el hombre carezca de seguridad y confianza en sí mismo, el estado prosperará; él puede existir gracias al miedo y a la incertidumbre de cada uno de sus miembros.

Viviendo su vida de un modo «excéntrico», Thoreau demostró la futilidad y la absurdidad de la vida de las (llamadas) masas. Fue una vida profunda y rica, que le dio todas las satisfacciones. «Las ocasiones de vivir», afirmaba, «disminuyen en la medida en que crecen los llamados medios». Era feliz con el contacto de la Naturaleza, a la cual pertenece el hombre. Comulgaba con el pájaro y con la bestia, con la planta y con la flor, con la estrella y con la comente. No era un ser asocial, todo lo contrario. Tenía amigos tanto entre las mujeres como entre los hombres. No hay americano que haya escrito sobre la amistad con una elocuencia mayor a la suya. Su vida parece angosta pero fue mil veces más ancha y profunda que la vida del ciudadano americano medio de hoy. No se perdió nada evitando mezclarse entre la muchedumbre, devorar los periódicos, consumir radio y cinematógrafo, tener el automóvil, el frigorífico, el aspirador. No sólo no se perdió nada por la falta de estas cosas, sino que, encima, se enriqueció mucho más que lo pueda hacer el hombre moderno, atolondrado por estos dudosos lujos y comodidades. Thoreau vivió, mientras nosotros se puede decir que sólo existimos. Por la potencia y la profundidad de su pensamiento no sólo mantiene una validez por comparación a nuestros contemporáneos, sino que, a menudo, les supera. En lo que a coraje y virtud se refiere, no se puede comparar a ninguno de los espíritus hoy dominantes. Como escritor, está entre los tres o cuatro de los cuales podemos sentirnos orgullosos. Visto desde la cumbre de nuestra decadencia, casi nos parece un antiguo romano. La palabra virtud recobra su significado cuando se liga a su nombre.

Son los jóvenes de América los que pueden sacar provecho de su doméstica sabiduría, y más aún de su ejemplo. Debemos asegurar a los jóvenes, que todo lo posible entonces es posible hoy. América es todavía un país muy despoblado, una tierra con abundantes bosques, ríos, lagos, desiertos, montañas, praderas, donde un hombre de buena voluntad, con un mínimo de fatiga y confianza en sus fuerzas, puede gozar de una vida profunda, tranquila, rica, siempre que siga su camino. No es necesario pensar, no hace falta llevar una vida bondadosa, sino crearse una vida bondadosa. Los hombres sabios vuelven siempre a la tierra; nos basta con pensar en los grandes hombres de la India, China y Francia, en sus poetas, en sus sabios, en sus artistas,

para comprender cuán profunda es esta necesidad en el ser humano. Pienso, naturalmente, en los individuos creativos, pues los demás gravitarán en su propio nivel, sin imaginación, sin sospechar siquiera que la vida promete algo mejor. Pienso en los poetas americanos todavía capullos en flor, en los sabios y artistas del mañana, porque se me aparecen del todo indefensos frente al mundo americano contemporáneo. Todos los que se preguntan, ingenuamente, cómo vivirán sin venderse a ningún dueño; más aún, se preguntan, una vez hecho esto, cómo encontrar el tiempo para llevar a cabo sus vocaciones. Ya no piensan en ir a cualquier desierto o lugar salvaje, en ganarse la vida cultivando la tierra o trabajando a salto de mata, en vivir con lo mínimo indispensable. Se quedan en las ciudades, en las metrópolis, revoloteando de una casa a otra, inquietos, miserables, frustrados, buscando en vano el encontrar una salida. Deberíamos deckles en seguida que la sociedad, tal como está constituida, no presenta salidas, que la solución está en sus manos y usándolas podrán obtenerla. Tenemos que abrirnos camino con el hacha. La verdadera jungla no está fuera, quién sabe dónde, sino en la ciudad, en la metrópoli, en aquella compleja telaraña en que hemos transformado la vida, y que sólo sirve para limitar, estorbar o inhibir a los espíritus libres. Basta que un hombre crea en sí mismo y encontrará el camino de la existencia, a pesar de las barreras y de las tradiciones que lo aprisionan. La América de los tiempos de Thoreau era tan despreciadora y hostil hacia su experimento vital, como lo somos nosotros a cualquiera que pretenda volverlo a intentar. Debido al subdesarrollo de nuestro país en aquellos tiempos, los hombres se sintieron atraídos por todas las regiones, por todos los senderos de la vida, hacia el oro de California. Thoreau se quedó en casa a cultivar su mina. Le bastaban pocas millas para encontrarse en el corazón profundo de la Naturaleza. Para gran parte de nosotros, no importa donde vivamos, en este inmenso país todavía es posible recorrer pocas millas y encontrarnos con la Naturaleza. Yo que he recorrido a lo largo y a lo ancho esta tierra, he sacado esta impresión: América es un país vacío. Claro está, casi todo este espacio vacío pertenece a alguien, bancos, ferrocarriles, compañías de seguros, etcétera. Es casi imposible salir del camino trazado sin invadir una propiedad privada. Pero este absurdo acabaría si la gente comenzara a levantarse sobre las patas traseras y desertara de la ciudad y la metrópoli. John Brown y un reducido grupo de hombres derrotaron virtualmente a toda la población de América. Los abolicionistas liberaron a los esclavos, no las armadas de Grant y Sherman, no Lincoln. Una condición ideal de vida no existe, jamás, en ningún lugar. Todo es difícil y se vuelve más

difícil, incluso cuando decidimos vivir a nuestro aire. Vivir nuestra propia vida sigue siendo el mejor modo de vivir, siempre lo ha sido, y siempre lo será. La trampa, el mayor desengaño está en renunciar a vivir a nuestro aire hasta el día que se cree una forma ideal de gobierno que nos permita llevar una vida mejor. Llevad una vida ejemplar, en seguida, en cada instante, al máximo de vuestras capacidades, e indirectamente, inconscientemente, lograréis la forma de gobierno más cercana a lo ideal.

Ya que Thoreau insistió tanto sobre la conciencia y la resistencia activa, podríamos pensar que su vida fue vacía y triste. No olvidemos de que era un hombre que evitaba el trabajo lo más posible, sabía dedicar su tiempo al ocio. Moralista severo, no tenía nada en común con el moralista profesional. Era demasiado religioso para tener algo que ver con la iglesia y demasiado hombre de acción para tomar parte activa en la política. Era de una riqueza espiritual tan grande que no pensó en amontonar bienes, tan valiente, tan seguro de sí mismo, que no se preocupó de la seguridad, de la protección. Abriendo los ojos descubrió que la vida proporciona todo lo necesario para la paz y la felicidad del hombre; solamente hace falta usar lo que tenemos al alcance de la mano. «La vida es generosa», parece repetir a cada momento, «¡Tranquilos! La vida está alrededor, no allá, no en la cima de la montaña».

Encontró Walden. Pero Walden está en cada lugar donde hay un hombre. Walden se ha convertido en un símbolo. Debería convertirse en una realidad. También Thoreau se ha convertido en un símbolo. Pero sólo fue un hombre, no lo olvidemos. Transformándolo en un símbolo, construyéndole monumentos, destruimos la finalidad de su vida. Sólo viviendo a tope, lograremos honrar su memoria. No intentemos imitarlo, superémoslo. Cada uno de nosotros debe llevar una vida completamente diferente. No debemos intentar ser como Thoreau, ni como Jesucristo, sino lo que en verdad somos, en nuestra sociedad. Éste es el mensaje de todo gran individuo, éste es el significado intrínseco de ser individuo. Ser algo menos significa acercarse a nada

HENRY MILLER

1. ECONOMÍA

Cuando escribí las páginas que siguen, o más bien la mayoría de ellas, vivía solo en los bosques, a una milla del vecino más próximo, en una cabana que construí yo mismo junto a la orilla de la laguna de Walden, en Concord, Massachusetts, al tiempo que me ganaba el sustento con la labor de mis manos. Allí viví dos años y dos meses. Héme aquí de nuevo en la civilización.

No impondría mis cosas a la atención de los lectores de no haber sido por las pesquisas, que algunos considerarán impertinentes, y yo no, dadas las circunstancias, llevadas a cabo por mis conciudadanos en cuanto a mi modo de vida. Algunos querían saber qué comía; otros, si me sentía solo, si tenía miedo y cosas parecidas. Los ha habido interesados en averiguar qué parte de mis ingresos dedicaba a fines benéficos; otros, que, dotados de abundante familia, deseaban conocer el número de niños pobres a mi cargo. Me excuso, pues, ante aquellos lectores poco interesados en mi persona, por tratar de dar respuesta a alguna de estas preguntas en las páginas que siguen. En la mayoría de libros, el *yo* o primera persona es omitido; en éste se conserva; en cuanto a egotismo, esa es la principal diferencia. Es corriente olvidarse de que, a fin de cuentas, es siempre la primera persona la que habla. Y yo no diría tanto de mí si hubiera quien conociera mejor. Desgraciadamente, me veo reducido a este tema por la parvedad de mi experiencia. Más aun, por mi parte requiero de cada escritor, primero o último, un sencillo y sincero relato de su vida, y no tan sólo lo que ha oído de la de otros; algo así como lo que participaría a los suyos desde tierras lejanas; pues, si ha vivido sinceramente, debe haber sido en un lugar alejado de aquí.

Puede que estas páginas vayan dirigidas en particular a estudiantes pobres. En lo que al resto de los lectores se refiere, que cada uno tome lo que halle a su gusto. Confio en que nadie busque lo que no hay y en que deje, a quien encuentre, que obtenga el mejor provecho.

Gustoso he de hablar de algo que no se relacione con los chinos o ron los pobladores de las islas Sandwich, sino con vosotros, que- leéis fletas páginas y vivís en Nueva Inglaterra; algo acerca de vuestra situación, y en especial de vuestro entorno, de vuestro mundo y ciudad, al margen de si es necesario o no que sea tan mala como resulta y de si cabe su mejora. Me he movido mucho por aquí y siempre, dondequiera que me haya encontrado, en talleres, oficinas y campos he tenido la sensación de que las gentes hacían penitencia de mil maneras extraordinarias. Lo que he oído acerca de los bramanes que, sentados, se exponían al calor de cuatro ruegos y miraban al sol o que se suspendían cabeza abajo sobre las llamas, cuando no optaban por otear los cielos por encima del hombro «hasta resultarles imposible el recuperar la posición normal, y de tal modo, que, por la torsión del cuello, sólo líquidos podían llegar a su estómago», y aun de aquellos que se encadenaban de por vida al pie de un árbol o que, cual orugas, medían a rastras el ancho de varios imperios, si no les daba por erigirse a la pata coja en lo alto de un pilar, incluso estas formas de penitencia deliberada, pues, son apenas más increíbles y sorprendentes que las escenas de que soy testigo cada día. Los doce trabajos de Hércules eran insignificantes comparados con los que han echado sobre sí mis vecinos, pues aquéllos no eran sino una docena y tenían fin; pero jamás me ha sido dado ver que estos hombres dieran muerte o captura a monstruo alguno o que concluyeran una obra. No tienen un amigo como Iolas,[1] que saje con hierro al rojo la cabeza de la hidra, a la que tan pronto le es cercenada una, surgen dos en su lugar.

Veo jóvenes, conciudadanos míos, cuya desgracia estriba precisamente en haber heredado granjas, casas, corrales, ganado y aperos, pues es más fácil proveerse que despojarse de ellos. Más les habría valido nacer en campo abierto y ser criados por una loba, para conocer así, a las claras, la tierra a la que habían sido llamados a trabajar. ¿Quién los hizo siervos de la gleba? ¡A qué santo comer de sus sesenta acres, cuando el hombre ha sido condenado sólo a su porción de barro! ¿Por qué cavarse ya la fosa apenas nacidos? Tienen que dedicar su vida a sacar adelante todas estas cosas, tratando de no consumirse en el empeño. ¡Qué de pobres almas inmortales he visto sofocadas y exhaustas bajo esta carga, arrastrándose por el camino de la vida con un granero de veinticinco metros por quince a cuestas, sin tiempo de limpiar, si-

1. lolas: sobrino de Hércules, a quien sirvió de cochero. Durante el combate sostenido por éste contra la hidra de Lerna, y que iba quemando las cabezas del monstruo a medida que Hércules las iba cortando. Trad.

quiera por encima, sus augianos establos,[1] y con cien acres para labranza, siega, pastos y aun bosque! Quienes nada tienen, y por no tener se hallan libres de pechar con tanto impedimento heredado, encuentran ya suficiente ardua la tarea de someter y cultivar su legado de carne.

Pero el hombre trabaja bajo engaño, y pronto abona la tierra con lo mejor de su persona. Por falaz destino, comúnmente llamado necesidad, se ocupa en acumular tesoros, como dice un viejo libro,[2] que la polilla y la herrumbre echarán a perder y los ladrones saquearán. Que una vida así es de necios, lo comprenderá llegado a su final, si no antes. Se cuenta que *Deucalion* y *Pirra*[3] hicieron hombres y mujeres lanzando piedras al azar por encima de sus cabezas:

Inde genus durum sumus, experiensque laborum,
Et documenta damus qua sumus origine nati,

que sonoramente traduce Raleigh como:

De ahí nuestro recio temple,
hecho al dolor y a la brega, y
prueba sobrada de nuestra roqueña estirpe.

Y en eso para, la obediencia ciega a un desatinado oráculo que hacía lanzar piedras sin reparar en donde caían.

La mayoría de los hombres, incluso en este país relativamente libre, se afanan tanto por los puros artificios e innecesarias labores de la vida, que no les queda tiempo para cosechar sus mejores frutos. De tanto trabajar, los dedos se les han vuelto torpes y demasiado temblorosos. Realmente, el jornalero carece día tras día de respiro que dedicar a su integridad; no puede permitirse el lujo de trabar relación con los demás porque su trabajo se depreciaría en el mercado. No le cabe otra cosa que convertirse en máquina. ¿Cómo puede recordar su ignorancia —condición que le exige su crecimiento— quien tan a menudo tiene que usar de sus conocimientos? Debiéramos alimentarlo y vestirlo a

1. Estados augianos, donde Augias, rey de Elis, conservaba 3.000 bueyes. No habían sido limpiados en treinta años, y Hércules los limpió en un día haciendo pasar por ellos el rio Alfeo. Trad.

2. La Biblia: cf. Mateo, 6:19. Trad.

3. Deucalion y Pirra: el más justo de los hombres y la más virtuosa de las mujeres, salidos del diluvio enviado por Zeus para castigar la maldad de los hombres. La diosa Temis les habló al pie del Parnaso para que repoblaran la tierra. Trad.

veces, gratuitamente, y reponerlo con nuestros cordiales antes de juzgarlo. Las mejores cualidades de nuestra naturaleza, al igual que la lozanía de las frutas, sólo pueden conservarse con delicadeza. Y no es ésta, ciertamente, la que aplicamos a nuestras relaciones con el prójimo.

Algunos de vosotros, sabido es, sois pobres, os es difícil la vida, y aun en ocasiones, diríase que en la pugna con ella os falta incluso el aliento. No dudo de que algunos de los que me estáis leyendo sois incapaces de pagar las cenas que os habéis tomado o los zapatos y ropas que ajáis o habéis ajado ya del todo; tampoco, de, que habéis acudido a esta página en tiempo prestado o hurtado, robando una hora a vuestros acreedores. Ante mi vista, que la experiencia ha agudizado, se delata claramente la miseria de vuestras vidas serviles, siempre en las últimas, tratando de entrar en negocios y salir de deudas, lodazal antiguo que ya los latinos llamaban *aes alienum* o cobre de otro porque algunas de sus monedas eran de este metal; y sin embargo, seguís viviendo y muriendo, para ser enterrados por el cobre ajeno; siempre prometiendo pagar, pagar mañana, y acabando hoy insolventes; tratando de ganar favores, de sumar clientes por industria o maña que no conlleve pena de cárcel, mintiendo, adulando, prometiendo, encerrándolos en una envoltura de cortesía o dispersándoos en etérea y vaporosa generosidad para persuadir a vuestro vecino de que os permita hacerle sus botas o su sombrero, su chaqueta o su coche, o para traerle sus compras; enfermando ya por contar con algo para un día aciago, algo que atesorar en una vieja cómoda o en una media oculta tras el yeso del tabique o, para más seguridad, en la pared de ladrillo, sin que importe dónde ni cuán mucho o cuán poco.

A veces me maravilla que podamos ser tan frivolos, me atrevo a decir; que presenciemos impertérritos este espectáculo indecoroso, bien que un tanto extraño a nosotros, de esa forma de servidumbre llamada esclavitud de los negros. ¡Y son tantos los amos astutos y arteros que someten así tanto al Norte como al Sur! Es difícil tener un capataz sureño; más, si aquél es del Norte; pero que uno se convierta en esclavizador de sí mismo es mucho peor aún. ¡Y habláis de lo divino en el hombre! ¡Mirad al carrero en la ruta, encaminándose al mercado de día o de noche! ¿Bulle algo divino en su interior? ¡Su deber más elevado consiste en abrevar y forrajear sus caballos! ¿Qué interés guarda el destino para él, comparado con los réditos de los embarques? ¿Acaso no trabaja para el Señor Importante? ¿Qué tiene de divino o de inmortal? ¡Mirad cómo se agacha, cómo escurre el bulto, vagamente temeroso durante todo el día, no siendo inmortal ni divino sino esclavo de la opinión en que se tiene por causa de sus propios actos!

Débil tirano es la opinión pública si se la compara con la que de sí guarda cada individuo en particular. No es sino lo que piensa el hombre de sí mismo lo que fragua su destino. Autoemancipación incluso en los confines más remotos de la fantasía y de la imaginación. ¿Qué Wilberforce podrá traérnosla? [1] ¡Pensad también en esas damas que tejen tapetitos de tocador hasta el último de sus días por no revelar un interés excesivamente conspicuo en su destino! ¡Como si se pudiera matar el tiempo sin dañar la eternidad!

La mayoría de los hombres llevan una vida de queda desesperación. Lo que se dice resignación no es más que desesperación confirmada. De la ciudad desesperada huyen al campo vacío de ilusiones, y han de consolarse con la bravura de los visones y las ratas almizcleras. Hasta los llamados juegos y diversiones de la Humanidad ocultan un desaliento tan constante como inconsciente. No cabe solaz en ellos porque éste viene sólo después del trabajo. Pero es señal de sabiduría no desesperar las cosas.

Cuando consideramos, para usar las palabras del Catecismo, cuál es el principal fin del hombre y qué necesidades y recursos verdaderos encierra la vida, diñase que los hombres, en efecto, viven así por elección deliberada, aunque crean en verdad que no les cabe otra opción. Sin embargo, los espíritus alertas y sanos recuerdan que el sol acude cada día a su cita y que nunca es demasiado tarde para librarse de los prejuicios. Ninguna forma de pensar o hacer, por antigua que sea, puede ser tomada a pies juntillas. Lo que todo el mundo celebra o admite hoy en silencio puede revelarse falso mañana, mera nube pasajera que algunos creyeron portadora de fertilizadora agua para sus eriales. Lo que los viejos declaran que no se puede hacer, el joven prueba y lo consigue. Sea, pues, lo inveterado para aquellos, y la novedad para sus sucesores, pues verdad es que los primeros no supieron suficiente como para mantener siquiera un fuego, mientras que hoy alimentáis de leña una caldera y héos recorriendo el globo con la velocidad de las aves, y de un modo que, para usar del dicho antiguo, no soportaría una persona entrada en años. La vejez no es mejor maes-

1. Entiendo que se trata de un juego de palabras. Dice Thoreau: «...Self-emancipation even in the West Indian provinces of the fancy and imagination, —what Wilberforce is there to bring that about?...». Cierto que William Wilberforce (1759-1833) logró la abolición de la esclavitud en las Antillas inglesas en 1834; no menos que la calificación de *antillanas* para las provincias de la fantasia y de la imaginación no se comprende a menos que, como en el original: *West Indian*, se subraye con ello la condición de lejanía, de «más allá», como posiblemente significara Colón al llamar Indias Occidentales al Nuevo Mundo. Trad.

tra que la juventud, ni tanto así, pues es más lo que ha perdido que lo que le queda. Se podría dudar incluso de que por vivir, el más sabio de los hombres haya aprendido algo de verdadero valor. Prácticamente, el viejo carece de consejos para los jóvenes tan válidos corno pretende demostrar y se obliga a creer, pues sus experiencias han sido parciales y su vida, por particulares razones, un fracaso; pero puede asimismo que le quede aún algo de fe que desmienta este caudal vivido, y que ahora sólo sea menos joven de lo que fuera antes. Yo he vivido ya unos treinta años en este planeta y he de oír aún la primera sílaba de un consejo valioso o incluso serio de mis mayores. No me han dicho nada, y es probable que ello se deba a simple impotencia. He aquí la vida, un experimento que en su mayor parte no he abordado aún, y en nada me beneficia que otros lo hayan probado. Si poseo alguna experiencia que considero de valor, estoy seguro de que mis mentores no dijeron nada de ella.

Dice un agricultor: «No se puede vivir sólo de hortalizas porque poco es lo que se saca de ellas para hacer hueso», y así, dedica religiosamente gran parte de su día a proporcionarle a su sistema la materia prima de aquéllos, mientras habla sin cesar tras de sus bueyes, que con huesos hechos de condumio vegetal tiran de él y de la pesada reja indiferentes a los obstáculos. Hay cosas verdaderamente necesarias para la vida en determinados círculos, los más desventurados y enfermos, que en otros se consideran de lujo, y aun en unos terceros no llegan a ser objeto siquiera de conocimiento.

Para algunos, el terreno todo de la vida humana parece haber sido recorrido ya por sus predecesores: alturas, valles y vericuetos dignos de interés. Según Evelyn, el sabio Salomón reglamentó incluso la distancia que debía mediar entre los árboles; y los pretores romanos habían determinado con qué frecuencia puede uno recoger las bellotas caídas en la parcela del vecino sin violar la ley, y qué proporción de aquéllas le correspondían entonces a éste. Hipócrates dictaminó a su vez la forma de cortarse las uñas: a ras de las yemas, ni más ni menos. Sin duda alguna, el tedio y el fastidio que se presume hayan agotado la variedad y goces de la vida son tan viejos como Adán. Pero la capacidad del hombre no ha sido medida aún, y es tan poco lo ensayado en este sentido, que no nos ha de caber juzgarlo por algunos precedentes. Cualesquiera que hayan sido tus fracasos hasta ahora «¡No te aflijas, hijo mío, pues ¿quién te atribuirá lo que has dejado de hacer?!».[1]

1. Visnú Purana. Trad.

Podríamos examinar nuestra vida por medio de mil simplísimos ensayos, como, por ejemplo, ante el hecho de que el mismo sol que madura mis legumbres ilumine al mismo tiempo un sistema de plantas como el nuestro. De haber pensado en ello, me habría evitado algu nos errores. Pero no fue ésta la luz a la que yo las cultivé.

¡Las estrellas cierran la figura de maravillosos triángulos! ¡Qué de seres más diferentes y distantes entre sí contemplan la misma desde las numerosas mansiones del Universo! La Naturaleza y la vida humana son tan varias como diversa nuestra constitución. ¿Quién se atreverá a decir qué perspectivas ofrece la vida a otros? ¿Podría ocurrir milagro mayor que el de que nos fuera dado ver con ojos ajenos un instante? Tendríamos que poder vivir todas las edades del mundo en una hora, ¡qué digo!, ¡en todos los mundos de que han sido marco! ¡Historia, Poesía, Mitología! No sé de lectura que pudiere ser más asombrosa y didáctica que la de las experiencias ajenas.

La mayor parte de lo que mis convecinos consideran bueno, en lo hondo de mi alma yo lo tengo por malo; y si de algo he de arrepentirme puede que sea de mi buen comportamiento. ¿Qué demonio tomó posesión de mí cuando me porté tan bien? Tú que has vivido setenta años, no sin honor de alguna clase, decir bien puedes lo más sabio que se te ocurra, que en mi interior resonará un eco irresistible que me invite precisamente a alejarme de ello. Una generación abandona las empresas de otra, como si de navios encallados se tratara.

Creo que podemos confiar sin reparo bastante más de lo que hacemos, y desechar tanta atención para con nosotros mismos como dediquemos honestamente a otras cosas. La Naturaleza se adapta igual de bien a nuestras debilidades que a nuestra fuerza; de ahí que la incesante ansiedad de algunos tome forma de incurable enfermedad. Exageramos la importancia de nuestro trabajo y, sin embargo, ¡cuánto no dejamos de hacer! ¿Qué ocurriría si cayésemos enfermos? ¡Qué vigilantes somos!, constantemente determinados a no vivir por la fe, si podemos evitarlo. Permanecemos alerta todo el día, para rezar nuestras plegarias con desgana por la noche antes de rendirnos a lo incierto. Así de estricta y sinceramente nos sentimos forzados a vivir, reverenciando nuestra vida y negando toda posibilidad de cambio. No hay otro camino, decimos, cuando en verdad hay tantos como radios cabe trazar desde un centro. Todo cambio se nos antoja un milagro a la vista, y este prodigio se sucede ininterrumpidamente a cada instante. Confucio decía: «Saber que sabemos lo que sabemos y que ignoramos lo que no sabemos, éste es el verdadero conocimiento». Preveo que cuando alguien haya reducido un hecho de su imaginación a hecho

de su entendimiento, a la larga todos los hombres establecerán sus vidas sobre esta base.

Consideremos por un momento en qué consiste la mayor parte de esa inquietud y ansiedad a que me he referido antes, y en qué medida es necesario que nos veamos agobiados, o por lo menos afectados, por ellas. Ventajoso sería el vivir una vida primitiva y de logros cotidianos, aun inmersos en una civilización vertida hacia el exterior, aunque sólo fuere para ganar conocimiento real de nuestras necesidades básicas y de los métodos aplicados a su satisfacción; no menos conveniente sería proceder al estudio de los viejos dietarios mercantiles para saber qué se compraba y vendía comúnmente, qué almacenaban los puestos de comercio; en suma, cuáles eran los bienes de mayor y más perentorio consumo, pues tan verdad es que los progresos del tiempo han ejercido escasa influencia sobre las leyes que en esencia gobiernan la existencia del hombre como que nuestro esqueleto no se distingue, probablemente, del de nuestros antepasados.

Con las palabras *necesario para la vida* me refiero a lo que entre todo lo que el hombre obtiene con su esfuerzo ha sido de siempre, o por causa de inveterado uso, tan importante para la vida humana que son contados quienes por salvajismo, pobreza o filosofía se atreven a prescindir de ello. En este sentido, para muchas criaturas sólo hay una cosa verdaderamente necesaria: la Comida, que para el bisonte de la pradera se reduce a unas cuantas briznas de hierba y al agua con que se abreva, a no ser que busque asimismo el cobijo del bosque o la sombra de la montaña. Alimento y Refugio: he ahí las necesidades del bruto. En cuanto al hombre, en estas latitudes pueden ser distribuidas en los siguientes apartados: Alimento, Habitación, Vestimienta y Calor, pues a menos que nos hayamos provisto de éstos no estamos preparados para abordar con libertad y probabilidades de éxito los verdaderos problemas de la vida. El Hombre no sólo ha inventado casas, sino el vestido y la elaboración de sus alimentos; y es posible que por el descubrimiento casual del calor del fuego, y luego de sus aplicaciones prácticas, originalmente un lujo, haya surgido la necesidad actual de recogerse junto a él. También los perros y los gatos, vemos, han adquirido esta segunda naturaleza. Con casa y alimento apropiados conservamos nuestro calor interno, pero en exceso de aquéllos, es decir, cuando el calor en torno supera al interno, ¿acaso no nos achicharramos? El naturalista Darwin dice al respecto de los habitantes de la Tierra del Fuego, que cuando los miembros de su partida, bien vestidos y arrimados a las brasas, apenas si lograban librarse del frío, aquellos salvajes desnudos, más alejados, «mostraban la piel sudorosa de tanto ardor».

De igual modo, el aborigen de Australia anda desnudo sin mayor problema, mientras que el europeo se estremece entre sus ropas. ¿No sería posible combinar la resistencia física de estos salvajes con las cualidades intelectuales del hombre civilizado? Dice Liebig que el cuerpo humano es una estufa, y el alimento el combustible que mantiene su fuego interno en los pulmones. Si hace frío comemos más; cuando no, menos. Y es que el calor animal es el resultado de una combustión lenta; la enfermedad y la muerte sobrevienen cuando aquélla se acelera en demasía, como se extingue el fuego por falta de combustible o por un tiro defectuoso que le ahoga. Está claro que no debe confundirse el calor vital con el fuego; valga, no obstante, la analogía.

De lo dicho parece desprenderse que la expresión *vida animal* es casi sinónimo de *calor animal*; pues si podemos considerar el Alimento como Combustible que mantiene el fuego de nuestro interior —y la leña y demás, únicamente como medio para preparar aquél o para aumentar el calor corporal a modo de aditivo externo, el Cobijo y la Ropa sirven a su vez para retener el *Calor* así generado y absorbido.

La gran necesidad para nuestros cuerpos consiste, pues, en conservarse en calor, en mantener esa vital combustión interna. ¡Y qué de cuidados vertemos no sólo en nuestro Alimento, Ropa y Refugio, sino en nuestro lecho, que no es sino nuestro ropaje nocturno, robando los nidos y plumas de las aves para prepararnos aun otro cobijo dentro del refugio, como hace el topo que dispone su yacija de hojas y hierbas en lo más hondo de su madriguera! El hombre pobre se suele quejar de que éste es un mundo frío, y al frío no menos físico que social culpamos directamente de gran parte de nuestras molestias. En algunos climas, el verano hace posible una vida elisíaca. Salvo para cocinar los alimentos, el combustible es innecesario; el sol es el fuego, y son muchos los frutos que maduran con sus rayos; los alimentos son más variados, y su obtención generalmente más fácil; y la ropa y la casa se necesitan muy poco o nada. Mi propia experiencia me hace ver que ahora, en este país, algunas cosas: un cuchillo, un hacha, una azada, una carretilla, etc., y para el estudioso una lámpara, recado de escribir y acceso a algunos libros cuentan junto a lo necesario y pueden ser obtenidos a precio irrisorio. No obstante, algunas personas mal avisadas se trasladan al otro lado del globo, a regiones bárbaras e insalubres, y se dedican al comercio durante diez o veinte años para poder vivir, es decir, para mantenerse cómodamente en calor, y al fin morir en Nueva Inglaterra. Y el caso es que los ricos *ricos* no sólo se conservan reconfortablemente abrigados, sino en demasía; como he apuntado antes, resultan «achicharrados», *á la mode* claro está.

La mayoría de lujos y muchas de las llamadas comodidades de la vida no sólo no son indispensables, sino obstáculo cierto para la elevación de la humanidad. En lo que se refiere a estos lujos y comodidades, la vida de los más sabios ha sido siempre más sencilla y sobria que la de los pobres. Los antiguos filósofos chinos, hindúes, persas y griegos fueron una clase de gente jamás igualada en pobreza externa y riqueza interna. No es mucho lo que sabemos de ellos, pero es notable que *sepamos* tanto. Igual reza para con los más modernos reformadores y bienhechores de la raza. Nadie puede ser observador imparcial y certero de la raza humana, a menos que se encuentre en la ventajosa posición de lo que deberíamos llamar pobreza voluntaria. El fruto de una vida de lujo no es otro que éste, ya sea en la agricultura, en el comercio, en la literatura o en el arte. Hoy hay profesores de filosofía, pero no filósofos. Y sin embargo, es admirable enseñarla porque un tiempo no lo fue menos vivirla. Ser un filósofo no consiste meramente en tener pensamientos sutiles, ni siquiera en fundar una escuela, sino en amar la sabiduría hasta el punto de vivir conforme a sus dictados una vida sencilla, independiente, magnánima y confiada. Estriba en resolver algunos de los problemas de la vida, no sólo desde el punto de vista teórico sino también práctico. El éxito de los grandes eruditos y pensadores es como el de los cortesanos, distinto del que disfruta el Rey y aun el hombre cabal; aquéllos se suceden en su conformismo, para vivir prácticamente como lo hicieran sus padres, y no son en modo alguno progenitores de una raza más noble. Pero ¿por qué degeneran los hombres? ¿Qué hace que las familias se extingan? ¿Cuál es la naturaleza de esa abundancia que enerva y destruye las naciones? ¿Estamos seguros acaso de que no se ha introducido ya en nuestra vida? El filósofo va por delante de su época incluso en su forma externa de vivir. No se alimenta, cobija, viste y calienta como sus contemporáneos ¿Cómo se puede ser filósofo sin mantener el propio calor vital por métodos mejores que los del resto de los hombres?

Una vez que el hombre es calentado de las diversas formas que he descrito, ¿qué más desea? Seguramente, no más de lo que ya es suyo con creces: alimento en abundancia, mejores y más espléndidas casas, fuego incesante y más vivo, y otras cosas parecidas. Satisfechas estas necesidades, cabe otra alternativa, además de la obtención de lo superfluo: aventurarse en la vida, toda vez que ya ha dado comienzo a su vacación de haceres más humildes. La tierra se revela apropiada para la semilla puesto que ésta ha proyectado su raicilla hacia abajo y puede elevar ahora su tallo con confianza. ¿Para qué ha enraizado el hombre tan firmemente en la tierra, si no para elevarse hacia los cie-

los en igual medida? Pues las plantas más nobles son valoradas por el fruto que sacan al fin al aire y a la luz, lejos del suelo, y justamente no se las trata como a las comestibles más humildes que, aun siendo" quizá bienales, son cultivadas sólo hasta que han completado su raíz, y a menudo se las rasa con este objeto, de manera que la mayoría de la gente no llega siquiera a conocerlas en flor.

Lejos de mi intención el prescribir reglas a los hombres de naturaleza fuerte y valiente, capaces de cuidar de sus asuntos doquiera se encuentren, y que acaso construyan y gasten con más magnificencia que los opulentos sin empobrecerse por ello y sin saber siquiera en qué (si en realidad hay personas tales como las he soñado); ni tampoco a aquellos que hallan ánimo e inspiración, precisamente, en el estado actual de las cosas, que acarician y miman con el fervor y entusiasmo de amantes —entre los cuales yo, en cierto modo, me incluyo—, ni estoy hablando para quienes cuentan con un buen empleo en cualquier circunstancia y son conscientes de ello; hablo, pues, para la gran masa de descontentos, que se quejan ociosamente de la dureza de su sino y de los tiempos que corren en vez de tratar de mejorarlos. Los hay que culpan enérgica y desconsoladamente a otros porque, dicen, cumplen con su deber. Y tengo también en mi mente a aquellos, al parecer pudientes, que en realidad pertenecen a una clase terriblemente empobrecida, que ha acumulado basura y que no sabe cómo hacer uso o deshacerse de ella, y que de esta forma ha fraguado sus propios grilletes de oro o plata.

Si me atreviera a contar cómo deseaba pasar mi vida años atrás, probablemente sorprendería a algunos de mis lectores, en cierto modo al corriente de su presente transcurrir, y sin duda asombraría a quienes ignoran todo de mí. Me limitaré a apuntar algunas de las empresas que he mimado.

En cualquier circunstancia, de noche o de día, siempre he tenido ansias de mejorar el momento y de hacerlo plenamente mío; de detenerme en la encrucijada de dos eternidades, el pasado y el futuro, que es precisamente el presente, y vivirlo al máximo. Me perdonaréis algunas oscuridades; pero es que mi oficio encierra más secretos que el de la mayoría de los hombres, y aunque aquéllos no son guardados deliberadamente, son inseparables por razón de su naturaleza. Gustoso diría cuanto sé de ella, y no verme obligado, pues, a escribir en mi puerta «PROHIBIDA LA ENTRADA».

Tiempo ha perdí un sabueso, un caballo bayo y una paloma, y aún

hoy sigo sus rastros. He hablado mucho de ellos y he repetido hasta la saciedad los nombres a que atendían y las huellas que dejaban. Uno o dos han oído el sabueso y la fuerte pisada del caballo y hasta han visto desaparecer a la paloma por detrás de una nube; parecían tan ansiosos por recobrarlos como si fueran ellos quienes los habían perdido.

Para adelantarme no sólo a la salida del sol y al nacimiento del día sino, si fuera posible, ¡a la Naturaleza misma! ¡Cuántas mañanas, en verano e invierno, antes de que ninguno de mis convecinos empezara a preocuparse de sus tareas no he estado yo dedicado ya plenamente a las mías! Muchos han sido los que me han encontrado ya de vuelta: granjeros de camino a Bostón con el alba, o leñadores que se dirigían al trabajo. Verdad es que nunca ayudé materialmente al sol en su salida, pero, no lo dudéis, habría sido de importancia mínima el estar presente tan sólo en el acto.

¡Cuántos días de otoño y de invierno he pasado en las afueras del pueblo tratando de recoger el mensaje del viento para transmitirlo sin dilación! Casi hundí en ello todo mi capital y de milagro no perdí la respiración en la empresa corriendo hacia él. Si hubiera concernido a alguno de los partidos políticos, podéis estar seguros de que habría aparecido en la *Gazette* sin demora. Otras veces, miraba desde el observatorio de algún árbol o roca, para poder dar la nueva de toda llegada o para esperar al atardecer en la cima de una colina, por si éste me traía algo con las sombras que iba depositando, que nunca fue mucho, y aun, como el maná, para disolverse de nuevo con el sol.

Durante mucho tiempo fui reportero de un diario de escasa circulación, cuyo editor jamás consideró oportuno publicar la mayor parte de mis colaboraciones; de modo que, como es suerte frecuente entre escritores, sólo obtuve dolores por mis esfuerzos. Aunque, en este caso, esos fueron a su vez mi recompensa.

Largos años vime investido, por decisión propia, del cargo de inspector de tormentas, de lluvia y de nieve, y cumplí fielmente con mi deber; fui también vigilante y mantenedor de caminos, si no de primer orden, de las sendas del bosque y de los que se entretejían por el campo, y cuidé de que permanecieran practicables durante todas las épocas del año con sus puentes para salvar las cañadas y en todo lugar donde la huella humana testimoniara su utilidad.

He cuidado del ganado salvaje de la villa, que por saltarse los cercados hace ardua la tarea del pastor fiel, y he atendido a los vericuetos y rincones menos frecuentados de la hacienda, aunque no siempre he sabido si era Joñas o Salomón quien laboraba en ella aquel día. ¡Qué me iba a mí en ello! He regado la encendida gayuba, el cerezo silves-

tre y el almez, el pino rojo y el fresno negro, las uvas blancas y la violeta amarilla, apagando su sed en tiempos de sequía.

En suma, ésta fue mi tarea durante largo tiempo, y no lo digo por presumir, atendiendo fielmente a lo mío hasta que se hizo más y más evidente que mis convecinos no abrigaban la menor intención de adscribirme a la lista de funcionarios de la villa ni de ofrecerme una sinecura moderadamente retribuida. Mis cuentas, que puedo jurar haber tenido siempre al día, jamás han sido examinadas y mucho menos aceptadas, por no decir atendidas y liquidadas. Pero, francamente ¡ahí me las den todas!

No hace mucho, un indio errante fue a vender unas cestas a casa de un conocido abogado de mi pueblo. «¿Quiere usted comprar cestas?», preguntó. «No, no queremos ninguna», fue la respuesta. «¡Cómo!», exclamó el indio mientras se dirigía hacia el portón. «¿Acaso pretende usted hacernos morir de hambre?» Al ver que sus industriosos vecinos blancos estaban tan bien de fortuna —que al abogado le bastaba con pergeñar algunas argumentaciones para que, de modo mágico, atrajera junto a sí caudal y fama— se había dicho: «Voy a entrar en negocios, trenzaré cestas; es cosa que puedo hacer». Creyó, así, que una vez confeccionadas aquéllas, él habría cumplido ya con su trabajo y seria entonces cuestión de que el blanco las comprara y cumpliera con el suyo. No se había parado a pensar en que había que hacerlas de tal manera que valiera la pena adquirirlas o, por lo menos, que el otro lo creyera así. También yo tejí un cesto de fina trama, pero no lo suficiente para despertar en nadie interés por él. Con todo, pensé que bien había valido mi tiempo, y en vez de discurrir cómo venderlo me preocupé más bien de cómo evitar la necesidad de tenerlo que vender. La vida que los hombres elogian y consideran lograda no es sino una de las posibles. ¿Por qué exagerar su importancia en detrimento de otras?

Consciente, pues, de que mis conciudadanos no iban a ofrecerme un lugar en el juzgado ni curato o prebenda alguna, y de que, por tanto, a mí tocaba velar por lo propio, resolví volcar mi atención de forma más exclusiva en los bosques, donde era más conocido. Y decidí entrar en seguida en acción sin esperar a amasar antes el capital acostumbrado, sino con los escasos medios con que ya contaba. Mi propósito al ir a Walden Pond no tenía nada que ver con si allí se podía vivir a coste exiguo o elevado sino que obedecía más bien a mi deseo de solventar con el mínimo tropiezo algunos asuntos particulares; el verme privado de hacerlo por falta de un poco de sentido común, de ánimo emprendedor de talento comercial no parecía tan triste como tonto.

Siempre he tratado de adquirir hábitos comerciales sólidos, a todas luces indispensables. Si vuestros negocios son con el Celeste Imperio, una pequeña casa de contratación en la costa, en algún punto de Salem, por ejemplo, harán suficiente avío. Exportaréis artículos de producción nacional, sólo productos del lugar, mucho hielo, madera de pino y algo de granito, siempre en naves del país. Esos serán lances venturosos. Hay que verificar todos los detalles en persona y ser a la vez piloto y capitán, propietario y asegurador; vender, comprar y llevar las cuentas; leer todas las cartas que se reciban y escribir o repasar cada una de las que se envíen; supervisar día y noche la descarga de mercancías importadas y estar en todos los puertos de atraque casi al mismo tiempo -pues, a menudo, el mejor flete será descargado en las riberas de Jersey—; ser vigía uno mismo y otear incansablemente el horizonte, en comunicación constante con todo barco de arribada; mantener ininterrumpidamente el despacho de mercancías para suministro de mercado tan exorbitante como remoto; estar siempre informado del estado de la demanda, de las posibilidades de guerra y de paz en cualquier parte y prever la tendencia seguida por el comercio y la civilización, aprovechándose de los hallazgos de exploraciones previas y recurriendo a toda vía de reciente apertura y a las mejoras introducidas en las técnicas de navegación aunque, a este respecto, bueno es revisar cuidadosamente las cartas al uso, para mejor conocimiento de escollos y bajíos, de faros y señalizaciones, sin olvidarse en modo alguno de corregir las tablas de logaritmos pues, con frecuencia, por error de algún calculador, la nave se estrella contra una roca en vez de ir a descansar junto a muelle amigo —ése fue el misterioso destino de *La Perouse—;* por tanto, hay que estar al corriente de la ciencia universal, de las vidas y hechos de todos los grandes descubridores y navegantes, aventureros y mercaderes, desde *Hannón y* los fenicios hasta nuestros días; por último, provechoso es hacer de vez en cuando balance de existencias para conocer exactamente en qué situación os encontráis. Eso de valorar pérdidas y ganancias, intereses mermas y rebajas, cuya precisa determinación requiere de conocimientos verdaderamente universales, es una labor que pone a prueba las facultades humanas.

He pensado que Walden Pond sería un buen lugar para hacer negocio, no sólo por el ferrocarril y el comercio del hielo sino por otras ventajas que acaso no sea de buena política divulgar; es un buen emplazamiento y una buena base. No hay marismas del Neva que reclamar, aunque en todas partes uno se ve siempre obligado a construir sobre sus propios pilares. Se dice que una crecida con hielo en el

Neva, con viento del oeste, barrería San Petersburgo[1] de la faz de la tierra.

Y bien, comoquiera que este negocio iba a emprenderse sin el acostumbrado capital de base, puede que no resulte nada fácil conjeturar de dónde iban a salir los medios necesarios, que, quiérase o no, son indispensables para este tipo de aventuras.

En lo que a la indumentaria se refiere, para llegar cuanto antes al aspecto práctico de la cuestión, diré que con más frecuencia nos dejamos llevar del gusto por la novedad y el qué dirán que por criterios de verdadera utilidad. Hagamos que quien ha de trabajar recuerde cuál es el objeto de la ropa: primero, la retención del calor vital, y segundo, en esta sociedad, el cubrir la desnudez; luego podrá juzgar cuánta labor necesaria o importante será capaz de llevar a cabo sin necesidad de aumentar su guardarropa. Los reyes o reinas, que acaso visten sus prendas una sola vez, bien que confeccionadas por un sastre o modista de la Corte, desconocen la comodidad que entraña el uso de vestido que sienta bien, y su posición no es mejor que la de los caballetes de madera en que se cuelga la ropa recién limpiada. Con él tiempo, nuestras prendas se parecen cada vez más a nosotros y revelan el carácter de su usuario, hasta el punto de que vacilamos en deshacernos de ellas, lo que al fin hacemos no sin resistencia y con la misma solemnidad y aparato que acompañaría el renunciar a nuestro propio cuerpo. Ningún hombre ha merecido merma alguna en mi estimación por llevar un remiendo; y, sin embargo, estoy seguro de que por lo común es mayor la ansiedad que causa el deseo de disponer de vestidos a la moda, o por lo menos limpios y sin parches, que de tener una conciencia cabal. Pero, aun si el roto no es zurcido, peor sea quizás el vicio de la imprevisión. Algunas veces he puesto a prueba a algunos de mis conocidos con preguntas como ésta: «¿Quién de vosotros podría llevar un remiendo sobre la rodilla o hasta un par de costuras de más?». La mayoría han reaccionado como si en tal evento les fuera poco menos que el destino. Les sería mucho más fácil renquear por la villa con una pierna quebrada que con un pantalón roto. Y con frecuencia se da el caso de que si a las piernas de un caballero les sobreviniere un percance, éste sea susceptible de arreglo; pero si tal ocurriere con las perneras de su pantalón, no hay remedio ¡pues el hombre acepta no lo que es verdaderamente respetable sino lo respetado! Y así es como conocemos sólo unos pocos hombres, y una gran cantidad de chaquetas y calzones.

1. Hoy Leningrado. Trad.

Vestid un espantapájaros con vuestro último traje y deteneos desnudos a su lado, ¿quién no saludaría antes al espantajo? Pasando el otro día por un maizal, muy cerca de una chaqueta y sombrero puestos sobre un palo, reconocí en ellos al dueño del lugar, quien se me antojó tan sólo un poco más gastado por la intemperie que cuando lo vi por última vez. He oído hablar también de un perro que ladraba a todo extraño que, vestido, se aproximase a la propiedad de su amo, pero que se mantenía fácilmente tranquilo en presencia de un merodeador desnudo. Seria interesante saber cuánto tiempo conservarían los hombres su rango relativo si fueran desprovistos de sus ropas. ¿Podríais, en tal caso, señalar de un grupo de personas civilizadas quiénes pertenecen a la clase más respetada? Dice la señora Pfeiffer[1] que cuando en el curso de su viaje alrededor del mundo hubo llegado a la Rusia asiática, cerca ya de su país natal, sintió la necesidad de cambiar sus ropas de viaje por otras más apropiadas al acto de su presentación ante las autoridades, «pues ahora se encontraba en un país civilizado, donde la gente es juzgada por sus vestidos». Incluso en nuestras democráticas ciudades de Nueva Inglaterra, la posesión accidental de fortuna y manifestación por vía de alarde de atavío y medios de transporte merecen aprobación y respeto casi universales. Pero aquellos que guardan semejante respeto, aun siendo muy numerosos, apenas son otra cosa que paganos necesitados de los buenos oficios de un misionero. Además, el vestido trajo el coser, trabajo que bien podríais llamar sin fin, por lo menos en cuanto se refiere a un vestido de mujer; no está terminado nunca.

El hombre que al fin ha encontrado algo que hacer no necesitará para ello disponer de un traje nuevo. Servirá el anterior, que polvoriento ha permanecido en la buhardilla durante tiempo indeterminado. Un par de zapatos viejos servirán al héroe más tiempo que a su criado —si acaso héroe alguno ha tenido jamás criado—; los pies descalzos son más viejos que los zapatos y utilizables en igual medida. Sólo quienes van a tertulias y conferencias legislativas necesitan nuevas levitas, y aun éstas de recambio tan frecuente como cambia el hombre embutido en ellas. Pero si mi chaqueta y mis pantalones, mi sombrero y mis zapatos son apropiados para asistir al culto de Dios, también servirán para otras cosas ¿no? ¿Quién ha visto jamás sus viejos avíos, su vieja chaqueta, realmente gastada, reducida a sus mínimos componentes y en forma tal que no fuera aún un acto de caridad dár-

1. Ida Pfeiffer, nacida Reyer (1797-1858), viajera vienesa que publicó relatos de sus viajes por Oriente, África, Brasil y Madagascar. Trad.

sela a un pobre muchacho, que acaso pueda cedérsela incluso a alguien todavía más mísero que él —o ¿debiéramos decir más rico?—, que bien pudiere apañárselas con menos? Por eso digo: tened cuidado con aquellas empresas que requieren de nuevos vestidos en vez de nuevos usuarios. Si no hay hombre nuevo ¿cómo es posible ajustar la ropa nueva? Si os disponéis a abordar un nuevo empeño, hacedlo en vuestro traje viejo. Lo que todos los hombres desean no es algo *que aprovechar* sino algo *que hacer*, o más bien, *que crear*. Quizá no debiéramos adquirir un nuevo traje, por muy harapiento y sucio que fuera el viejo, hasta no habernos embarcado, empeñado o metido en algo, y de tal forma, que ello nos hiciera sentir como hombres nuevos dentro de aquél, y entonces, el conservarlo sería algo así como el guardar vino nuevo en botellas ya usadas.[1] Nuestra época de muda, como la de los animales de pluma, ha de representar una fase crítica de nuestras vidas. El somormujo se retira a charcas solitarias para hacerlo, y la serpiente y la oruga, de igual modo, se aplican con trabajo y por expansión interna a desprenderse respectivamente de la piel y de su vermiforme envoltura. Y es que los vestidos no son sino nuestra cascara mortal o cutícula externa. De otra forma nos encontraremos navegando bajo pabellón falso, y, a la postre, quedaremos degradados inevitablemente, tanto ante nuestros ojos como frente a la opinión pública.

Vestimos prenda sobre prenda como si creciéramos, como las plantas exógenas, por adición desde fuera. Nuestro vestido externo, con frecuencia delgado y de fantasía, es nuestra epidermis o falsa piel, que no participa de nuestra vida y que puede ser arrancada aquí y allá sin consecuencias fatales; nuestras prendas más gruesas, de uso constante, son nuestro tegumento celular o vaina interna; pero nuestra camisa es nuestro *liber* o corteza verdadera, que no puede ser eliminada más que a la fuerza y por arrancamiento letal.[2] Creo que todas las razas usan en una estación u otra, algo equivalente a la camisa. Es bueno que el hombre vista con tanta sencillez que, en un momento dado, pueda colocar sus manos sobre sí mismo en la oscuridad, y que viva tan preparado y dispuesto, que si un enemigo tomare la ciudad, pueda, como el viejo filósofo, abandonarla sin más y con las manos vacías. Cuando una prenda gruesa es, a todo efecto, tan buena como tres delgadas, y cabe obtener vestidos a precio apto para toda clientela: un

1. C/ Mateo, 9:17. Trad.

2. Dice J. Gárate, extraordinario traductor de *Walden* (Austral 904, Espasa-Calpe, 1949, p. 33), que los amerindios mataban los árboles cinchándolos o descortezándolos en corona. Trad.

chaquetón puede adquirirse por cinco dólares, y durará por lo menos igual número de años, unos pantalones de batalla por dos dólares, botas de cuero de vaca por un dólar y medio, un sombrero de verano por un cuarto de dólar y una gorra de verano por sesenta y dos centavos y medio —si no se hace en casa, mejor, y a coste nominal— ¿existe hombre alguno que, vestido así, *con sus propias ganancias*, no se haga acreedor a la reverencia del sabio?

Cuando pido una prenda de una forma determinada, mi costurera me dice con toda seriedad: «Ya no se hacen así», sin acentuar ese *se* anónimo, como si citara una autoridad tan impersonal como la Parca; el caso es que suele serme difícil obtener lo que pido, sencillamente porque ella no concibe que yo pueda ser tan irreflexivo y que realmente la desee. Cuando oigo esta sentencia lapidaria quedo absorto por un momento en mis pensamientos, y vuelvo para mí sobre cada una de las palabras por separado en busca de su huidizo sentido, de la forma en que *ese oráculo* anónimo pueda hallarse relacionado *conmigo* en virtud de una consanguinidad más o menos próxima que, ciertamente, no alcanzo a descubrir, y de qué autoridad le cabe para inmiscuirse en un asunto que me concierne tan particularmente. Por último, inclinado me siento a responder, con igual misterio y ligereza, y sin denotar tampoco énfasis alguno, que «en efecto, últimamente ya no se hacían así, pero ahora vuelven a estar de moda». ¿Qué objeto tiene que me tome medidas, si no atiende para nada a mi carácter, sino sólo a la anchura de mis hombros, como si yo no fuera otra cosa que una percha de que colgar la chaqueta? No veneramos a las Gracias ni a las Parcas, pero sí a la Moda. La mujer hila, teje y corta con autoridad plena. El jefe de los monos en París se pone una gorra de viajero y todos los monos de América hacen lo mismo. A veces dudo de que en este mundo se pueda obtener algo sencillo y honesto con ayuda de los hombres. Éstos tendrían que ser pasados antes por una prensa poderosa que eliminara de sus cabezas todo lo estereotipado, de manera que tardaran un tiempo en volver a las andadas, y aun toparíamos con alguno que, con todo, ocultaría aún una cresa, madurada de algún huevo allí depositado no se sabe cuándo —pues ni siquiera el fuego destruye esas cosas— y toda nuestra labor se habría perdido. Sin embargo, no olvidemos que algo de trigo egipcio llegó a nuestras manos en una momia.

De todas formas, no creo que pueda mantenerse fácilmente la afirmación de que el vestir, sea en este país o en otro, haya llegado a ser un arte. Hoy los hombres se dan maña para usar lo que les resulta asequible. Como náufragos echan mano de lo que encuentran en la

costa, y a prudente distancia, en el tiempo o en el espacio, se ríen recíprocamente de su respectiva guisa. Cada generación contempla con hilaridad los gustos pasados. Nos hace tanta gracia la forma de vestir de Enrique VIII o de la reina Isabel como si del rey y la reina de los caníbales se tratara. Todo vestido separado del hombre resulta lastimoso o grotesco. Sólo la mirada grave que se proyecta desde él o la vida sincera que palpita en su interior ponen freno a la risa y confieren a aquél verdadero carácter. Que el *Arlequín* sea presa de un cólico, y sus adornos tendrán que servirle también en ese estado. Cuando el soldado es herido por una bala de cañón, los harapos son tan apropiados como la púrpura.

El gusto infantil y bárbaro de algunos hombres y mujeres por las formas nuevas hace que vivan en constante agitación y que su vista se estrague tratando de averiguar en un cambiante caleidoscopio qué es lo más adecuado en materia de vestir para la generación del momento. Los fabricantes se han percatado, a su vez, de que este gusto es puro capricho. Entre dos modelos que apenas si se diferencian en unos hilos, ocurrirá que uno será prontamente vendido mientras el otro permanece ignorado en un estante, si bien al poco puede que sea éste el que se revele objeto de la mayor y más alocada demanda. En comparación, el tatuaje no es una costumbre tan bárbara como se dice; y no lo es, sencillamente, porque la impresión es intradérmica e inalterable.

Me cuesta creer que nuestro sistema productivo sea el mejor para vestir a los hombres. La condición del obrero se está volviendo muy similar a la de su homólogo inglés, hecho del que no cabe maravillarse puesto que, por lo que me ha sido dado oír y observar, el objetivo principal no consiste en que la humanidad vaya honesta y adecuadamente vestida sino, evidentemente, en procurar el enriquecimiento de las empresas. A la larga, los hombres dan sólo en el blanco que les interesa. Por consiguiente, aunque al principio fallen, mejor sería que pusieran sus miras en algo elevado.

En cuanto a la habitación no negaré que se trata de una verdadera necesidad, aunque conocidos son los casos de hombres que se han pasado sin ella largo tiempo y en países más fríos que éste. Dice Samuel Laing[1] que «en su vestido de piel y saco de igual material que se echa por encima de la cabeza y hombros, el lapón duerme noche tras noche encima de la nieve... Y con una temperatura que extingui-

1. Viajero y autor escocés (1780-1868). (J. Gárate. *op. cit.*, p. 36.)

ría la vida de otros, arropados incluso con vestidos de lana». Él los había visto dormir así aunque, añade: «No son más fuertes que los demás». Pero, el hombre no vivió probablemente mucho tiempo en la tierra antes de descubrir cuan conveniente resultan la casa y las comodidades domésticas, con lo cual se hace más bien referencia a las que reporta la primera y no la familia; con todo, éstas deben ser sumamente parciales y aun ocasionales en aquellos climas donde la casa es inmediatamente asociada en nuestros pensamientos con el invierno o con la estación de las lluvias, mientras que durante dos terceras partes de año, salvo como parasol, resulta innecesaria. En nuestro clima y en verano, hubo un tiempo en que no representaba más que una forma de cobijo para pasar la noche. En las pictografías indias, un jacal simbolizaba una jornada de marcha, y una hilera de ellos, tallados o pintados en la corteza de un árbol, indicaba el número de pernoctas. El hombre no fue hecho tan membrudo y robusto sino para que tratara de estrechar su mundo y de enmurallarse en un espacio que le fuera apropiado. Al principio estaba desnudo a la intemperie; pero, aun cuando ello fuera agradable en días serenos y cálidos, la estación lluviosa y el invierno, por no decir el sol tórrido, habrían marchitado quizá su raza en flor de no haberse apresurado a dar a su desnudez el vestido de una protectora casa. Dícese que Adán y Eva se sirvieron de la parra antes que de ninguna otra ropa. El hombre tenía necesidad de un hogar, de un lugar cálido y cómodo; primero, del calor físico; luego, del de los afectos.

Podemos imaginarnos un tiempo, en plena infancia de la raza humana, cuando algunos emprendedores mortales hallaron su primer refugio en un hueco entre las rocas. Todo niño recomienza en cierto modo el mundo y gusta de permanecer al aire libre incluso cuando llueve o hace frío. Juega a las casas y a los caballos de manera instintiva. ¿Quién no recuerda el interés con que, de joven, exploraba los declives rocosos que pudieren delatar la existencia de alguna cueva? Era el natural anhelo de aquella porción de nuestra ascendencia primitiva todavía viva en nosotros. De la cueva hemos pasado a los techos de hoja de palma, de troncos y ramas, de lienzo entretejido, de hierba y paja, de tablas y cascajos, de piedras y tejas. Al final, no sabemos ya lo que significa vivir al aire libre, y nuestras vidas se han vuelto domésticas en más sentidos de lo que creemos. Entre hogar y campo hay una gran distancia. Y quizá sería bueno que pasáramos más de nuestros días y noches sin que mediara obstáculo alguno entre nosotros y los cuerpos celestes, y que el poeta no hablara tanto bajo techado o que el santo no se acogiera con tanta frecuencia a su protección.

Las aves no cantan en las cuevas, ni las palomas cultivan su inocencia en los palomares.

Con todo, si alguien abriga la intención de construirse una vivienda, le importa ejercitar en el empeño cierta medida de sagacidad yanqui, para no verse más tarde en un taller, en un laberinto sin salida, en un museo, en una prisión, cuando no en un espléndido mausoleo. Considerad primero cuán mínimo puede ser vuestro refugio para cumplir con lo absolutamente necesario. Por aquí he visto a indios *Penobscot* que vivían en tiendas de un liviano material de algodón, mientras la nieve alcanzaba a su alrededor un par de palmos, y hasta pensé que se alegrarían de que subiera aun más para resguardarles del viento. Antes, cuando la faena de ganarme la vida honradamente, con libertad suficiente para dedicarme también a mis propios empeños, era un asunto que me atribulaba más que ahora —pues, lamentablemente me he vuelto un tanto duro— solía reparar en una gran caja de madera próxima a la vía del tren, de unos dos metros de largo por uno de ancho, donde los trabajadores guardaban sus herramientas por la noche; y se me ocurrió que todo aquel que pudiere hacerse con una semejante por un dólar, después de haberle practicado algunos agujeros de ventilación podría recogerse en ella cuando lloviera y por la noche para, una vez cerrada la tapa, gozar en plena libertad de sus sentimientos y de independencia en su espíritu. No me parecía la peor de las alternativas, y en modo alguno desestimable. Uno podría velar cuanto quisiera y ponerse en marcha tan pronto como se levantara, sin que casero o amo alguno le atosigara a causa de la renta. Más de uno, que no habría muerto de frío en una caja como esa, se ve agobiado hasta la muerte por tener que pagar la renta de otra, sólo que más grande y lujosa. No estoy bromeando. La economía es un tema que puede ser tratado con ligereza, pero que no puede ignorarse.

Con los materiales que la propia Naturaleza suministraba, aquí se construyó en una ocasión una casa confortable para una raza ruda y resistente que vivía gran parte de su tiempo al aire libre. Gookin, que fue superintendente de los indios de la Colonia de Massachusetts, dice en 1674: «Sus mejores casas están cubiertas con gran cuidado, de manera cálida y acogedora, con corteza arrancada de los árboles en aquellas estaciones en que la savia fluye poderosamente hacia arriba, corteza que luego es conformada bajo la presión de pesados troncos... Las casas más pobres aparecen revestidas con unas esteras confeccionadas con una especie de juncos, y resultan tan compactas y cálidas como las primeras, aunque no tan buenas... Las he visto de hasta veinte y treinta o más metros de largo por diez de ancho... Me he alojado en

ellas a menudo y las he encontrado tan acogedoras como las mejores casas inglesas». Este autor añade que, por lo común, estaban alfombradas y adornadas con esterillas finamente trabajadas y bordadas, y que se mostraban provistas de utensilios diversos. Los indios habían progresado tanto que sabían cómo regular el efecto del viento reinante mediante una estera accionada por unas cuerdas suspendida encima del respiradero o chimenea del techo. Una vivienda así podía ser levantada por primera vez en un día, o como máximo en dos, y se desarmaba y volvía a armar en lo sucesivo en el plazo de unas pocas horas. Cada familia poseía una, o por lo menos parte.

En el estado salvaje, cada familia posee una morada tan buena como la mejor, y suficiente para satisfacer sus necesidades más sencillas y perentorias; pero no creo que me extralimite al decir que si las aves disponen de nidos, los zorros de madriguera y los salvajes de chozas, en la moderna sociedad civilizada no son más dé la mitad las familias que cuentan con albergue propio. En las ciudades y pueblos grandes, donde predomina la civilización, el número de quienes poseen habitación propia apenas si asciende a una pequeñísima fracción de la comunidad. El resto paga una cantidad anual por esta prenda, la más externa, que se ha hecho indispensable tanto en invierno como en verano, y cuyo coste bien podría bastar para adquirir un poblado entero de chozas indias, aunque ahora no hace sino mantenerlos en estado de indigencia durante toda la vida. No deseo insistir en la desventaja que lleva el alquilar frente al poseer, pero es evidente que el indio es dueño de su habitación porque ésta cuesta poco, mientras que el hombre civilizado generalmente alquila la suya porque carece de medios con qué adquirirla; y si me apuran, diré que, a la larga, esos tampoco le bastan para sufragar la renta con desahogo. Pero responde uno: «Por sólo el pago de aquélla, el pobre hombre civilizado se asegura una residencia que es un palacio en comparación con la del salvaje». Una renta anual de veinticinco a cien dólares —estos son los precios en el país— le da derecho a beneficiarse del progreso de siglos: salas espaciosas, pintura limpia y empapelados, chimenea Rumford, revocados interiores, celosías, bomba de cobre, cerrojos de resorte, bodega amplia y muchas otras. Pero ¿cómo se explica que aquel de quien se dice que disfruta de estas cosas sea, en general, un hombre civilizado *pobre*, mientras que el salvaje, que carece de ellas, sea rico en su condición de tal? Si se afirma que la civilización representa un adelanto real en la situación humana —y creo que, en efecto, lo es; aunque sólo el sabio sabe aprovecharse de ello— debe demostrarse que ha producido mejores viviendas sin hacerlas más costosas; porque el costo de una casa

es la cantidad de lo que llamaré *vida* que hay que dar a cambio, en seguida o a la larga. Puede que el precio de una casa corriente en nuestra vecindad ascienda a unos ochocientos dólares, y que el acumular esta suma le lleve de diez a quince años a un trabajador, incluso si no tiene familia a que subvenir, si estimamos en un dólar por día el valor pecuniario de cada hombre —pues si algunos reciben más, verdad es que otros no llegan a tanto—; de modo que aquél habrá pasado más de la mitad de su vida adulta antes de que haya ganado *su* albergue. Si, en cambio, suponemos que paga una renta, su elección entre dos males resulta más bien dudosa. ¿Sería cuerdo que en estas condiciones el salvaje cambiara su jacal por un palacio?

Puede pensarse que yo reduzco casi todas las ventajas de la posesión de esta propiedad superflua a un fondo de reserva para el futuro, por lo que al individuo concierne, principalmente para sufragar los gastos de su funeral. Pero cabe que al hombre no se le exija que se entierre. En todo caso, lo dicho subraya una importante diferencia entre el hombre civilizado y el salvaje. No dudo de que al hacer de la vida del hombre civilizado una *institución,* donde la del individuo es absorbida en gran medida con miras a preservar y perfeccionar la de la raza, se ha pretendido favorecernos. Sin embargo, me gustaría señalar a qué precio han sido obtenidas estas ventajas actualmente y sugerir de paso que posiblemente podemos vivir de manera que nos alcancen sin sufrir por ello ninguna inconveniencia. ¿Qué queréis decir con eso del eterno pobre en vosotros, o de padres que no han comido sino uvas acidas y de niños con dentera?

«Vivo yo, dice el Señor Jehová, que nunca más tendréis *por qué* usar este refrán en Israel.»

«He aquí que todas las almas son mías; como el alma del Padre, así la del Hijo; el alma que pecare, esa morirá.»[1]

Cuando pienso en mis vecinos, los granjeros de Concord, cuya posición es por lo menos tan buena como la de las otras clases, observo que la mayoría han estado trabajando veinte, treinta o cuarenta años para poder hacerse realmente con su propiedad, que por lo general han heredado con gravámenes o adquirido con capital prestado —y podemos considerar una tercera parte de su labor como coste de sus casas— aunque lo común es que no la hayan pagado todavía. Verdad es que a menudo, las cargas superan a veces el valor de la alquería, de manera que es esta misma la causa de su mayor aflicción, pese a lo cual se encuentran hombres prestos a heredarla porque, dicen, la co-

1. Ezequiel XVIII, 3, 4, Trad.

nocen bien. Y no deja de sorprenderme que, a decir de los recaudadores, no lleguen siquiera a doce en esta ciudad quienes sean dueños absolutos de lo que regentan. Si deseáis conocer la historia de esas granjas, preguntad en el banco donde han sido hipotecadas. Y es que el hombre que ha pagado cabalmente la suya con su trabajo es tan raro que todos le señalan. Dudo mucho que haya siquiera tres en Concord. Lo que se ha dicho de los comerciantes, que fracasan en su gran mayoría, hasta noventa y siete de cien, es aplicable asimismo a los granjeros. Con respecto a los primeros, no obstante, me replica uno atinadamente que gran parte de sus descalabros- no son verdaderas quiebras pecuniarias sino medios para eludir el cumplimiento de sus compromisos si éstos se les antojan inconvenientes; es decir, que es el carácter moral lo que falla. Pero esto confiere un cariz infinitamente peor a la cosa a la vez que, por lo demás, sugiere que probablemente, ni siquiera aquellos tres logran salvarse de la quema, sino que quizás hayan quebrado de manera más grave que quienes han fracasado honestamente. La quiebra y la repudiación se han convertido en el trampolín desde el que gran parte de nuestra civilización gira y voltea peligrosamente; el salvaje, entretanto, cuenta con la rígida tabla del hambre. Con todo, la Feria de Ganado de Middlesex sigue convocándose brillantemente cada año, como si todos los engranajes de la máquina agrícola estuvieran bien engrasados. El labriego trata de resolver el problema de su subsistencia por medio de una fórmula más complicada aun que aquél. Para conseguir apenas el mínimo imprescindible especula grandiosamente con puntas de ganado. Con consumada destreza tiende su finísimo cepo al bienestar y a la independencia y, al darse la vuelta, resulta cazador cazado. Por eso es pobre; y por igual razón lo somos todos con respecto a mil comodidades salvajes aun viéndonos rodeados de lujo. Como dice Chapman:[1]

The false society of men
for earthly greatness
all heavenly comforts rarefies to air.[2]

Y cuando el granjero ha conseguido su casa, puede que resulte más pobre por ello y que sea ésta la que se ha adueñado de él. A mi en-

1. George Chapman (1559?-1634), poeta y dramaturgo inglés, traductor de Hornero. Fue mordazmente criticado por Ben Jonson, amigo suyo y coautor con él de una comedia que dio con ambos en la cárcel por satirizar a los seguidores ingleses de James I. Trad.

2. «La falsa sociedad de los hombres / a cambio de la grandeza terrena / convierte en aire todos los bienes celestiales.» Trad. de J. Gárate, *op. cit.*, p. 41.

tender es perfectamente válida la objeción que hiciera Momo a Minerva[1] con respecto a la casa construida por ésta, «que no era movible y que, por tanto, no sería posible evitar una mala vecindad», inconveniente que podemos denunciar aún hoy, pues nuestras casas suelen ser tan complicadas que más que alojarnos parece que nos tienen presos, y puesto que la mala vecindad que tenemos que evitar es la de nuestras ruines personas. En esta ciudad conozco una o dos familias, por lo menos, que durante casi una generación han estado deseando vender su hogar de las afueras para trasladarse al centro, y no lo han logrado, de modo que sólo la muerte les librará de tal cuita.

Estoy de acuerdo en que, al final, la *mayoría* se revela capaz de poseer o alquilar una casa moderna, con todas sus ventajas. Mientras que la civilización ha ido mejorando nuestro habitat, no ha hecho igual con los hombres que han de poblarlo. Ha creado palacios, pero no era tan fácil crear nobles y reyes. *Y si los objetivos que persigue el hombre civilizado no tienen más valor que los del salvaje, si empeña la mayor parte de su vida en la satisfacción de necesidades no imprescindibles y de meras comodidades, ¿por qué ha de tener una morada mejor que la de aquél?*

Pero ¿que tal le va a la *minoría* pobre? Quizá se descubra que justo a medias, pues si en circunstancias externas algunos se encuentran por encima del salvaje, otros, en cambio, no llegan a su nivel. La abundancia de una clase se compensa con la indigencia de la otra. De un lado tenemos el palacio; del otro, el asilo y «el pobre silencioso». Los millares de hombres que edificaron las pirámides destinadas a convertirse en tumba de los faraones egipcios eran alimentados con ajos, y puede que a su muerte no fueran siquiera enterrados. Es posible que el albañil que remata la cornisa del palacio se reintegre, acabada la jornada, a una choza que no sea mejor que una tienda india. Es un error el suponer que en una ciudad en la que existen pruebas evidentes de civilización, la condición que afecta a gran parte de sus habitantes no pueda ser peor que la de los salvajes. Me refiero a los pobres degradados, no a los ricos así. Para darme cuenta de ello me basta con contemplar las chabolas que por doquier se alinean a lo largo del tendido férreo, ese último logro de nuestra civilización; otro tanto cabría decir ante la imagen que con ocasión de mis paseos cotidianos ofrecen a mis ojos tantos seres humanos hacinados en lóbregos cuchi-

1. Momo: hijo del sueño y de la noche. Satírico en extremo, hallaba falta en todas las cosas. Juzgó las obras de Neptuno, Minerva y Vulcano y en todas halló defectos. Trad.

triles, con la puerta abierta durante todo el invierno en ansiosa búsqueda de luz, sin provisión de leña a la vista o siquiera imaginable, donde jóvenes y viejos muestran el cuerpo contraído por el hábito de encogerse ante el frío y la miseria, y los miembros achatados de tanta y tanta escasez. En verdad que es de justicia el reparar en esa clase de hombres a cuyo trabajo se deben los logros que distinguen esta generación. Y tal es, más o menos, la condición de todos los obreros en Inglaterra, el gran taller del mundo por antonomasia. También podría remitiros a Irlanda, señalada en los mapas como uno de esos puntos blancos o ilustrados. Comparad la condición física del irlandés con la del indio norteamericano o con la del isleño de los mares del Sur, o aun con la de cualquier raza salvaje antes de su degradación por causa del contacto con el hombre civilizado. Con todo, no me cabe la menor duda de que quienes rigen a esas gentes son tan avisados como el promedio de los gobiernos cultos. Su estado, pues, prueba solamente cuánta escualidez puede coexistir con la civilización. No hace falta que me refiera ahora a los trabajadores de nuestros estados sureños que producen las principales exportaciones del país, y que a su vez son productos del entorno. Me limitaré a considerar aquellos cuyas circunstancias se dicen *moderadas*.

La mayoría de hombres no parecen haber parado mientes jamás en qué significa una casa, y viven pobremente toda su vida, innecesariamente, porque creen su deber el hacerse con una como la del vecino. ¡Como si uno estuviera obligado a vestir cualquier prenda que le cortara el sastre o como si, después de haber abandonado el tocado de hojas de palma o de pelo de marmota se quejara de tiempos difíciles por no poderse permitir el lujo de comprarse una corona! Se puede inventar una casa aun más conveniente y lujosa que la que poseemos, aunque todos convinieran en que no habría hombre alguno con medios suficientes para adquirirla. ¿Hemos de esforzarnos siempre por obtener más de estas cosas en lugar de contentarnos alguna vez con menos? ¿Ha de enseñar el ciudadano respetable, por precepto y ejemplo, con prosopopeya gratuita, que es necesario que el joven adquiera un número superfluo de relucientes zapatos y de paraguas, amén de proveer antes de su muerte habitaciones desiertas para huéspedes no menos vacíos? ¿Por qué no han de ser nuestros muebles tan sencillos como los del árabe o los del indio? Cuando pienso en los benefactores de la raza, a quienes apoteósicamente hemos ensalzado como mensajeros del cielo portadores de divinos presentes, no puedo imaginármelos con séquito alguno ni impedimenta de muebles a la moda. Y puestos a conceder —que no sería poco—, ¡que nuestros muebles fue-

ran tanto más complejos que los del árabe como mayores nuestras facultades morales e intelectuales con respecto a las suyas! Ahora nuestros hogares aparecen abarrotados de ellos, y una buena ama de casa barrería la mayor parte con la basura y aún le quedaría faena matinal por hacer. ¡Faena matinal! ¡Por los arreboles de Aurora y la música de Memnon, ¿cuál debería ser el trabajo matutino del hombre en este mundo?! Yo tenía tres pedazos de piedra caliza sobre el escritorio y con gusto me libré de ellos al ver, espantado, que era necesario quitarles el polvo cada mañana, cuando el mobiliario de mi mente no se había desprovisto aún del suyo. ¿Cómo iba yo a tener, pues, una casa amueblada? Preferiría sentarme al aire libre porque en la hierba no se forma polvo, salvo donde el hombre ha desnudado al suelo de ella.

Son los pedantes y los disipados quienes marcan las modas que arrastran rebaños. El viajero que se detiene en las llamadas mejores casas pronto lo descubre, pues sus anfitriones dan por creerle un sardanápalo, y si él se rindiera a sus ternezas pronto se vería en la más absoluta miseria. Opino que en el ferrocarril tenemos tendencia a invertir más en lujo que en seguridad y conveniencia, y así es como sin alcanzar ninguna de aquéllas, amenaza convertirse en un salón moderno, con sus divanes, otomanas y pantallas, amén de un centenar de objetos orientales que nos hemos traído a Occidente y que han sido inventados para el harén y para los afeminados nativos del Celeste Imperio, fruslerías, el conocimiento tan sólo de cuyos nombres debiera avergonzar a Jonathan.[1] Preferiría sentarme sobre una calabaza y disponer enteramente de ella que apretujarme sobre un cojín de terciopelo; transitar libremente en un carro tirado por bueyes que ir al cielo en el suntuoso coche de un tren de excursión, percibiendo un olor infecto durante todo el trayecto.

Las mismas sencillez y sobriedad de la vida del hombre en la Edad Primitiva abonan lo que digo o, por lo menos, denotan que aquél no era más que un transeúnte en la Naturaleza, y que una vez reparadas las fuerzas con alimento y descanso, ponía su vista nuevamente en el camino. Habitó este mundo como si fuera una tienda de campaña, enhebrando valles, cruzando llanuras y escalando montañas. Pero ¡ay! los hombres se han convertido en herramientas de sus herramientas. Aquel que con toda libertad tomaba el fruto del árbol para calmar su hambre se ha vuelto agricultor; y el que se acogía al árbol en busca de refugio

1. Genérico para el pueblo de EE.UU. Se dice que, originalmente, aplicado por Washington a Jonathan Trumbull, gobernador de Connecticut, luego a los habitantes de Nueva Inglaterra y, por extensión, de EE.UU. (Trad.)

cuenta hoy con una casa. Hemos dejado la acampada de pernocta para fijarnos en la tierra olvidándonos del cielo. Hemos adoptado el cristianismo meramente como si se tratara de una forma mejorada de *agri*-cultura. Así, hemos edificado una mansión familiar para este mundo y una tumba acorde para el otro. Las mejores obras de arte son la expresión de la lucha del hombre por liberarse de su condición, pero nuestro arte no tiene otro efecto que hacer cómodo este estado inferior y que nos olvidemos del otro. Realmente no hay cabida en este pueblo para una obra de arte, si es que alguna ha llegado hasta nosotros, porque ni nuestras vidas ni nuestras casas y calles le ofrecen un pedestal adecuado. No hay clavo del que colgar un cuadro ni estante donde poner el busto de un héroe o de un santo. Cuando pienso en cómo se construyen y pagan —o no se pagan— nuestras casas, me maravillo de que el piso no ceda bajo los pies del visitante mientras éste admira las chucherías que adornan la mesa del comedor, y dé con él en el sótano, donde, por lo menos, irá a parar a una base de tierra tan sólida como honesta. No puedo evitar el darme cuenta de que esta vida que se dice refinada y rica no es sino algo a lo que se ha accedido de un salto; de modo que, ocupada toda mi atención en rehuir las posibles consecuencias de éste, me sea imposible gozar de las *obras de arte* que adornan aquélla. Y es que, en ese sentido, recuerdo que el mayor salto jamás dado por acción sólo de músculos humanos ha sido atribuido a unos árabes errantes a quienes parece habérseles registrado una de hasta seis metros de altura. Pero, si no media un apoyo artificial, seguro que el hombre ha de caer de nuevo a la tierra. De ahí, que la primera pregunta que me siento tentado a formular al *propietario* de esa *impropiedad* sea: «¿Quién te sostiene? ¿Eres tú uno de los 97 que fracasan o de los tres que alcanzan el éxito? Responde a estas preguntas, y puede que contemple tus fruslerías y las encuentre decorativas». El carro delante del caballo no es ni bonito ni útil. Antes de que podamos adornar nuestras casas con objetos hermosos es necesario desnudar las paredes, tanto como nuestras vidas para hacer nuevos fundamentos sólidos con una gestión doméstica y un vivir hermoso: sin embargo, el gusto por lo bello se cultiva principalmente al aire libre, donde no hay casa ni casero.

El viejo Johnson, hablando en su «Wonder-Working Providence», de los primeros colonos de su ciudad, contemporáneos suyos, nos dice que «como primer refugio, iban a ocultarse en el seno de la tierra, en alguna excavación practicada al efecto en la ladera de una colina, y que echando tierras sobre maderos producían una humeante fogata en el punto más elevado de la vertiente». «Carecerían de casas, añade,

hasta que la tierra, por la bendición del Señor, no hubiere hecho fructificar el pan que iba a alimentarlos, y que, aun éste, de puro escaso el primer año, tenía que ser cortado en finísimas raciones de prolongada duración». En 1650, el Secretario de la Provincia Nuevos Países Bajos escribía en holandés para información de quienes deseaban obtener una concesión de tierras allí que «los pobladores de su provincia, y en especial los de Nueva Inglaterra, que al principio carecen de medio con que construirse granjas como desearían, se ven obligados a cavar una oquedad en el suelo, algo así como un pozo cuadrado de unos dos metros de profundidad y de ancho y largo como juzguen apropiado, para retener luego la tierra mediante una especie de encofrado, cuyas junturas refuerzan por añadidura con cortezas de árboles u otro material que impida la penetración de la tierra. Luego enmaderan el piso y el techo, ese a modo de cielo raso entablado, y por último elevan desde ahí unas perchas cuyo objeto no es otro que dar apoyo a un sombrajo o cobertura de césped o toba, de manera que puedan mantenerse secos y caldeados con sus familias durante dos, tres y hasta cuatro años, en el bienentendido de que es posible añadir tabiques a medida que la dinámica familiar lo haga necesario. Los ricos y principales de Nueva Inglaterra construyeron así sus primeras moradas por dos razones: primero, para no perder tiempo en la edificación y verse por ello faltos de comida en la estación siguiente; y segundo, para no desanimar a las pobres gentes trabajadoras que habían acudido en gran número desde la vieja patria. Transcurridos tres o cuatro años, una vez que el país hubo sido adaptado a la agricultura se construyeron casas hermosas cuyo coste ascendió a muchos miles».

Procediendo así, nuestros antepasados revelaron por lo menos cierta medida de prudencia, como si el principio que animara su hacer fuera primariamente la satisfacción de las necesidades más perentorias. ¿Y ahora? Cuando pienso en adquirir una de estas moradas nuestras tan lujosas, me veo inmediatamente disuadido de ello porque, por decirlo así, el país no se ha adaptado aún a la cultura *humana* y nosotros seguimos obligados a cortar nuestro pan *espiritual* en rebanadas mucho más finas que lo hicieran nuestros antepasados. No se trata de que debamos renunciar a los adornos arquitectónicos ni siquiera en los periodos más difíciles, pero ¡revistamos primero nuestra casa de belleza, en cuanto nos afecta de manera tan íntima como el caparazón al molusco, y así no nos sentiremos agobiados por ella! Pero ¡ay! he estado ya dentro de una o dos de ellas y sé muy bien como resultan. Aunque no hemos degenerado tanto que no pudiéramos vivir en una cueva o en una tienda, o servirnos de pieles para vestir, en verdad es mejor

aceptar las ventajas que la industria e inventiva humanas nos ofrecen, pese a haber sido adquiridas a coste tan elevado. En una comunidad como la nuestra, los tableros y bardas, la cal y los ladrillos son más baratos y más fáciles de obtener que las cuevas adecuadas, que los troncos de buena medida e incluso que las piedras planas o la arcilla de fraguado. Hablo de este tema con pleno conocimiento porque me las he visto con él teórica y prácticamente. Con un poco más de ingenio, podríamos servirnos de estos materiales para hacernos más ricos que los cresos de hoy y para convertir nuestra cultura en una bendición. El hombre civilizado es, al fin y al cabo, un salvaje con más conocimientos y experiencias. Pero, vayamos al grano.

Hacia finales de marzo de 1845 pedí prestada un hacha y me dirigí a los bosques próximos a la laguna de Walden, a un lugar inmediato al emplazamiento previsto para mi cabana, donde empecé a talar algunos pinos blancos de gran altura. Es difícil empezar sin pedir prestado, pero acaso sea ésta la forma más generosa de hacer que el prójimo participe en vuestra empresa. Que era la niña de sus ojos, me dijo el dueño del hacha al entregármela; pero yo se la devolví más afilada aún que cuando la recibiera. Mi lugar de trabajo se hallaba en una ladera de suave pendiente cubierta de pinos que enmarcaban la vista del lago, junto al cual se abría un pequeño campo delimitado aquí y allá por más pinos y nogales. Pese a mostrar ya algunos espacios abiertos, el hielo de la laguna no se había disuelto aún y se veía completamente oscuro y repleto de agua. Aquellos días hubo algunas ventiscas de nieve, pero la mayor parte del tiempo, cuando emprendía el regreso al pueblo siguiendo la vía del ferrocarril, sus dorados taludes de arena se sucedían centelleantes en la brumosa atmósfera, mientras los raíles brillaban al sol de la primavera, y la alondra, el tirano y otras aves se encontraban de nuevo entre nosotros para recomenzar otro año. Eran unos apacibles días de primavera, en los que el invierno del descontento humano[1] iba deshelándose con la tierra, y la vida, hasta entonces aletargada, empezaba a desperezarse. Un día que mi hacha se había desprendido del mango, después de haberme permitido abatir un nogal verde del que obtuve una cuña que hinqué en el asidero con ayuda de una piedra —para dar luego con todo en una charca para que se hinchara la madera— vi como una culebra, de esas de rayas, se internaba en el agua y se quedaba en el fondo, al parecer sin la menor

1. *Ricardo III*, de Shakespeare, acto I, escena I. Trad.

dificultad, durante todo el tiempo que permanecí allá: más de un cuarto de hora. Puede que esto le resultara posible por no haber salido aún del todo de su estado de sopor. Se me ocurrió que, por igual razón, son muchos los hombres que permanecen en su presente situación, baja y primitiva; pero si sintieran la influencia del impulso primaveral, ese renacer les llevaría necesariamente a una vida más elevada y etérea. Antes me había cruzado ya en la senda con culebras, que en la helada mañana aparecían con parte de su cuerpo aún insensible y rígido, en espera del sol que las deshelare. El día primero de abril llovió, y se derritió el hielo. A primera hora oí a un ganso extraviado que tentaba su camino por la laguna, al tiempo que se exclamaba como si anduviera sin norte o como si fuera un espíritu de la niebla.

Continué así varios días, cortando y desmochando ramas con mi hachuela, cepillando parales y cabrios, libre de pensamientos eruditos o de valor que justificara especialmente su comunicación; cantaba para mí:

Men say they know many things;
But lo! they have taken wings,
The arts and sciences,
And a thousand appliances;
The wind that blows
Is all that any body knows.[1]

Desbasté los largueros de más de seis pulgadas, las vigas por dos lados solamente, y los parales y tablazón por un lado, dejando en el resto la corteza, de modo que resultaban tan rectos como los aserrados y mucho más robustos. Como para entonces había obtenido prestadas otras herramientas diversas, cada palo era cuidadosamente entallado y despatillado en su extremo. Mi día no se hacía muy largo en los bosques; solía llevar mi almuerzo de pan y mantequilla envuelto en el mismo periódico que solía leer a la hora de comer, acto que transcurría entre las ramas de pino recién cortadas, las cuales impartían parte de su fragancia a mi magro condumio pues mis manos estaban siempre cubiertas de una espesa capa de resina. Para cuando daba fin a mi tarea, era ya más amigo que enemigo de los pinos, pese a haber derribado más de uno, ya que habían aumentado también mis conocimientos acerca de ellos. A veces, algún vagabundo era atraído

1. «Son muchas las cosas que los hombres dicen saber / pero ¡ay! han tomado alas / artes, ciencias / y mil martingalas; / y no es sino el viento que sopla, / lo que los más llegan a conocer.»

por el ruido del hacha, y su presencia y chachara entre las astillas propiciaba siempre un grato descanso.

Comoquiera que no apresuré el trabajo, sino que de él traté de obtener la mayor satisfacción, mi casa quedó ensamblada y lista para cubrir hacia mediados de abril. Para hacerme con los tablones necesarios para ello había comprado ya la cabana de James Collins, un irlandés que trabajaba en el ferrocarril de Fitchburg. Por cierto, que esta cabana se consideraba de calidad fuera de lo común. Cuando fui a verla, el dueño no se encontraba allí, de manera que decidí inspeccionarla primero por fuera, lo que hice inobservado dada la altura y profundidad de la única ventana. Se trataba de una construcción de escasas dimensiones, de techado puntiagudo y sin más caracteres de importancia apreciables a primera vista, pues los cascajos y el lodo, como si se tratara de un montón de estiércol, alcanzaban en derredor una altura de casi metro y medio. El techo era lo más sólido, pese a revelárseme algo alabeado y quizá quebradizo por la acción del sol. No había marco en la puerta, pero se había previsto un paso constante para las gallinas. La señora Collins apareció de pronto y me invitó a entrar, acto que puso en movimiento a las ponedoras. El interior era oscuro, el piso —en su mayor parte de tierra batida— era húmedo y pegajoso; sólo aquí y allá lo ocultaba algún madero que, sin duda, no soportaría muchas manipulaciones. La mujer encendió una lámpara para enseñarme el interior de la techumbre y paredes, así como que la madera del zaguán se prolongaba hasta debajo del lecho, al tiempo que me advertía que no entrara en el sótano, agujero excavado en la tierra más bien, de algo más de medio metro de profundidad. Según sus propias palabras «había buena madera arriba, buenas maderas en torno, y una buena ventana», de dos vidrios originalmente, de la que últimamente sólo había hecho uso el gato para sus salidas. Había una estufa, una cama, un lugar para sentarse, un niño —nacido allí—, una sombrilla de seda, un espejo dorado y un molinillo de café, visiblemente nuevo, clavado en un tocón de roble joven: eso era todo. James, entretanto, había vuelto, y en seguida cerramos el trato. Yo tenía que pagar cuatro dólares y veinticinco centavos aquella misma noche; él abandonaría la choza hacia las cinco de la mañana, sin vender entretanto nada a nadie; y yo tomaría posesión de ella una hora después, es decir, a las seis. «Bueno sería —dijo— que acudiera a primeras horas para anticiparme a algunas reclamaciones vagas, totalmente injustas, referentes a la renta del suelo y al combustible». Ésta era la única pega, me aseguró. A las seis, en efecto, me crucé con él y familia en el camino. Un gran fardo encerraba todo su mundo: cama, molinillo, espejo y gallinas, todo menos el gato,

que se echó al monte y, según supe algún tiempo después, se convirtió en felino salvaje, para caer un día en una trampa tendida a las marmotas y acabar, a la postre, como felino muerto.

Aquella misma mañana desmantelé el chamizo arrancando los clavos, y en repetidos viajes con una carretilla de mano transporté planchas y maderos cerca de la laguna para que se secaran y enderezaran de nuevo al sol. Un zorzal tempranero me regaló un par de notas de paso por el bosque. Más tarde fui informado traicioneramente por un joven llamado Patrick de que el vecino Seeley, un irlandés, aprovechaba los intervalos de acarreo para hacerse con los clavos útiles, pues, suficientemente rectos, se podían aún clavar, y con las argollas y pernos. Luego, viéndome hacer, aquél permaneció impasible frente a mí, a buen seguro con pensamientos primaverales en la mente, mientras contemplaba con todo descaro la devastación, a falta, dijo, de más que hacer. Sin duda, estaba allí para representar a la clase de los espectadores y para ayudar a equiparar este insignificante evento con la deposición de los dioses de Troya.

Cavé mi sótano en la ladera sur de una colina, donde una marmota había excavado antes su madriguera, a través de raíces de zumaque y de zarzamora, y de la laya vegetal más baja, hasta que aquél midió casi dos metros cuadrados por algo más de profundidad y llegué a un fondo de fina arena, donde, ciertamente, no se me helarían las patatas ningún invierno. Dejé los lados en forma escalonada, sin empedrar; pero, no habiendo conocido jamás la luz del sol, la arena sigue aún en su sitio. El trabajo no me llevó más de dos horas; y esa roturación del terreno me produjo especial placer, pues verdad es que en casi todas las latitudes los hombres cavan hasta dar con una temperatura uniforme. En la ciudad, y debajo de la mansión más espléndida, es posible dar aún con el sótano donde, como antaño, se guardan las provisiones; mucho después de que haya desaparecido la superestructura de aquélla, las huellas dejadas en la tierra son indelebles. La casa no es sino una especie de porche edificado a la entrada de una madriguera.

Por fin, a primeros de mayo, y con la ayuda de algunos conocidos, más por aprovechar ocasión tan buena para reforzar lazos de vecindad que por verdadera necesidad, levanté la estructura de mi casa, y no ha habido hombre alguno que haya sido más honrado que yo por el carácter de sus ayudadores, los cuales están destinados, confío, a erigir algún día estructuras de más altura. Inicié la ocupación de mi casa el 4 de julio, es decir, tan pronto como la hube dotado de tabiques y techado, tabiques que dispuse con borde biselado, de manera que fueran impenetrables a la lluvia una vez solapados; sin embargo, antes

procedí a asentar los fundamentos de una chimenea-hogar en un rincón, para lo cual transporté a brazo colina arriba como dos carretadas de piedras desde la misma orilla de la laguna. Construí mi chimenea en otoño, después de cavar la huerta, antes de que los fríos hicieran necesario disponer de calor; entretanto, cociné al aire libre, a primeras horas de la mañana, lo cual estimo más conveniente y agradable en muchos aspectos que el proceder convencional. Cuando llovía antes de que mi pan estuviera cocido, fijaba unos cuantos tableros o listones por encima del fuego y me sentaba a su abrigo en espera de que mi hogaza estuviera lista, con lo cual obtenía de paso unas horas de grata contemplación. En aquellos días, de gran ocupación para mis manos, leía muy poco; pero, los retazos de papel que revoloteaban por el suelo, mi mesa y mantel de fortuna, me proporcionaban tanto entretenimiento como si se hubiera tratado, de hecho, de la Iliada.

Valdría la pena, quizá, construir de una manera más ponderada de lo que yo lo hice, considerando por ejemplo qué fin guardan en relación con la naturaleza del hombre una puerta, una ventana, un sótano o una buhardilla, y absteniéndonos de construir jamás una superestructura hasta que para ello no diéramos con mejor razón que la vinculada a nuestras necesidades temporales. Opino que existe en el hombre la misma capacidad que permite al ave construir su nido, y ¿quién sabe si, en el caso de que los hombres construyeran sus casas con sus propias manos y proveyeran de alimentos tanto a su persona como a los suyos de modo suficientemente simple, honrado y eficaz, no se desarrollaría umversalmente una facultad poética al igual que cantan las aves umversalmente cuando se hallan empeñadas en similar tarea? Pero, ¡ay!, como los cuclillos y los molotros, que ponen sus huevos en los nidos construidos por otras aves, y que no alegran al viajero con sus gorjeos atropellados y ruidosos, así hacemos nosotros... ¿Cederemos siempre al carpintero el placer del construir? ¿Qué significa o qué papel ocupa la arquitectura en la experiencia del común de los mortales? Jamás di en mi inveterado deambular con hombre alguno dedicado a algo tan simple y natural como construirse su propia casa. Pertenecemos a la comunidad. Y no es sólo el sastre quien representa la novena parte del hombre activo; otro tanto cabe decir del predicador, del comerciante y del labriego. ¿Dónde están los límites de esta división del trabajo? ¿Y qué objeto tiene? No me cabe la menor duda de que otro *podría* pensar por mí; pero no es en modo alguno deseable que lo haga, eximiéndome así de esta labor.

Cierto, hay arquitectos en este país. Así se dice, y yo he oído hablar de uno, por lo menos, poseído de la idea de que el hacer adornos arquitectónicos encierra un núcleo de verdad, una necesidad; y, de ahí, belleza. Eso, como si para él fuera una revelación. Todo conforme, desde su punto de vista, pero apenas mejor que un «dilettantismo» bienintencionado. Reformador sentimental de la arquitectura, empezó por la cornisa, no por los cimientos. Todo consistía en cómo poner un poco de verdad en los ornamentos, ¡que cada ciruela dulce tuviera su hueso, vamos! (aunque, personalmente, estimo que son más convenientes y saludables las ciruelas acidas), y no cómo iba a construirse cada inquilino, cada usuario, por dentro y por fuera, dejando que los ornamentos o adornos se dispusieran a su aire. ¿Qué persona razonable pudo suponer jamás que los ornamentos eran algo puramente externo, que se hallaban en la piel, o que la tortuga se hizo con su moteado caparazón y el marisco con sus visos madrepóricos por medio de un contrato como el que suministró a los vecinos de Broadway su Iglesia de la Trinidad? Sin embargo, al hombre le cabe hacer tanto con respecto a la arquitectura de su casa como a la tortuga en cuanto concierne a su coraza; y así, el soldado no tiene necesidad de ser tan vano como para tratar de pintar el *color* exacto de su valor[1] en su estandarte ¡ya lo descubrirá el enemigo! Y puede que empalidezca llegada la hora. Me pareció, pues, que aquel hombre se inclinaba meramente sobre la cornisa para musitar a los rudos habitantes de la finca sus medias verdades, cuando aquéllos las conocían mejor. Sé que lo que alcanzo a ver hoy de bello en arquitectura ha partido gradualmente desde dentro, de las necesidades y carácter del ocupante, único constructor, de una nobleza y verdad inconscientes, que excluyen toda consideración a lo aparente; toda belleza adicional que de ello resulte tendrá sus raíces en una hermosura de vida igualmente indeliberada. Las viviendas más interesantes de este país, como no ignora el pintor, son las que menos pretensiones tienen: las masías y las cabanas de troncos de los más pobres; es la vida de quienes las habitan y no una o más particularidades de su exterior lo que, en definitiva, las hace *pintorescas. E* igual de interesante ha de resultar el habitat del poblador urbano cuando su vida sea tan sencilla y grata a la imaginación que no se perciba en el estilo de aquél el menor esfuerzo por causar efecto. Una gran proporción de los adornos arquitectónicos comunes son sencillamente triviales y superfluos, y poco quedaría de ellos tras una tormenta septembrina, ¡fruslerías añadidas!, que por lo demás no afectaría a las cosas esenciales. Quienes carecen

1. El color amarillo suele usarse como símbolo de cobardía. Trad.

de olivas y vino en el sótano pueden arreglárselas sin *arquitectura*! ¿Qué ocurriría si se hiciera tanta alharaca acerca de los adornos de estilo en la literatura, y los arquitectos de nuestras biblias dedicaran tanto tiempo a las cornisas como invierten los de nuestras iglesias? ¡Así resultan las *belles lettres y beaux arts* y quienes los profesan! Pues ¡vaya, mucho es lo que le importa al hombre cómo se colocan en torno a él algunos tirantes y largueros, ciertamente, al igual que los colores que van a adornar la cala que le encierra! Lo entendería si, en verdad, hubiera sido *él* quien así lo dispusiera; pero huérfanos aquellos del espíritu del morador es como si se tratara de un ataúd —la arquitectura funeraria— y «carpintero» no es entonces sino sinónimo de «enterrador». En su indiferencia o desesperación por la vida uno llega a decir: «Toma un puñado de la tierra que se encuentra a tus pies, y pinta tu casa de ese color». ¿Acaso piensa en su última y ajustada morada? Apostad a que sí. ¡Qué abundancia de ocio debe tener! ¿A santo de qué echar mano de un puñado de tierra? Mejor pintar la casa de vuestro propio color y que dejéis que empalidezca o se ruborice por vosotros llegado el caso. ¡Empeñarse en mejorar el estilo arquitectónico de la vivienda; cuando tengáis ornamentos apropiados para mí, los usaré!

Antes de que llegara el invierno construí una chimenea y recubrí los costados de mi casa, para entonces ya impermeable, con ripias desiguales y llenas de savia, obtenidas de la primera madera cortada y cuyos cantos me vi obligado a enderezar por consiguiente con un cepillo.

Dispongo, pues, de una casa de firme tablazón, revocada, de tres metros de ancho por tres y medio de largo, con pilares de dos metros y medio, con buhardilla y guardarropa, ventanal a cada lado, trampillas de ventilación, puerta en un extremo y chimenea de ladrillo al otro. El precio exacto de mi propiedad en base al coste de los materiales usados y excluyendo el trabajo invertido fue como seguirá; y que conste que si lo detallo así es porque son pocos los que pueden decir con exactitud cuánto cuesta su casa, y menos aún quienes son capaces, de serlo alguno, de precisar el monto a que asciende por separado cada uno de los elementos integrados en la obra.

Tablas	$ 8,03 1/2	la mayoría ripias
Tablas de desecho, para el techo y las paredes	4,00	
Listones	1,25	
Dos ventanas de segunda mano con vidrios	2,43	
Mil ladrillos viejos	4,00	

Dos barriles de cal	2,40	resultaba cara
Cerda	0,31	más de lo que necesitaba
Soporte para el hogar	0,15	
Clavos	3,90	
Bisagras y tornillos	0,14	
Cerrojo	0,10	
Yeso	0,01	
Transporte	1,40	del cual cuidaron en gran medida mis espaldas
Total	$28,12 1/2	

Con excepción de la madera de construcción, las piedras y la arena, que reclamé a fuer de colono, esos son todos los materiales. Cuento también con un cobertizo adjunto, asimismo techado, que pergeñé con los sobrantes de la obra.

Abrigo la intención de construirme una casa que superará a todas las de la calle principal de Concord en empaque y lujo, toda vez que me placerá en igual medida y no me costará más de la que poseo ahora.

Así descubrí que el estudiante que quiere un refugio, puede obtenerlo de por vida a un coste que no es mayor que la renta que paga ahora por año. Y si os parece que me enorgullezco más de lo que es propio, mi excusa es que lo hago por la Humanidad más que por mí mismo; y tanto si me quedo corto como si me contradigo, la verdad de mi aserto no se ve mermada. Pese a la hipocresía y la gazmoñería reinantes —paja que encuentro difícil de separar de mi trigo, pero de la que me resiento como el que más— quiero respirar libremente y abundar en lo dicho, tal es el solaz que reporta tanto física como moralmente, de modo que he resuelto no convertirme en abogado del diablo por simple humildad. Hablaré, pues, en favor de la verdad. En Cambridge College,[1] el estudiante paga treinta dólares al año por la renta de una habitación apenas más grande que la mía, aunque la corporación tiene la ventaja de que puede construir treinta y dos, una al lado de la otra y bajo el mismo techo, de manera que su ocupante sufre el inconveniente de contar con un vecindario ruidoso y nutrido y, quizá, de verse alojado en el cuarto piso. No puedo sino pensar que si aplicáramos una visión más certera a esos asuntos, no sólo necesitaríamos menos educación, pues en verdad ya la hubiéramos adquirido, sino que el gasto pecuniario que representa el obtenerla se desvanecería en gran parte. Los refinamientos que necesita el estudiante en Cam-

1. De Harvard University. Trad.

bridge, o donde sea, le cuestan a él o a otro diez veces más de lo que valen con una administración correcta por ambas partes. Las cosas para las que se suele pedir las cantidades de dinero más grandes no son nunca aquellas que más necesita el estudiante. La enseñanza, por ejemplo, es una de las partidas más importantes en la cuenta del curso, en tanto que por la educación que obtiene asociándose con sus contemporáneos más cultos no se le carga nada. La manera de fundar un College consiste por lo general en abrir una subscripción en dólares y centavos, y luego en seguir ciegamente el principio de la división del trabajo hasta el extremo —principio que no debiera seguirse nunca sino con gran circunspección—, llamando a un contratista que hace de ello un motivo de especulación, y emplea a irlandeses o a otros trabajadores para poner los fundamentos, mientras que los que serán estudiantes, se dice que están adecuándose para ello; y por este yerro han de pagar sucesivas generaciones. Creo que tanto para los estudiantes como para quienes desean beneficiarse de ello *sería mejor* que ellos mismos pusieran los cimientos. El estudiante que asegura su deseada ociosidad y retiro eludiendo sistemáticamente toda clase de trabajo necesario para el hombre común no obtiene sino una ociosidad innoble y poco provechosa, al tiempo que se defrauda de la única experiencia que puede hacer aquélla productiva. «Pero, dice uno, ¿no querrá usted decir con esto que los estudiantes deberían ir a trabajar con las manos en lugar de hacerlo con la cabeza?» No, no es eso exactamente, pero sí algo que aquél podría pensar muy semejante; y es que no debieran *jugar* a la vida o meramente *estudiarla* mientras la comunidad les sufraga un juego tan costoso, sino *vivirla* intensamente de principio a fin. ¿Cómo podrían aprender mejor a vivir sino probando resueltamente el experimento de la vida? Creo que ello ejercitaría la mente tanto como las matemáticas. Si yo quisiera que un muchacho supiera algo de arte y ciencia, por ejemplo, no seguiría el proceder común, que consiste en enviarlo con un profesor, donde todo se profesa y practica menos el arte de vivir; donde el mundo es inspeccionado con un telescopio o con un microscopio y nunca con visión natural, y se estudia química sin aprender cómo se hace el pan; o mecánica sin saber a qué obedece, donde se descubren nuevos satélites para Neptuno y no se detecta la mota del ojo, ni de qué vagabundo es uno mismo satélite, o para ser devorado por los monstruos en derredor mientras se contempla los que pueblan una gota de vinagre. ¿Quién habría progresado más al cabo de un mes, el muchacho que se hizo su propia navaja que él mismo extrajo y fundió leyendo lo necesario para efectuar este trabajo, o aquel que presente en todas las clases de metalurgia del instituto

recibió un buen día de su padre un cortaplumas Rodgers? ¿Quién sena el primero en cortarse? ... ¡Para mi asombro, al dejar el *college* me enteré de que había estudiado navegación! ¿No habría sabido más si me hubieran dado tan sólo una vuelta por el puerto? Hasta el estudiante pobre estudia y le es enseñado sólo economía *política*, mientras que esa economía del vivir, que es sinónimo de filosofía, ni siquiera es profesada sinceramente en nuestros *colleges*. Y la consecuencia es que, mientras que aquél lee a Adam Smith, a Ricardo y a Say, hace que su padre se endeude irremediablemente.

Como con nuestros *colleges*, igual ocurre con un centenar de «mejoras modernas»; hay mucho de ilusión y no siempre se trata de progreso auténtico. El diablo sigue exigiendo hasta el final interés compuesto sobre su primera acción y sobre las innumerables inversiones posteriores. Nuestros inventos suelen ser juguetes bonitos que distraen nuestra atención de cosas más serias. No son sino medios mejores para llegar a un fin que no ha mejorado y que nunca ha dejado de ser de logro demasiado fácil, como asequibles resultan hoy Bostón o Nueva York por vía férrea. Tenemos prisa en construir un telégrafo magnético entre Maine y Texas; pero puede que Maine y Texas no tengan nada importante que comunicarse o que se encuentren en predicamento semejante al de aquel hombre que, ansioso de ser presentado a una distinguida señora sorda, cuando satisfizo por fin su deseo y le fue puesta en la mano la trompetilla que debió facilitar la comunicación, no supo qué decir. Como si lo importante fuera hablar con rapidez y no con sentido común. Deseamos construir un túnel debajo del atlántico para acortar en algunas semanas lo que nos separa del viejo mundo. Pero bien puede ocurrir que la primera noticia que llegue entonces a oídos americanos sea que la princesa Adelaida tiene la tos ferina. Después de todo, el hombre cuyo caballo corre una milla por minuto no siempre es portador del mensaje más importante. No se trata de evangelista alguno que se alimente de langostas y miel silvestre. Dudo que *Flying Childers*[1] haya llevado jamás siquiera un peck[2] al molino.

Me dice uno: «Me extraña que usted no ahorre. Le encanta viajar; hoy podría tomar el tren para Fitchburg y ver la campiña». Pero soy más inteligente que él. He aprendido que el viajero más veloz es aquel que va a pie. Así, contesto: «Supongamos que se trata de comprobar

1. Célebre caballo inglés de carreras. Trad.

2. Unidad de capacidad igual a dos galones. Se utilizó tanto para medir sustancias liquidas como sólidas y data del siglo XVI. (Dicc. de Unidades Científicas. H. G. Jerrard y D. B. McNeill, Bellaterra, 1974.)

quién llega primero; la distancia es de treinta millas y el billete de ida cuesta noventa centavos, es decir, casi el salario de un día. Me acuerdo de cuando los jornales ascendían a sesenta centavos en la construcción de este mismo ferrocarril. Pues bien, me pongo en camino ahora, a pie, y llego antes de la noche. Mientras tanto, usted habrá ganado el valor del pasaje, y llegará a destino mañana o puede que incluso esta noche si ha tenido la fortuna de conseguir un trabajo a tiempo. En vez de ir a Fitchburg, usted permanecerá aquí trabajando la mayor parte del día; de modo que si el tren se extendiera alrededor del mundo, creo que yo seguiría estando por delante; y lo de ver la campiña y adquirir esta clase de experiencia me exigiría el cortar definitivamente nuestra relación».

Así es la ley universal y nadie puede sustraerse a ella. En cuanto al ferrocarril podemos decir que es tan ancho como largo. El construir un tendido alrededor del mundo que sea asequible a la humanidad entera, equivale a nivelar toda la superficie del planeta. Los hombres abrigan la vaga idea de que si mantienen esta actividad conjunta de capitales y palas durante suficiente tiempo, todos terminarán por dirigirse a algún sitio, sin gasto apenas de tiempo y gratis; pero aunque la multitud se apresura hacia la estación y el conductor grita «¡Al tren!», cuando se disipe la humareda y se haya condensado el vapor se verá que sólo unos pocos han embarcado y que la inmensa mayoría ha sido atropellada. Se hablará entonces de un «accidente de melancolía»[1] y tal será. No hay duda de que quienes hayan ganado el importe de su billete viajarán al fin, es decir, si sobreviven el tiempo suficiente; pero para entonces habrán perdido probablemente su agilidad y aun el deseo de moverse. Eso de dedicar la mejor parte de la vida a ganar dinero con objeto de disfrutar de una libertad cuestionable durante la peor parte de aquélla me recuerda a aquel inglés que se fue a la India a hacer fortuna para luego poder regresar a Inglaterra y vivir una vida de poeta. Debería haber subido a la buhardilla en primer lugar. «¡Qué!», exclaman un millón de irlandeses surgiendo de golpe de todas las chozas del país. «¿Acaso no es una buena cosa ese ferrocarril que hemos construido?» «Sí», respondo, «*relativamente* buena, pues podrías haberlo hecho peor; pero siendo hermanos míos como sois, preferiría que hubierais invertido vuestro tiempo en algo mejor que el cavar en este lodo».

Deseando ganar diez o doce dólares por algún medio honrado y agradable para poder saldar estos desacostumbrados gastos antes de concluir la casa, sembré cerca de ella algo así como una hectárea de

1. *Lamentable o infausto,* lugares comunes de empleo socorrido. Trad.

terreno ligero y arenoso, con judías principalmente, amén de algunas patatas, maíz, guisantes y nabos. El lugar mide en conjunto unas cuatro hectáreas y media, en su mayor parte pobladas de pinos y nogales americanos, y fue vendido el año pasado a razón de ocho dólares y ocho centavos acre.[1] Uno dijo que «no servía sino para criar ruidosas ardillas». No puse abono, al no ser dueño sino intruso circunstancial, y por no esperar mayores cultivos futuros, y tampoco aré la tierra de vez. Arranqué algunos tocones, que solventaron mis necesidades de combustible durante bastante tiempo y que dejaron pequeños círculos de mantillo virgen, fácilmente distinguibles durante todo el verano por la mayor exuberancia de las judías allí crecidas. Los maderos viejos, prácticamente invendibles, que se hallaban detrás de la casa, y los arrastrados por las aguas de la laguna, me proporcionaron el resto del combustible. Tuve que hacerme con una yunta y un hombre para arar, aunque fui yo quien manejó el arado. Los gastos de mi pequeña finca durante la primera temporada ascendieron a 14,72 1/2 dólares entre herramientas, simientes y mano de obra. La semilla de maíz me fue regalada. De su coste no vale la pena hablar, a menos que uno plante más de lo suficiente. Obtuve doce *bushels*[2] de judías y dieciocho de patatas, además de guisantes y de maíz dulce. El maíz amarillo y los nabos fueron demasiado tardíos para que me dieran rendimiento. Mis ingresos, pues, fueron:

	$ 23,44
Restando gastos	14,72 1/2
Quedan	8,71 1/2

además del producto consumido y del disponible cuando este cálculo fue efectuado, por valor de 4,50 $, más que compensando lo disponible el poco de grano que no llegué a cosechar. Considerando todas las cosas, es decir, la importancia del alma del hombre y del presente, a pesar del poco tiempo dedicado a mi experimento, o mejor dicho, en parte a causa de su carácter pasajero, creo que las cosas me fueron mejor que a ningún otro granjero, ese año, en Concord.

El año siguiente se me dio aun mejor, pues cavé toda la tierra que necesitaba, alrededor de un tercio de acre, y aprendí por la experiencia de ambos años, sin que en modo alguno me impresionaran las numerosas obras célebres dedicadas a la agricultura, y entre ellas la de

1. 0,4 hectáreas.
2. 1 bushel = 30,4 litros, aproximadamente.

Arthur Young, que si uno viviera simplemente y se alimentara sólo de la cosecha de sus cultivos, y éstos no fueran más de los necesarios, ni trocados por una cantidad insuficiente de cosas más lujosas y caras, le bastaría con atender sólo a unas cuantas varas de terreno, que resultaría más barato cavar que arar con ayuda de bueyes y vería que es mejor seleccionar una porción virgen de vez en cuando que abonar lo viejo, con lo cual podría efectuar toda la labor agrícola necesaria, por así decir, con su mano izquierda y a horas sueltas del verano; de esta forma no se vería atado a un buey, caballo, vaca o cerdo, como es lo común. Deseo que mis palabras sean imparciales y como corresponderían a quien no estuviera interesado en el éxito o fracaso del presente orden económico y social. Yo era más independiente que ningún colono en Concord pues no estaba anclado en ninguna casa o granja sino que podía seguir en todo momento la inclinación de mi genio, que es bastante retorcido. Además de hallarme ya en mejor situación que ellos, si mi casa se hubiera incendiado o mis cultivos fracasado no habría estado ni mejor ni peor que antes.

Más de una vez se me ha ocurrido que no son los hombres quienes cuidan los rebaños sino que son éstos los cuidadores de aquéllos, dada su mayor libertad. Los hombres y los bueyes intercambian trabajo, pero si consideramos sólo el necesario, se verá que los segundos gozan de mayores ventajas pues el terreno de que disponen es mucho más grande. El hombre realiza parte de su labor de intercambio durante las seis semanas de recolección del heno, que no es juego de niños. Ciertamente, ningún pueblo que viviera con sencillez en todos los aspectos, como haría un pueblo de filósofos, cometería el error tan grande de hacer uso del trabajo de los animales. Verdad es que jamás ha habido nación alguna de filósofos, ni es probable que la haya pronto; también, que tampoco estoy seguro de que fuera deseable. Pero, el caso es que yo no habría tomado un caballo o buey ni le habría procurado sustento por el trabajo que pudiere realizar para mí, por miedo a convertirme en vaquero o pastor; y si la sociedad parece ganar por hacerlo, ¿podemos asegurar que lo que es ganancia para unos no es pérdida para otros? ¿Y que al mozo de cuadra cabe igual razón que al amo para sentirse satisfecho? Estoy de acuerdo en que determinadas obras públicas no se habrían llevado a cabo sin esa ayuda; dejemos, pues, que el hombre comparta la gloria con el caballo y el buey, pero ¿acaso no habría podido realizar obras más dignas de él sin su concurso? Cuando los hombres empiezan a hacer algo, no meramente innecesario o artístico, sino lujoso o vano con ayuda de aquéllos es inevitable que unos pocos realicen toda la labor de intercambio con los

bueyes, en otras palabras, que se conviertan en esclavos de los más fuertes. El hombre no sólo trabaja así por el animal que encierra en su interior sino que, como símbolo de éste, también por el que se encuentra fuera de él. Y aunque tenemos muchas cosas de piedras y ladrillos, la prosperidad del granjero se mide todavía por el tamaño del granero que da sombra a la vivienda. Se dice que este pueblo cuenta con los mayores establos para bueyes, vacas y caballos de la comarca, y que no queda retrasado en lo que a edificios públicos se refiere. Pero son escasos los lugares dedicados a la libertad de expresión y de culto en este condado. No es por medio de la arquitectura sino incluso por su poder de pensamiento abstracto que las naciones debieran tratar de conmemorarse. ¡Cuánto más digno de ser admirado el Bhagavat-Ghita que todas las ruinas de Oriente! Torres y templos son lujos de príncipes. Pero la mente sencilla e independiente no se afana a la orden de príncipe alguno ni el genio es privativo del emperador como tampoco, que no sea en grado trivial, el oro, la plata y el mármol. ¡Decidme! ¿Con qué fin es martillada tanta piedra? Cuando estuve en la Arcadia[1] no vi piedras labradas. Hoy las naciones están poseídas de una ambición insana por perpetuar su recuerdo en la cantidad de piedra tallada que dejan. ¿Y si se tomaran igual trabajo en suavizar y pulir sus maneras? Una obra de buen sentido sería más memorable que un monumento que llegara a la luna. Prefiero ver la piedra en su sitio. La grandeza de Tebas fue una grandeza vulgar. Tiene más sentido la pared de piedra seca que delimita el terreno del hombre honrado que una Tebas de cien puertas que se ha alejado del verdadero fin de la vida. La religión y la civilización bárbaras y paganas construyen templos espléndidos; lo que puede llamarse cristiandad, no. La mayor parte de la piedra que talla una nación se destina a su propia tumba. Es como enterrarse en vida. En cuanto a las pirámides, no hay nada que maraville tanto en ellas como el hecho de que se pudiera encontrar tantos hombres suficientemente degradados para pasarse la vida construyendo la tumba de algún necio ambicioso a quien habría sido más inteligente y viril ahogar en el Nilo antes de dar su cuerpo a los perros. Puede que no me costara hallar excusa para unos y otro, pero no tengo tiempo para ello. Por lo que se refiere a la religión y al amor al arte de los constructores, ocurre igual que en todo el mundo. Tanto da si se trata del Banco de los Estados Unidos como de un templo egipcio. Cuesta más de lo que vale. La motivación inicial es la vanidad asistida del gusto por el ajo

1. Residencia del dios Pan. Arcas, hijo de Júpiter y de Calisto, enseñó a sus subditos a labrar la tierra, a sembrar, a hacer el pan y a tejer el lienzo para vestirse. Trad.

y el pan con mantequilla.[1] El señor Balcom, joven y prometedor arquitecto, lo dibuja en el reverso de su Vitrubio[2] con lápiz duro y cartabón, y el encargo pasa a *Dobson e Hijos,* picapedreros. Cuando treinta siglos contemplan desde lo alto[3] la humanidad empieza a hacerlo desde abajo.

En cuanto a vuestras altas torres y monumentos, hubo una vez un tipo chiflado en este pueblo que se propuso cavar hasta llegar a China, y que fue tan lejos en su empeño, decía, que alcanzó a oír el ruido de las ollas y marmitas chinas; pero yo no me apartaría un ápice de mi camino pasa admirar el agujero. Son muchos los que se preocupan por los monumentos de Oriente y Occidente; me gustaría saber quiénes, por encima de tales frivolidades, no los edificaron entonces. Pero, sigamos con mis estadísticas.

Como agrimensor, carpintero y jornalero diverso en el pueblo, pues tengo tantos oficios como dedos, había ganado entretanto 13,34 dólares. Descontando las patatas, algo de maíz tierno y algunos guisantes de propia cosecha y excluyendo el valor de cuanto me quedaba disponible, los gastos por alimentación durante ocho meses, a saber, desde el 4 de julio hasta el 1 de marzo, período considerado en mi cálculo aunque viví allí más de dos años, fueron:

Arroz	$ 1,73 1/2		
Melaza	1,73	La forma más barata de sacarina	
Harina de centeno	1,04 3/4		
Harina de maíz	0,99 3/4	Más barata que el centeno	
Carne de cerdo	0,22		Experimentos que fracasaron
Harina de trigo	0,88	Sale más cara que la harina de maíz, tanto en dinero como en molestias	Experimentos que fracasaron
Azúcar	0,80		Experimentos que fracasaron
Manteca de cerdo	0,65		Experimentos que fracasaron
Manzanas	0,25		Experimentos que fracasaron
Batatas	0,10		Experimentos que fracasaron
Una calabaza	0,06		Experimentos que fracasaron
Una sandía	0,02		Experimentos que fracasaron
Sal	0,03		

1. Figurado. Por consenso popular, no sólo de pan vive el hombre. Trad.

2. *Vitruvius.* Vitruvio Polión, tratadista de arquitectura. (Como el Catón de nuestras primeras letras, el Vitruvio para los arquitectos.) Trad.

3. Recuérdese la frase de Napoleón en la batalla de las pirámides contra los mamelucos. (J. Gárate, *op. cit.,* p. 63.)

Comí, pues, $ 8,74, según reza; pero no publicaría alegremente mi culpa si no supiera que la mayoría de mis lectores son tan culpables como yo y que sus cuentas no aparecerían mejor que las mías, por escrito. El año siguiente logré hacerme en ocasiones con un plato de pescado para la cena, y una vez llegué hasta a dar muerte a una marmota que causaba estragos en mis judías —efectué su transmigración, como diría un tártaro— y a devorarla en parte a título de experimento; pero, aunque me proporcionó un placer momentáneo, a pesar de su sabor almizcleño, llegué a la conclusión de que ni siquiera el uso reiterado lo convertiría en buena práctica, aunque pudiere parecer que uno tenía sus marmotas aderezadas por el carnicero de la villa.

Aunque poco cabe inferir de esta partida, la ropa y gastos varios de poca monta ascendieron a

	$ 8,40 3/4
aceite y algunos utensilios domésticos,	2,00

De modo que, salvo por lavado y zurcido, que en su mayor parte se hicieron fuera de casa, y de cuya cuenta no he recibido aún noticia, las salidas dinerarias —que son todas y aun más de las necesarias en esta parte del mundo— fueron:

Casa	$ 28,12	1/2
Agricultura, 1 año	14,72	1/2
Alimentos, 8 meses[1]	8,74	
Ropas, etc., 8 meses	8,40	3/4
Aceite, etc., 8 meses	2,00	
Total	61,99	3/4

Me dirijo ahora a aquellos de mis lectores que tienen que ganarse la vida. Para ello, de mis cosechas he obtenido:

	$ 23,44
Jornales propios	$ 13,34
Total	$ 36,78

1. Julio 1845-marzo 1846. Trad.

que restados de la suma de salidas dejan un balance de $ 25,21 3/4 de una parte —lo que corresponde casi a mis medios iniciales y da medida de los gastos en que ha de incurrirse— y, de la otra, además de la libertad, independencia y salud aseguradas así, una casa confortable para todo el tiempo que decida ocuparla.

Aunque estas estadísticas puedan parecer triviales y poco instructivas, no dejan de tener valor dado su amplio alcance. No se me ha dado nada de lo que no dé cuenta.

Según parece, la comida me costó ya unos veintisiete centavos a la semana. Después, y durante cerca de dos años, consistió *de* harina de centeno y maíz sin levadura, de patatas, arroz, un poco de cerdo salado, de melaza y de sal; para beber, agua. Resultaba adecuado que hiciera tanto consumo de arroz, sobre todo dada mi afición por la filosofía de la India. Para salir al paso de las objeciones de tanto tiquismiquis como anda suelto bien procede decir que si alguna vez cené fuera, como he gustado siempre hacer y espero que no me falte oportunidad de repetir, ello resulta con frecuencia en detrimento de mis previsiones domésticas. Pero ya que, como he dicho, el comer fuera es un elemento constante en mi esquema de vida, es obvio que no ha de afectar en lo más mínimo la consistencia de mis afirmaciones estimativas.

Tras mi experiencia de dos años llegué a la conclusión de que es increíblemente irrisorio lo que cuesta obtener alimento, incluso en estas latitudes, y que el hombre puede subsistir con una dieta tan simple como la de los animales y conservar toda su fuerza y salud. Yo he pergeñado una comida plenamente satisfactoria en muchos aspectos, simplemente con una fuente de verdolaga (*Portulaca oleracea),* que recogí en mi campo de maíz, herví y salé. Doy el latín por la fragancia del nombre trivial.[1] Y decidme ¿qué más puede desear un hombre sensato en tiempos de paz y días comunes, que un número suficiente de verdes panochas de maíz dulce, hervidas con algo de sal? Me atrevo a decir que la modesta variedad que yo introducía, si representaba una concesión al gusto, no desde luego en menoscabo de la salud. Sin embargo, los hombres han llegado hasta el extremo de morir de hambre, no porque carezcan de lo más necesario, sino por falta de lujo; y sé de una buena mujer que cree que su hijo murió porque le dio por no beber sino agua.

El lector se dará cuenta de que estoy tratando el tema más bien desde un punto de vista económico que dietético, y no querrá aventu-

1. *Purslane,* en inglés; de *porcellana,* italiano, alteración del latín *porcil(l)aca* (de ahí, *portulaca*), puerquecilla, (h) oleraceus, parecido a las hortalizas. Trad.

rarse a poner a prueba mi abstinencia salvo si tiene una despensa bien provista.

Al principio hice el pan con pura harina de maíz y sal, hogazas genuinas, que cocí junto al fuego, fuera de casa, sobre una ripia o al extremo de un trozo de madera aserrada sobrante de la construcción; pero solía ahumárseme y adquirir un sabor resinoso. Probé también con harina de trigo; y al fin, di con una mezcla de centeno y harina de maíz, que resultaba muy agradable y práctica. En tiempo frío, el entretenimiento de cocer varias hogazas pequeñas en sucesión no era poco, ni menor el de extenderlas y darles la vuelta con el mismo cuidado que pone el egipcio con sus huevos de cría. Eran verdaderos frutos de cereales, que yo maduraba, y que para mis sentidos poseían la misma fragancia que otras frutas más nobles, que yo trataba de conservar cuanto más tiempo fuera posible envolviéndolas en tela. Estudié el antiguo e indispensable arte de hacer pan, consultando a todas las autoridades a mi alcance sobre la materia, retrocediendo a los días primitivos y al invento primero de la modalidad ázima, cuando desde ¡a bastedad de las bayas y carnes el hombre accedió a esta dieta suave y refinada, y viajando hacia atrás poco a poco en mi estudio, para pasar por ese agriamiento casual de la masa que, se supone, enseñó el proceso de la fermentación; y por todas las clases diferentes de ésta, hasta obtener ese «pan bueno, dulce y saludable» sostén del alma. La levadura, que algunos consideran el alma del pan, el *espíritu* que llena sus células, que es conservada religiosamente como el fuego de Vesta (supongo que fue un precioso puñado, en una botella embarcada en el *Mayflower*, el que logró para América este milagro, cuya influencia sigue creciendo, dilatándose y extendiéndose como un mar de gramíneas por toda la tierra), solía procurármela en la aldea, hasta que una malhadada mañana olvidé mis instrucciones y la quemé, con lo cual descubrí que ni siquiera era indispensable. Y es que mis descubrimientos procedían por vía analítica, no sintética. De modo que la he omitido alegremente desde entonces, pese a que si la mayoría de las amas de casa me han asegurado desde entonces que eso de pan saludable y sin levadura no puede ser, las personas mayores no se han quedado cortas profetizando la rápida decadencia de mis fuerzas. Con todo, no observé que la levadura fuera tan esencial, y después de haberme pasado sin ella todo un año, todavía me encuentro en el mundo de los vivos. Por otra parte, así me he ahorrado con gusto la molesta futesa de tener que llevar alguna vez un frasquito de levadura en el bolsillo, que po-

dría, para mí engorro, abrirse y derramar su contenido. Es más sencillo y más respetable prescindir de ella. Y es que el hombre es un animal que puede adaptarse más que ningún otro a todos los climas y circunstancias. Tampoco puse en mi pan producto efervescente, sal, ácido o álcali alguno; diríase que me atuve a la receta dada por Marco Porcio Catón dos siglos antes de Cristo: «*Panem depsticium sic facito. Manus mortariumque bene lavato. Farinam in mortarium indito, aquae paulatim addito, subigitoque pulchre. Ubi bene subegeris, defingito, coquitoque sub testu*», que entiendo equivale a: «Hágase el pan amasado así: lávense bien las manos y el mortero. Póngase la harina en la artesa y añádase agua paulatinamente amasando sin cesar. Una vez bien mezclado, désele forma y cuezase bajo tapadera», es decir, en una marmita. Ni una palabra sobre levadura. Pero no siempre usé de ese sostén de la vida. Hubo una época en que, por la escualidez de mi bolsa, no lo vi durante un mes.

Cualquier habitante de Nueva Inglaterra puede cosechar fácilmente todos los ingredientes de su pan en ese país de centeno y maíz, y así, no depender de mercados remotos y fluctuantes. Pero nos hemos alejado tanto de la sencillez y de la autonomía, que en Concord rara vez se encuentra maíz dulce fresco, ni en forma de harina, ni molido, ni como papilla ni en forma aun más basta, pues contados son los que saben de su utilidad. Los más de los granjeros se lo dan al ganado, y adquieren en el comercio harina de trigo que no siendo más saludable que aquél les resulta mucho más cara. Yo vi que podía obtener fácilmente uno o dos *bushels* de centeno y maíz, pues el primero crecerá en la tierra más pobre y el segundo no reclama la mejor, y que podía molerlos en un molinillo de mano y pasarme sin arroz ni cerdos, y si necesitaba algún endulzante concentrado, la experiencia me ha demostrado que podía obtener una excelente melaza de calabaza o remolacha cuando no de unos pocos arces, que me lo darían más fácilmente aún, y mientras crecían, de varios sustitutos que no he nombrado. Porque, como cantaban nuestros antepasados:

> *We can make liquor to sweeten our lips*
> *Of pumpkins and parsnips and walnut-tree chips.*[1]

Finalmente, y en lo que respecta a la sal, el más ordinario de los víveres, el obtenerla puede ser ocasión propicia para una visita a la costa,

1. «Para endulzar nuestros labios podemos hacer licor / de calabazas y chirivías y astillas de nogal.»

aunque si decidiera prescindir completamente de ella, probablemente bebería menos agua. No sé que los indios se afanaran mucho por su causa.

Así, me fue posible evitar todo comercio y tráfico en lo que a mi comida se refiere, y disponiendo ya de refugio, no me quedaba sino proveer el combustible y el vestuario. Los pantalones que ahora visto fueron tejidos por una familia de granjeros. Gracias a Dios quedan aún virtudes en el hombre, pues pienso que el salto de granjero a operario es tan grande y tan memorable como el de hombre a granjero, y en un país nuevo, la búsqueda de combustible no es fácil. En cuanto al habitat o entorno, si no se me permitiera aún colonizar, bien podría comprar un acre al precio que se vendió la tierra que yo cultivaba, es decir, a ocho dólares y ocho centavos. Pero siendo así, consideré que elevaba el valor del terreno con mi presencia y trabajo.

Hay cierta clase de incrédulos que a veces me hacen preguntas tales como si creo que puedo vivir solamente de verduras; y para dar con la raíz del asunto de una vez —porque la raíz es la fe— suelo responder que yo puedo vivir hasta con clavos. Si no pueden entenderme tampoco comprenderán mucho de lo que tengo que decir. Por mi parte, me alegra saber que se han ensayado experimentos de esta clase: como el que un joven tratara de vivir dos semanas a base de panochas de maíz duro y crudo sirviéndose de los dientes como único mortero. La tribu de las ardillas lo probó y tuvo éxito. La raza humana se interesa por estos experimentos aunque algunas mujeres de edad que están incapacitadas para ello o que poseen sus tercios[1] en molinos se alarmen.

Mi mobiliario, parte del cual hice yo mismo —y el resto no me costó nada de lo que no haya rendido ya cuentas—, consistía en una cama, una mesa, un escritorio, tres sillas, un espejo de tres pulgadas de diámetro, un par de tenazas y morillos, una marmita, una cazuela, una sartén, un cucharón, una palangana, dos cuchillos y tenedores, tres platos, una taza, una cuchara, una aceitera, un tarro para melaza y una lámpara barnizada. Nadie es tan pobre que tenga que sentarse sobre una calabaza. Eso sería desvalidez e irresolución. Las buhardillas del pueblo están repletas de las mejores sillas, para mi gusto, obtenibles sólo con llevárselas. ¡Mobiliario! Gracias a Dios puedo sentarme e incorporarme sin depender para ello de una mueblería. ¿Quién, aparte de un filósofo, no se avergonzaría de ver sus muebles apilados en un carro que recorre el país, expuestos a la luz del cielo y a los ojos de

1. Las viudas heredaban una tercera parte del capital del esposo difunto. (J. Gárate, *op. cit.*, p. 69.)

los hombres, un miserable montón de cajones vacíos? ¡Ahí van los muebles de Spaulding! Nunca fui capaz de decir ante carga tal si pertenecía a un hombre presuntamente rico o a un pobre; por su aspecto, el dueño se me antojaba siempre en la miseria. En verdad, cuantas más se tienen de estas cosas, más pobre se es. Diríase que cada cargamento encierra las pertenencias de una docena de chamizos; y si uno es pobre, aquél lo es doce veces más. Decidme ¿para qué nos *movemos*, sino para librarnos de nuestros muebles, de nuestros *exuviae*,[1] y al final, para pasar de este mundo a otro amueblado de nuevo y dejar que el primero sea quemado? Es lo mismo que si toda esta impedimenta colgara atada del cinturón de un hombre y que éste no pudiera moverse sobre el fragoso terreno donde hemos tendido nuestros hilos, sin arrastrar el armadijo. Fue un zorro afortunado aquel que dejó su cola en la trampa. La rata almizclera roerá su tercera pata para librarse. No ha de extrañar, pues, que el hombre haya perdido elasticidad. ¡Cuan a menudo se encuentra en un callejón sin salida, en un brete! «Señor, si puedo permitírmelo, ¿qué quiere decir con eso de un brete? Si es usted observador, doquiera que halle un hombre verá en seguida todo lo que posee, iay!, y por mucho que pretenda repudiarlos verá también a su zaga hasta los muebles de la cocina y todas las baratijas que conserva y no quiere quemar, a las cuales parece uncido en marcha penosa y cansina. Creo que un hombre se halla en un brete cuando tras atravesar un portón o angostura descubre que sus bultos tropiezan con el marco y no pueden franquearlo.» No puedo menos de compadecerme cuando oigo que un hombre bien plantado y de aspecto sólido, libre al parecer, bien ceñido y dispuesto, habla de sus «muebles» en términos de si están asegurados o no. «Pero ¿qué haré yo con mis muebles?» Mi alegre mariposa ha caído en las redes de la araña. Si inquirimos insistentemente descubriremos que hasta aquellos que durante mucho tiempo parecen haber carecido de muebles, los guardan ocultos en algún granero ajeno. Hoy me imagino a Inglaterra como a un viejo caballero que viaja con voluminosa impedimenta, baratijas que ha ido acumulando con celo doméstico y que no ha tenido el valor de quemar: baúl grande, baúl pequeño, caja de sombreros y portamantas. Líbrese por lo menos de los tres primeros. Superaría las fuerzas de un hombre sano hoy el echar por ahí con el lecho a cuestas, y yo ciertamente aconsejaría al enfermo que lo dejara en el suelo y rompiera a correr. Cada vez que me he encontrado con un inmigrante agobiado

1. *(Sic,* en el original.) Despojos, en latín. Prendas, vestidos, armas o adornos (que se han separado del cuerpo). Botín, restos (dejados por el enemigo). Trad.

por el fardo que contiene todas sus pertinencias —tal parecía como si se tratara de un descomunal lobanillo en su cuello— no he podido sino sentir compasión; no porque aquello fuera todo lo que posee, sino porque tuviera que cargar precisamente con todo *aquello*. Si yo he de pechar con mi impedimenta —armadijo— procuraré que sea ligera y que no me pellizque ninguna parte vital. Aunque quizá lo mejor seria no acercar la mano al cepo.[1]

Subrayaré, por cierto, que las cortinas me salen gratis, pues no tengo ningún curioso que evitar, fuera del sol y la luna, y me agrada que éstos me observen. La luna no agriará mi leche ni manchará mi carne, ni el sol dañará mis muebles ni decolorará mi alfombra; y si alguna vez resulta un amigo en exceso caluroso, me parece mejor economía retirarme tras de una cortina suministrada por la Naturaleza que el añadir un solo detalle más al interior de mi casa. Una señora me ofreció en una ocasión una estera, pero como yo no tenía ninguna habitación que cuidar con especial esmero ni tiempo que perder dentro o fuera de la casa para sacudirla, decliné la oferta y seguí limpiando mis suelas con más gusto en la hierba del portal. Es mejor evitar que se inicien los males.

No mucho más tarde asistí al remate de los efectos de un diácono, pues su vida no había carecido de ellos:

«The evil that men do lives after them».

Como suele ocurrir, gran parte eran baratijas que había empezado a acumular en vida de su padre. Entre el resto había una tenia seca. Y ahora, después de yacer medio siglo en su buhardilla y demás nidos de polvo, estas cosas no habían sido quemadas; en lugar de una fogata o destrucción que las purificara, se celebró una subasta o aumento de las mismas.[3] Los vecinos acudieron presurosos, adquirieron los objetos y se los llevaron con cuidado a sus propias buhardillas y agujeros polvorientos para que yacieran allá hasta que sus propiedades fueran a su vez liquidadas; y vuelta a empezar. Cuando un hombre estira la pata, da con ella en el polvo.

Quizá pudiéramos adoptar con provecho las costumbres de algu-

1. Thoreau juega sutilmente con *trap*, equipaje, y *trap*, armadijo, trampa. Puede que, en efecto, la impedimenta de efectos y haberes impida en más de un sentido estrictamente literal. Trad.

2. «El mal que los hombres hacen les sobrevive», *Julio César*, de Shakespeare, acto III, escena II. 81: Parlamento de Marco Antonio. Trad.

3. *Auctio*, subasta; añero, aumento (latín). De igual raíz es auge.

nos pueblos salvajes que, por lo menos, hacen como si renovaran su piel cada año. Han intuido la cosa tanto si han aprehendido su significado como si no. ¿Ño estaría bien que celebráramos esta *busk* o «fiesta de los primeros frutos», como dice Bartram[1] que hacían las tribus *mucclasse* «Cuando un pueblo celebra su *busk*, dice, después de haberse provisto de nuevos vestidos, nuevas sartenes y ollas y de otros utensilios domésticos, juntan todo lo usado y desechable, barren y friegan sus casas, plazas y calles y lo echan todo en un montón común, incluido el grano y demás provisiones no consumidas, para pasto de las llamas. Después de ingerir la medicina y ayunar por tres días, el fuego es extinguido. Mientras dura el ayuno se niegan la satisfacción que todo apetito, de la clase que sea. Se proclama una amnistía general y los malhechores pueden regresar a su pueblo.»

«A la mañana del cuarto día, el sumo sacerdote produce un nuevo fuego frotando leños secos en la plaza mayor, y esta llama renacida y pura es distribuida por todas las casas.»

Luego se celebran fiestas en honor del maíz y de los frutos recién cosechados, y las danzas y los cantos se suceden ininterrumpidamente durante tres días «para recibir y tributar en el transcurso de los cuatro siguientes visitas entre amigos de pueblos vecinos, que se han purificado y preparado de igual modo».

Los mejicanos practicaban también una purificación similar cada 52 años, en la creencia de que este intervalo delimitaba el fin del mundo.

Rara vez he sabido de un sacramento más verdadero que éste, es decir, si nos atenemos a la definición que del término da el diccionario: «Signo externo y visible de gracia espiritual e interna», y no me cabe la menor duda de que aquéllos fueran originalmente inspirados directamente por los cielos pese a que carecen de constancia bíblica de esta revelación.

Durante más de cinco años, me mantuve, pues, con sólo el trabajo de mis manos; y descubrí que podía atender a todos los gastos de mi subsistencia trabajando unas seis semanas al año. Todo el invierno y la mayor parte del verano me quedaban libres y desocupados para dedicarlos a mis estudios. He tratado esforzadamente de regentar una escuela, y he comprobado que mis gastos corrían en proporción, o mejor fuera por completo de ella con respecto a mis ingresos, puesto

1. Quizás el naturalista de Pensilvania William Bartram (1739-1823). (Gárate *op cit* p. 72.)

que me veía obligado a vestir y a enseñar en justa correspondencia, ¡y no digamos pensar y creer!, y a cambio carecía de tiempo propio. Comoquiera que yo no enseñaba para bien del prójimo sino como medio de vida, el empeño fue un fracaso. He tentado el comercio, pero he llegado a la conclusión de que me llevaría diez años el hacer algo de progreso, y puede que para entonces me hallaré ya camino del infierno. Además, temía que para esta fecha estuviera haciendo lo que se da en llamar un buen negocio. Cuando tiempo atrás anduve indagando qué podía emprender para ganarme la vida, teniendo presente que por haber tratado de complacer a mis amigos en sus deseos guardo un triste recuerdo, que atempera mi candidez, pensé seria y frecuentemente en dedicarme a la recolección de gayubas. Esto, sin duda, lo podría hacer; y las pequeñas ganancias que reportara me bastarían, pues mi mayor virtud es conformarme con poco. Se necesitaba poco capital, pensé tontamente, y me distraería escasamente de mi acostumbrado tenor. Mientras mis conocidos se integraron resueltamente en el comercio o en alguna profesión, yo consideraba esta ocupación como muy parecida a la de ellos; recorriendo las colinas todo el verano para recoger las gayubas que surgieran en mi camino, para luego disponer de ellas despreocupadamente; cuidar, en fin, de los rebaños de Admeto.[1] También soñé que podía juntar hierbas silvestres o llevar siemprevivas a aquellos pueblos que gustan de añorar los bosques o incluso a las ciudades. Sin embargo, he aprendido desde entonces que el comercio maldice todas las cosas que toca; y aunque comerciéis con mensajes del cielo, la maldición de aquél acompañará el negocio. Como había cosas que me gustaban más que otras, en especial mi libertad, y dado que era capaz de vivir ardua y frugalmente, aunque con desahogo, no quise malgastar mi tiempo por el momento en procurarme ricas alfombras y piezas de ajuar de semejante finura, ni una cocina delicada, ni una casa de estilo griego o gótico. Si los hay para quienes no supone trastorno alguno adquirir estas cosas, y que saben incluso qué hacer de ellas, queden para ellos. Otros son «industriosos», y diríase que el trabajo íes gusta por sí mismo, o que les mantiene alejados, quizá, de peores males; a esos nada tengo que decirles ahora. A aquellos que no sabrían qué hacer con más ocio del que disfrutan, puedo recomendarles que trabajen el doble que ahora; eso, que trabajen hasta manumitirse y que obtengan por sí mismos su carta de libertad. En lo que

1. Rey de Feras, en Tesalia. Habiendo sido Apolo arrojado del cielo, se vio obligado a entrar al servicio de este principe, en calidad de pastor, y reconocido, se declaró divinidad tutelar de su casa. Trad.

a mí respecta, encontré que la ocupación de jornalero era la más independiente de todas, en especial porque se requerían sólo de treinta a cuarenta días al año para poder subsistir. La jornada da fin con la puesta del sol, y el jornalero es entonces libre de dedicarse a su ocupación predilecta con toda libertad. El patrono, en cambio, que especula de mes a mes, carece de respiro durante todo el año.

En una palabra, tanto por convencimiento como por experiencia, no me cabe la menor duda de que el mantenerse no es pena sino pasatiempo, si vivimos simple y sabiamente; tampoco de que las ocupaciones de los pueblos más sencillos sirven de esparcimiento a los más artificiales. No es necesario que el hombre gane su sustento con el sudor de su frente, a menos que sude con más facilidad que yo.

Un joven, conocido mío, que ha heredado varios acres, me dijo que viviría como yo *si tuviera los medios* para ello. No quisiera en modo alguno que por mi causa alguien adoptare mi *modo de vida*; porque aparte de que para cuando ya lo haya aprendido puede que yo haya encontrado otro, bueno es que haya en el mundo tantas personas diferentes como sea posible. Eso sí, quisiera que cada uno pusiera mucho cuidado en elegir y seguir su *propio modo de vida*, y no el de su padre, su madre, o el de un vecino cualquiera. El joven puede construir, plantar o navegar; que no se vea impedido de realizar aquello que me dice que quiere hacer. No es sino con un fin matemático que somos sabios, como navegantes o esclavos fugitivos pierden de vista la Polar; pero esa es suficiente guía. Puede que no lleguemos a puerto dentro de un plazo calculable, pero mantendremos la ruta.

Evidentemente, en este caso lo que es cierto para uno, aun lo es más para otro; como no es más cara, proporcionalmente, una casa grande que una pequeña, pues un techo basta para cubrir, un sótano para almacenar y una pared para separar varias dependencias. Yo he preferido la morada solitaria. Además, por lo general será más barato el construírselo todo uno mismo que el convencer a otro de las ventajas que encierra una medianera; y de ser hecha ésta, para que resulte mucho más barata habrá de ser delgada, y puede que el otro nos salga mal vecino y no cuide de restaurar debidamente su lado. La única colaboración comúnmente posible es extraordinariamente parcial y superficial pues la poca que, verdadera, pudiera haber es como inexistente, siendo una armonía inaudible para los hombres; si una persona tiene fe, ésta será invertida en todo lo que emprenda; si no la tiene, seguirá viviendo como el resto del mundo sea cual fuere su compañía. Cooperar, tanto en el sentido más elevado, como en el más modesto significa *subsistir solidariamente*. Hace poco, oí que se proponía que

dos jóvenes viajaran juntos alrededor del mundo; uno sin dinero, ganándose la vida sobre la marcha, delante del mástil[1] y detrás del arado; el otro, con una letra de cambio en el bolsillo. Era fácil darse cuenta de que no serían compañeros mucho tiempo toda vez que uno de ellos no *laboraría* en absoluto. Se separarían a la primera crisis de intereses. Antes que nada, como he querido decir, el hombre que va solo puede emprender la marcha hoy; el que va con otro debe esperar a que su compañero esté listo, y puede transcurrir mucho tiempo antes de que partan.

Pero todo eso es muy egoísta, he oído decir a algunos de mis conciudadanos. Confieso que hasta ahora es muy poco lo que he hecho en materia de filantropía. Algunos sacrificios por sentido del deber, y entre otros, he sacrificado incluso el placer de éste. Los ha habido que han aplicado todas sus artes para persuadirme de que me hiciera cargo de alguna familia pobre del pueblo; y el caso es que, si no tuviera nada que hacer —aunque el diablo halla siempre empleo para el ocioso— podría probar suerte en tal pasatiempo. Sin embargo, cuando pensé en ello, imponiendo así una obligación al cielo de aquellos por mantener algunos pobres tan confortables en todos los aspectos como yo mismo, y aun llegué a aventurar mi oferta, todos han optado indefectible y resueltamente por seguir en su pobreza. Mientras mis conciudadanos y las damas se dedican de tantas formas al bien de sus semejantes, espero que uno al menos pueda reservarse para fines distintos y menos humanitarios. Hace falta determinado carácter para dedicarse a la caridad, como a cualquier otra cosa. En cuanto al hacer el bien, esa es una de estas profesiones servida con creces. Además, la he probado con auténtico empeño y, aunque parezca extraño, me satisface que case mal con mi constitución. Probablemente, yo no debería desechar consciente y deliberadamente la particular invitación que se me hace a hacer el bien, por parte de la sociedad que espera salvar conmigo de la aniquilación al mundo. Y creo que una fuerza semejante, pero mucho más poderosa, en algún lugar, es todo lo que lo sostiene; pero yo no me interpondría jamás entre un hombre y su carácter; y a aquel que empeña todo su corazón, alma y vida en realizar esa tarea que declino, yo le diría: Persevera aun cuando el mundo le llame a eso hacer daño, que es lo que con gran probabilidad hará.

1. Figurado. El alojamiento de la tripulación, de la marinería, suele encontrarse en el castillo de proa. Trad.

Lejos de mí el suponer que mi caso sea muy peculiar; sin duda, muchos de mis lectores pergeñarían una defensa parecida. No comprometeré a mis vecinos a que las pronuncien buenas, pero tampoco vacilaré en decir que para hacer cosas yo sería un tipo formidable que contratar; ahora bien, qué cosas es algo que debería averiguar quien alquilare mis servicios. Lo que yo hago de *bueno,* en el sentido usual del término, debe estar al margen de mi trayectoria principal, y en su mayor parte ha de ser sin especial intención. Prácticamente, las gentes dicen: «Empieza donde te encuentras y tal como eres, sin aspirar a aumentar tu valer ante todo, y con la amabilidad por delante, haz el bien». Si yo tuviera que predicar en esa vena, diría: «Decídete a ser bueno». Como si el sol se detuviera después de haber atizado sus fuegos hasta llevarlos al esplendor de una luna o de una estrella de sexta magnitud, para ponerse luego a vagar como un Robin Goodfellow,[1] curioseando por todas las ventanas, inspirando a todos los lunáticos, pudriendo las carnes y haciendo visible la oscuridad, en lugar de aumentar constantemente su calor genial y su beneficiencia, hasta que adquiere tal brillo que ningún mortal puede mirarle a la cara, y entonces, como también entretanto, recorriendo el mundo en su propia órbita, haciéndolo bueno, o mejor —como ha descubierto una filosofía más verdadera con el mundo girando alrededor de aquél al tiempo que se hace bueno—. Cuando Faetón, deseoso de demostrar su origen celestial con su beneficencia se hizo por un día con el carro del Sol, y saliéndose del camino marcado quemó varias manzanas de casas de los arrabales inferiores del cielo, y abrasó toda la superficie de la tierra, secando todas las fuentes y provocando la aparición del gran desierto llamado Sahara, Júpiter lo arrojó de cabeza a la Tierra con un rayo, y el Sol, de pena, no lució para nada durante un año.

No hay peor olor que el que despide la bondad corrompida. Es carroña humana y divina. Si yo supiera con toda seguridad que un hombre se dirige a mi casa con el resuelto propósito de hacerme bien, correría por mi vida igual que ante ese viento seco y abrasador de los desiertos africanos llamado el simún, que te llena la boca, ojos, nariz y oídos de arena y te ahoga, y eso tan sólo por miedo de que me hiciera algo de aquel bien, que ese virus penetrara en mi sangre. No, en este caso preferiría sufrir el mal de modo natural. Para mí, el hombre no es *bueno* porque quiera alimentarme si tengo hambre, calentar-

1. *Puck* o *Robin Goodfellow* duendecillo errante y festivo: «...I am that merry wanderer of the night...», de *A Midsummers Night Dream*, de William Shakespeare, acto II, escena I. Trad.

me si padezco frío o sacarme de un pozo en el que pudiera haber caído. Puedo presentaros un perro de Terranova capaz de hacer otro tanto. La filantropía no significa, en su sentido más amplio, amor por el prójimo. Howard[1] fue sin duda un hombre excelente, bueno y amable a su manera, y tuvo su recompensa; pero, en términos relativos ¿qué son para *nosotros* cien Howards, si su filantropía no *nos* ayuda a mejorar de situación? Jamás oí de reunión filantrópica alguna en la que propusiera sinceramente el hacer algo bueno por mí y mis iguales.

Los jesuitas se vieron totalmente frustrados por aquellos indios que cuando eran quemados en el palo sugerían nuevos métodos de tortura a sus verdugos. Estando por encima del sufrimiento físico, a veces se revelaban asimismo más allá de todo consuelo qué los misioneros pudieren ofrecerles. La ley de que uno haga como quisiera que le hicieren entró con menos fuerza en los oídos de aquellos que, por su parte, no se preocupaban en absoluto dé cómo se les trataba, que querían a sus enemigos de una manera insólita, y que llegaban a perdonar casi sus actos de agresión.

Aseguraos de que prestáis al pobre la ayuda que verdaderamente necesita, aunque sea vuestro ejemplo lo que les deja atrás. Si se trata de dar dinero, daos con el, y no os limitéis a abandonarlo en sus manos. A veces cometemos crasos errores. Con frecuencia el pobre es más andrajoso y basto que frío o hambriento. Ello obedece en parte a su gusto, que no a su infortunio. Si le dais dinero, puede que adquiera más harapos. Yo solía sentirme inclinado a la compasión por aquellos rústicos trabajadores irlandeses que cortaban hielo en la laguna, con vestidos harapientos y escasos, mientras yo tiritaba de frío en mi temo bien cortado y más a la moda, hasta que un día muy crudo uno de ellos, que se había caído al agua, vino a mi casa a calentarse y le vi quitarse tres pares de pantalones y dos pares de medias antes de que llegara a la piel; y aunque es verdad que aquéllos eran sucios y andrajosos, no lo es menos que bien podía rechazar las prendas *extras* que yo le ofrecí, de tantas *intra* como llevaba. Esta zambullida era precisamente lo que más le convenía. Empecé, pues, a compadecerme de mí mismo, y me di cuenta de que mayor caridad sería el proveerme a mí de una camisa de franela que a él de toda una tienda de ropa barata. Hay mil podando las ramas del mal por cada uno que se dedica a erradicarlo; y aun es posible que quien más tiempo y dinero vuelca en los necesitados sea quien por su modo de vida contribuye a la miseria.

1. John Howard (1726?-1790), inglés, visitador y reformador de prisiones. En 1777 publicó sus conclusiones en *The State of the Prisons.* Trad.

que trata en vano de socorrer. Es el pío tratante de esclavos que dedica los réditos de cada décimo a comprar un domingo libre para los restantes. Algunos manifiestan su bondad para con los pobres empleándolos en sus cocinas. ¿No serían más buenos si trabajaran ellos mismos en ésas? Presumís de dedicar la décima parte de vuestros ingresos a la caridad; quizá fuere mejor gastar nueve veces más y acabar de una vez con ella. Pues la sociedad recobra sólo una décima parte de la propiedad. ¿Se debe ello a la generosidad de quien la posee o a la negligencia de los jueces?

La filantropía es quizá la única virtud apreciada suficientemente por el género humano. ¡Quizá! es excesivamente valorada; y ello se debe a nuestro propio egoísmo. Un día soleado, en Concord, un pobre, hombre robusto donde los haya, elogió ante mí a un conciudadano porque era amable con los infortunados, dijo, aludiéndose a sí mismo. Los tíos y tías buenos de la raza son más estimados que sus verdaderos padres y madres espirituales. Cierta vez oí a un venerable pastor, hombre de cultura e inteligencia, que disertando sobre Inglaterra, después de enumerar los valores científicos, literarios y políticos de aquélla, y de citar a Shakespeare, Bacon, Cromwell, Milton, Newton y otros, habló seguidamente de sus héroes cristianos a quienes, como si su profesión se lo exigiera, elevó a un nivel mucho más elevado que los primeros, considerándolos mayores entre los grandes. Se trataba de Penn, Howard y la señora Fry.[1] A nadie le pasará inadvertida la falsedad e hipocresía del hecho. Los últimos no eran los mejores hombres y mujeres de Inglaterra; todo lo más sus mejores filántropos.

No quisiera sustraer nada al elogio que merece la filantropía, sirio que me limito a pedir justicia para aquellos que por su vida y obras son una bendición para la humanidad. No considero primordialmente la rectitud y la benevolencia del hombre, que son, por así decir, su tronco y sus hojas. Aquellas plantas de cuyo marchito verdor hacemos tisanas para el enfermo tienen una aplicación humilde y constituyen recurso principal de curanderos. Quiero la flor y el fruto del hombre, que algo de su fragancia me sea impartida y que su madurez arome nuestras relaciones. Su bondad no debe ser parcial y transitoria sino un desbordamiento constante que nada le cueste y en el que no repare. Esa caridad cubrirá multitud de pecados.[2] El filántropo rodea la humanidad demasiado a menudo con el recuerdo de sus propias cuitas

1. Elizabeth Gurney Fry (1780-1845), reformadora inglesa de prisiones. (Gárate, *op. cit.*. p. 79.)

2. Pedro, 4:8. Trad.

desechadas a modo de atmósfera, y lo llama simpatía. Pero, debemos impartir nuestro valor, no nuestro desespero; nuestras salud y bienestar, no nuestra enfermedad, cuya extensión por contagio hemos de poner cuidado en evitar. ¿De qué llanuras meridionales llega la voz del llanto?[1] ¿En qué latitudes se encuentra el pagano al que quisiéramos iluminar? ¿Quién es ese hombre brutal y desenfrenado al que quisiéramos redimir? Si algo aflige al hombre de manera que le impida desarrollar sus funciones, incluso si le dolieran los intestinos —pues ahí tiene asiento la simpatía— inmediatamente se dispone a reformar el mundo. Siendo él mismo un microcosmos, pronto descubre —y es un descubrimiento auténtico, y él quien cree poder revelarlo— que el mundo ha estado comiendo manzanas verdes; el mismo mundo se le antoja una gran manzana verde, y le espanta el horroroso riesgo de que los hijos de los hombres la mordisqueen antes de que madure. Su drástica filantropía busca inmediatamente al esquimal y al patagón y se esparce por los populosos pueblos indios y chinos. Y así, tras unos pocos años de actividad filantrópica, durante los cuales las potencias han hecho uso de él para sus propios fines, acaba por curarse de su dispepsia, en tanto que el globo adquiere un leve arrebol en una de sus mejillas o en ambas, como si empezara a madurar; la vida pierde su crueldad y se hace de nuevo dulce y agradable. Jamás soñé enormidad mayor que lo que he cometido, ni he conocido ni conoceré peor hombre que yo.

Creo que lo que tanto entristece al reformador no es su simpatía por sus semejantes en desgracia, sino su sufrimiento particular, pese a ser el más santo de los hijos de Dios. Enderecemos ese entuerto; que la primavera llegue a él y que ascienda la mañana sobre su lecho, y abandonará a su prójimo sin la menor disculpa. Mi excusa por no sermonear en contra del tabaco es que jamás di en mascarlo, y ahí reside la penitencia que han de sobrellevar los mascadores de tabaco, reformados. Aunque sí masqué suficientes cosas contra las que bien podría extenderme. Si alguna vez os enredan en una de esas filantropías no dejéis que vuestra mano izquierda sepa lo que hace la derecha; ¡no vale la pena! Salvad al que se ahoga y anudaos de nuevo los cordones de los zapatos. Tomaos el tiempo necesario y emprended algún trabajo libre.

Nuestros modos y maneras se han corrompido de tanta comunicación con los santos. En nuestros salterios resuena una melodiosa maldición a Dios, siempre soportado. Diríase que hasta los profetas y re-

1. Alusión a la esclavitud de los negros. (Gárate, *op. cit.*, p. 79.)

dentores han traído consuelo al hombre en sus temores, más que confirmarlo en sus esperanzas. En lugar alguno aparece reflejada una sencilla e irreprimible satisfacción por el regalo de la vida o una memorable alabanza de Dios. La salud y el éxito, doquiera se encuentren, me hacen bien; el fracaso y la enfermedad contribuyen a mi malestar y tristeza y me hacen daño, tenga o no tenga que ver conmigo o yo con ello. Si fuéramos, pues, a recomponer la humanidad por medios verdaderamente indios, botánicos o naturales, seamos primero tan simples y armoniosos como la Naturaleza misma. Disipemos las nubes que se ciernen sobre nuestra frente y llenemos nuestros poros con un poco de vida. No sigamos siendo supervisores de los pobres; tratemos más bien de convertirnos en uno de los bienes que atesora el mundo. Leí en *El Gulistán o Jardín de las Flores* del jeque Sadi de Shiraz que cierta vez se preguntó a un anciano sabio, diciéndole: «De los numerosos árboles célebres que el Dios Supremo ha creado altivos y umbríos, ninguno es llamado *azad* o libre, exceptuado el ciprés, que no da fruto. ¿Qué misterio hay en ello?». Y el anciano respondió: «Cada cual tiene el producto que le cuadra y su estación señalada, durante la cual aparece verde y floreciente; y fuera de ella, marchito y seco, estados a los que no se halla expuesto el ciprés, siempre en flor; de esta misma naturaleza participan los *azads* o independientes religiosos. No pongas tu corazón en lo que es transitorio, pues el Dijlah o Tigris seguirá fluyendo a través de Bagdad cuando la raza de los Califas se haya extinguido. Si tu mano posee mucho, sé pródigo como la palma datilera; pero si nada que pueda darse produces, sé un *azad* u hombre libre, sé como el ciprés».

VERSOS COMPLEMENTARIOS

THE PRETENSIONS OF POVERTY

Thou dost presume too much, poor needy wretch,
To claim a station in the firmament
Because thy humble cottage, or thy tub,
Nurses some lazy or pedantic virtue
In the cheap sunshine or by shady springs,
With roots and pot-herbs; where thy right hand,
Tearing those humane passions from the mind,
Upon whose stocks fair blooming vurtues flourish,
Degradeth nature, and benumbeth sense,
And, Gorgon-like, turns active men to stone.

We not require the dull society
Of your necessitated temperance,
Or that un natural stupidity
That knows nor joy nor sorrow; nor your forc'd
Falsely exalted passive fortitude
Above the active. This low abject brood,
That fix their seats in mediocrity,
Become your servile minds; but we advance
Such virtues only as admit excess,
Brave bounteous acts, regal magnificence,
All-seeing prudence, magnanimity
That knows no bound, and that heroic virtue
For which antiquity hath left no name,
But patterns only, such as Hercules,
Achilles, Theseus. Back to thy ¡oath'd cell;
And when thou seest the new enlightened sphere,
Study to know but what those worthies were.

T. Carew[1]

2. DONDE VIVÍ Y PARA QUÉ

Llega un momento en nuestras vidas en que damos en estimar los lugares en cuanto a su idoneidad para el emplazamiento de nuestra casa. Así, yo he inspeccionado el terreno que circunda el lugar donde

1. «LAS PRETENSIONES DE LA POBREZA. / Presumes demasiado, pobre y necesitado infeliz, / al pedir una estación en el firmamento, / porque tu humilde cabana, o tu batea, / críe alguna virtud perezosa o pedante / al sol barato o en las fuentes sombrías, / con raíces y hortalizas; donde tu mano derecha, / desgarrando de la mente esas pasiones humanas, / sobre cuyos troncos florecen bellas y lozanas virtudes / degradó la naturaleza y entorpeció el sentido, / y, como Gorgona, cambió en piedras a los hombres activos. / No requerimos la aburrida sociedad / de templanza para sus necesitados / ni de esa estupidez poco natural / que no conoce pena ni alegría; ni su violada / pasiva fortaleza exaltada falsamente / sobre la activa. Esta estirpe baja y abyecta / que fija sus asientos en la mediocridad / conviene a nuestras mentes serviles; sino que fomentamos / sólo las virtudes que admiten excesos, actos bravos y generosos, magnificencia real, / prudencia previsora, magnanimidad / que no conoce limites, esa heroica virtud /.para la que la antigüedad no dejó nombre alguno / sino sólo modelos como Hércules, / Aquiles y Teseo. Atrás, a tu celda odiada;/ y cuando veas la nueva esfera ilustrada / aprende a conocer siquiera lo que esas dignidades fueron.» (Traducción de J. Gárate, *op. cit.*, P. 81.)

vivo en doce millas a la redonda, y en mi imaginación me he visto comprador de todas las fincas en sucesión, pues todas se hallaban a la venta y yo conocía su precio. He recorrido cada propiedad, he probado sus manzanas silvestres y he conversado con cada dueño sobre agricultura, tomando la granja al precio pedido, cualquiera que fuese, hipotecándola ya *in mente, y* aun poniéndole un precio más elevado —tomé todo menos su título de propiedad; la palabra dada como si fuera la escritura, porque me encantaba hablar—; cultivé la tierra, y en cierto modo, creo que también al amo, y cuando hube gozado suficientemente del juego, me retiré, dejando que aquél siguiera adelante con ella. Esta experiencia me dio derecho a ser considerado por mis amigos como un verdadero corredor de fincas. Donde quiera que me sentara podía vivir, de manera que el paisaje se irradiaba desde mí mismo. ¿Qué es una casa sino una *sedes*, un asiento? Y tanto mejor si es campestre. Descubrí muchos emplazamientos posibles donde no es probable que se haga nada en breve, que algunos pudieran considerar en exceso alejado de la villa, aunque a mis ojos ésta quedaba aún demasiado cerca. Allí podría vivir, me decía. Y así solía ocurrir por una hora, que encerraba un invierno y un verano. Veía pasar los años, y cómo me enfrentaba al invierno y recibía la primavera. Los futuros habitantes de esta región, doquiera que levanten sus casas, pueden tener la seguridad de que fueron precedidos. Una tarde bastaba para convertir la tierra en huerta, bosque y pasto, y para decidir qué robles y pinos de fina textura conservaría frente al portón, y desde dónde podría contemplar mejor el espacio que abriría en ellos la tabla, espacio que luego bien pudiere dejar en barbecho, pues el hombre es rico según el número de cosas de que puede prescindir.

Mi imaginación me llevó tan lejos que hasta me fueron negadas varias granjas —esa negativa era todo lo que yo quería— y jamás me pillé los dedos con una posesión efectiva. Lo más cerca que a ello llegué fue con ocasión de la compra de la granja de Hollowell y hube empezado a triar ya mis semillas y a recoger materiales con que construir la carretilla que me permitiera llevarlas de aquí para allá. Pero antes de que el dueño me traspasara la escritura, su mujer —todo hombre tiene una esposa así— cambió de parecer y optó por conservar la propiedad, de manera que aquél me ofreció diez dólares por eximirle del compromiso. Ahora bien, en honor a la verdad, yo no tenía en el mundo sino diez centavos, y quedaba fuera de mis matemáticas si era yo quien poseía diez centavos o una finca o diez dólares o todo a la vez. En fin, que le dejé conservar dólares y granja, pues ya había llevado las cosas bastante lejos; o bien, para ser generoso, le vendí la

propiedad por el precio justo que yo había pagado por ella, y como quiera que no se trataba de un hombre rico, le hice el presente de diez dólares y me quedé aún con diez centavos, las simientes y los materiales necesarios para construir una carretilla. De esta manera descubrí que yo había sido rico, sin dañar por ello mi pobreza. Pero retuve el paisaje, y desde entonces me he llevado cada año su producción, sin la carretilla. En lo que respecta al paisaje:

I am monarch of all I survey
My right there is none to dispute.

He visto con frecuencia al poeta retirarse cuando ya había disfrutado de la parte más valiosa de la granja, mientras el rústico habría jurado que aquél se había limitado a tomar tan sólo unas pocas manzanas. Pero es que el dueño no sabe que durante años, el poeta ha estado haciendo de la propiedad rimas, el género más admirable de valla invisible, la ha tomado para sí, la ha ordeñado, desnatado, y obtenido la crema, dejándole al granjero tan sólo la leche magra.

Para mí, los verdaderos atractivos de la granja de Hollowell eran: su completo aislamiento, ya que quedaba a unas dos millas del pueblo y a media del vecino más próximo, y estaba separada de la carretera por un ancho campo; que limitaba con el río, que, según el dueño, con sus brumas la protegía de las heladas de la primavera, aunque eso no fuera de especial importancia para mí; el color gris y el estado ruinoso de la casa y del granero, y los caídos cercados, que tanto acentuaban el intervalo que mediaba entre mí y su último ocupante; sus manzanos huecos y cubiertos de liqúenes, roídos por los conejos, que me anunciaban qué vecindario iba a tener; y, sobre todo, el recuerdo que yo conservaba de ella, de cuando mis primeros viajes río arriba, con la casa oculta tras una tupida cortina de arces rojos, a través de los cuales llegaban a mí los ladridos del perro. Tenía prisa por comprarla, antes de que el dueño terminara de sacar unas rocas, talara los huecos manzanos y arrancara unos jóvenes abedules surgidos en medio del pasto; en fin, antes de que le infligiera algunas mejoras más. Para disfrutar de aquello yo estaba dispuesto a continuar su labor, a tomar el mundo sobre mis hombros, como hiciera Atlas —aunque nunca supe

1. «Soy el rey de todo lo que exploro / no hay nadie que dispute mis derechos.» Primeros versos de la poesía de William Cowper (1731-1800), «The Solitude of Alexander Selkirk» (marino escocés cuyas aventuras inspiraron la primera novela inglesa: *Robinson Crusoe*, de Daniel Defoe). Trad.

qué recompensa recibió por ello— y a hacer todas aquellas cosas que no tenían más motivo o excusa que el que yo pudiera darles y me sirviera para poder pagar por ello y disfrutar sin molestias de su posesión; pues yo sabía, todo el tiempo, que iba a darme la más abundante cosecha de lo que yo deseaba con sólo dejarla sola. Pero aquello acabó en lo dicho.

Todo lo que podía decir, pues, con respecto a la agricultura en gran escala —siempre he cultivado un jardín— es que tenía mis semillas preparadas. Son muchos los que creen que la simiente mejora con la edad. No dudo de que el tiempo discrimina entre lo bueno y lo malo ni de que cuando al fin siembre, tendré más probabilidad de acertar. Sin embargo, quisiera decir a mis semejantes, de una vez por todas: Vivid libres y no os comprometáis. Poca diferencia hay entre recluirse en una granja o en la cárcel del condado.

El viejo Catón, cuya *De Re Rustica* es mi *Cultivator*[1] dice (y la única traducción que he visto convierte este pasaje en una soberana tontería): «Cuando pienses en adquirir una granja, considéralo así: No hay que comprar con codicia ni regatear esfuerzo alguno en la inspección, ni pensar que basta con recorrerla una vez. Cuanto más la visites, más te complacerá, si es buena». Creo que no compraré con codicia, pero que le daré vueltas y más vueltas en tanto viva, y que seré enterrado en ella primero, para que pueda gustarme tanto más al fin.

El siguiente experimento que emprendí de esta clase es descrito con detalle a continuación, donde por conveniencia junto los eventos de dos años en uno. Como ya he dicho, no me propongo componer una oda a la melancolía,[2] sino alardear con igual alegría que el gallo mañanero en su palo, aunque sólo sea para despertar a mis vecinos.

Cuando me establecí por primera vez en los bosques, es decir, cuando comencé a pasar allí tanto mis noches como mis días, que por casualidad fue el Día de la Independencia, 4 de julio de 1845, mi morada no se hallaba preparada aún para el invierno ya que se limitaba a un resguardo de la lluvia, sin revocado ni chimenea, con toscos maderos castigados por la intemperie a guisa de paredes, y anchos resquicios que la refrescaban de noche. Los blancos postes verticales desbastados y los marcos de puerta y ventana recién cepillados le conferían un

1. Revista yanqui del campo. (Gárate, p. 84, *op. cit.)*

2. *Dejection: An Ode.* Último gran poema de Coleridge, escrito en 1802. (Citado por J. Gárate, *op. cit.*, p. 85.)

aspecto limpio y airoso, especialmente por las mañanas, cuando la madera aparecía bañada de rocío; no me costaba, pues, imaginar que llegado el mediodía, algo de goma dulce habría exudado ya de ellos. En mi fantasía, la casa conservaba, pues, todo el día algo de ese carácter crepuscular, que traía a mi memoria la imagen de una cabana en unas montañas que visitara el año anterior. Era también una choza aireada, sin revocar, apta para acomodar a un dios viajero y cuyo suelo bien podía conocer el roce del halda de una diosa. Los vientos que discurrían por encima de mi morada eran los que barren las crestas de las montañas, llenos de retazos de música terrestre o de la parte celestial de su melodía. El viento matinal sopla eternamente y el poema de la creación no tiene fin; pero son pocos los oídos que la perciben. El olimpo no es sino la cara externa de la tierra.

La única casa de que había sido dueño antes, si exceptúo un bote, fue una tienda de campaña que usaba ocasionalmente en mis excursiones estivales y que conservo todavía, debidamente enrollada en mi buhardilla. El bote, en cambio, después de haber pasado de mano en mano se ha perdido en la corriente de los tiempos. Con este refugio más sustancial a mi alrededor había hecho algunos progresos en lo que a mi asentamiento en el mundo se refiere. Esta estructura tan ligeramente vestida era como una cristalización en torno que influye sobre su constructor; era algo tan sugestivo como un boceto. No necesitaba salir fuera para tomar el aire, pues la atmósfera no había perdido nada de su frescor exterior. Más que dentro, era detrás de una puerta donde yo me hallaba, incluso en los días más lluviosos. El Harivansa[1] dice: «Una vivienda sin aves es como una carne sin sazonar». Mi vivienda no era así porque de pronto me había convertido en vecino de los pájaros; no por haber aprisionado uno, sino por haberme enjaulado cerca de ellos. No sólo estaba más cerca de algunos de los que solían frecuentar el jardín y el huerto, sino de aquellos cantores del bosque, más salvajes, que nunca o rara vez ofrecen su serenata a quienes habitan en los pueblos: el zorzal, el tordo, el tángara escarlata, el gorrión del campo, el chotacabras y tantos otros.

Me había establecido a la orilla de una pequeña laguna, a eso de una milla y media al sur de Concord y en posición algo más elevada, en medio del extenso bosque que separa a aquélla de Lincoln, y a unas dos millas al sur de nuestro único paraje llegado a la fama con el

1. *Harivansa Purana.* Continuación de la epopeya india Mahabarata. Representación de la vida del dios Krishna. Trad.

nombre de Campo de Batalla de Concord; pero estaba tan metido en la espesura, que la orilla opuesta, distante una media milla, y como el resto cubierta de arbolado, era mi horizonte más lejano. Durante la primera semana, cada vez que miraba la laguna me daba la impresión de que era una charca que estuviera en lo más alto de una montaña, y cuyo fondo quedaba mucho más elevado que la superficie de otros lagos, y que al levantarse el sol la vería echando a un lado las nieblas de sus ropas de noche, mientras aquí y allá, en su superficie, se revelaban gradualmente sus rizos o reflejos de luz, en tanto que las brumas, como espíritus, se retiraban furtivamente en todas direcciones, hacia el bosque, como a la terminación de algún nocturno aquelarre. El mismo rocío parecía colgar de los árboles hasta más adentrado el día de lo usual, como en las laderas montañosas.

Este pequeño lago adquiría su máximo valor como vecino en los intervalos de suave lluvia agosteña, cuando perfectamente calmos el aire y las aguas bajo un cielo encapotado, las horas medias de la tarde tenían toda la serenidad del ocaso y el zorzal dejaba oír su voz de una orilla a otra. Una laguna así jamás es más apacible que en estas circunstancias. Con el aire formando sobre ella una capa estrecha y llena de oscuras nubes, el agua, marco de luces y reflejos, se convierte a su vez en cielo, más próximo y tanto más importante. Desde la cima de una colina cercana, donde el bosque aparecía recién talado, se gozaba de una placentera vista sobre la laguna, en dirección sur, y a través de una amplia falla rocosa que allí conformaba la orilla, en tanto que las laderas opuestas sugerían la presencia de una corriente que allí desembocara tras atravesar un valle boscoso, aun cuando en realidad no había tal. Por ahí transitaba yo la mirada entre los cerros próximos cubiertos de verdor, y más allá, hacia aquellos más elevados, en lontananza, que la distancia teñía de vaporoso azul. Lo cierto es que, de puntillas, alcanzaba también a columbrar algunos de los picos de la cordillera, más azul todavía y más lejana, que quedaba al noroeste, de igual cuño que el azul del cielo, y aun parte de la aldea. Pero en otras direcciones, incluso desde este punto, me era imposible ver nada que no fuera el boscaje en torno. Es bueno el tener algo de agua en la vecindad para sustentar y mantener la tierra. Aun el pozo más pequeño sirve para que, al mirarse en él, uno se dé cuenta de que la tierra no es continente sino insular. Constatación no menos importante, por otra parte, que la de que el pozo ayuda a conservar fresca la mantequilla. Cuando

1. Donde el 19 de abril de 1775 tuvo lugar la batalla que desató la Revolución Americana. Trad.

por encima de la laguna miraba yo desde ese otero hacia la vega de Sudbury, que en tiempo de inundaciones se me antojaba más elevada, por un espejismo quizá en su bullente seno, como una moneda en una palangana, toda la tierra del otro lado de la laguna aparecía como una corteza aislada que flotara sobre esa reducida capa de agua intermedia, y que me recordaba que mi sede era, ciertamente, *tierra firme.*

Aunque la vista desde mi puerta era limitada, yo no me sentía en absoluto contraído o confinado, pues mi imaginación era alimentada con creces. La baja meseta de pequeños robles que coronaba la orilla opuesta se extendía hacia las praderas del Oeste y las estepas de Tartaria, proporcionando amplio espacio para todas las familias humanas errantes. «Sólo los seres que gozan libremente de un vasto horizonte son felices», dijo Damodara, cuando sus rebaños requirieron nuevos y más amplios pastizales.

Mi espacio y tiempo eran otros, y yo vivía más cerca de aquellas partes del universo y de aquellas horas históricas que más me habían atraído siempre. El lugar que habitaba era tan remoto como algunas de las regiones objeto de la atención de los astrónomos cada noche. Solemos imaginar que existen otros lugares, más raros y delectables, en algún remoto rincón de los cielos, más allá de Casiopea, alejados de todo ruido y molestia. Yo descubrí que mi casa se hallaba ubicada precisamente en una parte así del universo, retirada y siempre nueva y sin mácula. Si valiera la pena el establecerse en unas regiones próximas a las Pléyades o Hyades, a Aldebarán o a Altair, ahí es donde yo me encontraba, o por lo menos a semejante distancia de la vida que había dejado atrás, reducido y centelleando con rayos igual de finos a mi vecino más próximo, quien sólo podría verme en noches sin luna. Así era la parte de la Creación que yo colonicé.

There was a shepherd that did live,
And hel his thoughts as high
As were the mounts whereon his flocks
Did hourly feed him by.[1]

¿Qué pensaríamos nosotros de la vida del pastor si sus rebaños escaparan siempre a alturas más elevadas que sus pensamientos?

Cada mañana me traía una nueva invitación a conferir a mi vida igual sencillez, y me atrevo a decir inocencia, que la de la Naturaleza

1. «Hubo un pastor que vivía / y mantenía sus pensamientos a igual altura / que las montañas sobre las que sus rebaños / le proporcionaban cada hora el sustento.»

misma; he sido un adorador de Aurora tan sincero como lo fueran los mismos griegos. Me levantaba temprano e iba a darme un baño en la laguna; era un verdadero ejercicio religioso y una de las mejores cosas que hacía. Se dice, por cierto, que en la bañera del rey Tching-thang se había grabado a tal efecto: «Renuévate completamente cada día; una y otra vez y siempre». Lo comprendo. La mañana nos trae de nuevo los tiempos heroicos. Me afectaba tanto el leve zumbido de un mosquito que diera su vuelta invisible e inimaginable por mi habitación al romper el alba, sentado yo con puerta y ventana abiertas, como pudiere hacerlo una trompeta que cantara a la fama. Era el réquiem de Homero; la Iliada y la Odisea desgranando en el aire sus iras y extravíos. Había algo de cósmico en ello; un anuncio permanente, hasta que se vete, del eterno vigor y fecundidad del mundo. La mañana, el más memorable estadio del día, es la hora del despertar, cuando menor es la somnolencia que nos embarga; y por lo menos durante una hora, amanece en nosotros una parte que sigue luego adormilada durante el resto del día y de la noche. Poco es lo que cabe esperar de ese día, si tal puede llamársele, en que no somos desvelados por nuestro Genio, sino por la mecánica agitación de algún sirviente o por la sirena de una fábrica, en lugar de serlo por nuestras recién adquiridas fuerzas y aspiraciones, que desbordan desde nuestros adentros y se acompañan de música celestial en una atmósfera llena de fragancia, para acceder a una vida superior a la que dejamos antes de dormirnos, de este modo la oscuridad da su fruto y se revela tan buena como la luz. El hombre que no cree que cada día contiene una hora más temprana, más sagrada y más resplandeciente que la que ya ha profanado, ha desesperado de la vida y rueda por una pendiente oscura. Luego del cese parcial de su vida sensitiva, el alma del hombre, o más bien sus órganos, se revigorizan diariamente, y su Genio intenta emprender de nuevo una vida noble. Debiera decir que todos los eventos memorables tienen lugar por la mañana, en una atmósfera matutina. Los Vedas dicen: «Todas las inteligencias despiertan con la mañana». La poesía y el arte y las acciones más célebres de los hombres datan de esas horas. Todos los poetas y héroes, al igual que Memnón,[1] son hijos de Aurora y emiten su música con el alba. Para aquel cuyos pensamientos elásticos y vigorosos siguen la marcha del sol, el día es una perpetua mañana. No importa lo que indiquen los relojes o las actitudes y trabajos de los hombres. Es mañana cuando estoy despierto y resplandece en mí la alborada. La reforma

1. Cuya estatua en Tebas, Egipto, producía un sonido armonioso al ser herida por los primeros rayos del sol. Trad.

moral no es sino el esfuerzo por desterrar el sueño. ¿Por qué suelen dar los hombres una cuenta tan pobre de su día si no porque han estado dormitando? Al fin y al cabo, no son tan malos calculadores. Habrían conseguido algo si no les hubiera invadido la modorra. Se cuentan por millones los que están suficientemente despiertos para el trabajo físico; pero sólo uno de cada millón lo está para el esfuerzo intelectual efectivo, y sólo uno en cien millones para la vida poética o divina. Estar despierto es estar vivo. Y no he conocido aún a hombre alguno que estuviera completamente desvelado. ¿Cómo habría podido mirarle al rostro?

Debemos aprender a despertárnos de nuevo y a mantenernos vigiles, no con ayuda mecánica sino en la infinita espera de que la Aurora no nos abandone en nuestro sueño más profundo. No sé de hecho más estimulante que la incuestionable capacidad del hombre para elevar su vida por medio del esfuerzo consciente. Es algo, ciertamente, el poder pintar un cuadro particular, el esculpir una estatua o, en fin, el hacer bellos algunos objetos; sin embargo, es mucho más glorioso el esculpir o pintar la atmósfera misma, el medio a través del que miramos, lo cual es factible moralmente. Influir en la calidad del día, esa es la más elevada de las artes. Todo hombre tiene la tarea de hacer su vida digna, hasta en sus detalles, de la contemplación de su hora más elevada y crítica. Si rechazáramos, o más bien agotáramos una información tan escasa como la que recibimos, los oráculos nos señalarían claramente cómo poder hacerlo.

Fui a los bosques porque quería vivir con un propósito; para hacer frente sólo a los hechos esenciales de la vida, por ver si era capaz de aprender lo que aquélla tuviera por enseñar, y por no descubrir, cuando llegare mi hora, que no había siquiera vivido. No deseaba vivir lo que no es vida, ¡es tan caro el vivir!, ni practicar la resignación, a menos que fuera absolutamente necesario. Quería vivir profundamente y extraer de ello toda la médula; de modo tan duro y espartano que eliminara todo lo espurio, haciendo limpieza drástica de lo marginal y reduciendo la vida a su mínima expresión; y si ésta se revelare mezquina, obtener toda su genuina mezquindad y dársela a conocer al mundo; pero si fuere sublime, conocerla por propia experiencia y ofrecer un verdadero recuento de ella en mi próxima manifestación. Pues la mayoría de los hombres, creo yo, sufren de una extraña incertidumbre al respecto de si la vida proviene de Dios o del diablo, y no sin *cierto apresuramiento* han llegado a la conclusión de que el principal objeto del hombre aquí es «el dar gloria a Dios y gozar de Él eternamente».[1]

1. Alusión al Catecismo de palabras mofletudas y rimbombantes.

Y, sin embargo, vivimos mezquinamente, como las hormigas, aunque la fábula nos cuenta que ha mucho que fuimos transformados en hombres;[1] luchamos con grullas, como pigmeos;[2] no es sino error sobre error y remiendo sobre remiendo; y nuestra mejor virtud revela, llegado el caso, una miseria superflua y evitable. Nuestra vida se desperdicia en detalles. Un hombre honrado rara vez necesita contar sino con los diez dedos de la mano o, en casos extremos, recurriendo adicionalmente a los de los pies; el resto se compra a bulto. ¡Sencillez, sencillez, sencillez! digo; que vuestros asuntos sean dos o tres en vez de un centenar o un millar; en lugar de un millón contad hasta media docena, básteos la uña del pulgar para llevar las cuentas. En medio de esta picada mar de la vida civilizada, tales son las nubes, galernas, arenas movedizas y mil y una cosas con que hay que contar, que para no naufragar, irse a pique o perder puerto, el hombre ha de vivir a la estima; y no son pocas las dotes de buen calculador que exige una feliz arribada. ¡Simplificad, simplificad! En lugar de tres comidas al día, si es preciso tomad sólo una; en vez de cien platos, cinco; y reducid todo lo demás en igual proporción. Nuestra vida es como una Confederación Germánica compuesta de minúsculos estados, y con fronteras tan fluctuantes que ni siquiera un germano es capaz de precisar las propias en un momento dado. La misma nación, con todas sus llamadas mejoras internas que, por cierto son bien externas y superficiales, no es sino un establecimiento abultado e hipertrofiado, colmado de muebles y preso en sus propias galas, arruinado por el lujo y los gastos vanos, por falta de cálculo y de objeto digno como el millón de hogares que alberga. Y la única cura está en una economía rígida, en una sencillez de vida estricta y más que espartana y en una elevación de propósitos. Se vive demasiado de prisa. Los hombres piensan que es esencial que la *Nación* tenga comercio y exporte hielo y se comunique por telégrafo y viaje a treinta millas por hora, sin reparar en ningún momento en si *ellos* lo hacen o no; pero resulta incierto si viviríamos, en así haciéndolo, como hombres o como babuinos. Si no obtenemos traviesas ni forjamos raíles, ni nos ponemos noche y día a la obra, sino que nos calentamos vanamente los cascos pensando en nuestra *vida* con objeto de *mejorarla* ¿quién construirá los ferrocarriles? Y si éstos no son construidos, ¿cómo llegaremos al cielo a tiempo? Pero si

1. Easo, hijo de Júpiter, obtuvo de su padre que, despoblados sus estados por la peste, aquél convirtiera en hombres las hormigas. Trad.

2. El canto III de la 'ada habla de los troyanos combatiendo como grullas contra los pigmeos. Trad.

nos quedamos en casa y atendemos a lo nuestro, ¿a quién le hará falta el ferrocarril? No montamos en tren; éste marcha a nuestra costa. ¿Os habéis detenido a pensar alguna vez qué son esas traviesas que yacen debajo del convoy? Cada una es un hombre, un irlandés o un yanqui. Se colocan los raíles encima de ellas, cubiertas de arena, y los vagones se deslizan suavemente. Son maderos robustos, os lo aseguro.[1] Y cada pocos años, un nuevo lote es asentado, para que se les ruede por encima; de ahí que, si algunos gozan del viajar en tren, otros tienen la desgracia de salir de ello rodados. Y cuando un tren da por delante con un hombre que deambula en sueños, un durmiente supernumerario en posición errónea, y le despierta, en seguida se detienen los vagones y se grita y se exclama acerca de ello, como si se tratara de algo excepcional. Me complace saber que para cada cinco millas hay asignada una cuadrilla de hombres con la tarea de mantener las traviesas o durmientes perfectamente alineados y a ras de suelo, pues es señal de que acaso puedan volver a levantarse otra vez.

¿Por qué hemos de vivir con tanta prisa y malgastando la vida? Hemos resuelto morir de hambre antes incluso de sentirla. Se dice que una puntada a tiempo evita nueve, y así, la sociedad de los hombres da hoy mil puntadas para ahorrarse nueve mañana. En cuanto al *trabajo*, carecemos de hacer importante. Padecemos el baile de San Vito y nos es imposible guardar la cabeza. Si me ocurriere dar tan sólo unos tirones de la cuerda de la campana parroquial, como en caso de incendio, es decir, sin llegar a voltearla, no habría apenas hombre alguno en su granja de las afueras de Concord que, a pesar de tantos compromisos que ha venido aduciendo ya esta mañana como excusa, ni chico ni mujer —me atrevo a decir— que no lo abandonaran todo en pos de este tañido, y no principalmente para salvar bienes de las llamas, sino más bien para verlos arder —si hemos de ser sinceros— pues ese era el sino que les cabía; y que conste, no fuimos nosotros quienes les prendimos fuego; otro tanto bien pudiere ocurrir, pero para verlo apagar, y aun para echar una mano en ello, siempre que se hiciere igual de espectacularmente; en efecto, así sería, incluso si se tratara de la parroquia misma. Raro es el hombre que habiendo dormido media hora de siesta después de comer no pregunte al despertar: «¿Qué hay de nuevo?», como si, entretanto, la humanidad entera no hubiera hecho otra cosa que velar su sueño. Algunos dan instrucciones en el

1. Sutilmente, Thoreau juega una vez más, deliberadamente, con lo ambiguo. ***Sound sleepers*** puede traducirse como *maderos* (durmientes, traviesas) *sólidos,* al igual que por *durmientes profundos.* **Trad.**

sentido de que se les despierte cada media hora, de seguro sin otro fin, y luego, como recompensa, cuentan lo que han soñado. Después de la pernocta, las noticias son tan indispensables como el desayuno. «Haced el favor de decirme qué de nuevo le ha ocurrido a algún hombre en cualquier parte de la tierra», y se dispone a acompañar su café y bollo de la lectura del caso de un hombre al que han sido arrancados los ojos esa misma mañana en el río Wachito, sin detenerse siquiera en sueños a pensar que él mismo está viviendo en la impenetrable oscuridad de la cueva de este mundo y no tiene sino sólo un rudimento de ojo.[1]

Por mi parte, podría pasarme fácilmente sin los servicios de Correos, pues estimo que son muy pocas las comunicaciones importantes que se hacen con su concurso. De manera más crítica: creo que no he recibido en toda mi vida más de una o dos cartas —escribí de esto hace unos años— que valieran su franqueo El correo es, por lo común, una institución a través de la cual uno ofrece seriamente por los pensamientos de otro ese chavo que a menudo sólo se envidia sin peligro en broma. Por otra parte, estoy seguro también de que jamás he leído nada memorable en los periódicos. Si leemos de un hombre robado o asesinado, o muerto por accidente, o de una casa quemada o de un naufragio, de la explosión de un vapor, de una vaca atropellada por el Ferrocarril del Oeste, o de la muerte de un perro rabioso o de una plaga de langosta en pleno invierno, no necesitamos el verlo otra vez, ¡con una basta! Si conoce uno el principio, ¿qué le importan mil ejemplos y aplicaciones? Para el filósofo, todas las nuevas, como se da en llamarlas, son chismorreos, y quienes las leen y editan, viejas a la hora del té. Pero no pocos anhelan esos chismes. He oído decir que fue tal la concurrencia, el otro día, en una de las oficinas que despachan las últimas noticias del extranjero, que varias lunas del establecimiento resultaron rotas por causa de la aglomeración —noticias que, a mi entender, un individuo de vivaz ingenio podría escribir doce meses o doce años antes con suficiente exactitud—. En cuanto a España, por ejemplo, si sabéis cómo introducir de vez en cuando un don Carlos y una Infanta,[2] y a Don Pedro y Sevilla y Granada, en proporciones justas —puede que los hombres hayan cambiado algo desde la última vez— o servir una corrida de toros cuando fallen otros entretenimientos, la imagen resultaría exacta y nos proporcionará una idea de la situación o de la ruina de España, por lo menos tan buena como

1. Imagen platónica. Trad.
2. Carlos María Isidro de Borbón, hermano de Fernando VII e Isabel II. Trad.

los informes más lúcidos y concretos insertos con estas pretensiones en los diarios; en lo que atañe a Inglaterra, el último retazo noticioso con cierta sustancia venido de esta parte fue la revolución de 1649; y si habéis estudiado la historia de sus cosechas en un año promedio, ya no necesitáis atender nuevamente a este capítulo, a menos que vuestras especulaciones sean de carácter meramente pecuniario. Si a uno, que raramente lee los periódicos, le es permitido juzgar: nada nuevo ocurre en el extranjero, incluida una revolución francesa.

¡Qué de nuevo! ¡Cuánto más importante el saber qué es lo que jamás fue viejo! «Kieou-he-yu (alto dignatario del estado de W[illegible] envió un hombre a Khoung-tseu para saber sus noticias. Khoung-tseu hizo sentarse a su lado al mensajero y le preguntó en estos términos: «¿Qué hace tu amo?». El mensajero respondió con respeto: «Mi amo desea disminuir el número de sus faltas, pero no puede llegar al fin de las mismas». Habiendo partido el enviado, el filósofo exclamó: «¡Qué digno mensajero!... ¡Qué digno mensajero!».

El día de descanso que cierre la semana —porque el domingo es la terminación adecuada de una semana mal transcurrida, y no el comienzo fresco y vigoroso de una nueva—, en vez de castigar los oídos de los labradores soñolientos con el gastado sermón, el predicador debiera gritar con voz tonante: «¡Alto! ¡Basta! ¿Por qué parecéis tan apresurados y sois tan mortalmente lentos?».

Ficciones y delirios son tomados por sólidas verdades mientras que la realidad se nos antoja fabulosa. Si los hombres contemplaran sólo realidades y se sustrajeran al engaño, la vida, comparándola con lo que conocemos, sería como un cuento de hadas, algo digno de *Las Mil y Una Noches*. Si respetáramos solamente lo que es inevitable y tiene derecho a ser, la música y la poesía resonarían por las calles. Cuando actuamos sin prisas y con prudencia, nos damos cuenta de que sólo lo grande y valioso posee existencia permanente y absoluta y de que las cuitas y placeres vanos no son sino sombra de la realidad. Ello resulta estimulante, sublime. Cerrando los ojos y dormitando, en cambio, dejando que las apariencias les engañen, los hombres establecen y confirman por doquier su vida diaria de rutina y hábito sobre bases puramente ilusorias. Los niños, que juegan a la vida, disciernen su verdadera ley y relaciones con más claridad que los adultos, quienes no logran vivirla dignamente, pero se creen más sabios por su experiencia, es decir, por sus fracasos. He leído en un libro hindú que «hubo una vez un príncipe que, habiendo sido expulsado en su infancia del lado de

1. Con la ejecución de Carlos I de Inglaterra el 30 de marzo de 1649. Trad.

su padre, el rey, fue criado por un montero; y llegado a la madurez en estas circunstancias, creía pertenecer a aquella ruda raza con que vivía. Como le hallara uno de los ministros de su padre, le fue revelado su verdadero origen, con lo que se deshizo aquel equívoco sobre su carácter y el joven supo entonces de su rango principesco. Así el alma —continúa el filósofo hindú— equivoca su propio carácter debido a las circunstancias en que ha sido inmersa, hasta que la verdad le es revelada por algún santo maestro y sabe, entonces, que es *brahma*». Observo que nosotros, los habitantes de Nueva Inglaterra, arrastramos esa vida mezquina porque nuestra visión no llega más allá de la superficie de las cosas. Creemos que *es* lo que *aparenta ser*. Si un hombre caminare por esa ciudad y viere solamente lo real, ¿en qué creéis que quedaría la Presa del Molino?[1] Si nos diere luego su versión de las realidades contempladas, no reconoceríamos el lugar por su descripción. Mirad una capilla, un juzgado, una cárcel, un comercio o una vivienda, y decid qué son en realidad a la mirada certera; se harían añicos en vuestro relato. Los hombres estiman remota la verdad, allá en los confines de nuestro sistema, por detrás de la estrella más lejana, antes que Adán y después del último hombre. En la eternidad hay realmente algo verdadero y sublime, pero todos estos tiempos y lugares y ocasiones se dan ahora y aquí. El mismo Dios culmina en el momento presente, y nunca será más divino. Y nos es dado percibir todo lo que es sublime y noble sólo por la perpetua inundación e instilación de la realidad que nos rodea. El universo responde a nuestras concepciones constante y obedientemente; tanto si viajamos de prisa como con pausa, el camino nos está franco. Dediquemos, pues, nuestra vida a concebir. El poeta o el artista jamás han tenido designio tan bello y noble que alguien, al menos, no pueda cumplirlo en la posteridad.

Realicemos nuestro día con el mismo propósito que anima a la Naturaleza, y no nos dejemos apartar del camino por cascara alguna o por ala de mosquito que puedan caer en él. Levantémonos temprano, ayunemos o desayunémonos pausadamente y sin perturbaciones; que venga y vaya la compañía, que tañan las campanas o lloren los niños; sigamos, determinados a hacer de ello un día. ¿Por qué habríamos de someternos e ir con la corriente? No nos sintamos perturbados y vencidos en ese terrible rápido arremolinado que llamamos almuerzo, sito en los bajíos del mediodía. Sortead este peligro, y estaréis a salvo para el resto de la jornada, que discurrirá luego cuesta abajo. Con nervios

1. Mill-Damm, en el original. Centro de la ciudad, antiguo dique, y entonces zona comercial de la villa. Trad.

templados y vigor matinal, dejadlo atrás, y como Ulises atado al mástil,[1] poned la mirada en otra parte. Si silba el motor, que lo haga hasta enronquecer de insistencia. Si tañe la campana ¿por qué hemos de apresurarnos? Consideremos qué música nos ofrecen. Resolvámonos a hacer nuestro camino, llevando adelante nuestros pasos a través del barro y lodo de la opinión, prejuicios, tradición, engaño y apariencias que, cual tierra de aluvión, cubren el globo entero desde París a Londres, Nueva York, Bostón y Concord, a través de Iglesia y Estado, a través de la poesía, la filosofía y la religión, hasta que alcancemos un suelo duro y rocoso, al que podemos llamar *realidad,* y digamos: «Héla aquí, no hay duda». Y entonces, comencemos, contando con *un point d'appui,*[2] bajo crecidas, heladas o fuego; un lugar donde se pueda encontrar un muro o una propiedad, donde se pueda erigir sin problemas un farol, o acaso un medidor, no un *Nilómetro*[3] sino un *Realímetro,* para que las generaciones futuras sepan qué caudal llegaban a alcanzar de vez en cuando las riadas de engaños y apariencias. Si os enfrentáis cara a cara con un hecho, veréis brillar el sol en sus dos facetas, como si fuera una cimitarra, y sentiréis su suave filo, que os divide por el corazón y la médula, concluyendo así vuestra carrera mortal. Trátese de vida o muerte, nosotros ansiamos sólo la realidad. Si en verdad morimos, que oigamos el estertor en nuestras gargantas y sintamos el frío de nuestras extremidades; si estamos vivos, vayamos a lo nuestro.

El tiempo no es sino el río donde voy a pescar. Bebo en él, y mientras lo hago, veo su lecho arenoso y descubro cuán cerca se encuentra de mí. Su fina corriente discurre incansable, pero la eternidad permanece. Yo quisiera beber de más hondo; y pescar en el cielo, cuyo cauce está tachonado de estrellas. No puedo contarlas. Ignoro la primera letra del alfabeto. Siempre he lamentado no ser tan sabio como el día en que nací. La inteligencia es un hendedor; discierne y saja su camino en el secreto de las cosas. No deseo ocupar mis manos más de lo necesario. Mi cabeza es manos y pies. Siento concentradas en ella mis mejores facultades. Mi instinto me dice que aquélla es un órgano excavador, como los hocicos y garras de algunos animales, y con ella minaría y horadaría yo mi camino a través de estas colinas. En algún lugar de estos alrededores se encuentra, creo, la vena más rica; me lo dicen mi varita mágica y los mágicos vapores que ascienden serpenteando. Aquí comenzaré a minar.

1. Cf. la *Ilíada*. Para no dejarse seducir por el canto de la sirena. Trad.
2. *Sic,* en el original.
3. Fluviómetro. Trad.

3. *LECTURA*

Con un poco más de deliberación en la elección de sus objetivos puede que todos los hombres se volvieran en esencia estudiosos y observadores pues, ciertamente, su naturaleza y destino interesan a todos por igual. En la acumulación de propiedades para nosotros o la posteridad, fundando una familia o una heredad, o hasta adquiriendo fama, somos mortales; pero cuando tratamos con la verdad, somos inmortales, y no necesitamos temer cambio alguno ni accidente. El filósofo más antiguo, egipcio o hindú, levantó una punta del velo de la estatua de la divinidad; esa tremolante túnica sigue aún hoy alzada y yo puedo ver una gloria tan fresca como la que aquél viera, toda vez que fui yo en él quien se revelara tan audaz, y que es él en mí quien ahora vuelve a contemplar la misma visión. El polvo no se ha posado sobre el lienzo y el tiempo ha dejado de transcurrir desde la revelación de la divinidad que ocultaba. Este tiempo que nosotros realmente mejoramos o que es mejorable no tiene pasado ni presente ni futuro.

Mi residencia era más adecuada que una universidad no sólo para la reflexión sino para las lecturas serias, y aunque me hallaba fuera del alcance de la biblioteca ambulante ordinaria, estaba más que nunca influido por aquellos libros de proyección mundial, cuyas frases fueron primeramente escritas en cortezas de árboles, y que ahora no son sino copiadas, de tiempo en tiempo, en papel de hilo. Dice el poeta Mîr Camar Uddin Mast: «Estar sentado, para recorrer las regiones del mundo espiritual; los libros me han concedido esta ventaja. Ser emborrachado por un solo vaso de vino; he experimentado este placer cuando he bebido el licor de las doctrinas esotéricas». Durante todo el verano tuve la *líada* de Homero sobre mi mesa, aunque pudiera hojearla sólo ocasionalmente. El incesante trabajo manual al principio, porque tenía la casa por terminar, y la escarda de mis judías al mismo tiempo hicieron imposible más estudio. Sin embargo, me sostenía la perspectiva de esa lectura futura. En los intervalos de mis trabajos leí uno o dos superficiales libros de viajes, hasta que tal dedicación hizo que me avergonzara de mí mismo y que me preguntara dónde vivía yo en realidad.

El estudioso puede leer a Homero o a Esquilo en griego sin riesgo de disipación ni lujo, pues ello significa que en cierta medida emula a sus héroes, y que dedica a sus gestas algunas de sus horas matinales. Los libros heroicos, incluso si están impresos en caracteres de nuestra lengua materna, se ofrecerán siempre en un lenguaje muerto para las épocas degeneradas. Debemos buscar laboriosamente el significado de

cada palabra, de cada linea, conjeturando mediante la sabiduría, el valor y la generosidad que poseamos, un sentido más amplio que el que permite el uso común. La imprenta moderna, barata y fecunda con todas sus traducciones, ha hecho poco por acercarnos a los escritores heroicos de la antigüedad. Se nos revelan tan solitarios como siempre, al igual que curiosas y raras las letras en que son impresos. Vale la dedicación de los días jóvenes y de valiosas horas el aprender tan sólo unas palabras de una lengua antigua, que son extraídas luego de la trivialidad de la calle para aportar eternas sugerencias y provocaciones. No en vano recuerda y repite el granjero los pocos términos latinos que ha oído. Los hombres hablan a veces como si el estudio de los clásicos tuviera que hacer paso al fin a otros más modernos y prácticos; pero el estudioso aventurado hurgará siempre en aquéllos, cualquiera que sea el idioma en que aparecen escritos y pese a la antigüedad que posean. Porque ¿qué son los clásicos sino los pensamientos más nobles jamás registrados en los hombres? Son los únicos oráculos que no han decaído, y encierran más respuestas a la investigación moderna que nunca poseyeran Delfos y Dodona.[1] De igual modo podríamos omitir el estudio de la Naturaleza porque es vieja. El leer bien, es decir, el leer verdaderos libros con verdadero espíritu es un noble ejercicio, que impondrá mayor esfuerzo al lector de lo que las costumbres del día creen. Requiere un adiestramiento como el de los atletas, una firme resolución casi de por vida. Los libros deben ser leídos con la misma intención y reserva con que fueron escritos. No basta siquiera el poder hablar la lengua del país q les dio la luz, pues media un inefable intervalo entre lo hablado y lo escrito, entre la lengua oída y la lengua leída. La primera es por lo común transitoria, un sonido, una forma, meramente un dialecto, casi brutal, que aprendemos inconscientemente, como brutos, de nuestra madre. La otra representa la madurez y la experiencia; si aquélla es nuestra lengua madre, ésa es nuestra lengua padre, una expresión reservada y selecta, demasiado importante para ser percibida por el oído, que para poder hablar hemos de nacer de nuevo. A las gentes que meramente *hablaban* griego y latín en la Edad Media no les era dado, por el simple accidente de nacer, *leer* las geniales obras escritas en esas lenguas, pues no se ofrecían en aquel griego y latín que ellos conocían sino en el selecto lenguaje de la literatura. No habían aprendido los más nobles dialectos de Grecia y Roma, y los materiales, soportes físicos en que estaban escritos, se les antojaban simple papel usado frente a las baratas mues-

1. Célebres oráculos de la antigua Grecia. Trad.

tras de la literatura contemporánea que preferían. Sin embargo, cuando las diferentes naciones de Europa hubieron adquirido un idioma escrito propio, aunque rudo, suficiente para los propósitos de sus nacientes literaturas, entonces revivió primero el saber, y los eruditos pudieron vislumbrar ya desde aquella distancia los tesoros de la Antigüedad. Lo que las multitudes romanas y griegas no pudieron *oír,* lo *leyeron* unos pocos eruditos con el paso del tiempo, y siguen *leyéndolo* todavía otros, en número no mayor.

Por mucho que admiremos los ocasionales estadillos de elocuencia del orador, las más nobles palabras escritas se encuentran tan lejos o tan por encima del efímero lenguaje hablado como de las nubes el firmamento con sus estrellas. Existen las estrellas, y los que son capaces pueden leerlas. Los astrónomos las observan y discuten eternamente. No se trata de exhalaciones como nuestros cotidianos coloquios y vaporoso aliento. Lo que se dice elocuencia en el foro resulta por lo general retórica al estudio. El orador cede a la inspiración de un momento fugaz, y habla para la muchedumbre que se congrega frente a él, a aquellos que pueden *oírle,* pero el escritor, cuya ocasión es su vida, más uniforme, y que sería distraído por el lance y la multitud que inspiran al orador, se dirige al intelecto y al corazón de la humanidad, a todos los que en cualquier época pueden *comprenderle.*

No ha de extrañar que en sus expediciones, Alejandro Magno llevara con él en un precioso cofre la *Ilíada.* Una palabra escrita es la más selecta de las reliquias. Es algo a la vez más intimo y universal para nosotros que cualquier otra obra de arte pues es, entre ellas, la más próxima a la vida misma. Puede ser traducida a todos los labios humanos; no sólo puede ser representada sobre una tela, sino moldeada en el aliento mismo de la vida. El símbolo del pensamiento del antiguo se convierte en discurso del hombre moderno. Dos mil veranos han conferido a los monumentos de la literatura griega, al igual que a los mármoles, solamente una pátina dorada, más madura y otoñal, pues han llevado a todos los países su propia atmósfera serena y celestial para protegerlos de la corrosión del tiempo. Los libros son la riqueza que atesora el mundo y adecuada herencia de pueblos y generaciones. Los libros más viejos y mejores se encuentran naturalmente y con toda justicia en las estanterías de las casas de campo. Carecen de reivindicaciones propias, pero mientras iluminen y mantengan al lector, el sentido común de éste no los rechazará. Sus autores son la aristocracia natural e irresistible en toda sociedad, y ejercen en la humanidad una influencia mayor que la de los reyes o emperadores. Cuando el comerciante, quizás analfabeto y despreciativo, ha obtenido

por propia empenta y laboriosidad su independencia y merecido ocio, y es admitido en los círculos de riqueza y moda, al final se vuelve inevitablemente hacia aquellos otros círculos, aun más elevados e inaccesibles de la inteligencia y el genio, y es sensible solamente a la imperfección de su cultura y a la vanidad e insuficiencia de todas sus riquezas; sin embargo, prueba una vez más su sensatez por los esfuerzos que realiza para proporcionar a sus hijos esa cultura intelectual cuya falta siente él tan agudamente. Así es como se convierte en el fundador de una familia.

Quienes no han aprendido a leer a los clásicos antiguos en la lengua en que fueron escritos tienen un conocimiento muy imperfecto de la historia de la raza humana. Porque es notable que no hayan sido transcritos en ninguna lengua moderna, a menos que como tal transcripción podamos considerar nuestra propia civilización. La imprenta inglesa no conoce aún a Homero, ni a Esquilo, ni a Virgilio siquiera —cuyas obras, tan refinadas, tan completas, son tan hermosas como la mañana misma— y es que de los escritores posteriores, digamos lo que sea sobre su genio, raramente puede decirse que hayan igualado la elaborada belleza y plenitud, la vigencia y perpetuo frescor heroico que caracterizan a los antiguos. Sólo hablan de olvidar a éstos quienes nunca los conocieron. Y será aún demasiado temprano para olvidarlos cuando hayamos adquirido los conocimientos y el genio que nos permitan prestarles atención y apreciarlos. Será rica sin duda alguna la época en que las reliquias que llamamos Clásicos y aquellas otras, más antiguas incluso que éstos y menos conocidas escrituras de los pueblos se hayan acumulado más todavía, cuando los Vaticanos estén repletos de Vedas y Zendavestas y Biblias, de Homeros y Dantes y Shakespeares, y los siglos por venir hayan ido depositando sucesivamente sus trofeos en el foro del mundo. Con esta pila, podemos esperar, al fin, escalar el cielo.

Las obras de los grandes poetas no han sido leídas aún por la Humanidad porque sólo grandes poetas pueden leerlas. Sólo han sido leídas del modo con que la multitud lee las estrellas, a lo más astrológicamente, no astronómicamente. La mayoría de los hombres han aprendido a leer en aras de una conveniencia mezquina, como han aprendido a escribir números para llevar las cuentas y no ser engañados en el comercio; pero de la lectura como ejercicio noble y espiritual poco o nada es lo que saben; sin embargo, eso es leer en verdad, y no lo que nos arrulla como un lujo y hace que más nobles facultades se adormezcan. Porque para leer tenemos que estar en tensión y dedicar a ello nuestras horas más despiertas.

Pienso que habiendo aprendido nuestras letras, debiéramos leer lo mejor de la literatura, y no estar repitiendo siempre a, b, abs, y demás monosílabos primerizos, propios de la enseñanza más supina, estancados en la forma más basta y poco diferenciada de nuestras vidas. Los más de los hombres están satisfechos si leen u oyen leer, y puede que hayan sido ganados por la sabiduría de un buen libro, la Biblia, para vegetar luego y disipar sus facultades durante el resto de la vida en lo que se da en llamar lectura fácil. En nuestra Biblioteca Circulante hay una obra en varios tomos que se titula ***Little Reading***,[1] que yo creía relativa a una ciudad de ese nombre, que no conozco. Los hay que, como los cormoranes y los avestruces pueden digerirlo todo, incluso después del más opíparo banquete de carnes y verduras, porque no toleran que nada se desperdicie. Si otros son las máquinas que proveen de este forraje, ellos son las máquinas que lo consumen. Leen el que hace nueve mil ya de los cuentos sobre Zebulón y Sofronia, de cómo se amaron como nadie y cómo tampoco discurrió suavemente el curso de su amor[2] sino entre tumbos y penalidades; leen también del infortunado que, si más le hubiera valido no subir siquiera al campanario, dio en trepar hasta su aguja. Luego, el feliz novelista, después de haber colocado al desventurado en tal brete, del todo innecesariamente, toca a rebato las campanas, convocando al mundo para que oiga... ¡Dios!... ¡cómo haría aquél para bajarse! Por mi parte, creo que sería mejor metamorfosear en veleta a todos los aspirantes a héroe de la novelería, como antaño eran colocados los héroes entre las constelaciones, y dejar que giren y giren hasta oxidarse, no permitiéndoles descender en modo alguno para importunar con sus bobadas a los hombres honrados. La próxima vez que el novelista toque la campana no me moveré un ápice, aunque sea la misma capilla la que es pasto de las llamas. *The Skip on the Tip-Hoe-Hop* una novela de la Edad Media por el celebrado autor de *Title-Tol-Tan* en entregas mensuales; gran demanda, ¡no se aglomeren! Eso es lo que leen todos con ojos como platos, curiosidad exacerbada y primitiva y buche incansable, cuyos pliegues no necesitan afilar, lo mismo que un escolar de cuatro años su edición de dos centavos de *La Cenicienta* con cubiertas doradas, sin que en ningún caso me haya sido dado apreciar mejora alguna en la pronunciación, acento o entonación, ni en extracción o

1. «Pequeña Lectura». **Reading** (Inglaterra); **Reading (Massachusetts).**

1. *Lysander:* «...the course of true love never did run smooth...», *A Midsummer nigt's dream.* Acto I, escena I. Trad.

3. Figurado, «brincando de puntillas» o cualquier otra inanidad. Trad.

inserción alguna de moraleja. El resultado es el embotamiento de la vista, un estancamiento de las circulaciones vitales y un deliquio general con pérdida de todas las facultades intelectuales. Esta especie de pan de jengibre es cocido diariamente en casi todos los hornos y con más diligencia que el de trigo puro o de centeno y maíz, y aun es su mercado mucho más seguro.

Los mejores libros no son leídos siquiera por aquellos que llamamos buenos lectores. ¿Hasta dónde llega nuestra cultura en Concord? Con algunas excepciones, no hay en esta ciudad el menor gusto por las mejores obras, o digamos muy buenas, ni siquiera de la literatura inglesa, cuyos vocablos todos pueden leer y deletrear correctamente. Hasta los educados en *colleges* y los que se dice provistos de una educación liberal, aquí o en cualquier parte, poseen poco o ningún conocimiento de los clásicos ingleses. En cuanto a la considerada sabiduría de la humanidad, los clásicos antiguos y las «Biblias», que están al alcance de todos quienes quieren saber de ellos, son harto débiles los esfuerzos dedicados a su conocimiento. Conozco a un leñador de mediana edad que adquiere un periódico francés, no por las noticias, dice, pues se considera por encima de eso, sino para «mantenerse en práctica», dado su origen canadiense. Y cuando le pregunto qué estima lo mejor que puede hacer en este mundo, añade que, aparte de esto, el conservar y enriquecer su inglés. Esto es, más o menos, lo que hacen los que han sido educados en *colleges*, o intentan por lo menos hacer, para lo cual recurren a un diario en lengua inglesa. Quien haya terminado de leer quizá una de las mejores obras de la literatura inglesa, ¿cuántos cree que encontrará capaces de tratar el tema con él? O supongamos que la lectura ha sido de un clásico griego en versión original, cuyos elogios son familiares incluso para los llamados analfabetos; no hallará con quien conversar sobre ello y se verá forzado a guardar silencio. La verdad es que apenas hay profesor alguno en nuestros *colleges* que, si ha logrado vencer las dificultades del idioma, haya logrado dominar en igual medida las que entraña el ingenio y la poesía de un poeta griego y que sea capaz de comunicar simpatía alguna al alerta y heroico lector. Por lo que a las Sagradas Escrituras o Biblias de la Humanidad ¿quién podría decirme en esta ciudad siquiera sus títulos? La mayoría de los hombres ignoran que otros pueblos, además del hebreo, poseen también sus Escrituras. Un hombre cualquiera hará lo más insólito por recoger un dólar de plata; pero hay palabras de oro, expresadas por hombres de la Antigüedad y de cuyo valor nos han venido asegurando los sabios de las sucesivas generaciones, y no obstante, apenas si alcanzamos a las Lecturas Fáciles, al conocimiento

mínimo y primario, y cuando abandonamos la escuela, a la *Little Reading y* a los relatos de aventuras propios de muchachos y principiantes. Y así, nuestra lectura, nuestra conversación y pensamientos se hallan a un nivel muy bajo, digno tan sólo de pigmeos y marionetas.

Yo aspiro a relacionarme con hombres más sabios que los que ha producido nuestro solar de Concord, cuyos nombres apenas son conocidos aquí. ¿Acaso puedo oír el nombre de Platón y no leer jamás su obra? Como si se tratara de un conciudadano y nunca lo viera; mi vecino inmediato, y no hubiera prestado oídos ni una sola vez a sus palabras y consejos. ¿Cómo puede ser así, realmente? Sus *Diálogos,* que contienen cuanto de inmortal había en él, reposan en el estante próximo y, no obstante, no los he leído. Somos bastos, de vida baja e ignorantes; a este respecto, confieso que no hago gran distinción entre la ignorancia de mi conciudadano incapaz de leer en absoluto y la del que ha aprendido a hacerlo sólo en cuanto a lo que se destina a los niños y a las inteligencias mediocres. Debiéramos ser dignos de la Antigüedad pero, en parte, sólo después de conocer hasta dónde alcanzaba su bondad. Somos una raza de hombres-pajaritos, que apenas si nos elevamos más en nuestros vuelos intelectuales que las columnas del periódico diario.

No todos los libros son tan estúpidos como sus lectores. Probablemente encierran palabras certeramente amagadas a nuestra condición, que si pudiéramos oír y comprender realmente serían más saludables para nuestra vida que la mañana o la primavera, y que posiblemente nos revelarían una faceta inédita de las cosas. ¡Cuántos hombres no habrán iniciado una era nueva en su vida después de una particular lectura! Quizá exista para nosotros el libro que nos explique nuestros milagros y nos revele otros. Las cosas hoy inexpresables puede que hayan sido dichas en alguna parte. Estas mismas cuestiones que nos trastornan, intrigan y confunden les han sobrevenido a su vez a todos los hombres sabios; ninguna ha sido omitida, y todos han aportado su respuesta, de acuerdo con su capacidad, por medio de su vida y sus palabras. Además, con la sabiduría adquiriremos liberalidad. El solitario jornalero de una granja de las afueras de Concord, que ha vivido su segundo nacimiento[1] y peculiar experiencia religiosa, y que se siente movido por su fe hacia la gravedad silenciosa y el exclusivismo, puede que opine de manera diferente; y sin embargo, Zoroastro, hace miles de años, recorrió el mismo camino y tuvo idéntica experiencia; pero éste, sabio como era, supo que aquélla era universal y trató a sus

1. Juan, 3:3. Trad.

contemporáneos en consecuencia; y aun se dice que inventó y estableció el culto entre los hombres. Hágasele, pues, comulgar humildemente con Zoroastro, y a través de la liberalizadora influencia de todo lo bueno, con el mismo Jesucristo, y que abandone «nuestra iglesia».

Presumimos de que pertenecemos al siglo XIX y de que constituimos la nación de progreso más rápido. Considerad, no obstante, cuán poco hace esta pequeña villa por su propia cultura. No deseo halagar a mis conciudadanos ni ser halagado por ellos, pues ello no nos reportará el menor provecho. Necesitamos qué nos provoquen, que nos piquen como a los bueyes, para iniciar el trote. Contamos con un sistema relativamente decente de escuelas públicas, escuelas para niños tan sólo; pero, exceptuando los liceos, prácticamente indigentes en invierno, y últimamente el mísero inicio de una biblioteca sugerida por el estado, no poseemos escuela alguna para nosotros mismos. Gastamos casi más en cualquier artículo para alimento corporal o dolor físico que en aquello que nutre nuestra mente. Ya es hora de que dispongamos de escuelas que no sean simplemente primarias, y de que no abandonemos nuestra educación cuando empezamos a ser adultos. Llegado ha el tiempo de que los pueblos se conviertan en universidades y sus mayores sean a la vez los directivos de éstas, con ocasión —si en efecto se encuentran en posición tan buena— para seguir estudios liberales durante el resto de su vida. ¿Se reducirá el mundo siempre a un Oxford y a un París? ¿No pueden ser alojados aquí los estudiantes y obtener una educación completa bajo los cielos de Concord? ¿No podemos contratar a un Abelard[1] para que nos imparta instrucción? ¡Y es que con tanto procurar forraje para los animales y cuidar de las provisiones, estamos alejados de la escuela demasiado tiempo y nuestra educación tristemente se resiente de ello. En este país, la aldea debiera ocupar en muchos aspectos el puesto del noble europeo. Debiera promover las bellas artes. Es suficientemente rica. Sólo le hace falta magnanimidad y refinamiento. Puede gastar suficiente dinero en cosas tales como las que aprecian los granjeros y comerciantes, pero se reputa utópico el invertir en aquello que los inteligentes saben de valor mucho más elevado. Esta ciudad se ha gastado diecisiete mil dólares en una Casa Consistorial gracias a la fortuna o a la política, pero es probable que en un centenar de años no gaste nada en ingenio viviente, la ver-

1. Pierre Abelard, filósofo y teólogo francés (1079-1142). A los treinta años impartía clases de filosofía en París. Casó con Eloïse y fue castrado por orden del tío de ésta. Autor de un método racionalista que expuso en una de sus obras, *Sicet Non*, que lo enfrenta a la Iglesia. Trad.

dadera carne que debiera encerrar esa concha. Los ciento veinticinco dólares anualmente suscritos para un liceo durante el invierno son mejor gastados que cualquier otra cantidad similar de las muchas recolectadas. Si vivimos en el siglo XIX ¿por qué no disfrutar de las ventajas que éste ofrece? ¿Por qué ha de ser provinciana nuestra vida? Si leemos periódicos, ¿Por qué no pasar por alto los chismorreos de Boston y adquirir de una vez el mejor periódico del mundo en vez de extraer la pulpa de diarios de «familia neutral» o de ramonear *Olive-Branches*[1] aquí en Nueva Inglaterra? Que nos lleguen los informes de todas las sociedades ilustradas del mundo y podremos determinar si en efecto saben de algo. ¿Por qué hemos de dejar que Harper e Brothers y Redding & Co.[2] seleccionen nuestras lecturas? Como el noble de cultivado gusto que se rodea de todo aquello que acrecienta su cultura: genio, conocimientos, intención, libros, pinturas, estatuas, música, instrumentos filosóficos y demás, que el pueblo haga otro tanto, que no se detenga bruscamente ante un pedagogo, un párroco, un sacristán, una librería parroquial y tres hombres selectos, porque nuestros antecesores, los Peregrinos, pasaron una vez con éstos un crudo invierno sobre una roca yerma. El actuar en colectividad concuerda con el espíritu de nuestras instituciones; confío en que, a medida que nuestras circunstancias sean más florecientes, nuestros medios serán mayores que los de aquel noble. Nueva Inglaterra puede hacerse con todos los hombres sabios del mundo para que vengan y le enseñen, y alojarlos sin problemas, con miras a dejar de ser provinciana. Ésta, y no otra, es la escuela no-pública que necesitamos. En lugar de hombres nobles, tengamos pueblos nobles. Y si es necesario, omitamos un puente sobre el río, demos la vuelta algo más lejos, y tendamos por lo menos un arco sobre el más oscuro golfo de la ignorancia que nos rodea.

4. SONIDOS

Pero mientras nos confinemos en los libros, aun los más selectos y clásicos, y leamos tan sólo determinadas lenguas escritas, que no son sino dialectos provincianos, corremos el peligro de olvidar ese lenguaje sin metáforas, abundante y ejemplar, que hablan todas las cosas y eventos. Mucho es lo publicado; poco lo que deja impronta. Los rayos

1. «Ramas de olivo», semanario metodista de Boston. (J. Gárate, *op. cit.*, p. 106.)
2. Casas editoras. Trad.

que se filtran a través de la persiana no serán recordados cuando ésta sea quitada. Ningún método ni disciplina puede obviar la necesidad de mantenerse siempre alerta. ¿Qué son un curso de filosofía o poesía, por muy selectos que fueren, o la mejor sociedad o hábito de vida más admirable, comparados con la disciplina de mirar siempre a lo que ha de ser visto? ¿Ha de leer uno siempre, estudiar meramente, o ver en torno? Leed vuestro futuro, ved qué os depara y marchad resueltos hacia él.

El primer verano no leí libros; escardé las judías. ¡Ca!, a menudo hice algo mejor que eso. Hubo veces en que no me sentí capaz de sacrificar la flor del momento a tarea alguna, fuera con la cabeza o con las manos. Me gusta conceder un amplio margen a mi vida. En ocasiones, después de haber tomado mi acostumbrado baño, me sentaba toda la mañana en el umbral de mi puerta hasta que el sol llegaba hasta lo más alto, y me ensoñaba entre pinos y nogales y zumaques, en soledad y calma completa, mientras las aves cantaban a mi alrededor o revoloteaban sin ruido por toda la casa hasta que el sol que coloreaba mi ventana de poniente o el traqueteo de algún carro viajero en la distante carretera me hacía reparar en el tiempo transcurrido. En estas ocasiones yo maduraba como el maíz en la noche, pues eran de más valor que cualquier otro empeño manual. No se trataba de tiempo sustraído a mi vida, sino muy superior al que ocupaban normalmente mis rutinas. Comprendí qué encierran los conceptos orientales de contemplación y abandono de quehaceres. Las más de las veces no me daba cuenta siquiera del transcurso de las horas. El día avanzaba como en espera de alumbrar alguna obra mía; era por la mañana, y héte aquí que se había hecho la noche, y de nada memorable quedaba constancia. En vez de cantar como las aves, yo sonreía silenciosamente a mi incesante buena fortuna. Como el gorrión en lo alto del nogal que sombreaba mi puerta, su trino, así yo, mi gorjeo sofocado, que aquél podía oír saliendo de mi nido. No eran días de la semana, con el sello de alguna deidad pagana, los míos; no se desmenuzaban en horas ni les apresuraba el tictac del reloj; pues yo vivía como los indios Puri, de los cuales se dice que «para ayer, hoy y mañana cuentan con una sola palabra, e indican las variantes de significado señalando hacia atrás en el primer caso, hacia arriba en el segundo y adelante en el tercero». Sin duda, que eso era pura pereza para mis conciudadanos; pero si las flores y las aves me hubieran juzgado según su patrón, no me hubieran hallado en falta. Un hombre debe encontrar sus ocasiones en sí mismo, es verdad. El día natural es muy tranquilo y difícilmente le reprochará su indolencia.

Al menos sobre aquellos que se ven obligados a buscar su diversión fuera de lo propio, en la sociedad y el teatro yo tenía por mi modo de vida la ventaja de que éste era mi mejor entretenimiento, que jamás dejaba de resultar original. Era un drama de muchas escenas y sin desenlace. Ciertamente, si siempre nos ganáramos la vida y reguláramos ésta de acuerdo con el último y mejor de los modos aprendidos, jamás nos molestaría el fastidio. Seguid vuestro genio de modo suficientemente ajustado y éste no dejará de presentaros un panorama nuevo cada hora. El quehacer doméstico se había convertido en grato pasatiempo. Cuando el suelo estaba sucio, me levantaba temprano, y después de apilar mis muebles fuera de la casa sobre la hierba, cama, colchón y ropas en montón único, baldeaba el piso, salpicándolo aquí y allí de nivea arena de la laguna para dejarlo limpio y blanco luego con la escoba; cuando los del pueblo habían dado fin a su desayuno, el sol mañanero había secado ya mi casa lo suficiente para trasladarme de nuevo al interior, de modo que mis meditaciones apenas si habían sido interrumpidas. Resultaba agradable ver todos mis bienes y enseres sobre la hierba, formando una pila como atado de gitano, y mi mesa de tres patas, de la que no había quitado siquiera los libros, pluma y tintero que reposaban en su sobre, entre pinos y nogales. Diríase que también mis muebles se felicitaban por salir fuera y que lamentaban reincorporarse a su encierro. Algunas veces estuve incluso tentado de disponer un toldo por encima de ellos y reinstalarme de tal guisa. Valía la pena ver brillar el sol sobre estas cosas y oír el viento libre que abría camino por sus recovecos; la mayoría de los objetos que nos son familiares parecen mucho más interesantes fuera que dentro de la casa. Un ave se posa sobre la próxima rama, la siempreviva crece debajo de la mesa y la zarzamora abraza sus patas; por doquier se ven pinas, castañas y hojas de fresa. Diríase que fuera éste el modo en que estas formas habían sido transferidas a nuestros muebles, mesas, sillas y armazones de cama, precisamente porque éstos hubieran estado alguna vez rodeados de aquellos. Mi casa se alzaba en la ladera de una colina, junto al borde de un gran bosque, en medio de una joven arboleda de pinos y nogales, y a eso de unas cuarenta perchas casi del lago al que conducía, colina abajo, una estrecha vereda. En mi patio de enfrente crecían fresas y moras, siemprevivas, yerba de San Juan[1] y cañas doradas,[2] un robledal incipiente, el cerezo de la arena, vaccinias

1. *Hypericum perforatum*. (J. Gárate, *op. cit.*, p. 109.)

2. «Golden rod». *Solidago*, esp. *Solidago virgaurea*. El arbusto de igual nombre *(Bosea yerba mora)* es original de las Islas Canarias. Trad.

y cacahuetes. Hacia finales de mayo, el cerezo del arenal (*Cerasuspumilla*) adornaba los bordes del sendero con sus delicadas flores, que formaban umbelas cilindricas en torno a sus cortos tallos, los cuales, sobrecargados al fin por hermosas y grandes cerezas, se vencían en otoño como guirnaldas que despidieran destellos a uno y a otro lado. Las probé en homenaje a la naturaleza, aunque apenas podían paladearse. El zumaque (*Rhus glabra)* crecía exuberante alrededor de la casa, abriéndose camino a través del dique que yo había construido y alcanzando ya casi dos metros de altura en su primera temporada. Su ancha y pinada hoja tropical, aunque rara, resultaba agradable a la vista. Sus voluminosas yemas, que surgían poderosamente de tallos secos, diríase muertos, a finales de la primavera, se convertían como por arte de magia en graciosas y tiernas ramas verdes de más de dos centímetros de diámetro; y a veces, sentado junto a la ventana, era testigo de su rotura, cuando, en busca de desmesurado crecimiento sometían sus articulaciones a tal esfuerzo que éstas cedían, aun en ausencia de viento, con un chasquido claramente perceptible. En agosto, las muchas bayas que al estar en flor habían atraído a una multitud de abejas, adquirían gradualmente su aterciopelado carmesí final antes de vencerse y quebrar con su peso las tiernas ramas de que pendían.

Desde la ventana en que me encuentro sentado en esta tarde de verano veo rondar a los halcones en torno al claro; el vuelo presuroso de las palomas salvajes que atraviesan mi campo de visión en formación de a dos o a tres o que se mueven agitadas sobre las ramas del pino blanco que guarda la parte trasera de mi casa llena de susurros el aire; un halcón pescador cae sobre la cristalina faz del lago y se hace con un pescado; un visón se desliza ante mi puerta para capturar una rana en la orilla; los juncos se doblan bajo el peso de los chamberguillos que revolotean aquí y allá, y durante la última media hora he ido oyendo el traqueteo de los trenes, ora muriendo en la distancia ora reviviendo progresivamente como el sonoro aleteo de una perdiz, con su carga de pasajeros de Bostón en busca de la campiña. Pues no me hallaba tan alejado del mundo como aquel muchacho que, según he oído decir, fue colocado con un granjero de la parte oriental de la ciudad y antes de que pasara mucho tiempo escapó y volvió a su hogar, lleno de cansancio y de añoranza. Jamás había visto un lugar tan triste y apartado; toda la gente había desertado; ¡con decir que ni siquiera se oía el silbido del tren! Dudo de que quede ahora un lugar así en todo Massachusetts:

In truth, our village has become a butt
For one of those fleet railroad shafts, and o'er
Our peaceful plain its soothing sound is Concord.

El tren de Fitchburg pasa junto al lago a eso de unas seiscientas perchas de donde vivo. Por lo general suelo dirigirme al pueblo siguiendo su terraplén y, por así decir, ese es mi vínculo con la sociedad. El personal de los convoyes de carga que recorre toda la línea me saluda como a viejo conocido, de tantas veces como nos cruzamos, y al parecer me toma por otro empleado; y tal soy. Yo también repararía gustosamente las vías en algún lugar de la órbita terrestre. El silbido de la locomotora penetra en mis bosques invierno y verano, como el grito de un halcón que otea el corral de una granja, informándome de que numerosos comerciantes inquietos procedentes de la ciudad se acercan a la aldea, o de que, por el lado opuesto, hacen lo propio emprendedores tratantes del interior. Cuando caen bajo el mismo horizonte se gritan sus avisos para obtener paso, voz que en ocasiones se oye en dos pueblos a la vez. ¡Campo, ahí vienen tus comestibles! ¡Campesinos, he aquí vuestras raciones! Y no hay hombre alguno con suficiente independencia para rehusar. ¡Y ahí va su precio! chilla el silbato del lugareño; maderos como largos arietes a veinte millas por hora contra las murallas de la ciudad, y plazas suficientes para acomodar a todos los que llegan molidos y sobrecargados. Con esa tremenda y magnífica cortesía ofrece el campo asiento a la ciudad. Todas las colinas repletas de gayuba india, todos los prados de arándanos se desnudan y rastrillan hasta la ciudad. Arriba va el algodón, abajo el lienzo tejido; arriba, la seda; abajo, la lana. Arriba, los libros, pero abajo el ingenio que los escribe.

Cuando me encuentro con la locomotora, con su tren de vagones en movimiento planetario —o más bien como un cometa, ya que el observador no sabe si con esta velocidad y dirección visitará de nuevo este sistema, pues la órbita descrita no parece poseer retorno— y la nube de vapor como estandarte que se extiende en guirnaldas de oro y plata, como muchas nubes que yo he visto en lo alto de los cielos desplegando sus masas a la luz, como si ese semidiós viajero, ese hacedor de nubes, quisiera tomar el ocaso como librea de su cortejo; cuando oigo al caballo de hierro hacer resonar las colinas con su bufi-

1. «En realidad, nuestra aldea se ha convenido en una terminal / De una de esas flechas rápidas ferroviarias, y sobre / Nuestra tranquila llanura, su sonido dulce es: Concord», de W. E. Channing. (J. Gárate, *op. cit.*, p. 110.)

do de trueno, sacudiendo la tierra con sus cascos y expulsando fuego y humo por sus ollares (ignoro qué clase de caballo alado o qué fiero dragón colocarán en la nueva mitología), parece que la tierra se hubiera hecho con una raza que ahora fuera digna de habitarla. ¡Si todo fuera como parece y los hombres hicieran a los elementos servidores suyos con nobles fines! Si la nube que flota sobre la máquina fuera la perspiración de hechos heroicos o tan benéfica como la que se cierne sobre los campos del labrador, los elementos y la Naturaleza misma acompañarían animosamente a los hombres en sus andanzas y les darían escolta.

Observo el paso de los coches mañaneros con igual sentimiento que a la salida del sol, el cual apenas si es más regular. Con su cortejo de nubes extendiéndose a lo lejos y elevándose cada vez más en dirección al cielo mientras aquellos se dirigen a Bostón, el sol queda oculto durante un minuto y pone en sombras mi distante campo; es un convoy celestial junto al cual el de los humildes vagones agazapados contra la tierra no es más que una mera punta de lanza. El mozo se levantó temprano esta mañana de invierno, con la luz de las estrellas aún sobre las montañas, para alimentar y enjaezar ese caballo de hierro. También el fuego avivóse a primera hora para insuflarle el necesario calor vital. ¡Si la empresa fuera tan inocente como madrugadora! Si la nieve es profunda, calzan sus raquetas y con arado gigante abren un surco desde las montañas hasta la costa, donde los vagones, a modo de sembradora mecánica, desperdigan todos esos hombres y mercancías, inquietos unos, volanderas otras, a guisa de semillas. El corcel flameante vuela por los campos todo el día, deteniéndose tan sólo para que su amo pueda descansar, y me despierta con su bufido errabundo y desafiante a media noche, cuando en alguna remota cañada ha de hacer frente a los elementos guarnecidos de hielo y nieve; sólo con el lucero del alba retornará a su establo para calmar sus nervios y refrescar sus entrañas con algunas pocas horas de plúmbeo sopor. ¡Si la empresa fuera tan heroica y meritoria como prolongada e incansable!

Lejos, en los confines de los pueblos, a través de bosques poco frecuentados, en los que antaño sólo de día penetraba el cazador, cruzan veloces en la noche oscura esos brillantes salones, sin conocimiento siquiera de sus habitantes, parando ora en alguna estación de villa o ciudad, donde se ha establecido un cotarro social, ora en Dismal Swamp,[1] asustando a la raposa y al búho. Las salidas y llegadas de los

1. Great Dismal Swamp es un marjal entre Virginia y Carolina, que se extiende cuarenta millas desde Norfolk hacia el sur. (J. Gárate, *op. cit.*, p. 116.)

coches son ahora las épocas del día de la villa. Van y vienen con tal regularidad y precisión, y su silbato puede oírse desde tan lejos, que los granjeros acuerdan sus relojes con ellos; así, una institución bien dirigida regula todo un país. ¿Acaso no han mejorado los hombres su puntualidad desde que se inventara el ferrocarril? ¿No hablan y piensan con más rapidez en la estación de lo que lo hacían en la parada de la diligencia? Hay algo de electrizante en el primero de los sitios nombrados. Me asombran los milagros que ha realizado, y que algunos de mis vecinos, que habría profetizado yo de una vez por todas que jamás habrían llegado a Bostón por medio tan rápido, estén listos cuando suena la campana. Hacer las cosas «al estilo del ferrocarril» es ahora el dicho más corriente. Y vale la pena el ser avisado tan a menudo y con tanta sinceridad para que nos apartemos de su camino. No se hace alto para leer las disposiciones sobre motines ni para abrir fuego sobre las cabezas del gentío. Hemos construido un destino, un *tropos*[1] que nunca se desvía (que sea ese el nombre de vuestra máquina). Los hombres han sido advertidos de que a cierta hora y minuto estos rayos serán lanzados hacia determinados puntos de la brújula, y, sin embargo, ello no interfiere con la vida de nadie, y los niños siguen yendo a la escuela por el camino de siempre. Vivimos tanto más controlados por ello y somos educados, pues, para ser hijos de Tell. El aire está lleno de centellas invisibles. Todas las sendas, salvo la vuestra, son fatales; seguid, pues, la propia.

Lo que a mi juicio tiene de bueno el comercio es la iniciativa y el valor que encierra. No junta las manos e implora a Júpiter. Cada día me es dado ver a esos hombres dirigiéndose a los suyos con más o menos valor y contento, haciendo aun más de lo que creen y aplicándose a ello con más intensidad incluso de lo que conscientemente habían previsto. Me impone menos el valor de aquellos que aguantaron media hora en el frente de Buena Vista[2] que el de los animosos hombres que se guarecen en el rompenieves a modo de cuartel de invierno, que no tienen tan sólo el valor de las tres de la madrugada —que Bonaparte consideraba el más raro— sino que el suyo no se acuesta tan temprano, pues van a dormir sólo cuando lo hace la tormenta o se hielan los tendones de su caballo de acero. Quizá en esta mañana de

1. De *a*, priv., y *trepein*, volver. Una de las tres Parcas. Que no vuelve, inflexible. Trad.

2. Aldea a siete millas al sur de Saltillo (Coahuila) donde el general mejicano López de Santa Anna fue derrotado por el norteamericano Zachary Taylor. (J. Gárate, *op. cit.*, . 117.)

la Gran Nevada[1] que está rugiendo aún y enfría la sangre de los hombres oiga la sorda nota de la campana de su máquina, que surge desde las nieblas de su helado aliento, anunciadora de que los vagones *están llegando* sin demora, pese al veto de esa noresteña tormenta de nieve de Nueva Inglaterra, y me sea dado contemplar a los hombres de la reja, cubierta la cabeza de nieve y de escarcha, con la mirada puesta en el filo de aquélla, tajamar que voltea y descubre mucho más que margaritas y nidos de ratones,[2] propios de los confines más extraños del Universo, cual cantos rodados de Sierra Nevada.

El comercio es sorprendentemente confiado y sereno, alerta, audaz e incansable. Es muy natural en sus métodos; más aún que muchas empresas fantásticas y experimentos sentimentales; de ahí su singular éxito. Me siento refrescado y relajado cuando el tren de carga pasa traqueteando por mi lado y puedo oler las mercancías que aroman el trayecto que recorre desde Long Whar hasta el lago de Champlain,[4] evocando en mi mente la imagen de lugares exóticos, de arrecifes de coral y mares de las Indias, de climas tropicales y del globo en toda su extensión. Me siento más bien habitante del mundo, a la vista de tanta palma como protegerá en verano las rubias cabezas de Nueva Inglaterra, del cáñamo de Manila y nueces de coco, de quincallería vieja y de sacos de arpillera, de hierro y de clavos herrumbrosos. Este cargamento de velas rasgadas es más elocuente e interesante ahora que cuando sea transformado en papel impreso. ¿Quién puede describir la historia de las tormentas soportadas, tan gráficamente como esos jirones? Son galeradas que no necesitan corrección. Ahí van maderos de los bosques de Maine que no fueron a parar al mar con la última riada, y que subieron cuatro dólares por mil por causa de los que sí lo hicieron o se resquebrajaron en mal momento; pinos, cedros, abetos, de primera, segunda, tercera o cuarta clase, antes de una clase solamente, cuando se cimbreaban sobre el oso, el alce y el caribú. Sigue luego la cal de Thomaston, un lote de primera clase que llegará lejos entre las colinas antes de que se apague. Estos trapajos, en balas de todos los tonos y calidades, condición ínfima del algodón y el lino, resultado final del vestido, de modelos que ya no se anuncian —a no ser en Milwaukee— como estos espléndidos artículos estampados ingleses, franceses o americanos, guingas, muselinas, etc., recogidas en todos los confi-

1. Febrero de 1717. Trad.
2. Cf. Robert Burns: *To a Mouse. To a mountain Dairy*. Trad.
3. En Bostón. Significa «muelle largo» y es lugar de arribada de mercancías. Trad.
4. Entre el Canadá y los Estados Unidos. Trad.

nes, tanto de la moda como de la pobreza, en vías de convertirse en papel monocolor o de apenas unos pocos tonos, sobre el que ciertamente se escribirán historias de la vida real, alta y baja ¡fundadas en hechos! Este vagón cerrado huele a salazón, el penetrante olor del comercio de Nueva Inglaterra que evoca los grandes bancos y pesquerías de Terranova. ¿Quién no ha visto un pescado salado, meticulosamente curado para este mundo, de forma que nada pueda corromperlo, para rubor de los santos en su perseverancia, con el que puede uno hasta barrer o pavimentar las calles, usarlo a modo de cuña en el tocón cuando no, como el arriero, proteger con él la carga y a sí mismo del sol, viento y lluvia, o como hiciera una vez un comerciante de Concord, colgarlo a la entrada del almacén como señal de inicio de las operaciones, hasta que ni siquiera el cliente más antiguo puede afirmar con seguridad si se trata de animal, vegetal o mineral y que, sin embargo, seguirá tan puro como un copo de nieve, y si es colocado en la olla hará un excelente adobado para la cena sabatina? Vienen luego cueros españoles, con el rabo retorcido aún y con igual giro que cuando recoman ceñidos a poderoso vacuno dé las llanuras de la América hispana,[1] símbolo de toda obstinación y muestra de cuán inútiles e incurables son todas las taras constitucionales. Confieso que, hablando prácticamente, cuando llego a conocer la auténtica disposición de un hombre, abandono toda esperanza de cambiarlo para bien o para mal en esta existencia. Como dicen los orientales, «el rabo de un perro de mala ralea puede ser calentado, prensado y atado con mil ligaduras, y después de doce años de dedicada labor, conservará aún su forma natural». La única cura eficaz para rasgos tan inveterados como los que caracterizan estos apéndices consiste en hacer engrudo con ellos, cual creo que es el caso, y sólo entonces quedarán y permanecerán fijos. He aquí un pellejo de melaza o de aguardiente consignado a John Smith, de Cuttingsville, Vermont, comerciante a buen seguro con ejercicio en las Verdes Montañas,[2] importador de artículos para los granjeros de su vecindad, y que quizás ahora se halle encaramado sobre sus existencias, pensando en los últimos arribos a la costa y en cómo éstos pueden alterar sus precios, o diciendo a su parroquia, como ha hecho ya varias veces esa misma mañana, que espera una consignación de primera clase con el próximo tren, noticia que recoge el oportuno anuncio del *Cuttingsville Times.*

1. «Spanish Main». Parte de América del Sur atlántica, especialmente entre el istmo de Panamá y la desembocadura del Orinoco. También las costas del Caribe. Trad.
2. De ahí Vert-Mont. Trad.

Y mientras estas cosas suben, otras bajan. Advertido por el sonido sibilante, aparto la vista de mi libro y veo un pino gigante, cortado en alguna lejana colina del norte, que ha hecho su camino a través de las verdes montañas y Connecticut, lanzado como una flecha a través del municipio —a sólo diez minutos— sin que nadie repare en ello, y yendo

a ser mástil
de algún gran almirante[1]

¡Atiendan!, ahí llega el tren ganadero con las reses de mil colinas, rediles, establos y cercados al raso, con los guías pica en ristre y los gañanes en medio de sus rebaños, venidos todos de los montañosos pastos que quedaron atrás, como hojas levantadas de los cerros por las tormentas de septiembre. El aire se ha llenado de balidos de chotos y mugidos de terneras,[2] y del pateo de bueyes, como si todo un valle de pastos se hallara en movimiento. Cuando, a la cabeza, el viejo manso hace sonar su cencerro, las montañas saltan como moruecos y las colinas como corderos. También un vagón de boyeros en medio, al mismo nivel ahora que sus arreados, perdido el oficio pero aferrados aún a sus inútiles estacas a modo de insignia profesional; pero, y sus perros, ¿dónde están? Para ellos es como una estampida: se sienten del todo desplazados y han perdido el rastro. Me parece oírles ladrando por detrás de las colinas de Peterboro o subiendo jadeantes la ladera occidental de las Montañas Verdes. No estarán presentes en la matanza. También su oficio ha cesado. Su fidelidad y sagacidad han descendido de nivel. Volverán a sus perreras en desgracia o quizá se tornen salvajes y pacten con el lobo y la zorra. Así de atropelladamente da fin vuestra vida pastoril. Pero la campana suena, y yo debo abandonar la vía para dejar paso a los trenes:

What's the railroad to me?
I never go to see
Where it ends.
It fills a few hollows,
And makes banks for the swallows,

1. «To be the mast / of some great ammiral». Milton. *Paradise lost,* L Trad.
2. «The air is filled with the bleating of calves and sheep...», y observa Gárate, *op. cit.*, p. 120, en nota al pie: «Para la Academia Española, las temerás parecen mudas». Pero dice el pueblo: «Habló el buey y dijo *mu*». Trad.

It sets the sand a-blowing,
And the blackberries a-growing.

pero la cruzo como si se tratara de un camino de carretas en el bosque. No dejaré que mis ojos y oídos sean heridos y gastados por el humo, el vapor y el estruendo.

Ahora que los vagones han partido, y con ellos todo ese mundo inquieto, y los peces de la laguna han dejado de oír su ruido, me siento más solo que nunca. Durante el resto de la larga tarde, mis meditaciones sólo serán interrumpidas quizá por el leve traqueteo de algún carro o yunta en la lejana carretera.

Algunas veces, en domingo, oía las campanas de Lincoln, Acton, Bedford o Concord cuando el viento era favorable; una melodía suave, dulce, diríase natural, que bien valía la pena importar en aquellas soledades. A una distancia suficiente, en los bosques, este sonido adquiere un timbre vibrante, como si las agujas de los pinos que se alzan en el horizonte fueran pulsadas como cuerdas de arpa. Todo sonido percibido a lo lejos produce igual efecto, una vibración de la lira universal, comparable a la que causa la atmósfera cuando llena de interés los confines remotos a la vista, teñidos de azul en la distancia. En este caso llegaba hasta mí una melodía que el aire había depurado y que había dialogado con todas y cada una de las hojas y rebrotes del bosque; era aquella porción de sonido que los elementos habían hecho suya y modulado prestándole sucesivo eco a través de las cañadas. Y es que el eco es, en parte, un sonido original, de donde su magia y su encanto. No se trata tan sólo de simple repetición de lo que en la campana merecía pervivir, sino que guardaba en sí la propia voz del bosque, las mismas palabras y notas triviales cantadas por una ninfa.

Al atardecer, el distante mugido de alguna vaca en lontananza, más allá de los bosques, ponía dulzura en el horizonte; al principio bien la hubiera tomado por la voz de ciertos trovadores que, en ocasiones, me ofrecían sus serenatas, errantes por entonces por bosques y cañadas; pero al pronto caía en cuenta, no sin cierto placer, de que aquel sonido se prolongaba como natural y común música vacuna. No pretendo resultar satírico, sino expresar tan sólo mi apreciación por los

1. «¿Qué es el ferrocarril para mí? / Nunca voy a ver / donde termina. / Llena unos pocos huecos / y crea taludes para los vencejos, / levanta nubes de arena / y a las moras, crecidas apenas.»

cantos de aquellos jóvenes cuando afirmo que percibía claramente su similitud con la música del rumiante, y que no eran, en fin, sino una articulación de la Naturaleza misma.

Regularmente a las siete y media, durante una parte del verano, después del paso del tren de la tarde, los chotacabras cantaban sus vísperas durante media hora, reunidos en un tocón próximo a mi puerta o sobre la percha maestra de la casa. Iniciaban sus cantos con una precisión casi horaria, a cinco minutos más o menos de una hora fija que correspondía a la puesta del sol. Gocé de la rara oportunidad de desvelar el misterio de sus hábitos. Algunas veces oía a cuatro o cinco a la vez, en diferentes partes del bosque, casualmente un acorde tras otro y ¡tan cerca de mí! que no sólo percibía el cloqueo final de cada nota sino que, a menudo, hasta ese singular zumbido semejante al que produce la mosca atrapada en la tela de la araña, sólo que proporcionalmente más fuerte. A veces, una de aquellas aves se ponía a dar vueltas y más vueltas a mi alrededor, a pocos metros de distancia, como atada a una cuerda, cuando probablemente me hallaba cerca de sus huevos. Los chotacabras se dejaban oír a intervalos durante toda la noche, para ofrecerse tan musicales como siempre en las esquinas del alba.

Cuando callan otras aves, las lechuzas toman su turno, como las antiguas plañideras su monótono ulular. Ese patético chillido es digno de Ben Jonson.[1] ¡Oh sabias hechiceras de medianoche! No es el honesto y romo *tu-uit-tu-tuuit* de los poetas sino, en verdad, una solemne salmodia funeraria, la mutua consolación de amantes suicidas que en las trochas del infierno evocan los tormentos y deleites del amor superior. Pero me gusta oír su lamento, sus quejosas respuestas resonando en el bosque, que a veces me hacen pensar en música y aves canoras, como si se tratara del lado oculto y lacrimoso del pentagrama, las cuitas y suspiros que serían cantados de buena gana. Son los espíritus, los desánimos y aprensiones melancólicas de almas caídas que otrora, en forma humana, vagaron de noche por el mundo realizando las obras de la oscuridad, y que ahora expían sus pecados con sus himnos llorosos o trenos en la escena de sus actos. Me dan una nueva medida de la variedad y capacidad de esta naturaleza que nos alberga a todos. *¡Ohooo que nunca hubiera nacidooo!*[2] suspira una a este lado de la laguna, antes de saltar con la busquedad del desespero

1. Comediógrafo y poeta inglés (1572-1637). Satirizó las costumbres de sus contemporáneos. Trad.

2. Chaucer, The Book of the Duchess: «Alas That I Was Born!». Trad.

a una nueva rama de los robles grises. *¡Que nunca hubiera nacidoooo!*, responde otra en la ribera lejana con trémula sinceridad; *nacidooo!*, resuena débil y remotamente en los distantes bosques de Lincoln.

También recibí la serenata de un búho ululante. Tan cerca, fácilmente se diría que es el suyo el sonido más melancólico de la naturaleza, como si pretendiera crear con su voz el estereotipo permanente del lamento agónico de un ser humano, miserable y tenue reliquia de mortalidad que ha abandonado ya toda esperanza y que aulla como animal, pero con sollozo humano, en el umbral de oscuro valle, con voz tanto más horrorosa cuanto que se quiebra en su engolada resonancia (cuando trato de imitarlo me sorprendo siempre probando con las letras *gl*) propias de una mente que ha alcanzado ya el estadio reblandecido y mohoso en la mortificación de todo pensamiento sano y de valor. En mi imaginación se evocaban espíritus necrófagos y aullidos de idiotas y locos. Pero ahora otro responde desde arboledas lejanas, un acorde que la distancia hace melodioso: *Huuu-huuu-hu-huuu-huuu y* que, ciertamente, en su mayor parte no sugiere sino agradables asociaciones, tanto de noche como de día, en invierno o en verano.

Me alegro de que haya buhos y de que se ocupen del idiota y maníaco ulular de los hombres. Es un sonido admirablemente apropiado para las marismas y bosques crepusculares dejados de la luz del día, sugeridor de una vasta naturaleza no desarrollada que los hombres han de conocer aún. Representa el violento claroscuro y las frustraciones que en todos nosotros anidan. El sol ha brillado todo el día en la superficie de algún salvaje marjal, allá donde el abeto solitario se alza barbado de liqúenes, con halcones girando en su vertical y con el paro ceceante entrevisto entre las siemprevivas que ocultan a la perdiz y al conejo; pero ahora se hace más triste y propio, y despierta una raza diferente de criaturas para expresar a su vez otro aspecto de la Naturaleza.

Entrada ya la noche oí el distante rebato de vagones que trasponían un puente —eco más lejano que cualquier otro de los nocturnos—, el ladrar de los perros y algunas veces nuevamente el mugido de alguna desconsolada vaca en ignoto corral. Entretanto, la orilla entera vibraba con el croar de las ranas, los bastos espíritus de antiguos bebedores y juerguistas aún irredentos tratando de cantar el botín hecho en su laguna estigia[1] —si las ninfas de Walden perdonan la comparación, pues

1. Los griegos suponían que los malvados y calumniadores iban a parar a las aguas del Estigio, fuente célebre que la mitología ha ubicado en el país de las sombras. Era de difícil acceso y sus aguas murmuraban sordamente sombría tristeza. Trad.

aunque no hay plantas, sí ranas—, que gustosos mantendrían las hilarantes costumbres de sus viejas mesas festivas, pese a que sus voces se han vuelto roncas y de gravedad solemne —burla de la alegría— ya que el vino ha perdido su *bouquet y* no es sino licor que hincha la panza, y la suave intoxicación jamás alcanza a ahogar los recuerdos del pasado, quedando en simple saturación, empapuzamiento y plétora exagerada. El más imponente, papada sedente sobre hoja flotante que hace las veces de servilleta para sus colgantes mofletes, traga en esa orilla norteña un gran sorbo de la otrora despreciada agua y pasa su copa al tiempo que exclama *crroa, crooa, croa,* contraseña que se repite y vuelve desde remota caleta, donde el siguiente en jerarquía y abdomen ha engullido a su vez su ración; y cuando el ritual ha sido observado en todo el circuito lacustre, el maestro de ceremonias exclama satisfecho un último *croá,* coreado por turno por todos los demás, incluso el de panza más flaccida e incontinente, para que no haya la menor equivocación; luego vuelve a circular el cuenco, hasta que el sol dispersa la niebla matutina y sólo el patriarca sigue fuera del agua, gritando *croaá* de tiempo en tiempo y en vano, en espera de una respuesta que no llega.

No estoy seguro de haber oído nunca el canto del gallo desde mi lugar, y se me ocurrió que acaso valiera la pena el mantener un pollo puramente por su música. La nota de este antiguo faisán silvestre de la India es la más notable entre las de ave y si fuere posible naturalizarlo sin domesticarlo pronto sería el suyo el más famoso sonido de los bosques, mucho más que el estrépito de los gansos y el ulular de las lechuzas; ¡imaginaos luego el cacareo de las gallinas, cuando los clarines de sus señores descansaran! No es de extrañar que el hombre añadiera esta especie a su colección doméstica, aparte los huevos y las patas cocidas. El pasear en una mañana de invierno por un bosque donde estas aves abundaran, por sus bosques nativos, y el oír a los gallos silvestres gritar en los árboles, clara y penetrantemente por millas y más millas de retumbante tierra, apagando las notas más débiles de otras aves... ¿Os lo imagináis? Pondrían a las naciones en estado de alerta. ¿Quién no se levantaría temprano, y más aún, cada uno de los días sucesivos de su vida, hasta hacerse increíblemente sano, rico y sabio? La voz de esta ave extranjera es celebrada por los poetas de todos los países a igual nivel que sus cantores nativos. Todos los climas son buenos para el bravo Cantaclaro; es más indígena que los propios autóctonos; su salud es siempre buena, sus pulmones sanos, y su ánimo jamás flaquea. Hasta el marino en el Atlántico y en el Pacífico es despertado por su voz. Pero su aguda nota jamás interrumpió

mis sueños. Jamás tuve perro, gato, vaca, cerdo ni gallinas, de manera que se podría decir que sufría un verdadero déficit de sonidos domésticos; ni la mantequera, ni la rueca, ni el canto de la marmita ni el silbido del puchero, ni el alboroto de niños para consolarle a uno. Un hombre chapado a la antigua habría perdido el juicio o se habría muerto de aburrimiento. No había siquiera ratas en las paredes, pues habían muerto de hambre o, mejor, jamás habían sido tentadas por cebo alguno; sólo ardillas sobre el techo y bajo el suelo, un chotacabras en el poste maestro, un grajo azul gritando bajo la ventana, una liebre o una marmota cerca de la casa, un búho o una lechuza a su sombra, una parada de gansos salvajes o un riente somormujo en la laguna y una raposa para atronar la noche. Ni alondra ni oropéndola alguna, dulces aves de los plantíos, vinieron nunca a visitarme. No había gallos que cantaran ni cacareos en el corral, ni aun éste en parte alguna, sino naturaleza sin vallas a vuestros pies. Un bosquecillo en ciernes bajo la ventana, y zumaques y zarzamoras tratando de irrumpir en el sótano; pinos resinosos frotándose y golpeando contra la tablazón por falta de espacio, con raíces que ponían soportes a la casa. En vez de ventana o persiana que llevara el temporal, un pino arrancado de raíz o quebrado como combustible, detrás de la casa. En vez de quedar sin sendero a la puerta de entrada con la gran nevada, ninguna puerta, ni porche delantero, ni sendero alguno al mundo civilizado.

5. *SOLEDAD*

Es deliciosa la tarde cuando el cuerpo todo es un solo sentido que absorbe placer por cada uno de sus poros. Voy y vengo en la naturaleza con una extraña libertad, parte de ella misma. Mientras recorro la pedregosa orilla del lago, en mangas de camisa pese al fresco, las nubes y el viento reinando, y sin ver nada que me atraiga en especial, los elementos todos me resultan extraordinariamente simpáticos. Las ranas anuncian estentóreamente la llegada de la noche y la voz del chotacabras vuela con el viento ondulante que atraviesa las aguas. El sentimiento de simpatía hacia las agitadas hojas de los alisos y álamos casi me corta la respiración, pero al igual que la laguna, mi serenidad se riza, pero no se trastorna. Estas pequeñas olas levantadas por el viento vespertino distan de la tormenta como la tersa superficie llena de reflejos. Aunque ya ha oscurecido, el viento sopla y ruge todavía en los bosques, las olas siguen acosándose y algunas criaturas invitan al reposo con sus cantos. La quietud no es nunca, empero, completa. Los

animales más salvajes no la conocen y es precisamente ahora cuando acechan a su presa. El zorro, la mofeta y el conejo vagan sin temor ahora por los campos; son los guardianes de la Naturaleza, eslabones que unen los días de la vida animada.

De regreso a casa descubro que he tenido visitantes, y que han dejado allí su tarjeta, un ramo de flores, una guirnalda de siemprevivas o un nombre escrito a lápiz sobre la hoja amarilla de un nogal o en una astilla. Los que no vienen a menudo a los bosques suelen entretener el camino tomando entre las manos algo que luego abandonarán deliberada o accidentalmente. Uno ha pelado una varita de sauce, la ha trenzado en forma de anillo y la ha dejado sobre mi mesa. Siempre podía adivinar si había tenido visitantes en mi ausencia, por las ramitas dobladas, por la hierba chafada, por las huellas de zapatos, etc., y hasta de qué sexo, edad o categoría eran por alguna señal que hubieran dejado, como una flor caída o un manojo de hierba, arrojado luego tan lejos como la vía, a media milla de distancia, o por el olor aún persistente de un cigarro o de una pipa. Más aún, con frecuencia era advertido del paso de un viajero por la carretera que discurría a más de trescientas perchas de distancia por el solo olor de su pipa.

Por lo general hay suficiente espacio a nuestro alrededor y nuestro horizonte no llega jamás a agobiarnos. El denso bosque no se halla justo a la puerta, tampoco el lago, y siempre existe algún claro, familiar y usado por nosotros, que hemos hecho propio y cercado de algún modo, que hemos reclamado a la Naturaleza. ¿Por qué dispongo de este vasto espacio, de este recorrido, de algunas millas cuadradas de bosque despoblado a mi albedrío, abandonado de los hombres para mí? Mi vecino más próximo se encuentra a una milla, y desde mi colina no se divisa casa alguna en derredor, sino la cima de los cerros que se levantan en un kilómetro a la redonda. Mi horizonte está limitado por bosques de mi exclusivo uso; de un lado, la vía lejana, donde tropieza con la laguna; del otro, la cerca que bordea el camino de la arboleda. Pero, en su mayor parte, el lugar donde vivo es tan solitario como las mismas praderas. Es tan Asia o África como Nueva Inglaterra. Diríase que poseo mi propio sol, mi luna y mis estrellas; un pequeño mundo para mí solo. Jamás pasó viajero alguno de noche junto a la casa o llamó a mi puerta —es como si yo fuera el último de los hombres— salvo en primavera cuando, con grandes intervalos, alguien se acercaba desde el pueblo para pescar fanecas, aunque, francamente, cobraran más bien parte de su propia naturaleza, cebando sus anzuelos en plena oscuridad; pero volvían pronto, por lo común con cestas

livianas, dejando «el mundo a la oscuridad y a mí».[1] La noche cerrada no fue, pues, profanada por intruso alguno. Pienso que los hombres sienten aún algo de temor a las tinieblas, pese a que han sido colgadas ya todas las brujas y al advenimiento de los cirios y del cristianismo.

Con todo, algunas veces experimenté que la sociedad más dulce y tierna, más inocente y alentadora puede hallarse en cualquier objeto natural, incluso para el pobre misántropo y más melancólico de los hombres. No puede ser muy negra la melancolía del hombre que vive en medio de la Naturaleza y en posesión aún de sus sentidos. Jamás hubo semejante tormenta, sino música de Eolo, para el oído inocente y sano. Nada puede imponer una tristeza vulgar al hombre sencillo y valeroso. Y mientras disfrute de la amistad de las estaciones, confío en que no hay nada que pueda hacer de la vida una carga para mí. La suave lluvia que riega mis judías y me retiene hoy en casa no es aburrida ni melancólica, sino que hasta me hace bien. Aunque me impide escardarlas, su valor supera con mucho el del trabajo. Y si persistiere tanto que pudriere la simiente en el terreno, acarreando la destrucción de las patatas de las tierras bajas, no dejaría de ser buena para la hierba de los pastos elevados, y siendo buena para ellos lo sería para mí. Algunas veces, cuando me comparo con otros hombres, se me antoja que acaso los dioses me hayan favorecido preferentemente, a pesar de algunas lagunas de que soy consciente; es como si dispusiera de una garantía y seguridad con respecto a ellos, que mis compañeros no poseen, y de ahí, de guía y protección especiales. No me alabo, sino que en todo caso soy halagado por los demás. Nunca me he sentido solo ni oprimido en modo alguno por un sentimiento de soledad sino una sola vez, y ello fue a las pocas semanas de mi llegada a los bosques cuando, por una hora, me asaltó la duda de si la vecindad próxima del hombre no sería esencial para disfrutar de una vida serena y saludable. El estar solo resultaba ingrato. Con todo, era consciente de la anormalidad de mi ánimo y presentía ya mi recuperación. En medio de una suave lluvia, en tanto prevalecían estos pensamientos, me di cuenta de pronto de la dulce y beneficiosa compañía que me reportaba la Naturaleza misma, con el tamborilear acompasado de las gotas y con cada uno de los sonidos e imágenes que arropaban mi casa. Era una sensación de solidaridad tan infinita e inefable, cual atmósfera que me guardara en su seno, que hacía insignificantes todas las ventajas imaginarias que pudiere comportar la vecindad humana, en las que no he

1. De la «Elegía» de Gray *(Elegy in a country church-yard)*, según Allen. (Cit. por J. Gárate, *op. cit.*, p. 127.)

vuelto a pensar ya desde entonces. Cada pequeña aguja de pino se dilataba, henchida de simpatía y amistad para conmigo. Tan patente se me hizo la presencia de algo vinculado a mí, hasta en aquellos paisajes que solemos considerar inhóspitos y tristes, y que lo más allegado a mí por humanidad y sangre no era persona ni ciudadano alguno, que pensé que ningún lugar podría ya resultarme jamás extraño.

Mourning untimely consumes the sad;
Few are their days in the land of the living,
Beautiful daughter of Toscar.[1]

Algunas de mis horas más gratas fueron las que transcurrieron durante los prolongados chaparrones de primavera y otoño, que me re cluían en casa mañana y tarde arrullado por su incesante fragor, cuando un crepúsculo temprano anunciaba un largo anochecer en el que muchos pensamientos tenían tiempo de arraigar y desarrollarse. En aquellas lluvias que se apresuraban hacia el nordeste, que tanto ponían a prueba las casas de la villa y a las mujeres apremiaban, balde y estropajo en ristre a la entrada de las casas, para salvarlas de aquel diluvio, yo me sentaba tras la puerta de mi cabana, toda ella vestíbulo o entrada, y gozaba plenamente de su protección. En una ocasión la tormenta se acompañó de gran aparato eléctrico, y un rayo cayó sobre un gran pino pitea del otro lado de la laguna abriendo un surco en perfecta espiral, de arriba abajo, de dos o más dedos de hondo y como de medio palmo de anchura, como si pretendiera tallarse con él un bastón. Pasé por allí no ha mucho, y me sobrecoge todavía la huella, hoy más visible que nunca, dejada hace ya ocho años por aquel terrorífico e irresistible rayo caído del inofensivo cielo. No es raro que se me diga: «Se me ocurre que debe sentirse usted solo allí, y ansioso quizá de hallarse cerca de la gente en días de nieve y lluvia, especialmente de noche», a lo que yo me siento tentado de replicar: «Este mundo que habitamos no es sino un punto en el espacio. ¿A qué distancia creéis que viven los dos más alejados habitantes de aquella estrella que veis, la anchura de cuyo disco no puede ser apreciada siquiera por nuestros instrumentos? ¿Por qué habría de sentirme solo? ¿No está nuestro planeta en la Vía Láctea? No me parece, en verdad, que esta pregunta que me habéis hecho sea la más importante. ¿Qué

1. «El llorar a destiempo consume a los tristes; / Pocos son sus días en la tierra de los vivos, / Hermosa hija de Toscar.» Del *Ossian*, de Macpherson. (J. Gárate, *op. t.*, p. 129.)

clase de espacio es el que separa a un hombre del prójimo y le hace sentirse solitario? Yo he llegado a la conclusión de que no hay movimiento alguno de las piernas que pueda aproximar dos mentes separadas. ¿De qué queremos vivir cerca principalmente? Seguro que no de muchas personas, ni del almacén, la estafeta de correos, el bar, la capilla, la escuela, el colmado, Beacon Hill,[1] Five Points,[2] donde se congregan la mayoría de los hombres, sino de la fuente perenne de nuestra existencia, de donde nuestras experiencias todas nos han revelado que proviene, como el sauce se alza cerca del agua y proyecta sus raíces en su busca. La conclusión variará, está claro, con cada naturaleza, pero ese es el lugar donde el hombre avisado cavará su sótano...». Un atardecer tropecé en la carretera de Walden con un convecino de camino al mercado con una pareja de reses, hombre que ha acumulado lo que se da en llamar «una bonita propiedad», —aunque yo jamás logré hacerme con una *buena* impresión de ella—, el cual me preguntó que cómo me las arreglaba para renunciar a tantas comodidades modernas. Le respondí que estaba más que seguro de que, comparativamente, me iba harto bien; y no bromeaba. Así, volví a casa para recogerme en mi lecho y dejé que él siguiera tratando de no errar el camino en plena oscuridad y barro, en ruta hacia Brighton —o Bright-town[3]— adonde llegaría a alguna hora de la mañana.

Toda perspectiva de despertar o volver a la vida al hombre muerto hace indiferente todo lugar y tiempo. Donde pueda ocurrir da igual y ha de resultar siempre indescriptiblemente agradable a nuestros sentidos. Las más de las veces dejamos que circunstancias pasajeras y marginales solamente determinen nuestras ocasiones. De hecho, son la causa de nuestra distracción. Lo más próximo a las cosas es ese poder que modula su ser. *Junto a* nosotros son ejecutadas las leyes más grandes. *Junto a* nosotros no se encuentra el operario que hemos contratado, ese con quien tanto gustamos conversar, sino aquel cuya obra somos.

«¡Cuán vasto y profundo es el influjo de los vastos y sutiles poderes del cielo y de la tierra!»

«Tratamos de percibirlos y no los vemos; tratamos de oírlos y no podemos; identificados con la sustancia de las cosas, no pueden ser separados de ellas.»

1. Colina de tres cimas, al norte de Bostón, lugar distinguido, por oposición a Five Points. (J. Gárate, *op. cit., p.* 130.)

2. Lugar de la ciudad de Nueva York, conocido por sus vicios y crímenes. (J. Gárate, *op. cit.*, p. 130.)

3. Villa Clara, de Bright-town, Brighton. Trad.

«Hacen que en todo el universo, los hombres purifiquen y santifiquen sus corazones, y que vistan sus galas domingueras para ofrecer sacrificios y oblaciones a sus antepasados. Es un océano de sutiles inteligencias, que se encuentran en todas partes, por encima de nosotros, a nuestra izquierda y a nuestra derecha; nos rodean por doquier.»[1]

Somos sujetos de un experimento que no guarda interés para mí. ¿Acaso no podemos pasarnos sin la sociedad de nuestros chismorreos por un corto lapso de tiempo, dadas las circunstancias, teniendo nuestros propios pensamientos para que nos contenten? Confiado dice en verdad: «La virtud no queda como huérfano abandonado; necesariamente debe tener vecinos».[2]

Con el pensamiento podemos estar fuera de nosotros, en sentido sano. Mediante un esfuerzo consciente de la mente podemos permanecer al margen de los hechos y de sus consecuencias; y todas las cosas, buenas y malas, discurren por nuestro lado como un torrente. No estamos completamente integrados en la Naturaleza. Tanto me cabe ser madero arrastrado por las aguas o Indra[3] que lo observa desde los cielos. *Puedo* sentirme afectado por una función de teatro; por otra parte, *puedo no serlo* por un suceso real, que parece concernirme más. Sólo me conozco como ente humano; escena, por así decir, de pensamientos y afectos, y reconozco en mí un cierto desdoblamiento, en virtud del cual puedo resultar tan remoto de mí mismo como de cualquier otra persona. Por muy intensa que sea mi experiencia, soy consciente de que existe un algo crítico de mí que, cabría decir, no forma parte de mi ser sino que es espectador que no comparte mis experiencias, pero que toma buena nota de ellas; y eso no forma parte de mi persona en mayor medida que el prójimo. Cuando la comedia de la vida, acaso tragedia, da fin, el espectador sigue su camino. Por lo que a él respecta, no era sino una especie de ficción, una obra de la imaginación tan sólo. Este desdoblamiento puede hacer de nosotros amigos y vecinos mediocres algunas veces.

Encuentro saludable el estar solo la mayor parte del tiempo. La compañía, aun la mejor, cansa y relaja pronto. Me encanta estar solo. Jamás di con compañía más acompañadora que la soledad. Las más de las veces solemos estar más solos entre los hombres que cuando

1. Cf. Confucio. Trad

1. Confucio: *Analectas.* Trad.

3. Indra: en la primitiva mitología hindú, dios del claro firmamento y la mayor de las divinidades del olimpo védico. Todavía se le venera como señor del paraíso de deleites donde descansan los guerreros muertos en el campo de batalla. Trad.

nos encerramos en nuestro cuarto. El hombre que piensa o trabaja está siempre solo, doquiera se encuentre. La soledad no se mide por la distancia que media entre una persona y otra. El estudiante verdaderamente diligente es tan solitario en una de las pobladas colmenas de Cambridge College como el derviche en medio del desierto. El labrador puede trabajar solo en los campos o en los bosques de sol a sol, roturando la tierra o afanándose en la tala, y no sentir soledad alguna porque se halla atareado; pero cuando de noche regresa al hogar, no puede sentarse en una habitación acompañado solamente de sus pensamientos, sino que debe tomar plaza donde pueda «ver a los suyos» y distraerse o, como piensa, recompensarse por la soledad del día; y así, se pregunta cómo puede el estudiante permanecer en la casa, solo durante toda la noche y la mayor parte del día sin aburrimiento ni nostalgia, y no repara en que ese estudiante, aunque en la casa, sigue trabajando en *su* campo y talando en *su* bosque, como el granjero en los suyos, y busca a su vez la misma diversión y compañía que éste, aunque puede que en una forma más condensada.

Por lo común la compañía es poco valiosa. Nos encontramos a intervalos muy cortos, sin haber tenido tiempo de adquirir ningún valor nuevo que ofrecernos unos a otros. Nos vemos tres veces al día con ocasión de las comidas, y nos brindamos una nueva prueba de ese queso rancio que somos. Hemos tenido que convenir en una serie de reglas que llamamos de etiqueta y cortesía para hacer este encuentro frecuente tolerable y para evitarnos una guerra declarada. Nos encontramos en Correos, socialmente, y cada noche junto al fuego; vivimos apretujados, interferimos recíprocamente nuestros caminos y chocamos unos con otros continuamente, con lo que, pienso yo, nos perdemos algo de respeto mutuo. En verdad que menos asiduidad bastaría para todas las comunidades importantes y cordiales. Pensad en las muchachas de un taller, jamás solas, vetadas en sus ensueños. Sería mejor si no hubiera más que un habitante por cada milla cuadrada, como donde yo vivo. El valor de una persona no reside en su piel para que tengamos que manosearla.

He oído de un hombre perdido en los bosques y muñéndose de hambre y fatiga al pie de un árbol, cuya sensación de soledad era aliviada por las grotescas visiones con que, dada la debilidad de su cuerpo, le rodeaba su enferma imaginación, y que él creía reales. De igual modo nosotros, por la salud y fortaleza de cuerpo y mente, podemos sentimos constantemente animados por una compañía semejante, aunque más normal y natural, y llegar al convencimiento de que nunca estamos solos.

Yo tengo mucha compañía en mi casa, especialmente por las mañanas cuando nadie me visita. Séame permitido sugerir algunos ejemplos, por ver si alguno logra dar una idea suficientemente aproximada de mi situación. No estoy más solo que el somormujo en la laguna, que ríe tan sonoramente, o que la laguna misma. ¿Qué compañía tienen, me pregunto, esas aguas solitarias? Y sin embargo, no son los espíritus del desaliento sino los celestes los que tiñen de azul sus ondas.[1] El sol brilla solitario, salvo en tiempo enturbiado, en que a veces parece revelársenos doble, aunque uno no sea sino figura imaginaria de reverberación. Dios está solo, pero no y con mucho el diablo, que cuenta con numerosa compañía, con la que hace legión. Yo no estoy más solo que el sencillo verbasco o amargón de los prados, o que la hoja de mis plantas de judías, que una acedera, que un tábano o que la más humilde de las abejas. No estoy más solo que el arroyo molinero,[2] que una veleta o que la estrella Polar, que el viento lano el chaparrón abrileño, el deshielo de enero o la primera araña de una casa nueva.

En los largos atardeceres del invierno, cuando la nieve cae aceleradamente y el viento ruge en el bosque, he recibido la visita de un viejo y original propietario que, se cuenta, ha excavado la laguna de Walden, ceñido sus orillas con piedras, y plantado en su entorno los pinares, el cual me cuenta historias de tiempo viejo y eternidad nueva, y entre los dos nos las arreglamos para pasar una agradable velada, de sociedad, encanto y placenteras observaciones sobre las cosas, aun sin manzanas ni sidra. Es el amigo más sabio y mejor dotado de humor, al que mucho quiero, y el que guarda más secretos de los que jamás tuvieran Goffe[3] y Whalley,[4] y aunque se le considera muerto, nadie puede indicar dónde se halla enterrado.[5] En mi vecindad también vive una dama[6] entrada en años, invisible para la mayoría de las personas, en cuyo oloroso jardín de hierbas gusto de pasearme recogiendo muestras al tiempo que escucho sus fábulas, pues posee un genio de sin par fertilidad y su memoria se remonta más allá de la Mitología, con

1. *Blue devils,* en el original, literalmente «demonios azules» (alucinaciones). *Blue angels,* literalmente «ángeles azules», por oposición. Trad.

2. Mill Brook, arroyo que atraviesa Concord. Trad.

3. William Goffe (1605-1679), juez inglés que sentenció a Carlos I. (J. Gárate, *op. cit.,* p. 133.)

4. Edward Walley *(sic),* general de Cromwell y regicida; murió en la misma colonia que el anterior, en 1678. (J. Gárate, *op. cit.,* p. 133.)

5. El dios Pan. Trad.

6. La madre Naturaleza. Trad.

lo que a mí me cabe el conocimiento de los originales genuinos y de los hechos en que éstos se basaron. Al fin y al cabo, aquellos sucesos ocurrieron en su juventud. Es una dama en edad lozana y vigorosa, que gusta de todos los tiempos y estaciones y susceptible sin duda de sobrevivir a todos sus hijos.

La indescriptible inocencia y, beneficencia de la Naturaleza, del sol, del viento, de la lluvia, del verano y del invierno. ¡Qué salud, qué alegría proporcionan siempre! Y es tal la simpatía que vuelcan sobre nuestra raza, que la Naturaleza toda se afectaría, se empañaría el sol, suspirarían los vientos con voz humana, las nubes precipitarían lágrimas y los bosques desecharían su follaje para ponerse de luto en pleno verano, si algún hombre sufriera alguna vez por una causa justa. ¿Acaso no debo yo comulgar con la Naturaleza? ¿No soy en parte hojas y mantillo?

¿Qué pildora nos mantendrá bien, serenos y satisfechos? No la de mi abuelo y el vuestro, sino esas medicinas universales vegetales, remedios botánicos con que nuestra bisabuela Naturaleza se ha conservado siempre joven, sobreviviendo a innumerables Parrs[1] y alimentando su salud con los huesos y carnes de aquellos en corrupción. Como panacea, en vez de esos pomos curanderiles, de mixturas extraídas del Aqueronte y del mar Muerto, que vemos sacar de esas largas carretas aplanadas cual negras goletas hechas para transportar botellas, dejadme aspirar una generosa porción de aire matutino puro. ¡Aire de la mañana! Si los hombres no quieren beber de él en el prístino manantial del alba ¿por qué hemos de embotellarlo para su venta en el mercado, en beneficio de aquellos que han perdido su billete de suscripción a las horas primeras? Recordad, no obstante, que no se mantendrá incólume hasta el mediodía, ni en el más fresco de los sótanos, sino que expulsará los tapones mucho antes, para seguir hacia el oeste los pasos de Aurora. No soy ningún adorador de Hygeia, hija del viejo doctor herborista Esculapio, el que aparece en los monumentos con una serpiente en una mano y una copa en la otra, de la que aquélla bebe en ocasiones, sino de Hebe más bien, hija de Juno y de la lechuga silvestre[2] y sumiller de Júpiter, que tenía el poder de devolver a los dioses y a los hombres el vigor de la juventud. Ella y no otra fue,

1. Old Parr (Thomas Parr) murió en Londres en 1635, pretendiendo haber vivido 152 años. (Cit. por J. Gárate, *op. cit.*, p. 134.)

2. Hija de Júpiter y Juno, según Homero. Según otros, sólo de Juno, quien, convidada a un festín por Apolo, comió tantas lechugas silvestres que de estéril que había sido hasta entonces se vio encinta de Hebe. Trad.

probablemente, la única joven sana, robusta y perfectamente equilibrada que jamás recorriera el globo llevando consigo la primavera.

6. *VISITANTES*

Creo que me encanta la sociedad tanto como a la mayoría, y estoy suficientemente presto a prenderme cual sanguijuela de cualquier hombre pletórico que halle en mi camino. No soy por naturaleza un ermitaño, sino que, posiblemente, podría soportar al más rudo parroquiano de un bar si mis asuntos me llevaran allí.

En mi casa tenía tres sillas: una para la soledad, otra para la amistad y la tercera para la sociedad. Cuando se me visitaba en número abundante e inesperado no había sino la tercera silla para todos, aunque, por lo general, daban en economizar espacio quedándose de pie. Sorprende la de hombres y mujeres notables que puede contener una pequeña casa. He tenido bajo mi techo a veinticinco o treinta almas de vez, con sus respectivos cuerpos, y con todo era frecuente que nos despidiéramos sin habernos dado cuenta apenas de lo próximos que habíamos llegado a estar unos de otros. Muchas de nuestras casas, tanto públicas como privadas, con sus casi innumerables dependencias, sus amplios salones y sótanos para el almacenamiento de vinos y otras municiones de paz me parecen extravagantemente grandes en relación con sus ocupantes. Son tan vastas y magníficas que sus moradores no parecen sino cucarachas que las infestaran. Me sorprendo cuando el pregonero vocea su anuncio frente a un Tremont, Astor o Middlesex[1] y veo como, a modo de audiencia, acude escurridizo a la plaza un ridículo ratón, que muy pronto vuelve a escabullirse por algún agujero del pavimento.

Un inconveniente que he experimentado a veces en una casa tan pequeña ha sido la dificultad de alejarme a suficiente distancia de mis visitantes cuando empezábamos a expresar los grandes pensamientos en palabras altisonantes. Se necesita espacio para que los pensamientos se perfilen y, bien ajustados, hagan el camino necesario para que lleguen a calar. El proyectil del pensamiento debe haber superado su movimiento lateral y de rebote, y haber entrado en su firme trayectoria final antes de llegar a oídos del que escucha, so pena de que se salga de nuevo por un lado de su cabeza. También nuestras frases necesitaban espacio para desenvolverse y formar entretanto sus colum-

1. Hoteles de renombre. Trad.

nas, su fuerza. Los individuos, como las naciones, deben contar con amplios y naturales límites e incluso con suficiente terreno neutral por medio. Yo he encontrado que es un lujo singular el hablar a través de la laguna con un interlocutor situado en la otra orilla. En mi casa estábamos tan juntos uno de otro, que no podíamos empezar a oírnos siquiera; no podíamos hablar en tono lo suficiente bajo para que resultara audible. Ocurre como cuando se lanzan dos piedras al agua, tan próximas entre sí, que sus respectivas ondas se entrequiebran. Si sólo somos locuaces y altoparlantes, podemos permitirnos la proximidad, mejilla contra carrillo, sintiendo el aliento del otro; pero si hablamos reservada y cuidadosamente, necesitamos separarnos un tanto, para que todo el calor y vaho animales tengan ocasión de evaporarse. Si deseáramos gozar de la sociedad más íntima con aquél en nuestro interior, que se halla fuera o por encima de nosotros, a quien nos dirigimos, no sólo deberíamos permanecer silenciosos sino tan separados físicamente que en ningún caso podríamos percibir nuestro recíproco discurso. Referido a este modelo, la oratoria conviene a quienes son duros de oído; pero son numerosas las cosas bellas que no podemos decir si hay que vocearlas. A medida que la conversación iba adquiriendo un tono más altivo y solemne íbamos corriendo gradualmente nuestras sillas hacia paredes opuestas, de modo que por lo común nos faltaba finalmente espacio.

Mi «mejor» habitación, no obstante —mi retiro—, lista siempre para albergar compañía, sobre cuya alfombra rara vez incidía el sol, era el pinar de detrás de la casa. Durante el verano llevaba allí a mis invitados distinguidos, y un inapreciable sirviente barría el suelo, quitaba el polvo de los muebles y ponía orden en las cosas.

Si venía un invitado, éste compartía algunas veces mi frugal condumio, y no suponía interrupción alguna en la conversación el que al mismo tiempo se revolviera unas gachas o el que subiera o madurara una hogaza sobre las cenizas. Pero si acudían veinte y se sentaban a mi mesa, no se hablaba para nada de la cena, aunque hubiera pan bastante para dos, como si el comer fuera una costumbre olvidada y la práctica de la abstinencia algo natural, hecho que no se consideraba en defecto de hospitalidad sino propio y acertado. El desgaste y decaimiento de la vida física, tantas veces necesitada de remiendo, parecía milagrosamente retardado en este caso, y el vigor vital seguía firme. De esta manera podía atender a veinte o a mil; y si alguno dejó la casa decepcionado o hambriento puede estar seguro de que, por lo menos, mis sentimientos al respecto no dejaban de acompañarle. Así de fácil es, aunque muchos lo duden, el establecer nuevas y buenas

costumbres en lugar de las viejas. No hace falta que vuestra reputación descanse en las comidas que ofrecéis. Por mi parte, no ha habido cancerbero que mejor me disuadiera de frecuentar determinada casa que la propia ostentación de quien deseaba agasajarme con una cena, pues entendía que tanto aparato no era sino velada sugerencia de no importunarle tanto de nuevo. Pienso, pues, que jamás volveré por ahí. Estaría orgulloso de tener por lema de mi cabana aquellas líneas de Spenser que uno de mis visitantes escribiera un día a guiso de tarjeta, sobre una amarillenta hoja de nogal:

Arrived there, the little house they fill,
Ne looke for entertainment where none was;
Rest is their feast, and all things at their will:
The noblest mind the best contentment has.[1]

Cuando Winslow,[2] más tarde gobernador de la colonia de Plymouth, fue a rendir visita de cumplido con un compañero a Massasoit,[3] a pie a través de los bosques, ambos llegaron cansados y hambrientos a su destino donde fueron bien recibidos, aunque nada se dijo de comer aquel día. Cuando llegó la noche, para usar sus mismas palabras: «Nos condujo al lecho, simple yacija de tablones a un par de palmos del suelo, provista de delgado colchón, donde quedamos él y su mujer a un extremo, y nosotros al otro. Por falta de espacio dos más de sus principales se apretujaron junto y encima de nosotros, de modo que salimos más cansados de nuestro acomodo que del viaje». A la una del día siguiente «Massasoit trajo dos peces que había pescado», de aproximadamente tres veces el tamaño de un sargo, que «una vez cocidos, eran por lo menos cuarenta los que esperaban participar de su carne. Ésta fue la única comida que nos cupo durante dos noches y un día; de no haber comprado uno de nosotros una perdiz nos habríamos pasado todo el viaje en ayunas. Temiendo acabar ligeros de cascos por falta de alimento y sueño, dado el continuo canturreo de

1. «Llegados aquí llenan la casita / no se busca diversión donde no hay / el descanso, para su solaz; las cosas, a su albedrío / la mente más noble tiene el mejor contento.» Spenser. *The faire Queene*, I, 1-35. Trad.

2. Edward Winslow (1595-1655), arribado a Plymouth en 1620 con los ingleses del *Mayflower*. Trad.

3. Gran jefe de los wampanoags, que ayudó a los ingleses a superar su primer invierno, compartiendo con ellos el grano de las reservas tribales, enseñándoles a pescar y a cultivar las semillas indígenas. A su muerte, acaecida en 1662, sus subditos fueron inexorablemente empujados selva adentro. Trad.

aquellos "salvajes" (que acostumbraban arrullarte con sus canciones)», partieron antes de dar fin a sus fuerzas. En cuanto al alojamiento, cierto es que fueron pobremente atendidos, aunque lo que consideraron una inconveniencia no era sino, en verdad, especial honor; por lo que a la comida se refiere, no veo cómo los indios podían haberlo hecho mejor. No tenían para alimentarse a sí mismos y eran lo suficiente sabios para saber que las disculpas no podrían suplir la carencia de viandas, de manera que optaron por apretarse el cinturón y no hablar de ello. Nuevamente visitados por Winslow, en ocasión de mayor abundancia, no hubo deficiencia alguna en ningún sentido.

En cuanto a hombres, difícil es que escaseen en parte alguna. Tuve más visitantes cuando viví en los bosques que en cualquier otro período de mi vida; quiero decir que los tuve, en verdad, y que a algunos de los cuales me fue dado tratarlos en mejores circunstancias que en ningún otro sitio. Pero fueron pocos los que vinieron a verme por asuntos triviales. A este respecto, mis compañías eran tamizadas ya por la mera distancia que me separaba del pueblo. De tal manera me había retirado en el vasto océano de la soledad, donde se vacían todas las corrientes sociales, que las más de las veces, y en cuanto a mis necesidades se refiere, sólo el sedimento más fino venía a depositarse a mi lado. Con él me llegaba asimismo la fragancia de continentes inexplorados y aún incultos.

¿Quién iba a aparecer por mis andurriales esta mañana sino un hombre verdaderamente homérico o de Paflagonia, y de nombre tan adecuado y poético que lamento no poder transcribir aquí? Se trataba de un canadiense, leñador y plantador de estacas, capaz de hincar hasta cincuenta en un día, cuya última refección había consistido de una marmota cazada por su perro. También él sabe de Homero y «si no fuera por los libros», no sabría «qué hacer en días lluviosos»; aunque bien cabe que no haya leído ninguno completo durante muchas estaciones de lluvia. Un cura, allá en su parroquia natal, que sabía algo de griego le enseñó a leer en la Biblia; ahora, mientras el sostiene el libro, yo tengo que traducirle el reproche de Aquiles a Patroclo por su sombrío talante.

¿Por qué lloras, Patroclo, como una muchacha?
¿Acaso tú solo has tenido noticias de Phitia?
Dicen que Menecio, hijo de Actor, vive aún
y también Peleo, hijo de Eaco, entre los mirmidones,
Razón habría sobrada para llorar, de haber muerto uno de ellos.[1]

1. Homero. La *líada.* Trad.

Al cabo, él dice: «Esto es bueno». Bajo su brazo, un atado de cortezas de roble blanco recogidas esta misma mañana de domingo para un enfermo. «Supongo que no hay nada de malo en ir a buscar una cosa así tal día como hoy», dice. Para él, Homero fue un gran escritor, aunque ignora sobre qué versaron sus obras. Sería difícil encontrar un hombre más sencillo y natural. El vicio y la enfermedad, que tan sombríamente tiñen las costumbres del mundo, diríanse inexistentes para él. Tenía unos veintiocho años y había abandonado el Canadá y la casa de su padre hacía unos doce, para trabajar en los Estados Unidos y ganar lo suficiente para adquirir una granja, acaso en su país natal. Había sido fundido en el más basto de los moldes; era de cuerpo poderoso, un tanto pesado, aunque llevado con gracia, de grueso atezado cuello, de cabello oscuro e hirsuto, y ojos azules y apagados, que de vez en cuando se animaban con gran expresión. Tocado de una gorra aplastada gris, vestía un chaquetón de lana cruda, algo sucia, y calzaba botas de cuero de vaca. Era un gran comedor de carne, cuya provisión solía llevar consigo al lugar de trabajo, unas millas más abajo de mi casa —pues talaba durante todo el verano— en una fiambrera metálica. Solía consumir carnes frías, a menudo de marmota, y bebía café del caneco que pendía de su cinto. Más de una vez me ofreció un trago. Aparecía por lo común a primera hora, cruzando mis campos de judías, aunque sin la ansiedad o prisa por llegar al tajo que revelan los yanquis. ¡No iba a herniarse! Y tampoco le importaba mucho si ganaba tan sólo para el sustento. Con frecuencia dejaba la presa entre las matas, si su perro había cobrado de camino una marmota, para desandar luego milla y media con el fin de prepararla y guardarla en el sótano de la vivienda donde se alojaba, después de haber deliberado durante más de media hora si no sería mejor sumergirla en algún lugar seguro de la laguna hasta la caída de la noche, consideraciones éstas sobre las que gustaba cavilar largamente. A su paso por la mañana, exclamaba: «¡Qué cantidad de palomas! Si mi oficio no reclamara la labor diaria podría conseguir, con la caza toda la carne que necesito: palomas, marmotas, conejos, perdices... ¡Qué digo! ¡Tendría para toda la semana con lo cobrado en un día!».

Era diestro en lo suyo, y se permitía incluso florituras. Talaba los árboles a un mismo nivel y a ras del suelo para que los renuevos salieran luego con más vigor y para que pudiera discurrir entretanto un trineo sin tropezar con los tocones; y en lugar de dejar un árbo entero para sostén de sus haces de leña cortada, lo alisaba y cepillaba de tal manera que lo convertía en fina estaca o astilla, que bien pudiere quebrar uno, llegado el momento, sin más ayuda que las manos.

Me interesaba porque era un hombre quieto y solitario, contento con su suerte; era un caudal de buen humor y alegría el que se desbordaba por sus ojos. Su gozo no tenía tara. Algunas veces le observé en los bosques en plena faena de tala, y al descubrirme me saludaba indefectiblemente con una risa de inefable satisfacción, subrayada por una expresión franco-canadiense, aunque hablaba igualmente inglés. Al acercarme, cesaba en su trabajo y se echaba con alegría apenas contenida junto al pino recién derribado, mientras tomaba algún jirón de su albura con que hacer una bola que llevarse a la boca y mascar, en tanto conversaba y reía. La exuberancia de espíritu animal que le embargaba le hacía revolcarse en ocasiones por los suelos como contrapunto a un dicho u observación que pudiera haberle hecho especial gracia. No era raro que al examinar unos árboles exclamara: *By George,*[1] que puedo entretenerme bastante aquí con el hacha; no necesito mejor deporte!». Algunas veces, en ratos de ocio se divertía disparando regularmente salvas en honor propio con una pistola de bolsillo durante sus paseos por el bosque. En invierno, mantenía una hoguera donde calentar de vez en cuando el café; y cuando tomaba asiento en un tronco para dar cuenta de su frugal condumio, los pájaros acudían a posarse en sus brazos para picotear las migajas de patata que quedaban adheridas a sus dedos, hecho que él celebraba diciendo que «le gustaba verse rodeado de aquellos pequeños *sujetos*».[2]

En él se había desarrollado principalmente el hombre animal. En resistencia física y contento era primo hermano del pino y de la roca. Una vez, le pregunté si no se sentía fatigado llegada la noche, después de una dura jornada de trabajo; él respondió, poniendo la mirada grave y sincera: «*¡Gorrapiit!*, jamás me he cansado en la vida». Pero lo que había en él de intelectual y de espiritual yacía adormilado como en el niño su educación se reducía a la que impartían por entonces los religiosos católicos del país, tan inocente y limitada que el alumno jamás accede a un conocimiento consciente sino tan sólo a un estado confiado y reverencial; así, del niño no se fragua el hombre, sino que éste parece permanecer siempre en la infancia. Al hacerlo, la naturaleza le concedió un cuerpo robusto y contentamiento con su suerte, además de suficientes dosis de respeto y confianza para que pudiera conservarse niño setenta años. Era tan genuino y sincero que todo intento de presentación sería vano y de igual sentido como si uno tratare de

1. «¡Por Jorge!», leve interjección (1598). Trad.
2. «Fellers», en el original; lit., taladores; también, argot por *fellows*, lit, sujetos, individuos. Trad.

presentarle una marmota a su vecino. Había que descubrirlo, como hice yo. Él no representaría ningún papel. Los hombres le pagaban por su trabajo y así le ayudaban a comer y a vestirse, pero él jamás intercambió opiniones con ellos. Era tan sencillo y de natural humilde —si puede llamarse humilde a aquel que a nada aspira— que la humildad era tan consubstancial con él que no podía, por tanto, siquiera concebirla. Los hombres ilustrados eran para él semidioses. Si se le decía que alguien así estaba a punto de llegar, se conducía como si pensara que nadie tan grande podía esperar nada de él, sino que haría suya toda la responsabilidad y le dejaría tranquilo y olvidado. Jamás oyó la voz del elogio, y admiraba en particular el escritor y al predicador. Las obras de éstos eran milagros. Cuando le dije que yo escribía considerablemente, pensó durante largo tiempo que me refería a la escritura en sí, pues él podía escribir con notable destreza. Así, a veces encontré el nombre de su parroquia natal bellamente escrito en la nieve que bordeaba la carretera, con la apropiada tilde francesa, con lo que supe de su paso por aquí. Le pregunté si se le había ocurrido alguna vez el escribir sus pensamientos. Respondió que había leído y escrito cartas para quienes no sabían de letras, pero que nunca había intentado escribir pensamientos; no, no podía, no sabría qué poner primero y sería horrible; además ¡había que atender al mismo tiempo a la ortografía!

Oí que un sabio y reformador distinguido le preguntó en una ocasión si no quería que el mundo fuera de otra forma, a lo que él, sin reparar en que esa pregunta había sido formulada ya muchas veces con anterioridad, le replicó no sin cierto deje de sorpresa en su acento canadiense: «No, ya me gusta como es». Le hubiera sugerido un montón de cosas al filósofo el tener tratos con él. Para el extraño, no parecía saber nada sobre la generalidad de las cosas; sin embargo, a veces descubrí en él un hombre hasta entonces desconocido, y me quedé sin saber si era tan sabio como Shakespeare o sencillamente tan ignorante como un niño, ni supe si sospechar en él la existencia de una fina conciencia poética o de simple estupidez. Un conciudadano me contó que habiéndose tropezado con él en el pueblo, gorra calada hasta las orejas y silbos de autocomplaciencia, se le antojó un príncipe disfrazado.

No tenía más libros que un almanaque y una aritmética, con la que se revelaba notablemente experto. El almanaque era para él una especie de enciclopedia presuntamente contenedora de un extracto de todo el conocimiento humano, como así es en gran medida. Me encantaba sondearle con respecto a las últimas reformas e innovaciones

del día, que él jamás dejó de considerar desde el más sencillo y práctico de los puntos de vista. Nunca había oído hablar de aquello antes. ¿Podría arreglárselas sin fábricas? pregunté. Él había usado siempre aquel gris *Vermont* de manufactura casera, y se sentía satisfecho, respondió. ¿Podría pasárselas sin té ni café? ¿Producía este país alguna otra bebida, aparte del agua? Él había sumergido hojas de pinabete en ésta antes de bebería; descubrió que resultaba mucho mejor en tiempo cálido. Cuando le pregunté si podía arreglárselas sin dinero, describió la utilidad de éste de manera tal que sugería y coincidía con los estudios más filosóficos acerca del origen de esta institución y en perfecta consonancia con el término matriz *pecunia.*[1] Si poseyera un buey, y deseara obtener agujas e hilo en el almacén, pensó que pronto se revelaría inconveniente e imposible el hipotecar cada vez alguna porción del animal a trueque del importe de aquéllas. Era capaz de dar razón y de defender muchas instituciones mejor que cualquier filósofo porque al describirlas en cuanto a él concernía, daba el verdadero motivo de su prevalencia pues la especulación no le había sugerido aún ningún otro. En otra ocasión, al oír la definición platónica de un hombre: un bípedo sin plumas, y que alguien[2] había mostrado un gallo desplumado al que diera el nombre de hombre de Platón, se le ocurrió que no era poco importante la diferencia de que las *rodillas* se doblaran a la inversa. No es raro que exclamara: «¡Cómo me encanta hablar!, ¡por Jorge! ¡Podría hacerlo todo el día!». Tras algunos meses de ausencia, le pregunté a nuestro reencuentro si se le había ocurrido alguna nueva idea durante el verano. «¡Dios!», dijo, «si un hombre que ha de trabajar como yo no se olvida de las ideas que han pasado por su mente, mal han de irle las cosas. Puede que el compañero que cava con usted desee de pronto echar a correr; en eso ha de poner, entonces, su mente; usted seguirá pensando en las hierbas». Otras veces era él quien primero me preguntaba, deseando saber si en mis ideas o mundo se había producido algún avance. Un día de invierno le pregunté si siempre se sentía satisfecho de sí mismo, con la intención de sugerirle la existencia en su interior de un sustituto de aquel cura de su infancia y de algún motivo más elevado para vivir. «¡Satisfecho!», me dijo; «a unos les basta una cosa; a otros, otra. Uno, quizá, si dispone de suficiente, se sentirá satisfecho sentado todo el día con la espalda hacia el fuego y con la panza contra la mesa, ¡por Jorge!». El

1. En una economía simple, de trueque, *pecu* (=rebaño, ganado), de donde pecuario y pecuniario. Trad.

2. Diogenes. Trad.

caso es que no hubo maniobra alguna que me permitiera inducirle hacia el aspecto espiritual de las cosas; lo máximo de ellas, lo supremo, podríamos decir, iba a la par de su carácter expeditivo, tal como cabría esperar de un animal, lo que, prácticamente, es cierto en la mayoría de los hombres. Si le sugería alguna mejora en su modo de vida, respondía meramente, sin expresar lamento alguno, que era demasiado tarde. Sin embargo, creía firmemente en la honestidad y en virtudes" semejantes.

En verdad que se detectaba en él cierta originalidad positiva, por leve que fuera, pues más de una vez me di cuenta de que pensaba por sí mismo y de que eran propias las opiniones que expresaba, fenómeno tan raro que no me importaría recorrer un día diez millas para observarlo de nuevo. De hecho, con sus conclusiones re-originaba muchas de las instituciones sociales hoy vigentes. Aunque vacilaba a veces, y no lograba expresarse con toda claridad otras, siempre subyacía un pensamiento sólido. Con todo, sus ideas eran tan primitivas, tan solidarias de su vida eminentemente animal, que incluso siendo más prometedoras que las del hombre meramente instruido, rara vez maduraban en algo digno de mención. Sugería la posibilidad de la existencia de hombres geniales en la escala más baja de la especie, que aún permaneciendo eternamente humildes y analfabetos poseían siempre puntos de vista propios o que pretendían no darse cuenta de ello en absoluto, que son tan insondables como se consideran las aguas de la laguna de Walden, por más oscuras y cenagosas que puedan ofrecerse.

Más de un viajero se apartó de su camino para venir a verme y conocer el interior de mi casa; como excusa, un vaso de agua. Les decía que yo bebía en la laguna, y señalando en esta dirección les ofrecía un cazo. A pesar de mi retiro no estaba tampoco exento de esta avalancha anual que se produce, según creo, hacia el primero de abril, cuando todo el mundo parece hallarse en movimiento. No me faltó suerte, aunque entre mis visitantes pude contar algunos especímenes curiosos. Semicuerdos del asilo y de otros lugares acudieron también, pero yo les hice usar de todo el ingenio que les restaba haciéndoles confesarse conmigo; en estos casos hacía del ingenio tópico y una cosa se iba por la otra. En verdad, que algunos de ellos me parecían más sabios que los llamados «supervisores» de los pobres y que los hombres selectos de la villa, y me pareció oportuno que cambiaran ya las tornas. Con respecto a la cordura, descubrí que no era mucha la diferencia entre poseerla entera o sólo a medias. Un día en particular, uno de esos pobres ineptos, inofensivo por lo demás, a quien con otros de su clase había visto más de una vez empleado a guisa de cerca viviente

sobre un barril en medio del campo para evitar que se perdiera el ganado y aun él mismo, acudió a verme y expresó sus deseos de vivir como yo. Me dijo, con suma sencillez y veracidad, absolutamente superior, o más bien *inferior*, a cualquier cosa parecida o llamada humildad, que era «deficiente en intelecto». Ésas fueron sus palabras. El Señor le había hecho así; con todo, creía que para Aquél él valía tanto como cualquier otro. «Siempre he sido así», dijo, «desde niño; jamás tuve mucha cabeza; nunca fui como los otros; soy flojo aquí arriba. Fue la voluntad del Señor, supongo». Y héle ahí como prueba de sus palabras. En verdad que se me antojaba un problema metafísico. Rara vez me ha sido dado encontrarme con el prójimo en terreno tan prometedor: ¡era tan verdad, tan sincero todo lo que decía! Y, ciertamente, que en la misma proporción en que se humillaba, se ensalzaba.[1] No advertí al principio que no era sino resultado de una sabia política. Parecía que sobre tal base de franqueza y verdad, como la establecida por el pobre imbécil, nuestras relaciones podrían llegar más lejos que entre cuerdos.

Tuve algunos visitantes, de los no reconocidos comúnmente como pobres en el pueblo, y que no obstante debieran serlo —que cuentan, por lo menos, entre los pobres de este mundo— de esos que no recurren a tu hospitalidad sino a tu *hospitalismo*, que desean fervientemente ser ayudados y que hacen preceder su apelación de socorro de la información de que están resueltos —de todas, todas— a no ayudarse jamás a sí mismos. Yo requiero de mi invitado que no se esté realmente muriendo de hambre, aunque goce del mejor apetito del mundo por la razón que fuere. Los objetos de caridad no son huéspedes. Vinieron también personas que no sabían cuándo había dado fin su visita, aún cuando yo hubiera reanudado ya mis tareas y respondiera a su decir desde distancia cada vez mayor. Hombres de toda clase de ingenio se presentaron durante aquella estación migratoria. Los había con más cordura de la que sabían emplear; igualmente, esclavos fugitivos, con hábitos de plantación, que, como el zorro de la fábula, escuchaban de vez en cuando por si llegaba a ellos el ladrido de los sabuesos a su zaga, y que me miraban implorantes como diciendo:

¿Oh cristiano, vas a rechazarme?

Hubo, entre otros, un esclavo realmente huido, a quien ayudé a seguir en pos de la estrella Polar.[2] Hombres de una sola idea, como

1. Mateo, 32:12. Trad.
2. Los esclavos fugitivos trataban de ponerse a salvo en el Canadá. Trad.

gallina con un solo pollito, y aun éste, pato; hombres con mil ideas y cabeza desdeñada, como aquellas cluecas a cuyo cargo quedan centenares de polluelos, de plumón crespo y carnes flacas en consecuencia, todos a la caza de un gusano y veinte perdidos con el rocío cada mañana; hombres con ideas en lugar de piernas, especie de ciempiés intelectuales que te obligan a arrastrarte sin cesar. Uno propuso disponer un libro donde cada visitante estampara su firma, como los escaladores que dejan constancia de su proeza tras haber ascendido a las White Mountains; pero ¡ay! mi memoria es lo suficientemente buena para necesitar de semejante recordatorio.

No pude menos que apreciar las peculiaridades de algunos de mis visitantes. Las muchachas y los jóvenes, así como las mujeres todavía lozanas, parecían contentos de hallarse en los bosques. Contemplaban la laguna, examinaban las flores y sacaban provecho de su tiempo. Los hombres de negocios, los granjeros incluso, pensaban solamente en términos de soledad y empleo, y en la distancia que me separaba de personas y cosas en particular; y aunque afirmaran gozar de un paseo ocasional por la floresta, era evidente que mentían. Hombres ocupados e inquietos, cuyo tiempo transcurría bajo el constante agobio de tener que hacerse con un empleo, y luego conservarlo; clérigos que hablaban de Dios como si poseyeran el monopolio del tema, y que no soportaban el menor contraste de pareceres; médicos, abogados, amas de casa un tanto violentas, que curioseaban en mi armario y lecho cuando yo me encontraba ausente. ¿Cómo, si no, supo Mrs. — que mis sábanas no estaban tan limpias como las suyas?; hubo también jóvenes que habían dejado de serlo y optado, en cambio, por la presunta seguridad de que era mejor seguir la transitada senda de una profesión; todos, en general, concurrían en que no era posible hacer mucho de bueno en mi posición. ¡Ay, ahí era donde les dolía! Los viejos y enfermos y los tímidos independientemente de su edad y sexo, pensaban principalmente en enfermedades, en un súbito accidente y en la muerte; la vida se les antojaba llena de peligros —pero ¿qué peligro existe si uno no piensa en ello?— y opinaban que todo hombre prudente elegiría cuidadosamente el emplazamiento más seguro, donde el doctor B. se encontrara fácilmente a mano en caso de apuro. Para ellos, la población era literalmente una *co-munidad*,[1] una liga para la defensa mutua, y es de creer que jamás saldrían en busca de gayubas desprovistos de botiquín. Al fin y al cabo, si un hombre está vivo siempre existe el peligro de que pueda morir, aunque debe concederse que

1. *Com-munio*, donde *munio* (lat.) es fortificar. Trad.

en proporción es menor si, para empezar, se trata ya de un muerto en vida. El hombre es asiento de tantos peligros como riesgos corre. Finalmente, hubo también los sedicentes reformadores, los más aburridos de todos, quienes pensaban que yo no paraba de cantar.

Ésta es la casa que yo construí,
y éste es el hombre que vive en la casa que yo construí.

pero, no sabían que el tercer verso decía:

Éstas son las gentes que molestan al hombre
que vive en la casa que yo construí.

No me preocupaban, pues, los robagallinas, pues carecía de ellas; sí, en cambio, quienes molestan a las personas.[1]

Gocé asimismo de visitantes más alegres que los últimamente nombrados. Niños que recogían bayas, trabajadores del ferrocarril, de paseo dominical con la camisa limpia, pescadores y cazadores, poetas y filósofos; en suma, peregrinos honestos todos, que acudían a los bosques en busca de libertad, dejando la villa a sus espaldas. Me sentía tentado de saludarles con un «¡Bienvenidos los ingleses, bienvenidos los ingleses!», puesto que había establecido comunicación con aquella raza.[2]

7. *MI CAMPO DE JUDÍAS*

Entretanto, mis judías, la longitud de cuyas hileras ascendía en conjunto a unas siete millas totalmente sembradas, estaban ya impacien-

1. Juego de palabras. *Hen-harrier,* persigue-gallinas. *Men-harrier,* molesta-personas. Trad.

2. *Welcome englishmen, welcome englishmen!* Y dice J. Gárate, *op. cit.*, p. 147, en nota al pie: «Saludo de los samosets a los peregrinos según Alien. Pero ¿quién había enseñado inglés a esos indios? y ¿cómo sabían que los viajeros eran ingleses?».

A la arribada de los ingleses a Plymouth, en 1620, un pemaquid llamado Samoset y tres wampanoags (Massasoit, Squanto y Hobomah) trataron con ellos en nombre de sus respectivos pueblos. Los tres hablaban inglés, que habían aprendido de los exploradores ocasionalmente llegados años antes (los primeros hombres blancos de habla inglesa aparecieron por Virginia en 1607). Además, Squanto había sido raptado por un marinero inglés, quien lo vendió como esclavo en España, de donde logró más tarde huir por mediación de un compatriota de su primer apresor, para regresar de nuevo a su país de origen. (Cf. *Enterrad mi corazón en Wounded Knee,* de Dee Brown, 18 (Bruguera, 1973). Trad.

tes por recibir la azada, pues las más tempranas habían crecido considerablemente antes de que las últimas fueran depositadas incluso en el suelo; en verdad, que no era fácil el ir posponiendo aquella tarea. No alcanzaba a saber cuál era el significado de esa pequeña labor de Hércules, tan firme y digna. El caso es que llegué a querer mis planteles, mis judías, aun siendo muchas más de las que había deseado. Me unían a la tierra, de la que extraía fuerza como Anteo.[1] Pero ¿por qué había yo de cultivarles? Sólo el cielo lo sabe. Esa fue mi curiosa faena estival, el hacer que esta porción de la superficie de la tierra, que antes había producido tan sólo cinco en rama, moras yerba de San Juan y cosas parecidas, dulces frutos silvestres y agradables flores, brindara ahora esta legumbre. ¿Qué aprenderé yo de las judías o éstas de mí? Las cuido, las escardo y las vigilo de principio a fin; y éste es mi trabajo diario. Hacen una hermosa hoja ancha, agradable de contemplar. Mis auxiliares son los rocíos y lluvias que riegan esta tierra seca, y la fertilidad que ella misma encierra, que por lo común es poca y está gastada. Mis enemigos son los gusanos, los días fríos y en particular las marmotas, que me han dejado ya sin más de una hectárea. ¿Pero qué derecho tenía yo a desalojar la yerba de San Juan y demás, y a hacer trizas su antiguo jardín de hierbas? Pronto resultarán demasiado duras para ellas las judías restantes, que tendrán, que vérselas entonces con nuevos enemigos.

Cuando tenía cuatro años,[2] bien lo recuerdo, fui traído de Bostón a esta mi villa natal, y a través de estos mismos bosques y campos hasta el lago. Es una de las más viejas imágenes grabadas en mi memoria. Y ahora, esta noche, mi flauta ha hecho renacer esos ecos sobre las mismas aguas. Los pinos, más viejos que yo, siguen aquí; y si alguno ha caído, he cocinado mi cena con sus restos. Una nueva formación crece por doquier, preparando una renovada escena para otros ojos infantiles. Casi la misma sanjuanera brota de la misma sempiterna raíz acogida al pasto, e incluso yo he contribuido a la postre a vestir este fabuloso paisaje de mis sueños de niño, y uno de los resultados de mi presencia e influencia aquí se hace patente en esas legumbres, en las hojas del maíz y en las trepadoras patatas.

Sembré algo más de una hectárea de las tierras altas, y como ape-

1. Hijo de Neptuno y la Tierra. Prometió erigir un templo a Neptuno con eráneos humanos y daba muerte a todos cuantos cruzaban los desiertos de Libia. Vencido por tres veces por Hércules, al rodar por tierra tomaba nueva fuerza, hasta que aquél, por fin, lo ahogó entre sus brazos. Trad.

2. A los cinco años. Trad.

nas habían transcurrido unos quince años desde que aquéllas fueran roturadas, y aún yo mismo había sacado mis varios quintales de tocones, prescindí de abonarlas; sin embargo, en el curso del verano fue haciéndoseme evidente por las puntas de flecha desenterradas por la reja y azadón, que una antigua y ya extinta nación había vivido otrora aquí, y plantado maíz y habichuelas mucho antes de que los hombres blancos vinieran a desbrozar el lugar, de modo que hasta cierto punto el suelo se había agotado ya para este cultivo.

Antes ya de que ninguna marmota o ardilla hubiera cruzado el camino y de que el sol se encontrara por encima de la copa de los robles enanos, mientras todavía se mantenía el rocío y aunque los granjeros vecinos me previnieron en contra de ello —os aconsejaría que, de ser posible, hagáis vuestro trabajo mientras perdura el rocío — comencé a arrasar las filas de las altas hierbas que plagaban mis campos de judías, echando la tierra sobre sus restos. Por la mañana temprano trabajaba descalzo, chapoteando cual artista plástico en la arena crujiente y bañada de rocío; pero, avanzado el día, el sol quemaba mis pies. A su luz, no obstante, escardaba mi cultivo, en tanto me desplazaba lentamente unos ochenta metros arriba y abajo por ese altozano pedregoso y ocre entre las largas y verdes hueras, uno de cuyos extremos terminaba en el macizo de robles enanos con cuya sombra protegía mis ocasionales descansos, mientras que el otro iba a unirse casi con las zarzas cuyas verdes moras oscurecían paulatinamente su tinte con cada una de mis vueltas. El quitar las malas hierbas y amontonar tierra fresca en torno a los tallos de mis judías, al tiempo que estimulaba mis plantas y hacía que aquella tierra reseca expresara sus pensamientos estivales con hojas y flores de judías más que con ajenjo, grama y mijeras, y que «dijera» alubias en lugar de hierbas, esa era mi labor diaria. Como era poca la ayuda que tenía de caballos o bueyes, peones o muchachos, o de aperos modernos, iba mucho más despacio, de modo que llegué a conocer mis judías mucho más de lo comente. Pero la labor manual, incluso cuando se realiza hasta el límite del agotamiento, no es nunca, quizá, la peor forma de la pereza. Encierra una moral imperecedera y constante y proporciona al estudioso un ejemplo clásico. Para los viajeros que se dirigen al oeste atravesando Lincoln y Wayland con destino desconocido, yo era el mismísimo *agricola laboriosus*. Ellos, sentados cómodamente en sus calesas, con los codos sobre las rodillas y las riendas colgantes como guirnaldas; yo, sedentario, laborioso nativo de aquel suelo. Pero pronto quedaba mi hogar fuera de su vista y pensamientos. Era el único paraje abierto y cultivado en un gran trecho a ambos lados de la carretera, de manera

que aprovechaban al máximo el tema de conversación que se les brindaba. Y, a veces, el campesino oía mucho más de la charla, comentarios y chismes de los viajeros, de lo que se destinaba a sus oídos. ¡Judías tan tarde! ¡Guisantes a estas alturas! —pues yo continuaba plantando cuando los demás habían comenzado ya a cavar. El agricultor de oficio no lo habría sospechado nunca. «Maíz, hijo mío, para pienso; maíz para forraje.» «¿Vive él ahí?» pregunta el de gorra negra y chaqueta gris; y el campesino de rasgos duros detiene su agradecido rocín para preguntar qué se hace allá, donde él no ve abono alguno, y para recomendar la adición de un poco de marga desmenuzada o de cualquier otro desperdicio, quizá de cenizas o de yeso. Pero ahí había una hectárea de surcos y sólo una azada como carreta y dos manos para tirar de ella —siendo grande la aversión hacia otras carretas y caballos— mientras que quedaba lejos la marga recomendada. Por encima del traqueteo de su pasar, me llegaban las comparaciones que hacían otros compañeros de viaje de los primeros con mi campo y los que acababan de dejar atrás, de manera que así me era posible conocer mi posición relativa en el mundo agrícola. Este terreno no apareció en el informe de Mr. Colman. Y, por cierto, ¿quién estima el valor de la cosecha que la Naturaleza produce en los campos silvestres y no mejorados por el hombre? El heno *inglés* es cuidadosamente pesado, calculando la humedad, los silicatos y la potasa; pero en todas las cañadas y balsas de los bosques, en los pastos y marismas crece una rica y variada cosecha, ajena por completo a la mano del hombre. Mi terreno representaba, por así decir, el eslabón perdido entre las tierras vírgenes y las cultivadas; si algunos países son civilizados, otros semicivilizados, y los hay aún salvajes y bárbaros, diríase que mi campo era, y no en mal sentido, semicultivado. Producía judías que volvían alegremente a su estado original, primitivo, y era mi azada, la que interpretaba para ellas el *Ranz des Vaches*.[1] Cerca de mí, oculto entre el ramaje más alto de un abedul, canta toda la mañana el malviz marrón —o rojo guiacoches, como algunos gustan de llamarlo—, contento de la compañía que le brindo, y que volaría en busca de otra huerta si ésta desapareciese. Mientras estás enterrando la semilla, grita: *«Drop it, drop it —cover it up, cover it up— pull it up, pull it up»* Pero esto no era maíz y, por tanto, estaba fuera del peligro de enemigos como él. Puede

1. *Ranz des Vaches*, en alemán *Kuhreigen*, aire pastoril de los boyeros y pastores suizos, también de los valones y noruegos. *Ranz*, etim. dialecto de los grisones. Tonada que acentuaba la nostalgia de los guardias suizos de las Tullerías, haciéndoles desertar. Trad.
2. Suéltala, tápala, arráncala, repetido. Trad.

que el lector se pregunte qué tiene que ver esa jerigonza e imitaciones de aficionado *à la Paganini*, en un acorde o en veinte, con la siembra, y no obstante, que las prefiera a las cenizas filtradas o al yeso. Era una forma barata de abono, en la que yo tenia plena fe.

Al levantar con mi azada una porción de tierra más fresca aún junto a los surcos removí los restos de naciones no historiadas, que vivieron bajo estos cielos en épocas primitivas, y sus pequeños instrumentos de guerra y de caza vieron la luz de nuestros días. Aparecían mezclados con otras piedras naturales, algunas de las cuales mostraban señales de haber sido quemadas por el fuego de los indios, como otras por el del sol, así como restos de alfarería y vidrio llevados allá por cultivadores más recientes. Cuando mi azada chocaba contra estas piedras, esa música resonaba en aquellos bosques y en el cielo, y acompañaba mi labor, que rendía una cosecha instantánea e inconmensurable. Ya no eran judías lo que yo escardaba, ni siquiera yo quien faenaba; y con igual orgullo que condolencia me acordaba, de hacerlo en absoluto, de aquellos conocidos míos que habían ido a la ciudad para asistir a oratorios. El halcón nocturno describía círculos sobre mi cabeza en las tardes soleadas —pues yo de ello hacía una fiesta— como una mota en el ojo, o en el ojo del cielo, cayendo de vez en cuando en picado y con un zumbido como si los cielos se rasgaran y rompieran al fin en mil pedazos y quedara, no obstante, una bóveda inconsútil; eran como pequeños diablillos que pueblan los aires y ponen sus huevos en el suelo, sobre la arena desnuda o encima de las rocas que coronan los cerros, donde pocos los molestan; gráciles y esbeltos como burbujas extraídas de la laguna u hojas que levanta el viento para que floten por los cielos; semejantes parentescos alberga la Naturaleza. El halcón es el hermano aéreo de la ola, que rasa y mide con su vuelo, y sus remeras, totalmente ahitas de aire, se corresponden con los elementales alones implumes de la mar. En ocasiones me daba por observar a un par de hembras que, arriba, en las capas más altas del firmamento, alternaban sus planeos con caídas y ascensiones que las separaban y reunían una y otra vez, como en una parodia de mis propios pensamientos. Otras, atraía mi atención el paso de las palomas salvajes, que con prisa de trajinante e incisivo rumor iban de este bosque a otro. Y, en fin, si por debajo de un tocón podrido mi azadón hacía aparecer una portentosa, lerda y exótica salamandra pintada, vestigio de Egipto y del Nilo, y sin embargo contemporánea, como cuando me detenía para descansar sobre mi herramienta y me llegaban desde todos los puntos del surco estos sonidos y estas imágenes, recibía con ello una prueba más del inagotable espectáculo que ofrece el campo.

En días de gala, la ciudad dispara sus grandes cañones, que resuenan como pistoletazos en estos bosques, a los que también llegan a veces retazos de música marcial. Desde mi lejana huerta, al otro extremo de la villa, los cañonazos se me antojaban descargas de un globo de aire súbitamente vacuo; y cuando se celebraba algún ejercicio militar de que yo no tuviera noticia, no era nada raro que experimentara la vaga sensación de picor y malestar en el horizonte, como si allá fuera a brotar de pronto una erupción, escarlatina o ulceraciones, hasta que, por fin, una ráfaga de viento favorable, avanzando sobre los campos y camino de Wayland arriba, me traía información sobre aquellas «prácticas».[1] Por el distante zumbido parecía como si las abejas de alguien se hubieran reunido en enjambre y que los vecinos, siguiendo el consejo de Virgilio, trataran de reunirías de nuevo en su colmena por medio de un «*tintinnabulum*» con el más sonoro de sus utensilios domésticos. Cuando el sonido desaparecía completamente, y así el remoto zumbar, y como la brisa más propicia no me trajera ya nuevas, sabían que habían repuesto al fin hasta el último zángano en la colmena de Middlesex, y que todos los pensamientos se volcaban ahora en la miel que la untaba. Me sentía orgulloso de saber que los fueros de Massachusetts y de la patria toda se encontraban a salvo;[2] de vuelta a mi escarda me sentía embargado de una inefable confianza, y proseguía mi labor animosamente, con serena fe en el futuro.

Cuando eran varias las bandas de música reunidas diríase que el pueblo entero se había convertido en un gigantesco fuelle y que todos los edificios se inflaban y desinflaban estruendosamente. Pero algunas veces era un acorde noble e inspirado el que llegaba a estos bosques, y la trompeta que proclama la fama, y me sentía como si pudiera escupir a un mejicano con verdadero placer[3] —pues ¿por qué habíamos de sostener siempre causas triviales?— y buscaba a mi alrededor alguna marmota o mofeta sobre la que hacer gala de mis arrestos. Esos aires marciales sonaban tan lejanos como Palestina y me traían la imagen de una marcha de cruzados en el horizonte con el tremolar de las copas de los olmos que se ciernen sobre el pueblo. Era uno de los días «grandes», aunque desde mi calvero, el cielo mostraba la misma faz, grandiosa y eterna, y yo no apreciara, pues, ninguna diferencia.

Fue una experiencia singular esa prolongada amistad que yo culti-

1. *Trainers*, en el original, nombre que recibían los componentes de la milicia de Concord. *To train* es, asimismo, practicar, adiestrar. Trad.

2 y 3. «Burlas contra la injusta guerra de Texas *(sic)*, que él combatió, defendiendo la razón de los mejicanos.» (J. Gárate, *op. cit.*, p. 152.)

vé con mis judías, pues a la siembra y escarda, a la recolección y trillado, a la tría y subsiguiente venta —la parte más difícil— podría añadir también su consumo, pues las probé. Había resuelto conocerlas bien. Mientras crecían acostumbraba a cavar desde las cinco de la mañana hasta el mediodía, para dedicar el resto de la jornada a otros quehaceres. Considerad la curiosa e íntima relación que uno lega a establecer con diferentes clases de plantas —su exposición adolecerá de cierta iteración, pues no es poca la que conlleva la tarea de cultivarlas—, perturbando sus delicados organismos tan crudamente y haciendo tales distingos con el azadón, pues si una fila es arrasada del todo, otra, en cambio, es cultivada con mimo. He ahí ajenjo romano, y ahí chual; esto es acedera, y esto grama, ¡fuera con ella!, ¡raíces arriba!, hacia el sol, que no quede una sola fibra a la sombra, so pena de que vuelva en sí, y en dos días aparezca tan verde como un puerro. Una larga campaña, sí; no contra las grullas, sino contra las malas hierbas, troyanos que contaban con el sol, la lluvia y el rocío, de su lado. Las judías me veían acudir diariamente en su ayuda armado de una azada, y cómo diezmaba las filas de sus enemigos, llenando con sus restos tronchados las trincheras. Más de un altivo Héctor empenachado, que destacaba un palmo largo sobre la cerrada formación de sus compañeros, rodó por el suelo por efecto de mi arma.[1]

Esos días veraniegos que algunos de mis contemporáneos dedicaban a las bellas artes en Bostón o en Roma, y otros a la contemplación en la India, si no al comercio en Londres o en Nueva York, yo los dediqué, como tantos otros granjeros de Nueva Inglaterra, a las faenas del campo. No es que necesitara judías para comer, pues soy de natural pitagórico en lo que a ellas, sea en forma de puré o como a medio sufragista, se refiere; de modo que las cambiaba por arroz.[2]

1. La guerra de Troya, cantada por Homero, acaeció en el siglo XII a. de J. C. Fue larga y cruenta. Héctor pasaba por ser el más afamado y capaz de los guerreros troyanos. Con esta imagen homérica, Thoreau subraya los trabajos y sudores dedicados a su cultivo. Trad.

2. «Not that I wanted beans to eat, for I amb by nature a Phytagorean, so far as beans are concerned, wether they mean porridge or voting...» Pasaje un tanto oscuro, que Gárate *(op. cit.,* p. 153) traduce por: «No era que necesitara habichuelas para comer, pues en lo que a ellas se refiere, soy de naturaleza pitagórica, tanto si significan papilla como si se refieren a votación...», y que hace objeto de la siguiente observación: «Se decía pitagóricos a los vegetarianos, según Da Silva Mello.., y según Allen había prohibido Pitágoras los porotos» *(sic),* con lo cual se queda tan ancho, y el lector, por supuesto, a oscuras. Por mi parte, estimo que lo que Thoreau quiere decir con «pitagórico» hay que relacionarlo con la llamada «haba de Egipto» o «loto místico» (*Nelumbium speciosum*, Wild), en el sentido de que no necesitaba de la lotofogia para sus ensoñacio-

Acaso fuera porque alguien debe trabajar en el campo, aunque sólo sea para propiciar un día tropos y expresiones de algún pergeñador de parábolas. Era, en definitiva, un entretenimiento insólito, que de prolongarse demasiado podía acabar en disipación. Aunque no las aboné ni las escardé en su totalidad siquiera una vez, las atendidas lo extraordinariamente bien, y a la postre me valió, pues como dice Evelyn, «no hay en verdad composición ni riqueza alguna comparables a ese continuo movimiento, refección y volteo del mantillo con la azada». «La tierra», añade en otro lugar, «especialmente si es fresca, posee cierto magnetismo, que atrae la sal, el poder o la virtud (llámesele como se quiera) que le dan vida, y que es la lógica de todo el trabajo y movimiento que le dedicamos para sustentarnos; todos los abonos y demás procedimientos sórdidos no son sino sucedáneos sustitutivos». Además, siendo éste uno de esos «campos cansados y exhaustos que gozan de su asueto» ha atraído quizá «los espíritus vitales» del aire, como cree probable Sir Kenelm Digby. Yo coseché doce *bushels*[1] de alubias.

Pero, para ser más detallado, pues se han quejado por ahí de que Mr. Colman ha registrado principalmente los costosos experimentos de los señores «convertidos en granjeros», diré que mis gastos fueron:

Por un azadón	$ 0,54	
Arar, gradar y abrir los surcos	7,50	demasiado
Judías para simiente	3,12	1/2
Patatas para simiente	1,33	
Guisantes para simiente	0,40	
Semillas de nabos	0,06	
Cordel blanco para cerca provisional	0,02	
Cultivador con caballo y gañán, tres horas . . .	1,00	
Caballo y carro para recoger la cosecha	0,75	
Total	$14,72	1/2

nes, de todo punto espontáneas y naturales. Por otra parte, *bean* (alubia) ha sido usado literariamente como sinónimo de *ballot* (papeleta para votar) (cf.: «To convey each man his bean or ballot into the box», Milton), y conocida es la actitud contestataria de Thoreau en lo que atañe a los llamados derechos civiles. Para resultar thoreauiano del todo, y no menos socarrón, cabría poner en lugar de «sea en forma de puré o como medio sufragista», «tanto como comida como como votos». Trad.

1. Un bushel = 8 galones (x 3,78 1). Trad.

Mis ingresos fueron (*patremfamiliasvendacem, non emacem esse oportet)*[1] por:

Nueve *bushels* y doce **cuartos**[2] de judías	$ 16,94
Cinco *bushels* de patatas grandes	2,50
Nueve *bushels* de patatas pequeñas	2,25
Pasto . .	1,00
Tallos	0,75
Total	$ 23,44

que me dejaron un beneficio pecuniario, como ya he dicho en otra parte, de 8,71 1/2 dólares.

Y he aquí el resultado de mi experiencia como cultivador de judías: hay que plantar la pequeña alubia blanca trepadora hacia primeros de junio en hileras con separación de un metro y de medio[3] poniendo mucho cuidado en seleccionar simiente fresca, turgente y sin mezcla extraña. Eliminad luego las larvas y, si procede, sembrad de nuevo donde haya huecos. Mucho cuidado con las marmotas si es campo abierto, porque al pasar se comerán casi por completo las hojas tiernas, y también más tarde, cuando hagan su aparición los jóvenes zarcillos, aquéllas no vacilarán en llevárselos por delante junto con sus yemas y vainas nuevas, que mordisquearán con fruición irguiéndose sobre sus cuartos traseros como las ardillas. Y, sobre todo, recolectad tan pronto como sea posible si queréis eludir las heladas y disponer de una cosecha buena y vendible. En así haciendo os evitaréis muchas pérdidas.

También gané esta otra experiencia. Me dije: no sembraré alubias y maíz con tanta diligencia otro verano, sino semillas tales (si quedan aún) como sinceridad, verdad, sencillez, fe, inocencia y similares, y veré si crecen en este suelo, aun con menos trabajo y abono, y si me alimentan, pues seguramente no ha sido agotada esta tierra aún para estos cultivos. ¡Ay! eso es lo que me dije; pero ha pasado ya un verano, y otro, y un tercero, y me veo obligado a decirte, lector, que las semillas que sembré, si en verdad *eran* simientes de estas virtudes, fueron comidas por los gusanos o habían perdido su vitalidad pues no emergieron. Por lo común, los hombres sólo serán bravos o tímidos en la me-

1. Catón: De *re rustica:* «Conviene al padre de familia ser vendedor, no comprador». Trad.
2. De galón, aproximadamente un litro. Trad.
3. Considerando filas e hileras. Trad.

dida en que lo fueron sus padres. Esta generación está decidida a sembrar maíz y habichuelas cada año, precisamente como hicieran los indios siglos ha y enseñaran a hacer a los primeros colonos, como si fuera ese su sino. Para mi asombro vi el otro día a un viejo que azada en mano cavaba agujeros por septuagésima vez, por lo menos, ¡y no la fosa donde había de yacer! Pero ¿por qué no ensayará otras aventuras el habitante de Nueva Inglaterra en lugar de poner tanto empeño en su grano, patatas y pastos? ¿Por qué no probar otros cultivos? ¿Por qué nos interesamos tanto en nuestras judías para la siembra, y nada en absoluto en una nueva generación de hombres? Realmente, debiéramos sentirnos alimentados y alentados si al hallar un hombre tuviéramos la seguridad de que alguna de las cualidades que he mencionado, las cuales apreciamos más que aquellos otros productos pero que, en su mayor parte, se hallan dispersas y flotando en el aire, hubiera enraizado y crecido en él. He ahí que nos sale al paso una cualidad tan sutil e inefable, por ejemplo, como la verdad o la justicia, aunque fuere en pequeña cantidad o como nueva variedad. Nuestros embajadores serían instruidos al efecto de que enviaran a casa simientes de esta clase, que el. Congreso ayudaría a distribuir por todo el país. No gastaríamos ceremonias con la sinceridad ni nos engañaríamos, insultaríamos o vetaríamos unos a otros si se hallara presente entre nosotros el núcleo de la dignidad y de la amistad. Tampoco nos visitaríamos apresuradamente. Yo no suelo tratar en absoluto con la mayoría de la gente, pues parecen no disponer jamás de tiempo. Se afanan con sus judías. No debiéramos entendérnoslas con un hombre ocupado siempre así, apoyado en su azada o pala a guisa de sostén en las pausas, no exactamente como un hongo, sino parcialmente elevado sobre la tierra, más que erguido, como golondrina que se ha posado y corretea entre la gleba:

And as he spake, his wings would now and then
Spread, as he meant to fly, then close again.[1]

de modo que pudiéramos pensar si estaríamos hablando con un ángel. El pan puede no nutrirnos siempre, pero nos hace bien, hasta quita rigidez a nuestros huesos; y nos hace ágiles y alegres, cuando no sabíamos qué mal nos aquejaba, el conocer en el hombre o en la naturaleza cualquier generosidad y el compartir una alegría pura y heroica.

1. «Y mientras hablaba, sus alas de vez en cuando / se abrían, prestas al vuelo, para cerrarse luego otra vez.» Francis Quarles: *The Shepherd's Oracles.* Trad.

La mitología y poesía antiguas sugieren, por lo menos, que la labranza fue alguna vez un arte sagrado; pero nosotros la practicamos con prisa y descuido irreverentes, al ser nuestro objetivo meramente la obtención de grandes fincas y cosechas. No tenemos festividad ni procesión, aparte de nuestras Ferias de Ganado y de los llamados Días de Acción de Gracias, con los que el agricultor pueda reflejar lo sagrado de su oficio o recordar lo que de tal tiene su origen. Son el premio y la fiesta lo que le tienta. No ofrece sacrificio a Ceres o al Júpiter terrestre, sino al infernal Pluto[1] *(sic).* Por avaricia y egoísmo, y por un hábito rastrero del que no estamos libres ninguno de nosotros, el de considerar la tierra como una propiedad o como medio de adquirir principalmente propiedad, el paisaje es deformado, la labranza se degrada con nosotros, y el labrador arrastra la más ruin de las vidas. Conoce la naturaleza, como expoliador. Catón dice que los beneficios de la agricultura son particularmente píos y justos *maximeque pius quaestus), y* según Varrón, los antiguos romanos «llamaban de igual forma a la Madre tierra y a Ceres, y pensaban que quienes la cultivaban llevaban una vida útil y piadosa, y que sólo ellos eran los sobrevivientes de la raza del rey Saturno».[2]

Solemos olvidar que el sol contempla sin distinción alguna nuestros campos cultivados, las praderas y los bosques. Todos absorben y reflejan por igual sus rayos, y los primeros no son sino una menguada porción de la gloriosa imagen que se le ofrece en su diario recorrido. Desde su emplazamiento, la tierra aparece cultivada por igual, como un jardín. Por lo tanto, debiéramos recibir el beneficio de su luz y calor con confianza y magnanimidad en justa correspondencia. ¿Qué importa que yo valore tanto la semilla de estas judías y que coseche estas otras llegado el otoño? Este vasto campo que yo he contemplado durante tanto tiempo no me considera a mí su principal cultivador sino que lleva su atención lejos de mí, a otras influencias más afables para con él, que le riegan y le hacen reverdecer. Estas habichuelas encierran resultados que me eluden. ¿Acaso no crecen en parte para las marmotas? La espiga del trigo (en latín *spica*, del antiguo *speca,* a su vez de *spes*, esperanza) no debiera ser la única que le cabe al labrador; su núcleo o grano (*granum*, de *gerendo,* que porta) no es lo único

1. Y añade Gárate, con gran acierto, en nota al pie *(op. cit.,* p. 156): «A menudo la búsqueda de Pluto lleva a Plutón». Pluto (griego, *Ploutos*), riqueza, opulencia; Plutón (griego, *Ploutonios*), dios de las regiones infernales. Trad.

2. Fugitivo de Júpiter, fue a refugiarse a Italia donde enseñó la agricultura a los súbditos de Jano, rey de aquella comarca. Trad.

que lleva. ¿Cómo, entonces, puede fracasar nuestra cosecha? ¿Acaso no debo congratularme asimismo de la abundancia de hierbas cuyas semillas alimentan a las aves? Poco es lo que importa relativamente si los campos proveen al granero del labrador, pues si tal es en verdad, pronto se librará de enojo, de igual modo que a las ardillas poco importa si este año los bosques se llenarán de castañas, y dará fin a su labor con cada día, renunciando a todo derecho sobre el producto de sus campos, y sacrificando en su mente no sólo sus primeros frutos sino también los últimos.

8. LA VILLA DE CONCORD

Después de escardar, o puede que de leer o de escribir, por la mañana solía darme un nuevo baño en la laguna, atravesando quizás alguna de sus caletas para librarme del polvo que la labor había puesto en mi persona, cuando no de la última arruga que el estudio había dejado en mi frente. Por la tarde, pues gozaba de absoluta libertad. Todos los días, o cada dos, me dirigía al pueblo para enterarme de los chismes que allí no dejan nunca de correr, bien transmitidos de boca en boca o de diario en diario, y que, tomados a dosis homeopáticas,[1] resultan a su manera tan refrescantes realmente como el susurro de las hojas o el croar de las ranas. Igual que paseaba por los bosques para contemplar a los pájaros y a las ardillas, iba el pueblo para presenciar el espectáculo de grandes y pequeños; y en lugar de oír el viento entre los pinos, oía el traqueteo de las carretas. Cerca de mi casa, en los prados del río, vivía una colonia de ratas almizcleras; en la dirección opuesta, bajo el soto de olmos y plátanos, había un poblado de hombres atareados, tan curiosos para mí como si se hubiese tratado de perros de las praderas, cada uno sentado a la entrada de su madriguera o de camino hacia la de su vecino para un cambio de impresiones. Acudí allá con frecuencia para observar sus hábitos. La aldea me parecía una gran sala de noticias; y para alimentarla, como anteriormente en Redding & Company[2] de la calle State, guardaban a un lado nueces y uvas, o sal y harina y otras vituallas. Es tal el apetito de algunos por el primer artículo, es decir, las noticias, y poseen órganos digestivos tan robustos, que son capaces de estarse eternamente senta-

1. Muy pequeñas. Uno de los principios de la homeopatía estriba en el dinamismo de las dosis infinitesimales. Trad.
2. Editores de Boston. Trad.

dos en la vía pública, sin moverse siquiera, dejando que aquéllas les bañen y susurren como los vientos etesios[1] o, como si inhalaran éter, produciéndoles solamente un entumecimiento y una insensibilidad al dolor —de otro modo sería doloroso el oírlas— sin afectar la conciencia. Rara era la vez que vagara por el poblado y no sorprendiera una ristra de personajes tales, ya sentados en una escalera de mano asoleándose, con el cuerpo inclinado hacia adelante y la mirada ensimismada, y hasta con cierta expresión ocasional de verdadera voluptuosidad, ya apoyados contra la pared de un granero, manos en los bolsillos, como cariátides que lo apuntalaran. Habitualmente en la calle, sabían siempre qué aires corrían. Ésos son los molinos más baratos, donde todo el chismorreo se digiere y fracciona primero groseramente antes de ser vaciado en las tolvas más finas y delicadas de los hogares. Observé que los puntos vitales de la villa eran el almacén, el bar, la estafeta de correos y el banco, que como parte necesaria de sus mecanismos contaban con una campana, un pan cañón y una bomba de incendios en lugar conveniente; por otra parte, las casas estaban dispuestas de manera que todo viajero se viera obligado a «correr las baquetas» por el medio, a tiro del azote que pudiere infligirle hombre, mujer o niño. Está claro que quienes se hallaban más próximos a la cabeza de la línea, desde donde mejor podían ver y ser vistos, así como dispensar el primer golpe, pagaban el precio más elevado por su puesto; y los pocos habitantes perdidos en los arrabales, allá donde se producían ya grandes huecos en la formación y el viajero podía salvar tapias o tomar por veredas de ganado y escapar, pagaban por radicación y ventanas un impuesto mínimo. Por doquier colgaban signos para atraerle; algunos por el apetito, como la taberna y el almacén de víveres; otros por la moda, como la tienda de telas y la joyería; y los había, en fin, para tirar de él por el cabello, los pies o los faldones, como el peluquero, el zapatero o el sastre. Además, había otra invitación permanente, más terrible, para visitar cada una de estas casas, donde la compañía era esperada siempre hacia esas horas. Las más de las veces yo eludía admirablemente estos peligros, bien prosiguiendo mi marcha a la vez audaz y resuelta como se recomienda a quienes han de «pasar las baquetas», bien fijando mis pensamientos en cosas más elevadas, como Orfeo que «cantando en voz alta los elogios de los dioses acompañado de su lira, ahogó las voces de las sirenas y se mantuvo fuera de peligro».[2] A veces pasaba rápido, sin que persona alguna pu-

1. Vientos anuales que soplan en Grecia en el estío durante unos cuarenta días. Trad.
2. De la *Argonautica* de Apolonio de Rodas. Trad.

diera decir por dónde, pues no me preocupaba siquiera de parecer amable, y aún menos me importaba el tirar por el hueco de un cercado. Incluso solía irrumpir en algunas casas, donde era bien atendido, y después de haberme puesto al corriente de lo esencial, de lo último en materia de nuevas, de lo que después de todo había quedado, de las perspectivas de guerra y paz, y de si había esperanza de que el mundo subsistiera todavía algún tiempo, se me dejaba partir por la puerta trasera, por donde huía de nuevo a los bosques.

Era muy agradable, cuando me quedaba hasta tarde en la villa, lanzarme nuevamente a la noche, sobre todo si era oscura y tempestuosa, y hacer rumbo desde algún salón bien iluminado o desde alguna sala de conferencias, con mi saco de centeno o de harina de maíz a cuestas, para ganar de nuevo mi seguro puerto en la espesura, tras haberlo asegurado todo mera y de haberme retirado al otro lado de las escotillas con una alegre tripulación de ideas, dejando sólo mi yo externo al timón e incluso fijando la caña cuando la navegación era fácil. ¡Qué de dulces pensamientos me asaltaban más de una vez «cuando navegaba»![1] Jamás fui a la deriva ni corrí peligro en tiempo alguno, pese a vérmelas con fuertes tormentas. Es más oscuro en los bosques, aún en noches corrientes, de lo que muchos suponen. A menudo tuve que mirar a lo alto, por entre los árboles que se ciernen sobre el camino, para asegurarme de la ruta; y donde no había ninguna rodada, hasta tuve que sentir con mis pies la leve huella que había dejado antes, cuando no orientarme por la posición relativa de árboles conocidos, que tentaba con mis manos para pasar así, por ejemplo, entre dos pinos que no distaran más de medio metro, invariablemente en la noche más oscura. A veces, después de haber llegado de esta forma a casa, muy entrada ya la noche, con tiempo cerrado y húmedo, cuando mis pies sentían el sendero que mis ojos no alcanzaban a ver, soñando y con la mente ausente durante todo el camino hasta que me despertaba el tener que alzar el brazo para descorrer el cerrojo, no era capaz de recordar un solo paso del trayecto, hasta el punto de que he llegado a pensar que mi cuerpo sabría hallar el camino de regreso a casa si a su dueño aconteciere olvidárselo en alguna parte, de igual modo que, sin ayuda, halla la mano el camino a la boca. En alguna ocasión, cuando algún visitante se me ha quedado hasta muy tarde, y como la noche fuera oscura, me he sentido obligado a llevarle hasta el camino carretero de detrás de la casa, para indicarle luego la dirección a seguir, considerando, claro está, que para mantenerla había de dejarse guiar

1. Estribillo de la vieja «Balada del Capitán Robert Kidd». Trad.

de los pies más que de la vista. Una noche de gran cerrazón encaminé así a dos jóvenes que habían estado pescando en la laguna. Vivían a eso de una milla de distancia campo a través y estaban hechos al lugar. Un día o dos más tarde me contó uno de ellos que habían errado la mayor parte de la noche, cerca de su propia casa, que no ganaron hasta eí amanecer; además, dado que entretanto habían caído varios chaparrones y que las hojas estaban mojadas, se habían calado hasta los huesos. He oído de muchos que se habían perdido incluso en las calles del pueblo, cuando la oscuridad era tan densa que, como reza el dicho, «podía cortarse con un cuchillo». Y los hay que habiendo acudido de comprar con sus carromatos se han visto obligados a pernoctar en la villa; como también señoras y caballeros que, de visita, se han salido como media milla del trayecto, sintiendo la acera solamente con los pies y no dándose cuenta de cuándo se habían desviado. Es una experiencia sorprendente e inolvidable el verse perdido en los bosques en cualquier momento. Es frecuente que después de una nevada llegue uno, incluso de día, a un camino por lo demás bien conocido y que no sepa por dónde tomar para legar a la aldea. Aunque sabe que lo ha recorrido mil veces, no es capaz de reconocer nada en él, sino que se le antoja tan extraño como si fuera una vía siberiana. De noche, claro está, la perplejidad es infinitamente mayor. En nuestros paseos más triviales nos estamos orientando continuamente, aunque inconscientemente, a la manera de los pilotos que se rigen por ciertas balizas y cabos bien conocidos; y si nos pasamos de nuestro recorrido habitual, guardamos aún en nuestra mente la situación de algún promontorio próximo; y no es hasta que nos hallamos completamente perdidos o que hemos girado en redondo —pues basta con que al hombre le den una sola vuelta con los ojos cerrados para estar perdido en este mundo— que apreciamos lo vasto y extraño de la Naturaleza. Todos los hombres han de aprender los puntos cardinales de nuevo, el despertar, tanto si es del sueño como de alguna abstracción. No es sino hasta que nos hemos perdido, en otras palabras, hasta que hemos perdido el mundo, que empezamos a encontrarnos a nosotros mismos y que nos damos cuenta de dónde estamos y del infinito alcance de nuestras relaciones.

Una tarde, hacia finales del primer verano, en que fui al pueblo a buscar un zapato que tuve por remendar, fui prendido y encarcelado porque, como he relatado en otro lugar,[1] no había pagado impuestos ni reconocido la autoridad de un Estado que compra y vende hombres,

1. «On the Duty of Civil Disobedience». Trad.

mujeres y niños a la puerta del Senado, como si de ganado se tratara. Yo había ido a los bosques con otros propósitos. Pero, dondequiera que uno vaya, los hombres le perseguirán y sacudirán con sus sucias instituciones, y si pueden, harán por inscribirle a la fuerza en su desesperada sociedad de Odd-Fellows.[1] Cierto, yo podía haberme resistido a la fuerza, con mejor o peor resultado, podía haber desatado un verdadero «amok» contra la sociedad, pero preferí que fuera ésta, desesperada, la que me lo infligiera a mí. Con todo, fui soltado al día siguiente, recuperé mi zapato reparado, y regresé a los bosques a tiempo de hacerme con mi provisión de gayubas en la colina de Fair Haven. Jamás fui molestado por persona alguna salvo por aquellas que representaban al Estado. No tenía cerradura ni cerrojo, como no fuera en la mesa donde guardaba mis papeles, y ni siquiera un clavo que poner en el pestillo o en la ventana. Nunca cerré mi puerta ni de noche ni de día, aunque fuere a ausentarme varios; ni siquiera cuando el otoño siguiente pasé quince días en los bosques de Maine. Y sin embargo, mi casa era más respetada que si la hubiera rodeado una fila de soldados. El vagabundo fatigado podía reposar y calentarse junto a mi hogar; el hombre de letras, distraerse con los libros que se hallaban a su alcance encima de mi mesa; y el curioso, en abriendo la puerta de mi alacena, ver qué había sobrado de mi almuerzo y con qué contaba para la cena. Pero, aunque eran muchas las gentes de todas clases sociales que venían a la laguna por este camino, no sufrí por ello mayor inconveniente ni eché jamás nada de menos, como no fuera el librito de Homero, y aún quizás imperfectamente dorado, que espero haya hallado entretanto algún soldado de nuestro campo.[2] Estoy convencido de que si todos los hombres vivieran con igual sencillez que yo entonces, no habría más hurtos ni robos, pues éstos tienen lugar en comunidades donde unos tienen más que suficiente mientras otros carecen de lo necesario. Los «Homeros» de Pope se distribuirían pronto equitativamente.

> *Nec bella fuerunt,*
> *Faginus astabat dum scyphus ante dapes*

1. The Independant Order of Odd-Fellows, fundada en Gran Bretaña en el siglo XVIII, consolidada en la Manchester Unity. En Estados Unidos se fundó la primera logia en 1819, para obras de misericordia y educación. (J. Gárate, *op. cit.*, p. 163.) Trad.
2. Relata Confucio —a quien Thoreau cita a menudo con agrado— la historia de un soldado que, habiendo perdido su adarga, se consoló diciendo que otro compañero de armas la encontraría y se serviría de ella. Trad.
3. «Ni las guerras molestaban a los hombres, / cuando sólo se poseía escudillas de haya.»

«Vosotros, que regís los asuntos públicos, ¿qué necesidad tenéis de emplear castigos? Amad la virtud y las gentes serán virtuosas. Las virtudes del hombre superior son como el viento; las del común, como la hierba, que se inclina cuando aquél pasa sobre ella.»[1]

9. LAS LAGUNAS

A veces, ahito ya de compañía humana y cotilleo, y agotados ya todos mis amigos de la villa, echaba más al oeste de lo que tenía por costumbre, hacia partes del lugar todavía menos frecuentadas, a «bosques frescos y prados nuevos»,[2] o iba a realizar mi cena de gayubas y bayas azules en la colina de Fair Haven en tanto se ponía el sol, al tiempo que amontonaba una reserva para varios días. Los frutos no emiten su verdadera fragancia para quien los compra ni para quien los cultiva para el mercado. Sólo hay un modo de percibirla, y pocos que lo practiquen. Si queréis conocer el aroma de las gayubas, preguntadle al campero o a la perdiz. Es un error vulgar el suponer que alguien pueda gustar realmente de unas bayas que nunca recogiera. La gayuba no llega nunca a Bostón; no se la ha visto por allá desde que dejó de crecer en sus tres colinas.[3] La parte esencial y ambrosíaca del fruto se pierde con la pelusilla que se cae con el roce en el carro del mercado, y aquél queda en mera vitualla. Mientras reine la Justicia Eterna, ninguna inocente gayuba podrá ser alejada de sus campestres colinas.

En ocasiones, después de dar fin a la escarda cotidiana me reunía con algún camarada impaciente, que había estado pescando en la laguna desde primeras horas de la mañana, tan silencioso e inmóvil como un pato o una hoja flotante, y que después de haber practicado varias clases de filosofía, para cuando yo aparecía había llegado a la conclusión de que él pertenecía a la antigua secta de los cenobitas.[4] Había un anciano, excelente pescador y diestro en toda clase de trabajos con la madera, que gustaba de considerar mi cabana una construcción hecha para conveniencia de los de su clase; en cuanto a mí, no dejaba de complacerme cuando se sentaba a mi puerta para ordenar sus sedales. De vez en cuando, nos sentábamos juntos a la orilla del lago, él a un

1. Confucio, *Analectas*. Trad.
2. Milton, *Lycidas*. Trad.
3. Copp, Fort y Beacon, emplazamiento del antiguo Boston. Trad.
4. *Coenobites, see no bites*. Juego de palabras: cenobitas, «no veo picar» (en el anzuelo). Trad.

extremo del bote y yo al otro; no intercambiábamos muchas palabras, pues él se había ido quedando sordo con los años, y el ocasional salmo que le daba por susurrar quedamente *no* armonizaba mal con mi filosofía. Nuestra relación fue, pues, de continua armonía, y de recuerdo mucho más grato que si se hubiera apoyado en la conversación. Guando, como solía ocurrir, no tenía yo con quien hablar, despertaba el eco dando con mi remo en un costado del bote y llenando así el bosque de ondas que formaban círculos cada vez más amplios, excitándolas como el guarda de un circo a sus animales salvajes, hasta hacer resonar a la espesura misma y a las colinas circundantes.

En los atardeceres cálidos me sentaba a menudo en mi barca tocando la flauta y veía a la perca, que al parecer había hechizado, rondando en torno mientras la luna recorría el fondo ondulado, sembrado de los desechos del bosque. En otros tiempos había venido de vez en cuando a esta laguna con un compañero, aventuradamente, en oscuras noches de verano, y después de haber hecho fuego junto a la orilla, pues pensábamos que atraía a los peces, pescábamos fanecas con un manojo de gusanos atravesados con un cordel; acabada la faena, bien entrada ya la noche, arrojábamos los tizones al aire, a modo de cohetes, que al caer de nuevo sobre las aguas morían con sonoro siseo, dejándonos de pronto en medio de una total oscuridad, a cuyo través y silbando una melodía emprendíamos el camino de regreso a los lugares habitados por los hombres. Pero, ahora había establecido mi hogar junto a la orilla.

Algunas veces, después de haber permanecido en algún salón hasta que todos se hubieran retirado, me ha dado por volver a los bosques y, en parte con vistas al yantar del día siguiente, me he pasado las horas nocturnas pescando desde la barca a la luz de la luna, arrullado por buhos y zorros y por la ocasional nota chirriante de alguna ave desconocida, muy cercana. Estas experiencias eran para mí preciosas e inolvidables, anclado en fondos de trece metros y a unos doscientos de la orilla, rodeado de millares de percas y alburiños, que ponían hoyuelos de luna en la superficie de las aguas agitadas por mil colas, y comunicándome con misteriosos peces de las profundidades con mi largo sedal de lino, que a veces se me iba a veinte y más metros del lugar, llevado el bote de la suave brisa, para revivir de pronto con leve sacudida, delatora de algo vivo merodeando en su extremo con propósito incierto y vago, tardo en resolverse. A la larga uno terminaba por halar, mano sobre mano, alguna faneca cornuda quejosa y retorciéndose en el aire. Resultaba curioso, especialmente en las noches oscuras, cuando los pensamientos de uno han derivado con temas sin lí-

mites y cosmogónicos a otras esferas, el sentir ese suave tirón que venía a interrumpir los sueños y a unirle a uno de nuevo con la Naturaleza. Diríase que me era dado lanzar mi sedal al aire tanto como lo más hondo de ese elemento apenas más denso, para pescar, cabría decir, dos peces con el mismo anzuelo.

El paisaje de Walden es de escala humilde, aunque muy bello; no tiene nada de grandioso ni podría interesar mucho a quien no lo haya frecuentado largo tiempo, o vivido junto a la ribera; sin embargo, esta laguna es tan notable por su profundidad y pureza, que merece una descripción particular. Es como un pozo limpio, verde oscuro, de acaso media milla de longitud y de milla y tres cuartos de circunferencia que cubre pues unas veinticinco hectáreas; un manantial eterno entre pinares y robledos, sin afluente ni aliviadero alguno visibles que no sean las nubes y la evaporación. Las colinas circundantes se alzan bruscamente de las aguas hasta alturas entre cuarenta y ochenta pies, y aunque por el este y algo más al sur alcanzan cotas de ciento cincuenta y cien pies, respectivamente, a una distancia de un cuarto y un tercio de milla totalmente cubiertas de arbolado. En Concord el agua muestra siempre dos colores por lo menos, uno, de lejos, y otro, más exacto, de cerca. El primero depende sobre todo de la luz y concuerda con el cielo. En tiempo claro, en el estío, las aguas parecen azules a escasa distancia, sobre todo si están agitadas, mientras que desde lejos todo resulta igual. En tiempo tempestuoso, en cambio, diríase que se trata de pizarra oscura. Del mar se dice, sin embargo, que un día aparece azul y el otro verde sin que medie cambio alguno perceptible en la atmósfera. Yo he visto nuestro río, cuando la campiña estaba cubierta de nieve, y tanto el agua como el hielo eran tan verdes como la hierba misma. Algunos consideran que el azul «es el color del agua pura, tanto en estado sólido como líquido». Pero, al mirar directamente a lo hondo de nuestros caudales desde un bote se ve que son de muy diferentes colores. Walden aparece ora azul ora verde, incluso desde el mismo punto de observación. Entre la tierra y el cielo, participa del color de ambos. Divisada la laguna desde la cima de un cerro, refleja el color del cielo; pero desde cerca posee un tinte amarillento, reflejo de la arena ribereña, y luego un tono verde claro, que se oscurece gradualmente a medida que la mirada se proyecta aguas adentro. Con algunas luces, y aún desde el otero, la charca resulta de color verde brillante junto a la orilla. Dicen algunos que quizá por reflejar el verdor en torno; pero es que aparece igual donde baña el talud del ferro-

carril, y en primavera, antes de que broten las hojas, de modo que acaso sea simplemente el resultado de la mezcla del azul reinante con el dorado de la arena. Ése es el color de su iris, y también la porción donde, en primavera, el hielo calentado por el sol que se refleja en el fondo y cuyo calor transmite asimismo la tierra, se funde primero para formar un angosto canal alrededor del centro todavía helado. Como ocurre con el resto de nuestras aguas cuando aparecen revueltas en tiempo claro, bien porque la superficie de las ondas pueda despedir la luz con ángulo apropiado, bien porque sea mayor la luminosidad que encierra, desde cierta distancia resulta de color azul más oscuro todavía que el del mismo cielo. En tales ocasiones, y dividiendo el radio de mi visión de manera que me fuera posible percibir asimismo el reflejo, he podido discernir desde la superficie un azul claro, incomparable e indescriptible, como el que sugieren las sedas irisadas y la hoja de la espada, más cerúleo que el cielo, alternando con el verde oscuro original de las caras opuestas de las olas, que al final resultaban hasta fangosas por contraste. Según recuerdo, es un azul verdoso vitreo, como el de aquellos retazos de cielo invernal perceptibles entre las nubes, hacia el oeste, antes del ocaso. Pero, un vaso de esta agua contra la luz es tan incolora como igual cantidad de aire. Sabido es que una gran placa de vidrio posee un tono, debido, como dicen sus fabricantes, a su «cuerpo», y que un trozo pequeño de la misma es, en cambio, incoloro. Nunca he comprobado qué grosor de agua de Walden sería necesario para arrojar una luz así. El agua de nuestro río aparece negra o de color marrón oscuro para quien la observa directamente desde arriba; y como sucede con todas las estancadas, comunica un tinte amarillento a la piel de quien se baña; pero esta agua es de pureza tan cristalina, que el cuerpo del bañista parece de albura de alabastro, mucho menos natural aún, que, por la distorsión y agrandamiento que parecen experimentar las extremidades, produce un efecto monstruoso, digno del estudio de un Miguel Ángel.

El agua es tan transparente que es fácil discernir el fondo a la profundidad de diez metros. Desde el bote cabe ver, a muchos codos por debajo, nutridas bandadas de percas y albures, de tan sólo unos centímetros de longitud quizá, pero perfectamente distinguibles por el barrado transversal, las primeras, y uno se siente tentado a considerar que se trata de peces anacoretas, que han encontrado su subsistencia en tal paraje. En una ocasión, en invierno, hace ya muchos años, después de haber estado practicando agujeros en el hielo en busca de lucios y de regreso ya a la orilla, arrojé mi hacha atrás sobre la superficie helada; pero, como si un genio maligno hubiera dirigido mi tiro,

después de deslizarse unas cuatro o cinco perchas fue a colarse por uno de los agujeros, de una profundidad de unos ocho metros y medio. Curioso, me eché cuan largo era sobre el hielo y miré por aquel brocal hasta que descubrí mi herramienta reposando sobre el hierro, algo inclinada, y con el mango oscilando suavemente con el pulso de las aguas. Podría haberse quedado allá, de no haber intervenido, en continuo vaivén hasta que la madera se pudriese con el tiempo y desapareciera. Después de haber hecho otro orificio directamente encima de ella con un picahielo que poseía, y armado de un lazo corredizo que afirmé al extremo del más largo abedul que pude cortar en las cercanías, lasqué el cabo hasta cerrarlo en torno de la tuberosidad del mango. Así recuperé mi hacha.

La orilla se compone de una franja de piedras blancas redondeadas, que semejan adoquines, salvo en una o dos pequeñas caletas arenosas; es tan escarpada, que en muchos lugares basta un salto para dar ya con una profundidad que cubre con mucho la cabeza; y si no fuera por su notable transparencia, ese sería el último fondo perceptible hasta dar con la vertiente opuesta del lecho. Algunos piensan que es insondable; lo cierto es que no es fangoso en parte alguna, y el observador casual diría que carece en absoluto de vegetación por lo que a plantas notables se refiere; con excepción de los pequeños prados ha poco inundados, que en rigor no pertenecen a la laguna, un escrutinio detenido no revela espadaña ni junco alguno, ni siquiera un lirio blanco o amarillo, sino tan sólo unos pocos escudetes y algún que otro nenúfar o llantén acuático, todos los cuales —dicho sea de paso— podrían pasarle inadvertidos al bañista. Y estas plantas son limpias y brillantes como el elemento que las alberga. Las piedras penetran en el agua una distancia de una o dos perchas, y luego el fondo se hace pura arena, excepto en los puntos más profundos, en los que se acumula un sedimento constituido, probablemente, por las hojas podridas que el viento ha ido arrastrando en tantos otoños sucesivos; además, una maleza verde sube con las anclas aún en medio del invierno.

Tenemos otra laguna muy parecida a ésta, White Pond, en Nine Acre Corner,[1] a eso de unas dos millas y media el oeste; pero, aunque conozco la mayoría de las charcas y lagos en doce millas a la redonda, no he descubierto jamás una tercera así de pura y semejante a un pozo. Puede que hayan bebido de ella pueblos y más pueblos en sucesión, y que la hayan admirado, sondado, y a la postre desaparecido, y sus aguas siguen tan verdes y cristalinas como siempre. ¡No se trata, en

1. La Laguna Blanca de la Esquina de los Nueve Acres.

verdad, de un manantial intermitente! Quizás aquella mañana en que Adán y Eva fueran expulsados del Edén, Walden Pond ya existiera y se prodigara incluso en una dulce lluvia primaveral, acompañada de bruma y de brisas del sur, cubierta de miríadas de patos y gansos que no habían oído siquiera de la Caída, y a los que todavía colmaba la pureza de estos lagos. Ya entonces había comenzado a crecer y a men guar, y había aclarado sus aguas dándoles el matiz que ahora las engalana, u obtenido una patente divina como única laguna Walden del mundo, destiladora de los rocíos del cielo. ¿Quién sabe en cuántas literaturas de naciones olvidadas habrá sido ésta la Fuente de Castalia[1] o qué ninfas la habían presidido en su Edad de Oro? Es una gema de aguas primeras la qu Concord ostenta en su cimera.

Es posible también que el primero en llegar a este paraje dejara alguna huella de su paso. Alrededor de la laguna descubrí con sorpresa, incluso donde un tupido bosque había sido talado junto a la misma ribera, una senda angosta que parecía un bancal tallado en la ladera abrupta, que subía y bajaba, se alejaba y aproximaba del borde de las aguas, y tan viejo probablemente como la misma raza del hombre asentado aquí, gastado por cazadores aborígenes y transitado, aún sin reparar en ello, por los actuales ocupantes de la tierra. Era claramente visible para quien se encontrara en medio de la laguna en invierno, justo después de una nevada ligera, cuando el sendero aparecía como una línea blanca y ondulada no oscurecida por hierbas ni ramitas, y muy conspicuo en un cuarto de milla en algunos lugares, donde en verano es apenas distinguible desde muy cerca. La nieve lo retraza de algún modo con caracteres blancos que forman, por así decir, un bajo relieve muy visible. Puede que los ornados jardines de las villas que un día serán construidas aquí conserven todavía alguna huella de su existencia.

La laguna asciende y mengua, pero si ello ocurre con regularidad y cuándo es algo que nadie sabe, aunque como es común, son muchos los que pretenden no ignorarlo. Suele aparecer más llena en invierno y desciende, por contra, en verano, aunque del todo independiente de la humedad o sequía generales. Me acuerdo de cuando estaba medio metro o algo así más baja, y también de cuando llegaba a uno y medio por encima del nivel que tenía cuando yo me establecí en sus orillas. Un estrecho banco de arena se proyecta en ella, con aguas muy profundas a un lado, sobre el cual ayudé a estofar unos pescados en 1824,

1. Ninfa amada de Apolo, quien la transformó en fuente cuyas aguas inspiraban el numen poético de cuantos las bebían y estaban consagradas a las Musas. Trad.

a eso de unas seis perchas de la línea ribereña, lo cual no ha sido posible repetir en veinticinco años. Por otra parte, mis amigos me escuchaban incrédulos cuando les decía que algunos años más tarde yo acostumbraba a pescar desde mi bote en una caleta oculta entre el arbolado, a una distancia de quince perchas de la única orilla que les había sido dado conocer, pues el lugar hacía tiempo que se había convertido en un pastizal. Pero, la laguna ha venido creciendo durante dos años, y ahora, verano del cincuenta y dos, mide justo cinco pies más que cuando yo vivía junto a ella, es decir, igual que hace treinta años; así, ha vuelto a poderse pescar en la pradera. Esto determina diferencias de nivel en su perímetro, y sin embargo, la cantidad de agua cedida por las cocinas circundantes es insignificante, de modo que esta superabundancia habrá de referirse a causas que afectan a los manantiales profundos. Este mismo verano, la laguna ha empezado a menguar, y es notable que esta fluctuación, periódica o no, parezca requerir de varios años para producirse. Yo he observado una crecida y parte de dos descensos, y me imagino que en doce o quince años, el agua volverá a estar tan baja de nuevo como la conocí en una ocasión. La laguna de Flint, una milla al este teniendo en cuenta lo irregular de sus afluentes y aliviaderos, y las otras que quedan entremedio simpatizan asimismo con Walden y ha poco que alcanzaron su nivel máximo al mismo tiempo que ésta. E igual reza, si mis observaciones no me engañan, para con la Laguna Blanca.

Este ascenso y descenso de las aguas de Walden a intervalos regulares tiene por lo menos la siguiente consecuencia: con el agua a su nivel máximo durante un año o más, y aunque haga difícil bordearla, mueren todos los arbustos y árboles surgidos desde la última crecida en su orilla, que queda así libre de obstáculos. A diferencia, pues, de muchas charcas y de todos los caudales sujetos a cotidianas mareas, su ribera está más limpia cuando más bajas las aguas. En el lado de la laguna más próximo a mi casa, una hilera de pinos de 5 metros de altura han sido muertos y tumbados como por la acción de una palanca, poniéndose así límite a esta intrusión forestal y quedando su tamaño como indicación de los años transcurridos desde la última vez en que fuera alcanzado igual nivel. Mediante esta fluctuación, la laguna reivindica sus derechos sobre la orilla, *la costa es rapada*,[1] y los árboles no pueden hacerla suya por derecho de uso. Son los labios del

1. *(The) shore is shorn,* donde *shore* = orilla y *shorn* = tiempo pasado de rapar, pero hay una forma arcaica del pasado: *shore,* como orilla. Thoreau era muy aficionado a esos juegos terminológicos. Trad.

lago, sobre los que no crece árbol alguno, y aquél da en relamérselos de vez en cuando. Cuando el agua ha alcanzado su altura, los alisos, sauces y arces proyectan hacia ella una masa de raíces rojas y fibrosas de varios pies de longitud desde todos sus renuevos, y hacia la copa o a cuatro pies del suelo en un esfuerzo por mantenerse. Y he visto junto a la orilla espigados arbustos de bayas azules que en general no dan fruto, dar en esta circunstancia una cosecha abundante.

Muchos se han maravillado de ver la orilla tan regularmente pavimentada e incapaces de explicarse cómo. Mis convecinos, en cambio, conocían todos la tradición, y los más ancianos me decían haberla oído en su juventud: que en otros tiempos, los indios habían celebrado una fiesta allí, sobre una colina tan elevada como profunda es hoy día la laguna, y que fue tal la disipación que se permitieron, dice la historia —aunque de este vicio nunca fueron culpables los indios—, que mientras así festejaban, la colina se tambaleó hundiéndose de repente; sólo se salvó una vieja india llamada Walden, que dio su nombre a la laguna. Se supone que cuando se desmoronó el cerro, las piedras rodaron ladera abajo para formar la presente ribera. En cualquier caso, verdad es que aquí no había antes laguna alguna y ahora la hay; además, este relato indio no choca en modo alguno con el de aquel antiguo colono, que he mencionado ya, quien se acuerda muy bien de cuando apareció por aquí por primera vez con su varita buscadora, y vio elevarse una tenue emanación desde la hierba, mientras que la punta de aquélla se dirigía resueltamente hacia abajo, por lo que decidió cavar ahí un pozo. En cuanto a las piedras, son muchos los que aún piensan que es difícil explicárselas por la acción de las olas contra los oteros circundantes; pero, observo que las colinas en torno se hallan repletas de rocas semejantes, por lo que se han visto obligados a amontonarlas formando muros a ambos lados de la vía férrea donde ésta es casi tangente a la laguna; además, las piedras abundan sobre todo donde la costa es más abrupta. Así pues, lamentablemente ya no hay misterio para mí y se me desvela el empedrador. Si el nombre no fue derivado de algún topónimo inglés —como Saffron Walden, por ejemplo— cabría suponerlo originalmente Walled-in Pond.[1]

La laguna era mi pozo, ya perforado. Durante cuatro meses al año su agua es tan fría como pura en todo tiempo; opino que entonces es tan buena como cualquiera de la villa, si no la mejor. En invierno, el agua que queda expuesta a la intemperie está siempre más fría que la

1. «Laguna murada o amurallada». *Walled-in,* fonéticamente muy parecido a *Walden.* Trad.

de los manantiales y pozos, que quedan resguardados de aquélla. La temperatura del agua de la laguna que había estado en mi habitación desde las cinco de la tarde hasta el mediodía siguiente, 6 de marzo de 1846, era de cinco grados y seis décimas —habiendo subido el termómetro de 18° a 21° durante este tiempo—, debido en parte al recalentamiento del techo, es decir, un grado menos que la recién sacada del pozo más frío de la villa. El mismo día, la temperatura de Boiling Spring (Fuente Hirviente) fue de siete grados y dos décimas, la más caliente del lugar, aunque en verano sea la más fría de las que conozco, cuando no hay agua estancada ni superficial que se mezcle con ella. Además, y a causa de su profundidad, Walden nunca llega a ponerse tan caliente en verano como otras aguas expuestas a la radiación del sol. En días calurosos, yo solía dejar un balde lleno en mi sótano, donde se enfriaba durante la noche, para seguir luego fresca todo el día; otras veces recurría a una fuente cercana. A la semana de extraída era tan buena como el primer día y no ten sabor metálico alguno a bomba. Quien quiera que acampe en verano durante una semana a la orilla de una laguna sólo necesita sumergir un balde de agua a unos palmos de profundidad, a la sombra, para no tener que depender del lujo del hielo.

En Walden se han pescado lucios o sollos de hasta siete libras uno, para no hablar de aquél que arrastró anzuelo, carrete y sedal con la velocidad del rayo, y que el pescador estimara sin exagerar como de ocho libras porque no llegó a verlo siquiera. También se han pescado percas y fanecas, alguna de las cuales ha llegado a pesar más de dos libras; albures, cotos y múrelas (*Leuciscuspulchellus*), algunos sargos y una pareja de anguilas, una de ellas de hasta cuatro libras (doy tantos detalles porque el peso de un pez es, por lo general, su único título de gloria, y porque esas fueron las únicas anguilas de cuya existencia en Walden tuve noticia). Recuerdo también vagamente un pececillo, como de medio palmo, de costados argentinos y dorso verdoso, parecido al albur en su aspecto, y que cito aquí sobre todo para unir hechos con fábula. El caso es que la laguna no es muy rica en pesca, y sus sollos, aunque no muy abundantes, son su principal orgullo. En alguna ocasión he llegado a ver sobre el hielo tres clases diferentes: Unos largos y planos, de color acerado, que son los que más se parecen a los que pueblan el río; otros dorados, con reflejos verdosos muy oscuros, que es la clase más corriente; y unos terceros, también de oro y de forma similar, pero moteados en los flancos, con manchitas pequeñas de color marrón oscuro o negro mezcladas con algunas otras, rojizas y menos abundantes, y muy parecidos a la trucha. No debiera serle apli-

cado a este último el específico de *reticulatus*, sino más bien de *guttatus*.[1] Son todos muy macizos y pesan más de lo que su tamaño hace presumir. Los albures, las fanecas y también las percas, de hecho todos los peces que pueblan estas aguas son mucho más limpios y de carne más firme que los del río y de la mayoría de las otras lagunas, dada la mayor pureza del agua; es posible, por tanto, diferenciarlos perfectamente. No me extrañaría que muchos ictiólogos hicieran de algunos de ellos variedades. Viven allí también una raza pura de ranas, tortugas y algunos mejillones. Aquí y allá se observan a su vez las huellas de las ratas almizcleras y de los visones, y no es raro tampoco registrar la visita de alguna viajera tortuga de los cenagales. Por la mañana, al botar mi chalupa, más de una vez he interrumpido el sueño de uno de esos grandes quelonios, que había ido a ocultarse debajo de aquélla para pasar la noche. Patos y gansos frecuentan la laguna en primavera y otoño. Las golondrinas de panza blanca (*Hirundo bicolor*)[2] peinan las crestas de sus olas, y los andarríos (*Totanus macularius*) «trastabillean» todo el verano por sus pedregosas orillas. Incluso he asustado alguna vez a un halcón pescador posado en un pino blanco al acecho de las aguas, pero dudo de que éstas hayan sido profanadas nunca por la gaviota, como ocurre en Fair Haven. A lo más, esta laguna tolera un somormujo anual. Éstos son, pues, los animales de más relieve que la frecuentan ahora.

En tiempo de calma y desde una embarcación, cerca de la arenosa orilla oriental, donde las aguas alcanzan una profundidad de casi tres metros, y hasta en otros sitios de la laguna, es posible descubrir unos montículos de forma circular, de una docena de pies de diámetro por uno de alto, que están formados por guijarros de un tamaño menor que un huevo de gallina, mientras que a su alrededor la arena aparece totalmente desnuda. Al principio, uno se pregunta si fueron los indios quienes acaso los levantaran sobre el hielo, y que cayeron luego al fondo con la fusión de éste; sin embargo, resultan demasiado regulares y, algunos, de formación harto reciente. Son semejantes a los que se encuentran en los ríos pero como aquí no hay ni «chupadores»[4] ni lampreas, no me imagino qué otros peces pudieran ser sus autores. Acaso sean nidos de múrelas. El caso es que confieren a los fondos un grato misterio.

1. *Reticulatus:* reticulado; *guttatus:* tachonado. Trad.
2. Taxonómico dudoso. Probablemente se trata de la golondrina común *(Hirundo rustica)*. Trad.
3. Id. Probablemente se trata del andarríos maculado (*Tringoides macularius*). Trad.
4. Peces ciprinoideos de la familia de los catostómidos. Trad.

La costa es lo bastante irregular para no resultar monótona. Guardo en mi memoria la imagen de la orilla occidental, recortada por penetrantes radas; de la norte, más dura y escarpada; y de la sur, magníficamente festoneada, donde se van solapando sucesivos salientes que hacen pensar en ocultas caletas inexploradas. Jamás se presenta el bosque tan bien; nunca es tan bello como cuando se divisa desde el centro de una laguna, entre colinas que se alzan al mismo borde de las aguas; pues éstas, espejo para ellas, no sólo ofrecen su mejor primer plano, sino que, con la sinuosidad del entorno delimitan la linde más apropiada y natural. No hay rudeza ni imperfección en esa ribera, como ocurre donde el hacha la ha desmontado o donde tropieza con sus aguas un campo en sembradío. Los árboles disponen de amplio espacio para extenderse de ese lado acuático, y cada uno proyecta sus ramas más vigorosas en esa dirección. La naturaleza ha puesto ahí una orla, y la mirada puede elevarse poco a poco, gradualmente prendida de los matojos más rastreros hasta los árboles más corpulentos. Ahí es difícil imaginar siquiera la mano del hombre, y el agua sigue bañando la orilla como lo hiciera hace mil años. Un lago es uno de los rasgos más bellos y expresivos de un paisaje. Es el ojo de la tierra; y en mirándose en él descubre el observador la profundidad de su propia naturaleza. Los árboles acuáticos de la orilla son las finas pestañas que lo enmarcan, y las frondosas colinas y acantilados en torno, sus prominentes cejas.

De pie sobre la playa de fina arena, en el extremo oriental de la laguna, en una tranquila tarde de septiembre, cuando una ligera bruma difumina la orilla opuesta, he comprendido de dónde proviene la expresión de «lago como un espejo». Si uno invierte la cabeza mirando por entre sus piernas, diríase que se trata de un hilo de gasa finísima, extendido a través del valle, refulgente sobre los pinares lejanos a modo de separación entre dos estratos de la atmósfera. Hasta cabría imaginar que se puede caminar sobre él hasta los cerros de enfrente, y que las golondrinas que lo rozan en vuelo van a tomarlo como percha. A decir verdad, éstas se lanzan a veces por debajo de esta línea, como por error, y ni aun así se desengañan. Si uno mira sobre la laguna hacia poniente, hace falta recurrir a ambas manos para protegerse los ojos de la luz del sol, la directa y la reflejada, de igual fulgor; y si por entre las manos examina uno críticamente la superficie, ésta aparece tan lisa como un espejo, lago donde los insectos patinadores dispersos a distancia igual por toda su extensión producen en ésta con sus movimientos al sol, el centelleo más admirable que pudiéremos imaginar, o cuando un pato viene a pavonearse quizás ahí, o como ya he dicho,

si la golondrina vuela tan bajo que roza las ondas. Puede que un pez dibuje en el aire lejano un arco de cinco o seis palmos, asentado en dos destellos brillantes donde se iniciara y muere; también que sea el arco entero el que brilla, o un espino a la deriva, cuya presencia delatan los peces que cargan contra él y marcan su muelle vagar con burbujas y hoyuelos. Diríase cristal fundido, ya frío pero sin endurecer aún, cuyas hermosas y puras manchas recalcan la belleza de su estructura, como las imperfecciones la de la obra fina. A menudo es posible descubrir un agua más oscura y lisa, como separada del resto por la invisible tela de una araña, percha de ninfas acuáticas que han ido a reposar en ella. Desde lo alto de la colina puede verse saltar siempre algún pez, sea donde sea, pues no hay lucio ni albur alguno que pueda capturar un insecto sobre esa lisa superficie sin trastornar claramente el equilibrio del conjunto. Asombra ver con qué expresividad es anunciado ese hecho tan simple, cómo se denuncia esa matanza; desde mi distante observatorio distingo las ondas concéntricas cuando han alcanzado ya un diámetro de unas seis perchas. Es posible detectar incluso la presencia de un escribano de agua (*Gyrinus*) que avanza sin cesar sobre la superficie, a un cuarto de milla de distancia, pues surca las aguas con suave movimiento, pero dejando tras de sí una burbuja señalada por dos trazos convergentes; los patinadores, en cambio, se deslizan sin dejar apenas rastro de su paso. Cuando la superficie está muy agitada no se ven patinadores ni escribanos, pero en tiempo calmo abandonan su seguro puerto de la orilla para lanzarse a la aventura a paso corto hasta recorrer toda la laguna. Es una ocupación harto relajante, durante esos bellos días de otoño, cuando se aprecia plenamente todo el calor del sol, el sentarse sobre un tocón en un lugar elevado como éste, desde donde se domina la laguna, y estudiar las ondas y surcos incesantemente inscritos en esa superficie, de otro modo invisible, entre el reflejo del cielo y de los árboles. No se produce ninguna alteración en esa vastedad, que de pronto se estremece levemente y se alisa de nuevo, como ocurre con el vaso de agua que, sacudido, alberga unas ondas efímeras que buscan la costa para recrear la paz. No hay pez saltarín ni insecto que caiga en la laguna sin que sea anunciado inmediatamente por esos círculos y rizos de belleza, como manar constante de manantial, suave pulso de vida o henchimiento rítmico del pecho. No es posible diferenciar la emoción placentera del estremecimiento de dolor. ¡Qué apacibles, los fenómenos de la laguna! De nuevo resplandece la obra del hombre, como en la primavera. ¡Sí, cada hoja, cada tallo, las piedras y las telas de las arañas todas, brillan ahora, mediada la tarde, como cuando las cubre el rocío de una

mañana primaveral! El movimiento de un remo o de un insecto se traducen en un destello de luz, y si cae aquél ¡cuan dulce es el eco!

En un día como ese, de septiembre u octubre, Walden es un espejo perfecto del bosque, engarzado con piedras tan preciosas a mis ojos como si fueran escasas o de gran precio. Quizá no haya nada tan bello, tan puro, y al mismo tiempo tan vasto como un lago, en toda la superficie de la tierra. Agua del cielo. Que no necesita de cercado alguno. Las naciones vienen y van sin viciarla. Es un espejo que ninguna piedra puede quebrar, cuyo azogue no se gasta nunca y cuyo marco repara constantemente la Naturaleza; no hay tempestad ni polvo que puedan empañar su superficie, siempre fresca; un espejo en el que toda impureza presente se hunde en él barrida y expulsado por el brumoso cepillo del sol —el paño o escobilla más leve—, que no retiene hálito que se le eche, sino que envía su propio aliento para formar nubes que flotan en lo alto y se reflejan de nuevo en su seno.

Una expansión de agua revela el espíritu que se alberga en los aires, y continuamente recibe vida nueva e impulso desde arriba. Su naturaleza la sitúa entre la tierra y el cielo. Sólo los árboles y las hierbas se cimbrean en aquélla, pero las aguas se rizan con el viento. Descubro donde la surca la brisa por los trazos y destellos de luz. Es notable que podamos poner nuestra mirada en su superficie. Quizás algún día nos sea posible, de igual modo, mirar hacia abajo, sobre la superficie del aire, y reparar dónde un espíritu más sutil aún la barre.

Los patinadores y los escribanos desaparecen a finales de octubre cuando llegan las fuertes heladas; y entonces, como por lo común en noviembre en los días calmos, no hay nada que rice aquella faz. Una tarde de noviembre, en la calma que siguió a un temporal de lluvia de varios días de duración, cuando el cielo aparecía aún encapotado y el aire lleno de niebla, observé que la laguna estaba notablemente lisa, de manera que era difícil distinguir su superficie; y es que ya no reflejaba los brillantes matices de octubre sino los sombríos colores que noviembre imparte a las colinas circundantes. Pasé con mi bote lo más suavemente que pude; las leves ondas que aquél producía llegaban tan lejos como alcanzaba mi vista, dando a los reflejos un aspecto estriado. Pero, deslizando mi mirada sobre la superficie, descubrí aquí y allá, a lo lejos, un débil fulgor, como si los insectos patinadores que habían escapado a las primeras heladas se hubieran congregado o, quizá, como si la superficie, por ser tan tersa, delatara el lugar donde brotaba un manantial allá en lo hondo. Avanzando lentamente a remo hacia uno de aquellos lugares me encontré rodeado de pronto, y con gran sorpresa, de minadas de diminutas percas, de menos de medio palmo de

longitud y de hermoso color bronceado contra el verde de las aguas, agitándose y revolviéndose felices al tiempo que llenaban la superficie de rizos y burbujas. Aquellas aguas tan transparentes, y al parecer insondables, guardaban el reflejo de las nubes, y yo me sentía flotar en el aire como en un globo, en tanto que los movimientos de aquellos pececillos se me antojaban ora revoloteo ora planeo, como si una nu trida bandada de aves pasara a mi lado a derecha e izquierda, con sus aletas desplegadas a guisa de velamen. Eran numerosos los bancos de peces dispersos por la laguna que aprovechaban esa breve estación que precede al invierno, antes de que éste corriera su glacial persiana sobre su vasto tragaluz, y dando a veces a la superficie el aspecto de la mar rizada o el que sigue al picoteo de la lluvia. Cuando me acercaba con descuido, sembrando entre ellos la alarma, con sus colas azotaban frenéticamente las aguas, que llenaban de rizos como si alguien les hubiera dado repetidamente con una frondosa rama, y buscaban luego inmediato refugio en las profundidades. Con el tiempo se levantó el viento, aumentó la niebla y las olas empezaron a formarse; las percas saltaban entonces a mayor altura que antes, sacando la mitad del cuerpo fuera del agua, de modo que de pronto me era dado ver como un centenar de puntos negros de tres pulgadas de longitud rompiendo de vez la superficie. Un año, y en fecha tan avanzada como el 5 de diciembre descubrí algunos hoyuelos en las aguas, y pensando que iba a diluviar en seguida pues la atmósfera estaba preñada de bruma, me apresuré a tomar los remos para regresar a casa; la lluvia parecía arreciar por momentos, aunque yo no la sentía en mis mejillas y me preparé para la mayor caladura, Sin embargo, los hoyuelos desaparecieron súbitamente; se debían a las percas, que, asustadas por mi bogar, se habían retirado presurosas a lo hondo, donde vagamente se columbraban aún sus bandadas. Mi tarde, pues, fue seca a pesar de todo.

Un viejo que solía frecuentar esta laguna desde hacía casi sesenta años, desde cuando aquélla estaba prácticamente oscurecida por la arboleda en torno, me dijo que por aquel entonces no era raro verla bullir de vida, poblada de patos y de otras aves acuáticas, y que eran muchas las águilas que la sobrevolaban. Él solía venir aquí a menudo para pescar y se servía de una vieja canoa que encontrara un día en la orilla. Estaba construida de troncos de pino blanco vaciados y unidos, y tanto la proa como la popa habían sido talladas en ángulo recto. Era, además, poco marinera; pero duró muchos años, hasta que se impregnó de agua y desapareció, quizá, en lo más hondo. Jamás supo de quién era; pertenecía a la laguna. Acostumbraba a pergeñarse un cabo

para su ancla con tiras de corteza de nogal anuladas. Otro viejo, un alfarero que vivía junto a la laguna antes de la Revolución[1] le dijo en una ocasión que había un cofre de hierro en el fondo y que él así lo había comprobado más de una vez. A veces llegaba incluso flotando hasta la orilla, pero cuando alguien se aproximaba a él, regresaba a las aguas profundas y desaparecía. Me encantó saber de aquella vieja canoa de troncos que sin duda había ocupado el lugar de otra, de origen india y más vieja, pero de construcción más graciosa y que acaso hubiera sido antes un árbol de aquella misma ribera, caído luego para flotar durante una generación como nave más apropiada para el lugar. Recuerdo que cuando examiné por primera vez aquellos fondos vi numerosos troncos que yacían dispersos en su lecho, ya por haber sido derribados por el viento o sobrantes de tala y abandonados sobre el hielo cuando la madera era barata. Hoy, sin embargo, han desaparecido en su mayoría.

Cuando remé por primera vez en las aguas de Walden, la laguna estaba completamente rodeada de espesos bosques de encinas y de altos pinos, y en algunas de sus caletas se enroscaban en los árboles vides silvestres junto al agua, formando emparrados por debajo de los cuales podía deslizarse una embarcación. Las colinas que enmarcan su orilla son tan escarpadas, y el boscaje que las cubría entonces, tan frondoso, que si uno miraba hacia abajo desde el extremo occidental, diríase que se trataba de un anfiteatro para una especie de espectáculo silvánico.[2] Han sido muchas las horas que he pasado, cuando era más joven, derivando sobre las aguas a merced del céfiro, después de haber llevado mi bote hasta el centro del estanque a fuerza de brazos, echado de espaldas sobre los banquillos, en una mañana estival, soñando despierto hasta que me volvía en mí el contacto de la chalupa con la arena, para incorporarme y descubrir a qué costa me había llevado el destino; días en que la ociosidad era el quehacer más atrayente y productivo. He pasado así muchas mañanas en secreto, prefiriendo invertir de esta manera la parte más preciada del día, pues era rico, si no en dinero, en horas de sol y días estivales que derrochaba a manos llenas; y no lamento tampoco el no haber dedicado más de ellas al taller o a la cátedra de maestro. Pero desde que abandoné estas riberas, los taladores las han esquilmado aún más, y ahora y por años venideros ya no habrá más paseos por el bosque, con retazos ocasionales de aguas entrevistas entre los árboles. Mi musa puede ser perdo-

1. Independencia. Trad.
2. Silvano, semidiós de los bosques. Trad.

nada si permanece silenciosa desde entonces. ¿Cómo se puede esperar que canten las aves si les han talado las frondas?

Ahora, los troncos de árbol del fondo, la vieja canoa y los umbríos bosques circundantes han desaparecido, y los habitantes de la villa, que apenas saben dónde se encuentra la laguna, en vez de recurrir a ella para bañarse o beber piensan en llevarse su caudal –que debiera ser tan sagrado como el Ganges ¡por lo menos!– ¡para lavar sus platos y utensilios domésticos! ¡Quieren conseguir su Walden dando vuelta a un grifo o abriendo una espita! ¡Ese diabólico Caballo de Hierro, cuyo estridente relinche se escucha en toda la ciudad, ha enlodado ya la Fuente Hirviente[1] con sus cascos; y no es otro el que ha herbajado hasta el fin los bosques de la costa de Walden; ese caballo de Troya, con un millar de hombres en sus entrañas, introducidos por griegos mercenarios! ¿Dónde está el paladín de la patria, el Moore de Moore Hall[2] que le haga frente en Trinchera Honda[3] y hunda su lanza vengadora entre las costillas de esa peste hinchada de orgullo?

Pero, de todos los personajes que he conocido es quizá Walden el que más gala hace de su pureza y el que mejor la preserva. Muchos hombres le han sido comparados, pero son contados los que merecen tal honor. Aunque los leñadores hayan desnudado primero una orilla, luego la otra, y los irlandeses construido sus chozas en sus inmediaciones; aunque el ferrocarril haya hendido sus lindes, y los cortadores de hielo, su superficie, la laguna sigue inalterada, y sus aguas son las mismas que vieron mis ojos jóvenes. Todo el cambio está en mí. Después de tanto rizo no ha quedado ninguna arruga permanente. Es eternamente joven, y hoy como antaño me cabe ver como se zambulle quizá una golondrina para capturar un insecto de la superficie. Me ha sorprendido una vez más esta noche, como si no lo hubiera visto casi a diario durante más de veinte años. Y bien, aquí está Walden, el mismo laguito forestal que yo descubriera hace ya tantos años, donde la arboleda talada el invierno pasado resurge ahora de nuevo tan exuberante como siempre junto a la orilla, mientras aflora a su faz el mismo pensamiento de entonces, hecho de felicidad y alegría fluidas para consigo mismo y su Hacedor y ¡ay! *puede* que también para conmigo. ¡Seguramente es la obra de un hombre bravo, en el cual no había engaño![4] Recogió esta agua con sus manos, le dio profundidad y la aclaró

1. Boiling Spring. Trad.
2. «But Moore of Moore-Hall, with nothing at all, — he slew the Dragon of Wantley.» Thomas Percy (1729-1811), *Reliques of Ancient English Poetry* (1765). Trad.
3. *Deep Cut,* paso abierto al ferrocarril Trad.
4. Juan, I: 47. Trad.

en su espíritu, y la legó en su testamento a Concord. Veo en su rostro que igual emoción le embarga, y casi puedo decir: Walden ¿eres tú?

It is no dream of mine,
To ornament a line;
I cannot come nearer to God and Heaven
Than I live to Walden even.
I am its stony shore,
And the breeze that passes o' er;
In the hollow of my hand
Are its water and its sand,
And its deepest resort
Lies high in my thought.[1]

Los vagones jamás se detienen a contemplarlo; sin embargo, pienso que los maquinistas, fogoneros y guardafrenos, y otros pasajeros que poseen un abono de temporada y lo ven a menudo, son hombres mejores por ello. El maquinista no olvida por la noche, o su naturaleza no lo hace, que ha contemplado esta visión de serenidad y pureza al menos una vez durante el día. Aunque sólo sea una, ésta ayuda a lavarse de State Street[2] y del hollín de la máquina. Propongo que se la llame la «Gota de Dios».[3]

He dicho que Walden carecía de afluente o aliviadero visibles, pero está distante e indirectamente relacionado, de una parte, con la laguna de Flint, algo más elevada, por una cadena de pequeñas charcas en sucesión, y de la otra, más directa y manifiestamente, con el río Concord, que queda más abajo, por otra cadena de estanques similar, a través de la cual puede que en otros tiempos geológicos haya fluido aquél, y puede fluir de nuevo mediante una pequeña canalización ¡que Dios no permita!, pues si es por vivir así de reservada y austeramente durante tanto tiempo, cual anacoreta en el bosque, como ha adquirido esa maravillosa pureza ¿quién no lamentaría que las aguas de Flint, impuras en comparación, se mezclaran con aquéllas, o que Walden mismo fuera a perder su dulzura en las ondas del océano?[4]

1. «No es un sueño mío, / para adornar un verso; / jamás estaré tan cerca de Dios y del cielo / de lo que vivo a Walden. / Soy las piedras de su orilla / y la brisa en su rostro; / y en la palma de mi mano / están sus aguas y su arena, / y su más honda entraña / aflora casi en mi espíritu.»
2. Calle de las finanzas en Boston. Trad.
3. La sugerencia es de Emerson. Trad.
4. Gray: *Elegy in a Country Churchyard.* Trad.

La laguna de Flint o Arenosa, en Lincoln, nuestro mayor lago, nuestro mar interior, se halla situada a una milla aproximadamente al este de Walden. Es de sobras mucho mayor, con sus casi ochenta hectáreas, como dicen, y más abundante en peces; pero es poco honda relativamente, y no particularmente limpia. A mí me gustaba llegarme a ella con frecuencia a través del bosque. Valía la pena aunque sólo fuere para sentir el viento en el rostro y para percibir el incesante rodar de las olas, evocación de vida marinera. Solía dirigirme allá en busca de castañas, en los días ventosos del otoño, cuando el fruto se desplomaba sobre las aguas, que lo empujaban luego hasta mis pies. Y un día, mientras me abría paso entre los juncales de la costa, con el rostro azotado por la fresca espuma de las olas desmochadas, tropecé con los consumidos restos de un bote, idos ya los costados, y apenas algo más que la huella de su fondo aplanado impresa entre las juncias. Sin embargo, su forma aparecía claramente definida, como si se tratara de una gran hoja caída, con sus venas y nervadura. Eran unos restos tan impresionantes como cupiere imaginar en cualquier costa, y no era menos elocuente su moraleja. Hoy no queda sino humus vegetal, que se confunde con la orilla misma, acrecida por juncias y espadañas. Allí admiraba yo los trazos dibujados por las olas en el fondo arenoso del confín septentrional del estanque, firmes y duros bajo el pie desnudo, por la presión del agua. Y los juncos, en fila india, formando líneas ondulantes imitando a las olas, hilera tras hileras, corno si hubiesen sido aquéllas las que los plantaran. También he encontrado allí curiosas pelotas de hierba o raicillas, al parecer, acaso de *pipewort*,[1] de hasta medio palmo de diámetro y perfectamente esféricas. Esas rodaban de aquí allá, sobre el fondo arenoso, por acción de las aguas, y no era raro que, a la postre, fueran arrojadas a la orilla. A veces son de hierba compacta; otras, encierran algún granito de arena. Uno diría que se forman por el vaivén de las olas, como los guijarros arromados; sin embargo, las más pequeñas tienen igual composición, apenas si miden lo que una uña, y se producen sólo en determinada época del año. Además, sospecho que el oleaje más bien desgastaría que conformaría un material tan consistente. Secas conservan su forma durante largo tiempo.

¡La laguna de Flint! ¡Así es de pobre nuestra toponimia! ¿Con qué derecho le dio su nombre ese granjero estúpido y vil, que sin compasión dejó desnudas sus orillas después de haber llevado hasta los mismos límites de sus aguas celestiales las lindes de su propiedad? Algún avaro, que más gustaba de la reluciente faz de un dólar, o de un cen-

1. *Eriocaulon*, hierba de las charcas y pantanos. Trad.

tavo nuevo que reflejaran su propio rostro descarado; que hasta a los patos silvestres que allí formaban sus colonias miraba como intrusos; alguien de dedos transformados en garras retorcidas y coriáceas del inveterado hábito de asir como las arpías; no, ese no es su nombre para mí. No voy allá para ver u oír a quien jamás la vio ni se bañó en ella, ni la amó nunca, ni la ha protegido o hablado en su favor, ni siquiera ha dado gracias a Dios por haberla creado. Mejor es dejar que se llame por los peces que la pueblan, por las aves acuáticas o cuadrúpedos silvestres que la frecuentan, por las flores que engalanan sus orillas o por algún hombre o niño salvajes, el hilo de cuya historia se entrelace con la de ella. Que no responda a quien no tienen sobre ella más derecho que por título que le otorgara un vecino o una legislatura de mentalidad semejante. A él, que tan sólo pensó en su valor monetario, y cuya presencia acaso haya sido maldita para todas las riberas; un hombre que esquilmó las tierras que la rodeaban, y que de buena gana hubiere hecho otro tanto con sus aguas; que lamentaba únicamente que no se tratara de una pradera de heno inglés o de arándanos —pues nada había en ella que la redimiera, pensaba— y que la hubiera drenado y vendido por el barro de su lecho. Las aguas no movían su molino, y él no consideraba que fuera privilegio[1] alguno el poder contemplarla. No me merecen respeto sus trabajos ni su granja, en la que todo tiene un precio; llevaría el paisaje, y a su Dios incluso, al mercado, si pudiere obtener algo por ellos; que acude a la lonja por su dios, que no es sino eso; en cuya alquería nada crece libremente; cuyos campos no producen cosecha, ni flores los prados, ni frutos los árboles, sino dólares; que no aprecia la belleza de lo que recolecta, lo cual no ha madurado hasta que no ha sido transformado en dinero. Dadme la pobreza que goza de la verdadera fortuna. Los granjeros son para mí respetables e interesantes en la medida en que son pobres; ¡agricultores pobres! ¡Una granja modelo!, donde la casa se eleva como un hongo en un montón de fiemo, con dependencias para los hombres, los caballos, los bueyes y los cerdos, limpias unas, llenas de mugre otras, todas en sucesión! ¡Abastecidas de hombres! ¡Una gran mancha de grasa que hiede a estiércol y a suero de manteca! ¡En magnífico estado de cultivo, abonado con corazones y cerebros humanos! ¡Como si uno fuera a cultivar sus patatas en el camposanto! Así es una granja modelo.

¡No, no! si los rasgos más bellos del paisaje, han de honrar a los hombres con su nombre, que sea sólo a los más nobles y dignos. Que

1. Que concedía la comunidad para construir una represa o toma de aguas en el río. Trad.

nuestros lagos reciban nombres tan puros por lo menos como el Mar de caro,[1] donde «la brava gesta» hace «resonar aún las orillas».[2]

Goose Pond,[3] de pequeñas dimensiones, está en mi camino a la de Flint; Fair Haven,[4] un remanso del río Concord, de una treintena de hectáreas, según se dice, se encuentra a una milla al suroeste; y White Pond,[5] con una superficie de unas dieciséis hectáreas, aparece a eso de una milla y media más allá de la segunda de las citadas. Éste es mi país de los lagos. Con el río Concord constituyen mis privilegios de agua; y noche y día año tras año, muelen el grano que les llevo.

Desde que los leñadores, el ferrocarril, y yo mismo, hemos profanado Walden, acaso el más atractivo, si no el más hermoso de nuestros lagos, la perla de los bosques, sea la Laguna Blanca, de nombre común donde los haya, que quizá derive de la notable pureza de sus aguas o del color de sus arenas. Pero en este como en otros aspectos es la melliza menor de Walden. Son tan parecidas que uno diría que se comunican bajo tierra. La orilla es igual de pedregosa, y las aguas poseen el mismo tono. En días de bochorno, mirando como en Walden a través de la arboleda hacia sus caletas, que no son tan profundas, pero que colorea el reflejo del fondo, las aguas presentan un color verde azulado desvaído o glauco. Hace muchos años acostumbraba yo a ir allá a recoger carretadas de arena para hacer papel de lija,[6] y jamás, desde entonces, he dejado de visitarla con cierta asiduidad. Uno que la frecuenta propuso que la llamáramos Laguna Virídea.[7] Pero, por lo que sigue, también podríamos decirla Laguna del Pino Amarillo. Pues, hace unos quince años se podía ver la cima de un pino tea, de la variedad aquí llamada amarilla —aunque no se trata de una especie distinta— proyectándose sobre la superficie, donde las aguas son harto profundas, a muchas perchas de la orilla. Muchos suponían incluso que la laguna se había hundido, y que se trataba de un ejemplar del bosque que primitivamente había ocupado el lugar de aquella. Yo he encontrado referencia del hecho datada de 1792 en una «Descripción Topográfica de la ciudad de Concord», cuyo autor fue uno de los hijos de la villa,[8] obra que se guarda en la Colección de la Sociedad Histórica

1. Parte del Egeo donde se ahogara ícaro. Trad.
2. William Drummond of Hawthorden: *Icarus*. Trad.
3. Laguna de la Oca.
4. Buen Abra.
5. Laguna Blanca.
6. Modesta industria familiar de los Thoreau. Trad.
7. Del latín *viridis*, verde. Trad.
8. William Jones: *A topographical description of Concord. 1792.*

de Massachusetts. Después de tratar de Walden y de la Laguna Blanca, el autor dice: «En medio de la última puede verse, cuando el caudal es muy escaso, un árbol que diríase crecido en el mismo lugar que ocupa, aunque las raíces se encuentran a veinte metros por debajo de la superficie de las aguas; en la parte superior aparece tronchado, y aún así mide unos dos palmos de diámetro». En la primavera del 49 hablé con el hombre que más cerca vivía de la laguna, en Sudbury, quien me dijo haber sido él quien extrajera ese árbol unos diez o quince años antes, y que según recordaba, aquél se hallaba a diez o quince perchas de la orilla, donde las aguas alcanzaban diez o doce metros de profundidad. Fue en invierno; él había estado cortando hielo toda la mañana, y decidió que con la ayuda de algunos vecinos, por la tarde extraería aquel viejo pino amarillo. Así, practicó con la sierra un canal en el hielo, en dirección a la costa, y después de haberle uncido una yunta de bueyes, tiró de él hasta depositarlo sobre la superficie helada. Sin embargo, mucho antes de dar fin a la tarea observó que el gran ejemplar estaba al revés, con las ramas hacia abajo y su extremo más fino firmemente anclado en la arena. Medía más de un palmo en el tronco, y él había esperado hacerse con una buena provisión de leña, pero resultó tan podrido que apenas si servía para quemar. Conservaba todavía algunos pedazos de entonces en su leñera, en los que cabía apreciar las marcas dejadas por el hacha y los picotazos de algún pájaro carpintero. Pensó que podía tratarse de un árbol muerto, que arrastrado hasta la costa, el viento había impulsado por último al seno de las aguas; luego, la copa se había empapado completamente, mientras que el pie quedaba relativamente seco y, por tanto, más ligero. El árbol había derivado sin rumbo y, por fin, se había hundido dando un vuelco. El padre de este hombre, a la sazón de ochenta años, no podía recordar tiempo alguno sin la presencia de aquel despojo. Y hoy es posible columbrar los restos de algunos troncos bastante grandes en el fondo, que, debido a las ondas que rizan la superficie, diríanse enormes serpientes de agua.

Rara vez ha sido profanada esta laguna por un bote, pues poco es lo que en ella puede tentar al pescador. En lugar del Uno blanco, que reclama fango, o de la espadaña común, aquí y allá crece dispersa en las aguas puras la espadaña azul (*iris versicolor)* alzándose desde el pedregoso lecho que bordea la orilla, donde recibe la visita de los colibríes y picaflores en junio; el color de esas hojas azuladas y de sus flores, y especialmente sus reflejos, crean una singular armonía con las aguas verdes.

Las lagunas Blanca y Walden son grandes cristales en la faz de la

tierra, fuentes de luz. Si estuvieran permanentemente heladas y fueran lo suficiente pequeñas para hacerse con ellas, quizá fueren tomadas por esclavos para adornar testas cesarianas, como si de piedras preciosas se tratara; pero, siendo líquidas y vastas, y legado nuestro y de nuestros sucesores para la eternidad, las despreciamos y corremos, tras el kohinoor.[1] Son demasiado puras para tener cotización en el mercado. No hay en ellas pasta[2] alguna. ¡Cuánto más bellas que nuestra vida y más transparentes que nuestro carácter! ¡Jamás aprendimos de ellas bajeza alguna! ¡Cuánto más puras que la charca frente a la puerta del campesino, donde nadan sus patos! Aquí acuden los patos salvajes. La naturaleza carece de habitante humano que la aprecie. Las aves, con sus cantos y plumaje, armonizan con las flores ¿pero qué joven, qué muchacha se identifica con la belleza salvaje y exuberante de la naturaleza? Ésta florece mejor en solitario, lejos de las ciudades donde aquéllos residen. ¡Y habláis del cielo, vosotros que deshonráis la tierra!

10. LA GRANJA BAKER

A veces me dirigía hacia los pinares próximos que se alzaban como templos o como flotas en la mar con todo el trapo fuera, con sus ramas tendidas, en las que centelleaban los reflejos de la luz, tan dulces, tan verdes, tan ricos en sombras, que los druidas hubieran cambiado por aquéllos sus robledales para celebrar su culto. O me llegaba hasta el bosquecillo de cedros, más allá de la Laguna de Flint, donde los árboles cubiertos de bayas de color azul blancuzco elevan cada vez más sus copas, y diríanse dignos de dar sombra al Walhalla,[3] mientras el enebro cubre la tierra con guirnaldas pletóricas de fruto. En otras ocasiones erraba por las marismas, donde la usnea cuelga en festones de las ramas de los abetos, y las setas venenosas, redondas mesitas de los dioses de los pantanos, cubren la tierra mientras otros hongos, mucho más bellos aún, adornan los troncos de los árboles viejos a modo de mariposas o conchas, ¡caracoles vegetales!; allá donde crecen la azalea y el cornizo o cerezo silvestre, y las bayas rojas del acebo negro bri-

1. Koh-i-noor (Montaña de luz), diamante de 108,9 quilates que pertenece a la corona de Inglaterra. Trad.

1. Juego de palabras. *Muck,* suciedad, porquería; vulgo, dinero. Trad.

3. Paraíso de la mitología escandinava que acoge a los guerreros muertos en combate. Trad.

llan igual que si fueran ojos de trasgos; el agridulce abre canales y aplasta entre sus pliegues las maderas más duras, en tanto que las bayas del acebo silvestre, tan bonitas, hacen que uno se olvide de su hogar y que se haga más sensible a la tentación de tantos otros frutos sin nombre y prohibidos, demasiado hermosos para el gusto de los mortales. En vez de rendir visita a un erudito, fueron muchas las que hice a determinados árboles, especies raras en esta vecindad, que se alzaban majestuosos en medio de un pastizal remoto o en la espesura del bosque, en el pantano o en la cima de una colina solitaria. Así, por ejemplo, el abedul negro, del que contamos por aquí con ejemplares de hasta tres palmos de diámetro; y su primo, el abedul amarillo, con su dorado ropaje de amplio vuelo, y tan perfumado como el anterior. Y la haya, de tronco terso y decorado por los liqúenes, perfecto en todos sus detalles; especie de la que, a excepción de algunos ejemplares aislados, apenas si queda en toda la ciudad un miserable sotillo, que algunos dicen plantado por algunas palomas atraídas por los fabucos; vale la pena el contemplar los argentinos destellos de su grano cuando se quiebra o hiende la madera; también el tilo, el ojaranzo, el falso olmo o *Celtis occidentalis*, del que no tenemos un gran ejemplar; un pino alto como la arboladura de un barco, otro que apenas es bueno para obtener de él algunas bardas, o algún hermoso espécimen de pino canadiense, que se alza como una pagoda en medio del bosque. Y podría nombrar muchos más. Éstos eran los santuarios visitados por mí invierno y verano.

Cierta vez me ocurrió hallarme sentado en el extremo mismo del arco iris, el cual llenaba la capa inferior de la atmósfera y daba color a la hierba y a las hojas en torno, llenándome a su vez de maravilla, igual que si estuviera mirando a través de un cristal coloreado. Era un lago irisado en el que yo viví un rato como si fuera un delfín. De haber durado más tiempo la experiencia, puede que mi trabajo, mi vida misma, hubieran cambiado de color. Siguiendo mi ruta a lo largo de la vía del ferrocarril sol   maravillarme del halo luminoso que enmarcaba mi sombra, y me daba por pensar con gusto que acaso fuera yo uno de los elegidos. Alguien que vino a visitarme un día me aseguró que la sombra de algunos irlandeses que marchaban por delante de él en una ocasión carecía en absoluto de tal halo, pues sólo los autóctonos gozaban de aquel privilegio. Cuenta Benvenuto Cellini[1] en sus memorias que, después de cierto sueño terrible o visión que tuvo con

1. Orfebre y escultor italiano (1500-1571), cuya autobiografía le ha dado tanta fama como el resto de sus obras. Trad.

ocasión de su cautiverio en el castillo de Sant'Angelo[1] un aura resplandeciente solía aparecer tras la sombra de su cabeza, por las mañanas y al anochecer, tanto si se encontraba en Italia como en Francia, y con especial intensidad cuando la hierba aparecía bañada de rocío. Probablemente se trataba del mismo fenómeno que he descrito, particularmente visible por las mañanas, aunque no deja de producirse a cualquier hora del día, y aún a la luz de la luna. Aunque no sea un hecho realmente insólito, no siempre se repara en él; y si consideramos cuán viva era la imaginación de Cellini, daría base suficiente para la más supersticiosa y descabellada de las conjeturas. Nos dice aquél, además, que hizo partícipe de ello a muy pocas personas. Pero ¿acaso no se distinguen ya aquellos que son conscientes de ser objeto de consideración especial?

Una tarde, me dispuse a ir a pescar a Fair Haven, atravesando los bosques para reponer de paso mi magra provisión de verdura. Mi camino me llevó por Pleasant Meadow, ribera sita en la granja Baker, ese retiro al que un poeta[2] ha cantado desde entonces así:

Thy entry is a pleasant field,
Which some mossy fruit trees yield
Partly to a ruddy brook,
By gliding musquash undertook,
And mercurial trout,
Darting about.[3]

Antes de ir a Walden había pensado establecerme allí. «Birlé» las manzanas, salté el arroyo y espanté a la almizclera y a la trucha. Era una de esas tardes que nos parecen indefinidamente largas, durante las cuales pueden ocurrir infinidad de sucesos —un pedazo considerable de nuestra vida—, aunque cuando partiera hubiera transcurrido ya casi su mitad. Por cierto, que se produjo un aguacero que, de camino, me tuvo recluso una media hora al amparo de un pino apilando ramitas sobre mi cabeza y cubriéndome con el pañuelo; y cuando por fin hube lanzado mi sedal entre las aguas frecuentadas por los lucios, encontrándome ya con el agua por la cintura, me vi de pronto a la som-

1. Castillo-prisión famoso en Roma, antiguamente tumba del emperador Adriano. Trad.

2. W. Ellery Channing: *Baker Farm.* Trad.

3. «Tu entrada es un apacible campo, / donde algunos musgosos frutales se vencen / en parte sobre un rojizo riacho / feudo de la rata almizclera / y donde la trucha vivaz / se desliza presta.»

bra de un celaje oscuro, y la tormenta empezó a rugir con tal entusiasmo que no pude menos que detenerme a escucharla. Orgullosos debían de sentirse los dioses, pensé yo, de vérselas con un pobre e indefenso pescador como yo, armados de tanto relámpago desatado. De manera que me apresuré a buscar abrigo en la cabana más próxima, que quedaba como a media milla de cualquier camino practicable, pero mucho más cerca del lago, choza de largo deshabitada:

And here a poet builded
In the completed years,
For behold a trivial cabin
That to destruction steers.[1]

Así dice la Musa. Pero, como descubrí, vivía allí entonces John Field, un irlandés, con su mujer y varios hijos, desde el cariancho zagal que ayudaba al padre en su trabajo, y que regresaba ahora de la turbera, apresurado como aquél para huir de la lluvia, hasta el pequeño, arrugado, enigmático y de cabeza cónica, que se sentaba en las rodillas de su padre como los nobles en sus palacios, y que desde aquel hogar del que se habían enseñoreado el hambre y la humedad, contemplaba inquisitivamente a todo extraño, con ese privilegio de la infancia, no sabiendo sino que era el último de una noble estirpe y la esperanza y mira del mundo entero en lugar del pobre y hambriento mocoso de John Field. Nos sentamos juntos bajo la porción de techo donde menos calaba, mientras seguía diluviando y tronando afuera. Eran muchas las veces que yo me había sentado ya allí, en otros tiempos, antes incluso de que se construyera el barco que trajo a esta familia a América. John Field era, ciertamente, un hombre honrado y trabajador, pero poco capaz; su mujer una excelente cocinera de incontables condumios en los recovecos de aquel destartalado cuarto, con su cara redonda y sebosa, y su magro pecho, y pensando siempre en mejorar de suerte algún día; constantemente armada de un estropajo, aunque no fuera posible ver los efectos de éste por parte alguna. Los pollos, que también se habían guarecido allí de la lluvia, erraban por el cuartucho como si fueran miembros de la familia, demasiado humanizados, pensé, para proporcionar un buen asado. De vez en cuando se detenían para observarme o para picotear llenos de intención mis zapatos. Entretanto, mi anfitrión pasó a contarme su historia: cómo

1. «Y aquí construyó un poeta, / en años ya idos; / ved, pues, su pobre cabana / abocada a la destrucción.»

había trabajado extrayendo turba para un granjero vecino o cavando un prado a razón de veinte dólares más o menos por hectárea y el derecho a usar durante un año de la tierra y del abono. El pequeño cariancho trabajaba animosamente, codo a codo con su padre, sin parar mientes en cuán desventajoso era el trato cerrado por éste. Traté de asirle algo con mis experiencias, y le dije que era mi vecino más inmediato y que, aún cuando diríase que yo había aparecido por aquellos andurriales como pescador desocupado, lo cierto era que me ganaba la vida como él; que vivía resguardado de la lluvia en una minúscula cabana, bien ventilada y limpia, y que ésta difícilmente costaría más de la renta anual de una ruina como la suya; también que, de decidirse, podría construirse un palacio propio en un par de meses; y que yo me abstenía de tomar café, té, manteca, leche y carne fresca, de modo que no tenía que trabajar por su obtención; además, como no me esforzaba, pues, en demasía, tampoco me era necesario el nutrirme mucho, y mi alimentación, por tanto, me costaba una insignificancia. Dado, en cambio, que él empezaba ya con té, café, mantequilla, leche y carne, le era preciso trabajar duro para obtenerlos, y después de tamaño esfuerzo se veía obligado a comer en justa correspondencia para reponer la energía gastada, con lo que todo seguía igual, o en verdad ni siquiera así, pues estaba descontento y malgastaba su vida en el empeño. Sin embargo, había estimado como una ventaja al venir a América el que aquí uno pudiera conseguir té, café y carne a diario. Pero, la única América verdadera es aquella donde uno tiene la libertad de llevar una vida tal, que le permita pasarse si quiere sin aquéllos, y donde el Estado no trate de obligarle a que mantenga la esclavitud y la guerra y otros dispendios superfluos que, directa o indirectamente, provienen del uso de esos artículos.[1] Le hablé, pues como a un filósofo, hecho o en ciernes. Me complacería que todos los pastizales de la tierra quedaran en estado salvaje si fuera como consecuencia de que los hombres habían empezado ya a redimirse. El hombre no necesita estudiar historia para saber qué conviene mejor para atender a su propio cultivo. Pero ¡ay! que el cultivo de un irlandés es una empresa que hay que abordar con una azada ex profeso para turberas morales. Le dije también que como trabajaba tan duramente en el marjal, necesitaba botas gruesas e indumentaria firme que, con todo, pronto se manchaba y gastaba; que yo usaba calzado ligero y ropas delgadas, que no me costaban ni la mitad, y que, aunque él pensara que yo vestía como

1. Hecho precursor de la Revolución Americana fue el levantamiento contra los monopolizadores británicos del comercio del té. Trad.

un caballero (que no era el caso), en una hora o dos, como recreo y sin estrago podía, de desearlo, pescar tantos peces como precisara para un par de días, o ganar lo suficiente para mantenerme durante una semana. Si él y su familia vivieran con sencillez, podrían salir a recoger bayas durante el verano por diversión. John suspiró hondamente al oírme, mientras su mujer se plantaba en jarras, y ambos parecían preguntarse si contaban con bastante capital para adoptar esta forma de vida, o aritmética suficiente para practicarla. Para ellos era como navegar a la estima, y no veían nada claro cómo hacer para arribar a puerto. Por eso, supongo que sigue tomando la vida por los cuernos, a su modo, cara a cara, como gato panza arriba, careciendo de la habilidad necesaria para derribar sus masivas columnas dándole al menor resquicio e imponiéndosele poco a poco; y así, siguen pensando en vérselas con ella a la brava, como haría uno con un cardo. Pero, luchan con enorme desventaja, viviendo ¡ay, John Field! sin aritmética, y fracasando por ello.

«¿Pesca alguna vez?», le pregunté. «¡Oh, sí! Alguna ración de vez en cuando, en mis ratos de ocio; buenas percas, además.» «¿Y qué cebo usa?» «Lombrices para los carpines, y éstos para las percas.» «Mejor harías en irte ahora, John», medió su mujer, con rostro brillante y lleno de esperanza. Pero John se hizo el remolón.

Ya había escampado, y el arco iris que coronaba los bosques hacia el este prometía un bello atardecer: me despedí. Fuera ya de la casa, pedí un vaso de agua con la esperanza de echarle un vistazo al pozo y completar así mi inspección del lugar. Pero ¡ay! allí no había más que arenas movedizas, poca agua, una cuerda rota y el pozal perdido. Entretanto, un recipiente culinario sucedáneo fue afanosamente buscado y, el agua destilada, al parecer; y después de consultas y larga dilación, le fue suministrada al sediento, sin que hubiera tenido tiempo siquiera de enfriarse o de reposar. Esta bazofia sustenta aquí la vida, pensé; cerré los ojos, y excluyendo las impurezas mediante una corriente hábilmente dirigida hacía el fondo, brindé a su genuina hospitalidad el trago más cordial de que fui capaz. No, nada tiquismiquis cuando de demostrar buenas maneras se trata.

Cuando abandoné el techo del irlandés después del aguacero para dirigirme de nuevo al estanque, la prisa que me invadió por capturar lucios, vadeando encenagados pastizales y hurgando en turberas y oquedades, me pareció un tanto trivial para un hombre que había frecuentado la escuela y la universidad; pero, a medida que corría colina abajo hacia el encendido poniente, con el arco iris a mis espaldas y el eco de leves tintineos de Dios-sabe-dónde resonando en mis oídos, mi Genio Bueno parecía decirme: «Ve a pescar y cazar a lo lejos, días y más días, más y

más lejos cada vez, y busca reposo sin temor junto a los arroyos y al calor de los hogares. Acuérdate de tu Creador en los días de tu juventud.[1] Levántate libre de preocupaciones antes de que amanezca y corre en busca de aventuras. Que el mediodía te encuentre a la orilla de otros lagos, y que cuando te sorprenda la noche halles por doquier tu hogar. No hay campos más vastos que éstos ni diversiones más nobles que las que aquí practicarse. Crece salvaje de acuerdo con tu propia naturaleza, como las juncias y los heléchos, que jamás se convertirán en heno inglés. Que retumbe el trueno. ¿Y qué si amenaza arruinar las cosechas del labriego? Sus acciones no te conciernen. Busca cobijo bajo la nube, mientras ellos corren hacia sus carromatos y cobertizos. Que el ganarte la vida no sea tu ocupación sino tu deporte. Goza de la tierra, pero no la adquieras. Los hombres son como son por falta de fe y de espíritu emprendedor, por vender y comprar, por desperdiciar su vida, cual siervos».

¡Oh granja de Baker!

Landscape where the richest element
Is a little sunshine innocent...

No one runs to revel
On thy rail-fenced lea...

Debate with no man hast thou,
With questions art never perplexed,
As tame at the first sight as now,
In Thy plain russet gabardine dressed...

Come ye who love,
And ye who hate,
Children of the Holy Dove,
And Guy Faux[2] of the state,
And hang conspiracies
From the tough rafters of the trees![3]

1. Eclesiastés, 12:3. Trad.
2. Guy Fawkes, conspirador inglés. Trad.
3. «Paisaje cuya mayor riqueza / es un poco de sol inocente... / nadie acude a solazarse / en tu pradera cercada deríeles... / No tienes disputa con nadie / ni problemas que te inquieten / tan dócil antes como ahora / en tu sencillo sayal encendido... / ¡Venid los que amáis y los que odiáis / hijos de la Santa Paloma / y Guy Faux del Estado / y colgad las conjuras de los recios brazos de los árboles!» Channing, *op. cit.* Trad.

Los hombres vuelven mansamente al hogar por la noche, sólo desde el campo próximo o vía cercana, donde flotan los ecos domésticos, y su vida languidece de tanto respirar siempre su propio aliento; mañana y tarde, sus sombras llegan más lejos que sus pasos. Debiéramos regresar a casa desde la distancia, de aventuras y peligros, de descubrimientos diarios permanentemente renovados, con nueva experiencia y más carácter.

Antes de que hubiera alcanzado la laguna, un súbito impulso había hecho cambiar de idea a John Field, quien abandonó su trabajo en la turbera antes de que se pusiera el sol. Pero, el pobre hombre asustó sólo a un par de peces, en tanto que yo tuve una buena racha, que él atribuyó a suerte; pero, cuando cambiamos nuestros asientos en el bote, la suerte acompañó a la acción. ¡Pobre John Field! —espero que no lea estas líneas, a menos que le ayuden a mejorar—, pensando en vivir en este país nuevo y primitivo según a tónica del viejo solar, pescando percas con carpines. No es mal cebo a veces, lo admito. Con todo el horizonte para él, es, sin embargo, un pobre hombre, nacido para ser pobre, con el legado de la miseria irlandesa, su abuela descendiente de Adán, y sus maneras de pantano. Sin poder prosperar en este mundo, igual que su descendencia, hasta que sus aplastados pies de morador de la turbera no desarrollen apropiados talares.[1]

11. LEYES SUPERIORES[2]

De regreso al hogar a través de los bosques, con mi sarta de pescado a cuestas y la caña a rastras, observé el paso furtivo de una marmota por la senda, y me invadió de pronto una extraña sensación de alegría salvaje que me hizo desear su captura, para devorarla seguidamente en crudo; no es que me sintiera hambriento entonces, sino de la naturaleza salvaje que aquélla representaba. Y el caso es que, una o dos veces, mientras vivía junto a la laguna, me sorprendí vagando por el bosque con extraño abandono, como sabueso hambriento en busca de venado que devorar. Ningún bocado me habría resultado entonces demasiado bárbaro, pues las escenas más feroces se me habían hecho

1. Del latín *talaria-ium,* calzado con alas, con el que se representaba a Mercurio, y a veces a Minerva. Trad.

2. En *On the Duty of Civil Disobedience,* Thoreau rompe una lanza por un código ético de rango superior al de las leyes humanas, sobre las que debe prevalecer. Trascendentalistas y abolicionistas invocaban, precisamente, estas leyes superiores en su oposición a los dictados del Congreso. Trad.

increíblemente familiares. Como la mayoría de los hombres, descubrí en mí —igual que me ocurre ahora de vez en cuando un instinto hacia una vida superior o, como se dice ahora, espiritual, a la par de otro que me impulsaba hacia lo más primitivo y tosco; excuso decir que mi reverencia va para ambos, y que no aprecio uno menos que el otro. Lo que tiene de salvaje y de aventura la pesca hace que ésta siga atrayéndome. En ocasiones me gusta tomar la vida en toda su rudeza, y vivirla como lo hacen los animales. Quizá se deba al carácter de mis ocupaciones o a la caza de joven practicada, esa comunión tan estrecha con la Naturaleza, pues unas y otras le introducen a uno ya temprano en la escena natural, en la que repara y de la que adquiere un conocimiento que, a esa edad, de otro modo no alcanzaría. Los pescadores, cazadores, leñadores y otros que pasan su vida en campos y bosques, y que de manera muy peculiar forman parte de la Naturaleza misma, se encuentran a menudo en disposición tanto más adecuada para observarla de cerca, en los intervalos que jalonan su quehacer, que los poetas y filósofos, que la abordan expectantes. Y aquélla no es remisa en revelárseles. El viajero en la pradera es por naturaleza un cazador; en las fuentes del Missouri y Columbia, un trampero; y en las cascadas de St. Mary, un pescador. Quien sólo es viajero aprende de segunda mano y a medias, y jamás adquirirá hondura. Y es que nos interesa sobre todo lo que la ciencia enseña de lo que esos hombres conocen ya práctica e instintivamente, pues sólo ahí reside la auténtica *humanidad, o* fe de humana experiencia.

Yerran quienes dicen que el yanqui cuenta con escasas diversiones porque no tiene tantas festividades públicas como se dan en Inglaterra, ni tantos juegos que practicar, sea joven o entrado en años, como se dan allí; pues, aquí, el solaz primitivo, pero solitario, de la caza, pesca y similares no ha cedido aún su lugar a aquéllos. No hay uno solo, casi, entre los muchachos de Nueva Inglaterra contemporáneos míos que no haya cargado ya con una escopeta entre los diez y los catorce años; y sus terrenos de caza y pesca no estaban acotados como los del noble inglés, sino que eran más ilimitados incluso que las reservas del propio salvaje. No es de extrañar, pues, que rara vez interviniera en juegos públicos. Sin embargo, se aprecia ya el cambio, que por lo demás, no obedece a un incremento de humanitarismo, pues quizá sea el cazador el mejor amigo de los animales que caza, Sociedad Protectora inclusive, sino a la escasez de piezas.

Además, cuando me hallaba en la laguna, por variar deseaba añadir a veces algo de pescado a mi dieta. Realmente pescaba por la misma necesidad que movió a hacerlo a los primeros pescadores: Y cualquier

sentimiento humanitario que pudiera conjurar en contra de ello era absolutamente ficticio y más próximo a mi filosofía que a mis sentimientos. Hablo ahora de la pesca tan sólo porque de mucho había venido yo pensando de manera diferente acerca de la caza, y vendí mi escopeta antes de dirigirme a los bosques. No es que yo sea menos sentimental que otros, pero no aprecié que mis sentimientos se vieran muy afectados por ello. No conmiseraba a los peces ni a los gusanos. Era simple cuestión de hábito. En cuanto a la caza de aves, durante los diez últimos años que tuve escopeta, mi excusa fue que estudiaba ornitología, y que ésta requiere de una atención mucho más detenida sobre las costumbres de las aves; aunque sólo sea por esta razón, me siento más que dispuesto a renunciar a la escopeta. Con todo, y a pesar de la objeción en cuanto a humanitarismo se refiere, propendo a dudar de si se han encontrado jamás deportes de igual valor que puedan sustituir a aquéllos; y cuando algunos de mis amigos me han preguntado ansiosamente en relación con sus hijos si habían de permitirles cazar, he respondido que sí, recordando que fue una de las mejores facetas de mi educación; que debían *hacerles* cazadores, de ser posible, aunque sólo lo fueran por deporte al principio, para terminar siéndolo del todo, a fin de que no encuentren nunca una pieza que les resulte demasiado grande, ni en ésta ni en ninguna otra selva; que sean tanto cazadores como pescadores de hombres.[1] Hasta este extremo comparto la opinión de la monja de Chaucer, la que

yave not of the text a pulled hen
that saith that hunters ben not holy men.[2]

Hay un período en la historia de cada individuo, como en la de la raza, en la que los cazadores son tenidos por los *hombres menores*, como decían los Algonquines. No podemos sino conmiserarnos del muchacho que jamás ha disparado una escopeta; no es más humano por ello y, en cambio, su educación se ha visto lamentablemente descuidada. Ésa era mi respuesta con respecto a aquellos jóvenes inclinados a estas actividades, esperando que pronto superarían esa tendencia. No existe ser humano alguno, pasada la irreflexiva edad de la juventud, que dé

1. «Y les dijo Jesús: Venid en pos de mí, y haré que seáis pescadores de hombres.» Marcos, 1:17. Trad.
2. «No daría una gallina desplumada / por el texto que pretendía que los cazadores no eran hombres santos.» Era el fraile y no la monja, según B. Rees. (Cit por J. Gárate, *op. cit.*, p. 197.)

muerte gratuitamente a ninguna criatura, que goza del mismo privilegio de vivir que él. La liebre llora en su agonía como un niño. Os advierto, madres, que mis simpatías no siempre hacen los distingos *filantrópicos* usuales.

Así es por lo común la iniciación forestal del joven, y la parte mas original de su persona. Primeramente se dirige allí como cazador y pescador hasta que, por último, si lleva en sí la simiente de una vida mejor, llega a discernir sus auténticos objetivos, quizá como poeta o naturalista, y abandona la caña y la carabina. La mayoría de los hombres son todavía y eternamente jóvenes en este respecto. En algunos países, la visión de un cura cazador no sorprende. Alguno podría ser quizá un buen perro de pastor, aunque dista mucho de ser el Buen Pastor. Me sorprendió el considerar que, aparte de la tala de árboles, el cortar hielo o quehaceres similares, lo único que jamás retuviera en Walden Pond durante medio día completo a cualquiera de mis convecinos, fueran padres o hijos de la villa —con una sola excepción[1]—, fue la pesca. Generalmente no se consideraban afortunados o siquiera compensados por el tiempo invertido, a menos que se hicieran con una surtida sarta de pescado, a pesar de que habían tenido la oportunidad de admirar entretanto la laguna. Podían acudir mil veces hasta que el sedimento de su afán pescador se depositara, dejando pura la intención; pero no hay duda de que tal proceso de clarificación continuaría siempre. El Gobernador y su Concejo apenas si recuerdan la laguna, pues fueron a pescar a ella de chicos; pero ahora son demasiado viejos y dignos para dedicarse a ello, de manera que han perdido para siempre su conocimiento de ella. Con todo, esperan alcanzar el cielo. Si la legislatura repara en ella, es sólo con el fin de determinar el número de anzuelos que pueden calarse; pero nada saben del anzuelo de anzuelos, con el que pescar la laguna misma poniendo como carnada a las propias leyes. Así pues, incluso en las comunidades más civilizadas, el hombre en embrión pasa por el estadio cazador del desarrollo.

En estos últimos años he experimentado repetidamente que no puedo pescar, sin caer un tanto en mi propia estima. Lo he probado una y otra vez. No se me da mal, y como les ocurre a muchos de mis compañeros, hay algo de instintivo en ello, que se reaviva de vez en cuando; sin embargo, a la postre quedo siempre con la sensación de que habría sido mejor no haber pescado. No creo que me equivoque. No es sino una leve insinuación, pero así son también los primeros, albores de la mañana. No cabe duda de que bulle en mi interior este

1. Él mismo. Trad.

instinto, propio de los órdenes inferiores de la Creación; pero, con cada año que pasa me siento menos pescador, aunque no más humanitario ni siquiera sabio; actualmente, de pescador ya no tengo nada. Pero, me doy cuenta de que si tuviera que vivir otra vez en soledad, me vería tentado a convertirme nuevamente en pescador y cazador convencido. Además, hay algo esencialmente impuro en esa dieta, como en toda carne, y así empecé a reparar en dónde comienza el quehacer doméstico, y de ahí, la empresa, tan trabajosa, de tener todos los días un aspecto pulcro y respetable, de mantener la casa limpia y libre de malos olores y de imágenes desagradables. Habiendo sido mi propio matarife, pinche y cocinero, al tiempo que señor para quien eran servidos los platos, puedo hablar con una experiencia insólitamente completa. En mi caso, la objeción práctica al alimento animal era su desaseo; por otra parte, una vez que había pescado, limpiado, cocinado y comido mis pescados, encontraba que éstos no me habían nutrido eficazmente. Era insignificante, pues, e innecesario, y costaba más de lo que me reportaba. Un poco de pan y algunas patatas habrían rendido igual, con menos trabajo e inmundicia. Como muchos de mis contemporáneos, durante muchos años me había abstenido casi por completo de alimento animal, té, café, etc., no tanto por algún efecto adverso que pudiera haberles descubierto como porque resultaban poco acordes con mi imaginación. La repugnancia por el aumento animal no es efecto de la experiencia, sino instinto. Parecía más hermoso el vivir humildemente, y aún el pasarlo mal en muchos aspectos; y aunque jamás me cupo tal, llegué lo suficiente lejos como para complacer a mi imaginación. Y creo que todo hombre inquieto por preservar sus facultades superiores o poéticas en condición óptima se ha sentido particularmente inclinado a abstenerse de comida animal o de la que sea en cantidad excesiva. Resulta significativo el hecho, registrado por los entomólogos —así lo compruebo en Kirby y Spence— que «en estado perfecto, de pleno desarrollo, algunos insectos, aún provistos de sus órganos de la alimentación, no hacen uso de ellos», y los mismos establecen que «como regla general, casi todos los insectos en ese estado comen mucho menos que en el de larva. Cuando se transforma en mariposa la voraz oruga... en mosca, la glotona cresa», se contentan con una o dos gotas de miel o de cualquier otro líquido azucarado. El abdomen oculto bajo las alas de la mariposa representa todavía a la larva. Ese es el trozo escogido que tienta a su destino insectívoro. El gran comilón es un hombre en estado de larva; y hay naciones enteras en esa situación, pueblos sin fantasía ni imaginación, a los que traiciona su voluminoso vientre.

Es difícil el proporcionarse y preparar una dieta tan sencilla y limpia que no ofenda a la imaginación; pero ésta ha de ser nutrida también, creo yo, cuando alimentamos nuestro cuerpo; ambos debieran sentarse a la misma mesa. Y acaso pueda conseguirse algún día. Los frutos comidos con templanza no deben hacer que nos avergoncemos de nuestro apetito ni interrumpir la prosecución de nuestro hacer más digno. Pero poned un condimento extra en vuestros platos y os envenenará. No vale la pena vivir gracias a una cocina opulenta. La mayoría de las personas se sentirían violentas de ser sorprendidas preparando con sus propias manos, precisamente, la misma comida, sea animal o vegetal, que les es ofrecida a diario por otros. Sin embargo, hasta que no ocurra lo contrario no estaremos realmente civilizados, y aunque caballeros o damas, no serán hombres o mujeres verdaderos. Ello revela ya a las claras qué tipo de cambio ha de producirse. Puede que sea vano el preguntarse por qué la imaginación no se reconcilia con la carne y la grasa. A mí me basta con saberlo así. ¿Acaso no es ya un reproche que el hombre sea un animal carnívoro? Verdad es que puede vivir, y de hecho lo hace, como predador de otros animales; pero eso es miserable como puede apreciar quienquiera que vaya a tender trampas para conejos o a degollar corderos–, mientras que quien enseñe al hombre a someterse a una dieta más saludable e ¡nocente será considerado un bienhechor de la humanidad. Al margen de mi particular costumbre, no me cabe la menor duda de que es parte del destino de la raza humana, en su progreso, gradual, el dejar de consumir animales, de igual modo que las tribus salvajes dejaron de comerse entre sí cuando entraron en contacto con otras más civilizadas.

Si uno atiende a las más leves pero constantes sugerencias de su propio espíritu, ciertamente genuinas, no aprecia a qué extremos, e incluso locura, ello puede conducirle; y sin embargo, así se fragua su camino, a medida que se hace más resuelto y fiel. La más tímida objeción que pueda sentir el hombre sano prevalecerá a la larga sobre los argumentos y costumbres de la humanidad. Ningún hombre ha seguido su genio hasta el extremo de que éste le haya descarriado.[1] Aunque el resultado fuere una debilidad corporal, quizá nadie pueda decir que las consecuencias habrían de ser deplorables, ya que no serían otras que una vida de acuerdo con unos principios más elevados. Si el día y la noche son tales que uno los saluda con alegría, y la vida emite una fragancia como de flores y hierbas aromáticas, y es más dúctil, más rutilante, más inmortal, he ahí el éxito. La Naturaleza toda os presen-

1. Cf. Emerson: *Self-reliance.* Trad.

ta su pláceme, y uno tiene razón temporal para bendecirse. Los valores y beneficios máximos distan mucho de ser reconocidos, y fácilmente llegamos a dudar de su existencia. Pronto caen en el olvido. Pero no hay mayor realidad. Puede que los hechos más asombrosos y reales jamás sean comunicados entre los hombres. La verdadera cosecha de mi vida cotidiana puede que sea algo tan intangible e indescriptible como las matices del crepúsculo. Es un poco de polvo estelar, un fragmento del arco iris lo que yo he tomado al paso.

Por mi parte, yo nunca me anduve con demasiados remilgos; en caso de necesidad, podía comerme una rata frita con verdadero gusto. Me satisface el haber bebido agua tanto tiempo, por la misma razón que prefiero el cielo natural al del mascador de opio. Gustosamente guardaría mi sobriedad toda la vida; y es que son infinitos los grados de la ebriedad. Creo que para el hombre prudente no hay otra bebida que el agua; el vino no es tan noble ¡y cómo pensar en teñir las esperanzas de una mañana con una taza de café caliente, y del anochecer, con una jicara de té! ¡Ay que bajo caigo, cuando me siento tentado por ellas! Hasta la música puede intoxicar. Causas al parecer tan leves provocaron la destrucción de Grecia y Roma, y destruirán Inglaterra y América. De todas las embriagueces ¿quién no prefiere ser intoxicado por el propio aire que respira? Yo he descubierto que la objeción más sería que podía hacerle al trabajo rudo y excesivamente prolongado era que me obligaba asimismo a comer y beber bastamente. Pero, a decir verdad, actualmente me siento menos sensible a este respecto. Llevo menos religión a la mesa, y no recabo bendición alguna; y no porque sea más sabio que antes, sino porque, he de confesarlo por mucho que lo deplore, con los años me he vuelto más zafio e indiferente. Quizá estas cuestiones sean propias sólo de la juventud, como creen los más al respecto de la poesía. Mi obra no se encuentra en ningún lugar; mi opinión, aquí. Sin embargo, nada más lejos de mí que considerarme uno de aquellos elegidos a que se refiere el Veda cuando dice que «quien conserva su fe en el Omnipotente Ser Supremo puede comer de todo cuanto existe», es decir, sin necesidad alguna de inquirir cuál es su alimento o quién lo prepara; pero, aún en su caso procede observar, como ha señalado un comentarista hindú, que el Vedanta limita ese privilegio a «tiempos de miseria».

¿Quién no ha sentido alguna vez una inefable satisfacción por los alimentos, aunque para su ingestión no haya desempeñado papel alguno el apetito de ellos? Me ha emocionado el pensar que acaso fuera posible que yo debiera cierta percepción mental al sentido del gusto, por lo común basto, y que me haya sido dado el inspirarme a través

del paladar o que algunas de las bayas tomadas con abandono junto a la falda de un cerro hayan nutrido mi genio. «Si el alma no es dueña de sí misma, uno mira y no ve, escucha y no oye, come y desconoce el sabor de los alimentos», dice Thseng-tseu. Quien aprecia el verdadero sabor de la comida, jamás puede ser un glotón; y al contrario ocurre en el caso inverso. Un puritano puede tomar su corteza de pan moreno con igual apetito que un regidor su sopa de tortuga. No es que manche al hombre el manjar que entra en su boca, sino el apetito con el que es tomado. No se trata, pues, de calidad ni de cantidad, sino de la devoción a los gustos sensuales,[1] cuando lo que se come deja de ser un alimento para sostener nuestras fuerzas o inspirar nuestra vida espiritual para convertirse en comida para los gusanos que nos poseen. Si el cazador revela su apreciación de las tortugas de las ciénagas, ratas almizcleras y otros bocados salvajes, la dama distinguida se inclina, en cambio, por las jaleas de pezuña de ternera y por las sardinas de ultramar; y ambos son iguales. Él se dirige hacia la presa del molino; ella, a su tarro de conservas. Lo notable es que ellos como nosotros, podamos llevar esta vida baja y bestial de gulafrería.

Todo nuestro vivir posee una moral sorprendente. Jamás se da un instante de tregua entre la virtud y el vicio. La bondad es la única inversión que no fracasa. En la música de arpas que vibra por todo el mundo es esa insistencia en ello lo que nos conmueve. El arpa es el viajante de seguros de la Compañía Aseguradora Universal, que nos recomienda sus excelencias; y el bien que encierra nuestra persona, por poco que sea, es la única prima que pagamos. Y aunque la juventud a la postre se vuelve indiferente, las leyes del universo no lo son, sino que permanecen eternamente del lado del más sensible. Atended a los céfiros portadores de reproches, que alguno llevarán siempre, y quien no lo oiga será un desgraciado. No podemos pulsar cuerda alguna ni registro sin que nos traspase esa moral fascinadora. Alejaos lo suficiente y veréis como muchos ruidos ingratos se os antojan música, sátira incisiva y sutil de la bajeza de nuestra vida.

Somos conscientes del animal que se encierra en nuestra persona y que despierta a medida que se adormece nuestra naturaleza superior. Es reptil y sensual, y puede que no sea posible librarse de él por completo; algo así como los gusanos que, incluso en vida y gozando de buena salud, ocupan nuestros cuerpos. Cabe que nos alejemos de aquél, pero jamás lograremos cambiar su naturaleza. Temo que pueda

1. Mateo, 15:11. Trad.

gozar, además, de buena salud; y que nos encontremos bien, aun en nuestra impureza. El otro día recogí la mandíbula inferior de un jabalí, con blancos y robustos dientes y colmillos, hecho que en su simplicidad sugería la existencia de una salud y de un vigor animales distintos de los espirituales. Esa criatura medraba por medios ajenos por completo a la templanza y la pureza. «Los hombres difieren de los brutos en algo insignificante», decía Mencio,[1] «el rebaño común lo pierde pronto; los hombres superiores lo conservan cuidadosamente». ¿Quién sabe qué clase de vida sería la nuestra si accediéramos a la pureza? Si yo supiera de un hombre tan sabio que pudiere enseñármela, correría presuroso a su encuentro. «El gobierno de nuestras pasiones y de los sentidos externos del cuerpo, así como de las buenas acciones es indispensable», dicen los Vedas, «para aproximar la mente a Dios». Pero, el espíritu es capaz, durante un tiempo, de informar y controlar todos los miembros, todas las funciones físicas, y de transformar lo que es en apariencia bajo y meramente sensual en pureza y devoción. La fuerza genésica que nos hace disipados e impuros cuando nos abandonamos, nos revigoriza e inspira cuando somos castos. La castidad representa la flor del hombre, y lo que se da en llamar Genio, Heroísmo y Santidad no son sino frutos varios que la suceden. El hombre fluye inmediatamente hacia Dios en cuanto queda abierto un canal de pureza. Pero, si nuestra pureza nos eleva, nuestra impureza nos rebaja. ¡Venturoso aquel que recibe la seguridad de que el animal en él muere de día en día, a la par que se sublima lo divino! Está claro que nadie debe avergonzarse de esa naturaleza baja y brutal que coexiste en él. Me temo que sólo somos dioses o semidioses en igual medida que los faunos y los sátiros, donde me temo también lo divino se asocia con lo bestial; somos criaturas de bajos deseos, y me temo también que, en cierto modo, nuestra vida misma es un deshonor.

How happy's he who hath due place assigned
To his beasts and disaforested his mind!

Can use his horse, goat, wolf, and ev'ry beast,
And is not ass himself to all the rest!
Else man not only is the herd of swine,

1. Filósofo confuciano chino, realmente Meg-tsé, muerto 289 años antes de Cristo. (J. Gárate, *op. cit.*, p. 203.)

But he's those devils too which din incline
Them to a headlong rage, and made them worse.[1]

Toda la sensualidad es una, aunque adopte numerosas formas; y no hay sino una pureza. Da igual si un hombre come, bebe, cohabita o duerme sensualmente. Se trata de un solo apetito, y basta con ver a una persona así dedicada, para conocer el grado de su sensualidad. El impuro no puede estar de pie ni sentado con pureza. Si el reptil es atacado por una boca de su madriguera, aparece en otra. Para ser casto hay que ser moderado. ¿Qué es la castidad? ¿Cómo sabrá un hombre si es casto? No lo sabrá. Hemos oído hablar de esa virtud, pero ignoramos en qué consiste. Y hablamos según oímos. Del ejercicio nacen la sabiduría y la pureza; de la pereza, la ignorancia y le sensualidad. Para el estudiante, esa no es sino hábito ocioso de la mente. Una persona desaseada es, generalmente, perezosa; se sienta junto al fuego y yace cuando brilla el sol, y aun reposa sin conocer la fatiga. Si queréis evitar lo impuro y todos los pecados, trabajad con celo, aunque sea limpiando establos. No es fácil poderle a la Naturaleza, pero hay que conseguirlo. ¿De qué os sirve el ser cristianos, si no sois más puros que los paganos, si no os domináis mejor que ellos ni sois siquiera más religiosos? Sé de muchas creencias religiosas que son tenidas por paganas, cuyos preceptos llenan de vergüenza al lector y le mueven a nuevas empresas, aunque sólo por amor del mero cumplimiento de unos ritos.

Me cuesta hablar así, pero no a causa del tema —y no me importa cuán obscenas puedan resultar mis *palabras*— sino porque no puedo hablar de ello sin delatar mi propia impureza. Discutimos sin ambages una forma de sensualidad, y callamos acerca de otra. Nos hemos degradado tanto que no podemos hablar sencillamente de las funciones necesarias a la naturaleza humana. En otros tiempos, en algunos países, cada función era objeto de alusión reverente y aún regulada por la ley. Nada era demasiado trivial para el legislador hindú, por muy ofensivo que pudiere parecer hoy día al gusto moderno. Así, se enseña cómo comer, beber, cohabitar, eliminar las heces y la orina, y tantas otras cosas, elevando lo ruin, y sin necesidad alguna de excusarse falsamente tachando de inanes estos actos.

1. «¡Feliz aquel, que ha puesto en su sitio / a sus bestias, y despejado su espíritu! /... / Puede usar de su caballo, cabra, lobo y demás / ¡sin ser, a su vez, el asno del resto! / De otro modo, no sólo es para ellos piara / sino aquellos demonios también, que les inclinaron / al desenfreno, haciéndolos aún peores.» John Donne: *To Sir Edward Herbert at Iulyers.* Trad.

Todo hombre es constructor de un templo, que es su cuerpo,[1] para el Dios al que adora; el estilo es propio, y no es martilleando el mármol como habrá de cumplir. Todos somos escultores y pintores, y el material de que hacemos uso es nuestra propia carne, nuestra sangre y nuestros huesos. La menor nobleza refina ya los rasgos del hombre; la bajeza y la sensualidad los embrutecen.

John Farmer[2] estaba sentado a la puerta de su casa una tarde de septiembre, tras una dura jornada de trabajo, repasando en su espíritu, más o menos, la labor cumplida. Después de haberse dado un baño, fue a sentarse en paz para recrear su persona intelectual. Era un atardecer frío, y algunos de sus vecinos expresaron sus temores de una helada inminente. Poco llevaba dejándose conducir por el tren de sus pensamientos cuando oyó que alguien estaba tocando la flauta, sonido que tan bien armonizaba con su talante del momento. Pero siguió pensando en su trabajo, aunque con el inconveniente de que, aunque aquél bullía aún en su mente —y él seguía, pues, ocupado con él, aún contra su voluntad, maquinando cómo librarse de la idea— la verdad es que poco le importaba. No era sino la escamilla de su piel, constantemente arrancada. Las notas de la flauta, en cambio, llegaban a sus oídos procedentes de una esfera diferente de la que él laboraba, sugiriéndole actividades nuevas para ciertas facultades en él adormiladas. Poco a poco le hicieron olvidar la calle, el pueblo y las condiciones en que vivía. Y oyó una voz: «¿Por qué sigues aquí, dándole a una vida mezquina y ardua, si hay a tu alcance una gloriosa existencia? Estas mismas estrellas brillan también sobre otros campos». Pero, ¿cómo salir de este estado y emigrar allá? Todo cuanto se le ocurrió fue el practicar alguna nueva austeridad, dejar que el espíritu le embargara el cuerpo redimiéndolo, y tratarse en lo sucesivo con acrecentado respeto.

12. VECINOS ANIMALES

Algunas veces conté con un compañero de pesca, que atravesando todo el poblado llegaba hasta mi casa procedente del otro extremo de aquél; en estas ocasiones la pesca de la cena era un lance tan social como su ulterior consumo.

Ermitaño.[3] — Me pregunto qué estará haciendo el mundo ahora.

1. Corintios, 3:16. Trad.
2. Genérico: Juan Labrador. Trad.
3. El ermitaño es Thoreau. El poeta, Channing. Trad.

Durante estas tres últimas horas apenas si he oído más que el paso de una langosta por el miricáceo helecho. Las palomas se han recogido en su respectiva percha, y no llega a mí el menor aleteo. ¿Era el cuerno de un granjero anunciando el mediodía lo que acaba de sonar más allá de los bosques? Acuden ya los peones para el magro condumio de buey hervido, acompañado con sidra y tortas de maíz. ¿Por qué se preocuparán tanto los hombres? Quien no come, no necesita trabajar. Me pregunto cuánto habrán cosechado. ¿Quién podría vivir donde el cuerpo jamás puede detenerse a pensar por causa de los ladridos de Bose?[1] ¡Y qué trabajo da la casa! ¡Con eso de mantener relucientes las condenadas aldabas y limpiar las artesas, en un día tan hermoso como éste! Mejor es no tener casa alguna que cuidar. Un tronco hueco, digamos; y como visitas mañaneras y para cenas de cumplido, sólo el pájaro carpintero que martillea un saludo para anunciar su presencia. ¡Y cómo abundan! El sol calienta demasiado allá, y han avanzado demasiado en la vida para mí. Tengo agua de la fuente, y una hogaza de pan moreno en la alacena. ¡Atención! oigo el rumor de las hojas. ¿Será algún famélico podenco de villorrio que se abandona a su instinto cazador? ¿o el cerdo errante que dicen perdido por estos bosques, y cuyas huellas vi ha poco tras el aguacero? Se acerca apresuradamente; tiemblan mis zumaques y escaramujos. ¡Eh, señor poeta! ¿es usted? ¿Qué le parece hoy el mundo?

Poeta. — ¡Mire esas nubes! ¡y cómo cuelgan! Es lo más grande que he visto hoy. No hay nada como esto en los viejos cuadros, nada semejante en tierra extraña, como no sea frente a las costas de España. Hoy el cielo es verdaderamente mediterráneo. Como he de ganarme aún el sustento y todavía no he comido, he pensado en irme de pesca. He ahí la ocupación más adecuada para un poeta, y la única que he aprendido. ¡Vamos, allá!

Ermitaño. — No puedo resistirme. Mi pan moreno se acabará pronto. Me sumaré gustoso a la empresa en un momento, pero antes debo *concluir* una seria meditación. Creo que apenas si me falta. Déjeme solo, pues, unos instantes. Pero para que no nos retrasemos, cave usted entretanto en busca de carnada. No es fácil dar con gusanos por estos pagos, donde el suelo nunca ha sido enriquecido con abono; la especie se ha extinguido casi por completo. Pero, el deporte de cavar por ellos equivale tanto casi a la pesca misma, cuando no sobra el apetito, y a ello puede dedicarse usted todo el día si quiere. Me permito aconsejarle que hinque la azada entre las glicinas, allá donde se agita la

1. Nombre típico de perro en aquella poca. Trad.

yerba de San Juan. Casi puede garantizarle un gusano por cada tres terrones que levante, si mira usted cuidadosamente entre las raíces como si estuviera carpiendo. Y si va más lejos, mejor, pues he encontrado que la buena carnada aumenta proporcionalmente al cuadrado de las distancias.

Ermitaño solo. Veamos, ¿dónde estaba? Creo que más o menos en esa disposición de espíritu, en que el mundo se me ofrecía con esta érspectiva: ¿Iré al cielo a pescar? Si concluyere pronto con mi meditación ¿es probable que se ofrezca otra ocasión tan placentera? Había llegado, como jamás en la vida, a adentrarme casi en la misma esencia de las cosas. Pero temo que mis pensamientos ya no vuelvan; si sirviera para algo, los llamaría con silbos. Cuando nos hacen una oferta ¿está bien decir «lo pensaré»? Mis ideas se han desvanecido sin dejar rastro y me es imposible saber por dónde. ¿En qué estaba yo a punto de parar mientes? Era un día muy brumoso. Probaré con sólo tres frases de Confucio; quizá me devuelvan a aquel estado, que no sé si era de melancolía o el de un éxtasis. Que notar: todo tiene su ocasión única.

Poeta.- Y bien, ermitaño, ¿es aún demasiado pronto? Tengo ya trece lombrices, además de algunas imperfectas o de pequeño tamaño, que nos irám bien para los alevines; no cubren tanto el anzuelo. Estas lombrices de aldea son demasiado grandes; un carpín puede hacerse una comida de sólo un bocado, sin dar siquiera con el anzuelo.

Ermitaño. ¡Vamos, pues! ¿Al Concord? Se pesca bien allí, si el agua no viene demasiado crecida.

¿Por que forman un mundo, precisamente estos objetos que contemplamos? ¿Por quéson vecinas del hombre precisamente estas especies animales, como si nada sino un ratón pudiera haber venido a ocupar esa grieta? Supongo que Pilpay y Cía.[1] han dado a los animales su mejor empleo, pues todos son animales de carga, en cierto sentido, hechos para acarrear cierta porción de nuestros pensamientos.

Los ratones que aparecían por mi casa no eran de esos comentes, que se dice introducidos en el país, sino de una especie silvestre autóctona, desconocida en la villa. Le emvié uno a un distinguido naturalista, quien se mostró muy interesado. Mientras construía mi casa, uno de ellos había establecido su nido debajo de la misma, y antes de que

1. *Pilpay*, fabulista oriental, algunas de cuyas fábulas recoge Emerson en The *Dial.* Trad.

yo hubiera fijado la segunda tablazón del suelo y limpiado las virutas, solía aparecer con regularidad a la hora del almuerzo, para recoger las migajas que caían a mis pies. Es probable que no hubiera visto nunca a un hombre antes, pero pronto se me hizo del todo familiar, hasta el punto de que correteaba por encima de mis botas y trepaba por mis ropas. En un santiamén podía encaramarse pared de la estancia arriba procediendo como las ardillas, de movimientos muy semejantes, con breves carreras. Al fin, un día que me hallaba yo con el codo apoyado contra el banco, el animalillo ascendió por mis ropas y a lo largo de la manga, para dar vueltas y más vueltas al papel que envolvía mi comida, y que yo mantuve cuidadosamente cerrado, esquivándolo y como jugando al escondite con él. Cuando, por último, le ofrecí un pedacito de queso, inmóvil entre mis dedos, se acercó a mordisquearlo, aposentándose en mi mano; luego, se aseó el hociquillo y las patas, como haría una mosca, y partió.

Pronto vino a anidar un febe en el tejadillo, mientras que un petirrojo lo hizo, por protección, en un pino que crecía adosado a la cabana. En junio, la perdiz *(Tetrao umbellus)*, ave tímida donde las haya, pasó con su pollada por debajo de mis ventanas en ruta desde el soto que queda detrás de la casa a mi porche delantero, cloqueando y llamando a los suyos como una gallina, y revelándoseme en todos los aspectos, pues, como la verdadera gallina de los bosques. A la menor señal de la madre ante presencia extraña, los pollos se dispersan inmediatamente como si un remolino los hubiera barrido, para ir a ocultarse entre las hojas y ramitas caídas. Y es tanto lo que a ellas se parecen, que más de un caminante ha ido a poner su planta al lado mismo de la pollada, para oír en seguida el vigoroso aleteo de la madre o sus ansiosas llamadas y quejidos, o verla arrastrar lastimeramente sus alas para llamar la atención del intruso, quien no sospecha siquiera la presencia del resto de la familia aviar. En tales ocasiones, el ejemplar adulto suele empeñarse en volteos y revuelos tan desordenados que, por unos momentos, no es fácil identificar su especie. Los polluelos, entretanto, permanecen silenciosos y agazapados, con la cabeza escondida a menudo entre la hojarasca, y no atendiendo sino a las señales de su madre desde la distancia, sin que la proximidad del extraño les haga siquiera huir, delatando así su presencia y escondite. Puede uno pisarlos o mirarlos durante un minuto sin llegar a descubrirlos. En ocasión semejante los tuve en la palma de mi mano, y aún su única preocupación, obedientes a los dictados de la madre y al instinto, era el permanecer acurrucados, sin temblor ni agitación alguna; y es aquél tan poderoso, que al dejarlos yo de nuevo sobre la hojarasca y como ca-

yera uno de ellos accidentalmente de costado, al cabo de diez minutos se encontraba todavía en igual posición. No son implumes como las crías de las más de las otras aves, sino de desarrollo más perfecto y más precoz aun que el de los pollitos. La notable expresión adulta, a la par que inocente, de sus vivos y serenos ojos es francamente memorable. En ellos parece reflejarse toda la inteligencia habida y por haber. No sólo sugieren a pureza de la infancia sino la sabiduría ilustrada por la experiencia. Un ojo como éste no nace con el ave, sino que es contemporáneo del cielo que refleja. Los bosques no tienen mejor piedra preciosa que ofrecer, y pocas veces le cabe al viajero el mirarse en pozo tan límpido. El deportista ignorante o descuidado da muerte a menudo a la madre en esa época y abandona a las crías a la suerte infausta que pueda depararles el encuentro con un depredador, o al sino de ir refundiéndose poco a poco con las hojas a que tanto se asemejan. Se dice que cuando son incubados por una gallina se dispersan en seguida por cualquier alarma, y también, que no son capaces ya de reagruparse, a falta de la llamada de la madre que los convoque. Ésos eran, pues, mis gallinas y pollos.

Es notable el número de criaturas que viven salvaje y libremente, aunque en secreto, en los bosques, medrando incluso en la vecindad de las poblaciones, y cuya existencia apenas si es sospechada por los cazadores. ¡Cuán retirada vive aquí la nutria! Crece hasta medir más de seis palmos de longitud, tan grande, pues, como un chicuelo, y nadie quizá se percata de ello. Antes me era dado ver al mapache en los bosques por detrás de mi cabana, y hasta oír de noche sus lamentos. Por lo común, y finalizado mi trabajo en el campo, solía descansar a la sombra una o dos horas, después del mediodía, para dar cuenta de mi almuerzo y leer un rato junto a un manantial que da origen a una charca y a un arroyuelo, y que inicia su curso en la falda del cerro Brister, a media milla de mis sembrados. Alcanzaba esa fuente descendiendo a lo largo de una serie de cañadas sucesivas, llenas de hierba y de pinos jóvenes, donde todavía se me ofrecía un prado firme donde reposar. Cavé en el manantial y practiqué un pequeño pozo, de agua de color gris claro, donde podía sumergir un balde sin provocar ninguna turbiedad. Pues, bien, allí solía dirigirme casi cada día, mediado el verano, cuando el agua de la laguna estaba demasiado caliente. Y allí llevaba también la becada a sus crías, para tentar el fango en busca de gusanos, volando a poco más de un palmo sobre aquéllas, que corrían atropelladamente en grupo; sin embargo, una vez me había descubierto, se ponía a volar en círculos a mi alrededor, cada vez más

cerca, hasta hallarse a no más de un metro o metro y medio, y simulando haberse roto una pata o un ala para llamar mi atención y alejar a sus pollos, que por entonces habían emprendido ya la marcha en fila india a través del cenagal jaleándose con voces débiles y atemorizadas y tomando la dirección señalada por la madre. Otras veces, podía oír el piar de las crías antes de descubrir la presencia del adulto. Allí, sobre la fuente, iban a posarse también las tórtolas, si no les daba por saltar de rama en rama de los tiernos pinos que me hacían dosel; y la ardilla roja, que descendía apresuradamente por el tronco vecino, tan particularmente familiar e inquisitiva. Uno necesita tan sólo permanecer quieto en un lugar del bosque suficientemente atractivo, para que los habitantes de éste acudan sin excepción a exhibirse por turno.

También fui testigo de acontecimientos de carácter menos pacífico. Un día, cuando me dirigía a mi leñera, o más bien al montón de tocones que hacía sus veces, observé la presencia de dos grandes hormigas, una roja, la otra mucho mayor, pues mediría un centímetro largo, negra, empeñadas en furiosa lucha. Una vez habían hecho presa no soltaban jamás, sino que se revolcaban y empujaban sin tregua sobre las astillas. Presté atención y vi que los leños aparecían cubiertos de semejantes combatientes; no se trataba, pues, de un *duellum* sino de un *bellum*[1] entre dos razas de hormigas, con la roja desafiando siempre a la negra, y a menudo con dos de las primeras atacando a una de las segundas. Las legiones de estos mirmidones[2] cubrían todas las colinas y valles de mi depósito de leña, y el campo de batalla aparecía sembrado ya de muertos y moribundos de ambos bandos. Ha sido el único combate que me ha sido dado contemplar, la única palestra que he pisado jamás en plena acción encarnizada e intestina; los republicanos rojos, de una parte, y los imperialistas negros, de la otra. Por doquier se les veía enzarzados en mortal refriega, pero sin ruido que yo pudiera percibir. Jamás hubo soldados humanos que combatieran con semejante resolución. Observé a dos, firmemente trabadas, en un pequeño vallecillo soleado que se abría entre las astillas, en pleno mediodía, y prestas a seguir así hasta la puesta del sol o del ocaso de su vida. El pequeño campeón rojo se había atenazado como una mordaza de carpintero a la frente de su adversario, y a pesar de los tumbos y revolcones no dejaba de mor-

1. ...No se trataba, pues, de un duelo sino de una guerra. Trad.
2. Nombre de los belicosos tesalios que acompañaron a Aquiles en el sitio de Troya. Trad.

disquear ni un instante en la base de una de las antenas de aquél, después de haber dado cuenta ya de la otra; mientras, la negra lo zarandeaba sin cesar y, como pude apreciar fijándome con más detenimiento, le había privado ya de algunas de sus extremidades. Luchaban con más pertinacia que el mastín, y ningún contendiente daba señal alguna de ceder. Su grito de guerra era, evidentemente, «*Vencer o morir*».[1] De pronto, hizo aparición una hormiga roja, sola, que descendía la ladera de aquel vallecillo visiblemente excitada, bien porque había despachado ya a su enemigo, bien porque no había tomado parte aún en la batalla; probablemente lo último, puesto que no había perdido todavía ninguno de sus miembros. Su madre, sin duda, le había ordenado que volviera con su escudo o encima de él. Quizá se tratara de algún Aquiles que, en solitario había ido cebando su ira, y que aparecía ahora para vengar o rescatar a su Patroclo. Observó el desigual combate desde lejos, pues los negros eran de tamaño casi doble que los rojos, y se aproximó rápidamente para ponerse en guardia a un centímetro de los combatientes. Luego de esperar su oportunidad, se abalanzó sobre un guerrero negro y dio comienzo a su ataque cerca de la raíz de la pata anterior derecha de aquél, dejando que éste eligiera entre las propias. Así, esas criaturas quedaron unidas de por vida, como si de pronto se hubiera inventado un medio de unión irrevocable, que superara con mucho a todas las cerraduras y cementos habidos y por haber. No habría de maravillarme a esas alturas el descubrir que cada facción contaba con su propia banda de música, respectivamente apostada sobre una prominencia del terreno, lanzando al aire el himno nacional que arengara a los remisos y confortara a los moribundos. La escena llegó a excitarme tanto como si se hubiera tratado de hombres; y cuando más se piensa, menor es la diferencia. Ciertamente no hay batalla alguna en los anales de Concord, por lo menos, ni quizá en la historia de la misma América, que pueda compararse siquiera por el número de combatientes o por el heroísmo y patriotismo derrochados. Por las fuerzas empeñadas y la carnicería, era un Austerlitz o un Dresde. ¡La Batalla de Concord! ¡Dos muertos en el campo de los patriotas, y Luther Blanchard herido! Y qué, aquí cada hormiga era un Buttrick («¡Fuego, por Dios, fuego!») y fueron miles los que corrieron la suerte de Davis y de Hosmer. No había mercenario alguno. No me cabe la menor duda de que luchaban por un ideal. Como hicieran nuestros antepasados, y no para evitar un impuesto de tres peniques en

1. Divisa del duque de Kent. Trad.

su té, ni de que el resultado de esta batalla será tan memorable, tan importante para quienes intervinieron en ella, como lo fueron, por lo menos, las consecuencias de Bunker Hill.

Tomé el leño que sostenía a las tres hormigas que he descrito con cierta particularidad, lo entré en la cabana y lo coloqué debajo de una especie de campana de cristal junto al vano de mi ventana para seguir observando la disputa. Aproximando un microscopio al primero de los guerreros mencionados observé que, aunque seguía royendo la pata más delantera de su enemigo, tras haber dado cuenta también de la antena restante, su propio pecho aparecía desgarrado, exponiendo sus órganos vitales a la acción de las mandíbulas de su oponente negro, cuya placa torácica era al parecer demasiado dura para que el otro la pudiera hender. Los oscuros carbunclos oculares del sufriente brillaban con esa ferocidad que sólo la guerra es capaz de despertar. Lucharon aún media hora más debajo del cristal, y cuando miré de nuevo, el guerrero negro había decapitado a sus adversarios, cuyas cabezas, todavía con un hálito de vida, colgaban a uno y otro lado del cuerpo de su matador como si se tratara de horribles trofeos pendientes del arzón, de los que aquél trataba de librarse con débiles esfuerzos y falto de antenas que le permitieran organizar mejor sus movimientos, aunque lleno de quién sabe cuántas heridas de importancia varia. Tras media hora más, o algo así, logró por fin su propósito y acto seguido emprendió el camino que le llevaba al borde de la ventana. Si sobrevivió al combate no se me alcanza, como tampoco si fue a pasar el resto de sus días a algún Hôtel des Invalides[2] apropiado; estimo, no obstante, que su vida laboral ya no fue gran cosa después de aquello. Jamás supe qué bando resultó victorioso ni tampoco la causa de aquella guerra; pero durante el resto del día me sentí excitado y sobrecogido a la vez por haber sido testigo de aquella lucha, de aquella ferocidad y carnicería tan propias, más bien, de un encuentro humano.

Kirby y Spence nos cuentan que los combates de hormigas han

1. Batalla de Concord, 17 de abril de 1775; Bunker Hill, 17 de junio de 1775. La East India Company había acumulado una enorme cantidad de té invendible, y se hallaba al borde de la bancarrota. Para evitar esa catástrofe, que habría sido de primera magnitud, el gobierno británico concedió a la India Company el monopolio, prácticamente, de la venta de té en América. Fueron eliminados así los intermediarios, que representaban de hecho los vínculos más poderosos, comerciales, entre las dos potencias en discordia; al té le fue negada la entrada en todos los puertos americanos, y por último, los rebeldes lo echaron a la mar... La Declaración de Independencia tuvo lugar en 1776. Trad.

2. Creado en 1671 por Luis XVI como residencia de soldados inválidos. Fue el primero de su clase. Trad.

venido siendo celebrados desde hace mucho tiempo, y sus fechas registradas, si bien observan que Huber[1] es el único autor moderno que parece haberlos presenciado. Y escriben que «Eneas Silvio,[2] después de haber ofrecido una descripción muy detallada de una de esas guerras, llevada con gran obstinación entre dos especies, una grande, pequeña la otra, sobre el tronco de un peral, añade que, esa acción tuvo lugar durante el pontificado de Eugenio IV,[3] en presencia del eminente jurista Nicolás Pistoriensis, quien relató la historia de la batalla con extrema fidelidad». Un combate similar entre especies de grande y pequeño tamaño respectivamente es registrado por Olaus Magnus,[4] quien cuenta que, victoriosas las hormigas pequeñas, procedieron a enterrar los cadáveres de sus compañeras, dejando expuestos a la voracidad de las aves los de sus gigantescas enemigas. Este acontecimiento tuvo lugar antes de la expulsión del tirano Cristian II de Suecia.[5] La batalla que yo presencié tuvo lugar siendo Polk presidente y cinco años antes de que se aprobara la ley Webster[6] sobre los esclavos fugitivos.

Más de un can de aldea, apto sólo para perseguir a una tortuga de cenagal en una bodega de vituallas, venía a sacudir sus pesados cuartos traseros en los bosques, sin conocimiento de su dueño, y olfateaba inútilmente las viejas madrigueras zorrunas y las galerías de las marmotas guiado quizá por algún ligero perrillo de mala ralea, que ágilmente recorría la espesura, puede que inspirando aún cierto temor natural en sus habitantes; aquél, por fuerza rezagado, ladraba como si de un poderoso mastín se tratara, a una minúscula ardilla que se había encaramado en lo alto de un árbol para observar; luego, a trancas y barrancas, doblando con su peso la hierba, se imaginaba en pos de algún miembro extraviado de la familia de los gerbos. Una vez me sorprendió descubrir un gato que paseaba a lo largo de la pedregosa orilla de la laguna, pues es raro que se alejen tanto de sus hogares. Pero la sorpresa fue mutua. Sin embargó, hasta el más doméstico de los gatos, que se ha pasado los más de sus días tumbado sobre un felpudo, parece sentirse como en casa en el bosque, donde por sus movimientos astutos y solapados diríase más autóctono que sus resi-

1. François Huber (1750-1831), entomólogo suizo.
2. Eneas Silvio Piccolomini (1405-1464), el Papa Pío II.
3. Papa desde 1431 a 1447.
4. Arzobispo de Upsala (1490-1558).
5. Llamado *el Cruel* (1481-1559). En 1522 fi vencido por Gustavo Wasa. Trad.
6. James Knox Polk, presidente de Estados Unidos de 1845 a 1849. Daniel Webster fue duramente criticado por la ley de su nombre, aunque de hecho no fue él su autor. Trad.

dentes habituales. Cierta vez que recogía bayas en la floresta tropecé con una gata y su carnada, que sin pérdida de tiempo arqueó el lomo y me hizo gracia de sus bufidos. Y unos años antes de que fuera a vivir a los bosques, en una de las alquerías de Lincoln, la del señor Gilian Barker, que quedaba más cerca de la laguna, había lo que llamaban un «gato alado». Cuando fui a verlo, en junio de 1842, había salido a cazar, según era su costumbre (no sé si era macho o hembra, de modo que usaré la referencia común), pero su dueña me dijo que había aparecido por allá un año antes más o menos, en abril, y que a la postre se había quedado en la casa; dijo también que su color era gris amarronado oscuro, con una mancha blanca en la garganta y con las patas de igual color, y que su cola era tupida y grande como la de la raposa; añadió que, en invierno, el pelo se hacía más espeso y se alisaba en los costados formando mechas de un palmo y medio de longitud por dos pulgadas y media de ancho, así como en la barba, a modo de manguito, con la parte superior lisa y la inferior enmarañada, y que en primavera, esos apéndices desaparecían. Me dieron un par de «alas» de esas, que todavía conservo. Algunos pensaron que sería en parte ardilla voladora u otro animal salvaje, lo cual no es imposible pues, según afirman los naturalistas, se han originado híbridos prolíficos de apareamiento de una marta y un gato doméstico. Ése habría sido el animal adecuado para mí, de haber deseado alguno, pues ¿por qué no ha de ser alado el gato del poeta, al igual que su caballo?[1]

En otoño vino el somorgujo (*Colymbus glacialis*), como de costumbre, para mudar y bañarse en la laguna, haciendo que el bosque retumbara con sus locas carcajadas antes aún de que yo me levantara. Ante los rumores en torno a su presencia, todos los deportistas de Mill-dam[2] se pusieron en ruta, en calesa unos, a pie otros, por parejas o tríos, con carabinas prestas y anteojos de larga vista. Irrumpieron ruidosamente en los bosques, como las hojas de otoño, por lo menos diez hombres por cada somorgujo. Algunos van a apostarse de este lado, otros lo hacen en la orilla opuesta, pues el pobre animal no es ubicuo; si se sumerge aquí, es preciso que salga por allá. Pero ahora se eleva el amable viento octobrino que barre las hojas caídas y riza las aguas, y ya no es posible descubrir ni oír somorgujo alguno pese a la meticulosa inspección que hacen sus enemigos con sus catalejos y al estruendo que levantan en el bosque con sus descargas. Las olas se

1. El caballo alado Pegaso ayudó en sus gestas a Belerofonte, con quien dio muerte a la fabulosa Quimera. Y, ciertamente, no hay quimeras para el poeta. Trad.

2. Centro comercial de Concord. Trad.

hinchan generosamente y corren apresuradas, tomando partido por los pobladores acuáticos; nuestros deportistas se ven obligados a volver de nuevo a la ciudad, a sus comercios y a sus trabajos inacabados. Sin embargo, tienen éxito con demasiada frecuencia. Cuando me dirigía a la laguna a primera hora de la mañana en busca de un balde de agua veía a menudo la majestuosa ave surgiendo de mi caleta, a unas pocas perchas de distancia. Si trataba de alcanzarla en un bote, para averiguar tan sólo cómo maniobraría ante mi proximidad, se zambullía y desaparecía por completo, de modo que no me era posible dar con ella de nuevo, a no ser, y no siempre, al caer la noche. En la superficie, no obstante, yo podía más que medirme con ella. Cuando llovía, solía desaparecer del todo.

Mientras remaba un día a lo largo de la orilla norte, en una de esas tardes de octubre especialmente calmas, días que precisamente escogen las aves para descender a los lagos, igual que la pelusa de la cerraja, y habiendo buscado en vano un somorgujo, héte aquí que, de pronto, uno de ellos surgió desde la costa, volando aguas adentro, a unas pocas perchas por delante de mí. Su salvaje risa le delató en seguida. Le seguí y se sumergió, pero al salir de nuevo lo hizo mucho más cerca que antes; se hundió otra vez, *y* como yo calculara mal la dirección que iría a tomar, al aparecer de nuevo mediaban entre nosotros más de setenta metros, pues yo me había alejado considerablemente. Río de nuevo, sonora y rotundamente, y sin duda con más razón que antes. Maniobró con tal astucia que me fue imposible acercarme a menos de una docena de perchas, y cada vez, cuando rompía la superficie y miraba descaradamente de un lado a otro, diríase que fríamente calculaba las distancias en agua y tierra para escoger el rumbo apropiado para, hundiéndose y aflorando de nuevo al aire, aparecer donde más vasta fuera la extensión de agua y mayor la distancia que le separara de mi embarcación. Era en verdad sorprendente el constatar con qué rapidez se decidía y ponía en práctica lo resuelto. Al poco me había llevado a la zona más amplia de la laguna, de donde no había forma de sacarlo. Mientras su mente consideraba los movimientos siguientes, la mía trataba frenéticamente de adivinar el curso de sus pensamientos y cabalas. El juego no dejaba de ser interesante; sobre la lisa palestra acuática, hombre y somorgujo frente a frente. De pronto desaparecía del tablero la pieza del adversario, y el problema estribaba en llevar la propia tan cerca de donde fuere a reaparecer aquella. A veces surgía súbitamente en el lado opuesto a donde yo me encontraba, habiendo pasado al parecer por debajo de mi quilla. Y era tan resistente y tenaz, que aún después de haberse alejado al máximo de mi

presencia, volvía a zambullirse, a pesar de ello, sin tomar reposo; y entonces no había modo alguno de presumir siquiera por qué honduras andaría abriéndose camino apresuradamente como un pez; pues, el caso era que le sobraba capacidad y tiempo para visitar el fondo de la laguna en su punto más lejano. Se dice que han sido capturados somorgujos en los lagos de Nueva York a casi treinta metros de profundidad, con anzuelos calados para la trucha (pero Walden requiere aún más sonda). ¡Qué sorprendidos deben quedarse los peces ante este estrafalario visitante de otras esferas haciendo veloz carrera por el medio de sus bandadas! Sin embargo, el ave parecía conocer su ruta igual de bien en el agua que en la superficie, por la que se desplazaba a mayor velocidad. En un par de ocasiones me fue dado descubrir una burbuja donde iba a romper la superficie; lo hizo, reconoció a toda prisa el terreno, y se sumergió de nuevo. Llegué a la conclusión de que igual daría el conceder un descanso a mis remos y a mí mismo y esperar a que reapareciera, que el tratar de adivinar por dónde iba a hacerlo, pues una y otra vez, mientras esforzaba mis ojos escudriñando el entorno en vano, me sorprendía de repente su descarada risa a mis espaldas. Pero ¿por qué, después de haber hecho gala de tanta astucia, se traicionaba invariablemente con su estentórea voz en cuanto salía a la superficie? ¿Acaso no le delataba suficiente su blanco peto? Se trataba sin duda de un somorgujo bastante tonto, pensé. Además, por lo general podía advertir su chapoteo en cuanto aparecía, de manera que también así me era dado el descubrirle. Con todo, al cabo de una hora estaba tan fresco como siempre, se zambullía con el mismo entusiasmo y se alejaba aún más que antes. Era asombroso verle ganar distancia, después de emerger, con el moño perfectamente ordenado y el pecho bien peinado, haciendo todo el trabajo con sus patas palmeadas, por debajo de la superficie. Su saludo habitual era esa risa demoníaca, en cierto modo parecida a la voz de otras aves acuáticas; pero, a veces, después de haberme sobresaltado con su aparición súbita y lejos ya de mí, emitía un grito prolongado y como fuera de este mundo, probablemente más parecido al aullido del lobo que a canto alguno de ave; era algo así como lo que ocurre cuando una bestia lleva su hocico a la tierra tratando de hacerla resonar con un desaforado gruñido. Así era su voz, quizá el sonido más salvaje que podía oírse en estos lugares, y cuyo eco se extendía a lo largo y ancho del bosque. Llegué a la conclusión de que se mofaba de mis inútiles esfuerzos, lleno de confianza en sus propios recursos. Aunque el cielo aparecía ahora encapotado, la laguna estaba tan lisa que, aún sin oírle, descubría cada vez, sin excepción, por donde rompía la superficie al emerger. Su blan-

co pecho, la quietud del aire y la lisura de las aguas se confabulaban en contra de él. Por último, después de haberse alejado unas cincuenta perchas emitió una de esos prolongados aullidos, como impetrando la ayuda del dios de su especie, e inmediatamente se levantó una brisa del este que llenó la superficie de burbujas y rizos mientras la atmósfera se deshacía en brumas y lluvia. Quedé tan impresionado como si, en efecto, la invocación del animal hubiera sido atendida y su dios me revelara su enfado; sin más, le dejé, en tanto desaparecía en la distancia al amparo de aquel tumultuoso oleaje.

Horas y más horas, en aquellos días de otoño, estuve observando como zigzagueaban astutamente los patos, después de haberse enseñoreado del centro de la laguna, fuera del alcance de los cazadores, estratagemas éstas a las que no tendrían tanta necesidad de recurrir en los canalizos de Luisiana. Cuando se veían obligados a levantar el vuelo, giraban a considerable altura por encima de las aguas y seguían su perímetro sin perder de vista, así, los demás estanques vecinos y el río. Eran como pequeñas motas negras en medio del cielo; y cuando yo las hacía ya del todo desaparecidas, héte aquí que tras un vuelo sesgado de un cuarto de milla iban a posarse en algún lugar distante, libre de peligro. Pero, no alcanzo a comprender qué otra cosa podían conseguir —fuera dé la seguridad— en Walden, a menos que les gustara su agua por la misma razón que me gustaba a mí.

13. INSTALACIÓN

En octubre fui a vendimiar a los prados de la ribera del río, y me cargué de racimos, más preciosos por su belleza y fragancia que como alimento. Admiré allí también, aunque no tos tomé, los arándanos, pequeñas gemas de cera, aderezo de las hierbas del prado, nacaradas y rojas, que el granjero arranca con un feo rastrillo poniendo en la lisura de aquél una mueca de cólera, y que mide solamente a tanto el peso, vendiéndolas —despojos de las vegas— en Bostón y en Nueva York, donde serán *aplastadas*[1] para satisfacer el gusto de los amantes que de la Naturaleza hay allí. Igual arrancan los matarifes la lengua el bisonte, en plena pradera, sin importarles la planta rota y caída.[2] El brillante fruto del agracejo era también sustento meramente para mis ojos; sin

1. *Jammed,* convertidas en jalea o compota; también, fig., apretujadas; «troballa» semántico-irónica muy thoreauiana. Trad.
2. El bisonte mismo.

embargo, recogí para sancochar una pequeña provisión de manzanas silvestres, que el propietario y los caminantes habían ignorado; y cuando las castañas estaban maduras, apartaba medio *bushel* para el invierno. Era fascinante el recorrer en esa estación los por entonces ilimitados castañares de Lincoln que ahora duermen su sueño eterno bajo el ferrocarril,[1] hato al hombro y vara en la mano, para abrir las cascaras espinosas, pues no siempre aguardaba a las heladas, entre el susurro de las hojas caídas y los sonoros reproches de la ardilla roja y de las chovas, cuyas semiconsumidas nueces yo hurtaba, seguro de que las cardas por ellas elegidas encerraban buen fruto. Algunas veces, hasta me encaramaba a los árboles para sacudir sus ramas. Éstos crecían también detrás de mi cabana, y uno de ellos en particular, de grandes dimensiones y que casi la dejaba totalmente a la sombra, era al florecer como un descomunal ramillete que aromara la vecindad toda; las ardillas y las chovas se hacían, no obstante, con los más de sus frutos, apareciendo las segundas casi siempre en grandes bandadas a primera hora de la mañana para extraer los frutos de las cardas antes de que éstas cayeran. Yo les cedía esos árboles e iba a visitar otros bosques distantes, compuestos casi enteramente de castaños. Realmente, me proporcionaban a veces un excelente sustitutivo del pan, aunque no me cabe duda de que, indagando, saldrían otros. Buscando un día lombrices para pescar di con la glicina en su vaina *(Apios tuberosa)*, la patata de los aborígenes, especie de fruto fabuloso que empecé a dudar si había comido o visto alguna vez, incluso de pequeño, como he dicho en alguna ocasión, y no simplemente soñado. Desde entonces he descubierto a veces sus flores rojas aterciopeladas y en frunces, apoyadas en los tallos de otras plantas, sin darme cuenta de que eran las mismas que conociera un día. La agricultura casi la ha exterminado. Tiene un sabor dulzaino, como el de una patata que ha sido presa de la helada, y solía gustarme más hervida que asada. Este tubérculo parecía hacer buena la vaga promesa de la Naturaleza de alimentar en el futuro a sus propios hijos con sencillez, velando por su desarrollo. Pero, en estos días de orondo ganado y de ondulantes mares de grano, esta humilde raíz, antaño tótem de una tribu india, ha sido por completo olvidada, o conocida tan sólo por su florida enredadera. Pero, dejad que vuelva a reinar la Naturaleza salvaje una vez más, y los tiernos y exuberantes granos ingleses desaparecerán probablemente frente a una miríada de enemigos; que falte el cuidado del hombre, y el grajo de-

1. Los castaños de Nueva Inglaterra fueron talados para suministrar traviesas o *durmientes* para el tendido férreo. Trad.

volverá hasta el último grano al vasto maizal del dios de los indios, allá en el suroeste, de donde se dice que fuera traído por él; y puede que la glicina, hogaño casi extinta, reviva y florezca llena de pujanza, a pesar de las heladas y de la broza, y se revele auténticamente indígena, para asumir de nuevo su antigua importancia y dignidad como sustento de la tribu cazadora. Alguna Ceres o Minerva india debe haber sido su creadora y custodio; y cuando se instaure aquí el reinado de la poesía, sus hojas y sarmientos cargados de frutos puede que sean representados en nuestras obras de arte.

Ya para el primero de septiembre vi a dos o tres arces pequeños del otro lado de la laguna revestidos ya de escarlata, por debajo de los cuales divergían los blancos tallos de tres álamos que, al extremo mismo de un promontorio, se cernían sobre las aguas. ¡Cuántas leyendas encerraba su color! Y así, gradualmente, de semana en semana, cada uno de los árboles fue revelando su genuino carácter, al tiempo que admiraba su imagen, reflejada en el límpido cristal del lago. El director de esta galena sustituía cada mañana la imagen presente por otra de color más brillante o armonioso.

En octubre llegaron las avispas a millares a mi alojamiento, como si se tratara de sus cuarteles de invierno, y se establecieron en mis ventanas y paredes, con lo que algunas veces disuadieron de entrar a algunos de mis visitantes. Cada mañana expulsaba algunas, ateridas de frío, pero en general jamás me preocupé de librarme de ellas; me halagaba, incluso, el hecho de que hubieran considerado mi casa un refugio deseable. Nunca me molestaron seriamente, aunque compartíamos el dormitorio; y poco a poco fueron desapareciendo en dios-sabe-qué grietas para eludir al invierno y a aquel indecible frío.

Como las avispas, y antes de que finalmente me decidiera a ocupar en noviembre mis cuarteles de invierno, acostumbraba dirigirme a la ribera noreste de Walden donde el sol que se reflejaba en los sotos de pinoteas y en la orilla pedregosa se transformaba en llar; y es mucho más agradable y sano el ser calentado por el sol, en tanto sea posible, que por un fuego artificial. Me confortaba, pues, así, con el rescoldo aún vivo que el verano, como cazador en ruta, había dejado tras de sí.

Cuando llegó el momento de construir mi chimenea, me puse a estudiar albañilería. Y siendo mis ladrillos de segunda mano, con lo que se hacía necesario limpiarlos con la paleta, aprendí más de lo corriente sobre las cualidades de unos y otras. El mortero que seguía adherido a su reverso tenía más de cincuenta años, y se decía que aún

seguía endureciéndose; pero esa es una de estas cosas que a los hombres gusta decir y repetir hasta la saciedad sean verdad o no. Estos dichos son los que fraguan más y más y se adhieren con creciente firmeza a medida que pasa el tiempo, de modo que harían falta muchos paletazos para librar de ellos a un viejo sabelotodo. Muchas aldeas de Mesopotamia están construidas con ladrillos de segunda mano, de muy buena calidad, extraídos de las ruinas de Babilonia; y el cemento que todavía conservan es más viejo y probablemente más duro aun. En cualquier caso, lo que más me sorprendió fue la peculiar dureza del acero que soportaba tantos golpes violentos sin señal alguna de desgaste. Dado que mis ladrillos habían formado parte ya de otra chimenea, aunque no descubrí en ellos el nombre de Nabucodonosor, elegí cuantos me fue posible de aquella clase para evitarme trabajo y derroches superfluos y rellené los huecos que quedaron entre ellos con piedras que recogí en la orilla de la laguna, de la que tomé asimismo la arena blanca con que hice el mortero. Dediqué mucho tiempo a la construcción de esta chimenea, que consideraba la parte más vital de la casa. La verdad es que trabajé con tanta parsimonia que, si bien empecé a nivel del suelo por la mañana, una hilada tan sólo, de apenas unas pocas pulgadas de altura, me sirvió a la noche como almohada; sin embargo, no recuerdo haber contraído ninguna tortícolis por ello, y la rigidez de mi cuello data de bastante antes. Por aquel tiempo tomé en pensión durante dos semanas a un poeta,[1] lo que me apuró un tanto por cuestión de espacio. Trajo su propio cuchillo, aunque yo ya contaba con dos, y solíamos clavar la hoja en tierra para limpiarla y dejarla brillante. Ambos compartíamos las labores de la cocina, y yo me complacía viendo elevarse mi obra gradualmente, cuadrada y sólida, y pensando que, si el progreso era lento, el resultado duraría mucho tiempo. La chimenea constituye en cierto modo una estructura independiente, afirmada en el suelo, que se eleva más allá de la casa para alcanzar los cielos; e incluso si ésa resulta destruida por un incendio, aquélla permanece en ocasiones aún erguida, dando prueba conspicua de su importancia e independencia. Llegábamos ya a las postrimerías del verano; estábamos en noviembre.

El viento norte había empezado a refrescar la laguna; pero harían falta muchas semanas de bufido continuo para lograrlo del todo, de lo profunda que era. Cuando empecé a encender fuego al anochecer, antes de revocar la casa, la chimenea tiraba extraordinariamente, debido acaso a las numerosas rendijas abiertas en la tablazón. El caso es que pasé

1. Channing. Trad.

más de una noche agradable en aquella pieza bien ventilada y fresca, enmarcada por tablas marrones y bastas, llenas de nudos, que culminaban en vigas cubiertas aún de su corteza. Luego de revocada, mi casa ya no me pareció nunca tan hermosa, aunque, de razón es confesarlo, resultara más cómoda. ¿No debiera ser la morada del hombre de techumbre lo suficiente elevada para albergar en lo alto cierta oscuridad, para que a las huidizas sombras les fuera posible juguetear allá con los fustes? Estos artesonados son más agradables a la imaginación y a la fantasía que cualquier pintura al fresco o que una pieza de mobiliario de gran precio. Puedo decir que. empecé a habitar mi casa ahora, al recurrir a ella en busca de calor amén de refugio. Tenía un par de viejos morillos con los que mantenía los leños en su sitio, y francamente, me llenó de bienestar el ver como iba ennegreciéndose el fondo de la chimenea recién construida, de modo que aticé el fuego con más derecho y satisfacción que de costumbre. Mi morada era pequeña, y apenas si podía alojar siquiera un eco; pero parecía mayor por tratarse de un solo compartimiento y quedar distanciada de todo vecino. Todas las cosas atractivas de una casa estaban concentradas en una sola habitación, que a la vez era cocina, cámara, vestíbulo y despensa; y toda la satisfacción de que pudieren gozar padre o hijo, amo o sirviente, por vivir en una casa, me era concedida a mí solo. Dice Catón, que el padre de familia (*patremfamilias*) debe contar en su casa campestre con «*cellan oleariam, vinariam, dolia multa, uti lubeat caritatem expectare, et rei, et virtuti, et gloriae erit*»,[1] es decir, con «bodega para el aceite y el vino, y muchos barriles con que esperar sin desagrado tiempos difíciles, todo lo cual redundará en su ventaja, virtud y gloria». Yo conservaba en mi sótano un quintal de patatas, unas dos cuartas de guisantes con gorgojos, y en mi alacena, algo de arroz, un tarro de melaza y como siete litros de harina de centeno y otro tanto de maíz.

A veces sueño en una casa mayor y más poblada, edificada en una Edad de Oro con materiales resistentes, sin adornos superfluos, y que consistiría asimismo de una sola dependencia: un salón vasto, primitivo y especialmente sobrio, sin techo ni revocado, con vigas y jabalcones desnudos que soportaran una especie de cielo inferior sobre la cabeza de uno, útil para protegerse de la lluvia y de la nieve; donde los travesanos o largueros maestros se alzan para recibir vuestro homenaje, después de haber rendido respeto ya, al cruzar el umbral, al postrado Saturno de una dinastía pretérita;[2] una casa cavernosa, donde haya

1. Catón: *De re rustica*. Trad.
2. Dios ante el que había que descubrirse en tiempo de los romanos. Trad.

que elevar una tea sobre un palo para divisar el techo; donde algunos puedan vivir en torno a la chimenea, como otros en el hueco de la ventana, y unos terceros en bancos; ésos, a un extremo de la sala; aquéllos, en el opuesto; y en la que aun los haya que moren sobre los largueros, con las arañas, si así gustan; una casa en la que uno ha entrado cuando ha abierto la puerta de salida y concluyen las ceremonias; donde el viajero cansado pueda lavarse, comer, conversar y dormir, sin más viajes; un refugio como el que a uno agradaría encontrar en una noche tempestuosa, que contiene en su hogar todo lo esencial y ningún quehacer; donde es posible contemplar de vez todos los tesoros que encierra, y en el que todo lo que el hombre pudiere necesitar se halla a mano; cocina, despensa, recibidor, alcoba, almacén y buharda al mismo tiempo; donde uno puede ver cosas tan necesarias como un barril o una escalera de mano, tan útiles como un armario; donde bulla sonoro el caldero y se rinda homenaje al fuego que cuece el yantar y al horno que dora el pan; donde los muebles y utensilios imprescindibles sean sus principales adornos, y no haya veda para la colada ni para el fuego ni para el ama de casa, y donde cabe que a uno se le pida que se aparte un tanto para dejar libre la trampilla de la bodega, y así pueda el cocinero descender a ésta, al tiempo que se revela si el suelo que se pisa es compacto o hueco sin necesidad alguna de taconear sobre él. Una casa cuyo interior es tan abierto y elocuente como nido de ave, y donde no es posible atravesarla sin topar con alguno de sus moradores; donde ser huésped significa gozar de plena libertad, sin verse excluido de siete de sus ocho partes o encerrado en una celda particular y que aun se le diga de acomodarse allí como en domicilio propio, ¡en solitario confinamiento! Hoy, vuestro anfitrión no os admite en su hogar, sino que ha llamado al albañil para que construya uno para vosotros en algún corredor; y la hospitalidad no es sino el arte de *mantenerle* a uno, pero a la mayor distancia posible. La cocina se ve rodeada de igual misterio que si en ella se abrigaran lesivos designios. Reconozco que he estado en las propiedades de muchos, quienes habrían podido expulsarme de ellas con todo derecho, pero no recuerdo mi presencia en muchos hogares. Si me viniera de camino podría visitar con mis viejos trajes a un rey y a una reina que vivieran simplemente en una casa como la que acabo de describir; pero, si se me sorprende en un palacio moderno, lo único que me importará saber es cómo salir de él a toda prisa, espalda por delante.[1]

1. Como se da en hacer frente a personas reales. Trad.

Diríase que hasta el lenguaje de nuestros salones pierde toda su vigencia para degenerar en mera *palabrería,* pues nuestra vida discurre tan alejada de esos símbolos, y sus metáforas y tropos son tan irreales que más parecen pergeñados por mecanismos sin alma; en otras palabras, ¡queda tan lejos el salón del taller y la cocina! Hasta la comida no es sino sucedáneo, parábola descriptiva. Ocurre como si sólo sea el salvaje quien viva lo suficiente cerca de la Naturaleza y de la Verdad para tomar de ellas un tropo. ¿Cómo podría decir en la cocina el erudito de los territorios del noroeste o de la isla de Man lo que es o no es parlamentario?

Sin embargo, sólo uno o dos de mis invitados fueron lo bastante resueltos para quedarse a compartir conmigo una torta de maíz, aunque cuando vieron cernirse esa crisis emprendieran veloz retirada, como si aquélla fuera a sacudir la casa hasta los cimientos. Ésa, con todo, resistió gran número de tortas de maíz.

No revoqué hasta que llegaron las heladas. Y para ello me hice con la arena más blanca y limpia que me fue posible conseguir, llegándome en bote hasta la orilla opuesta, modo de transporte que, de haber sido necesario, me hubiera tentado a desplazarme mucho más lejos. Entretanto, ya había recubierto de ripias todas las paredes de la cabaña. Al colocar los listones me complacía en entrar cada clavo de un solo martillazo, y abrigaba la ambiciosa esperanza de poder llevar la masa a destino limpia y rápidamente desde la artesa. Recordé entonces el caso de aquel sujeto engreído que, vestido de finas ropas, tenía la costumbre de pasearse por el pueblo impartiendo consejos a los trabajadores. Un día que se atrevió a probar de hacer buenas sus palabras, se arremangó los puños de la camisa, tomó la artesa de revocar y después de haber cargado su paleta sin contratiempos, con una mirada complacida al andamio que quedaba por encima de su cabeza, se dirigió a él con brusca resolución, para recibir, consternado, todo el contenido de aquella en su almidonada pechera. Me admiré una vez más de cuán cómoda y conveniente resulta esa operación del revoque, que con tanta eficacia nos protege del frío al tiempo que puede proporcionar un acabado ciertamente fino y ocasión de conocer algunos de los accidentes a que se expone el albañil. Y me sorprendió el comprender cuán sedientos estaban aquellos ladrillos que absorbían toda la humedad de mi pasta antes de que pudiera igualarla siquiera; y no menos, la cantidad de cubos de agua que hacen falta para bautizar un nuevo hogar. El invierno anterior había obtenido cierta cantidad de cal quemando conchas de la *Unio fluvialitis* que puebla nuestro río; de modo, que conocía muy bien la procedencia de mis materiales. De

haberlo preferido podía haberme hecho con una buena piedra caliza a unas dos millas del lugar para calcinarla seguidamente con igual fin.

Para entonces, en las caletas más umbrosas y menos hondas, la laguna había empezado a cubrirse ya de las costras de las primeras heladas, días e incluso semanas antes de que se produjera la congelación total. El primer hielo es particularmente interesante y perfecto; duro, negro y transparente, ofrece la mejor oportunidad de examinar los fondos más próximos, pues uno puede echarse cuan largo es sobre la capa de apenas unos centímetros y estudiar con calma, a modo de insecto patinador, lo que queda por debajo, a no más de medio palmo de profundidad, como si se tratara de una imagen tras un vidrio; y es que, así de quietas están entonces necesariamente las aguas. La arena revela muchos surcos, de alguna criatura viajera acaso que luego ha vuelto sobre sus pasos. En cuanto a naufragios, aparece cubierta de caparazones de orugas hechos de minúsculos granos de cuarzo blanco. Quizá fueran esas larvas las que de tal manera rayaran la superficie de la arena, pues los surcos están sembrados de sus corazas, aunque se me antojan demasiado anchos y profundos para atribuir a aquéllas su origen. Pero, es el hielo mismo el objeto de mayor interés, y no hay que desaprovechar la ocasión de estudiarlo tan pronto como ésa se presente. Si lo examináis de mañana, después de la helada, observaréis que la mayor parte de las burbujas que al principio creíais encerradas en su interior se encuentran adheridas a su superficie inferior, en tanto que otras no cesan de ascender desde lo más hondo. Sólo mientras el hielo se conserve así, relativamente sólido y oscuro, podréis ver el agua a su través. Estas burbujas, de tres milímetros a treinta centésimas de milímetro de diámetro, claras y muy hermosas, hacen que podáis ver en ellas reflejado vuestro rostro a través del hielo. Puede que cupieran unas treinta o más de las pequeñas en un centímetro cuadrado. También se observa la presencia de otras en el interior del hielo, oblongas, estrechas, perpendiculares a aquél, de quizá unos dos centímetros y medio de longitud, agudos conos con el vértice hacia arriba; y con más frecuencia, si el hielo es reciente, diminutas burbujas esféricas colocadas una encima de otro como si estuvieran enhebradas. Pero esas que se hallan encerradas en el hielo no son tan numerosas ni tan conspicuas. En ocasiones, me daba por tirar piedras para probar la consistencia del hielo, y las que lograban atravesarlo arrastraban a su interior cierta cantidad de aire, que formaba más abajo grandes burbujas blancas muy visibles. Un día que acudí al mismo lugar

cuarenta y ocho horas después de haberlo visitado, descubrí que esas grandes burbujas mantenían aún toda su perfección, pese a que el hielo había engrosado en más de dos centímetros, como pude apreciar reparando en el borde de uno de los témpanos. Pero como los dos días anteriores habían sido muy cálidos, como de veranillo de San Martín, el hielo había dejado de ser transparente y reflejaba ahora el oscuro verde del agua y el opaco desvaído del fondo, y aunque de grosor doble, no por ello era más sólido, pues las burbujas de aire se habían dilatado mucho con el calor y aglomerado unas junto a otras perdiendo su regularidad; aquella aparente sarta había desaparecido, y las burbujas aparecían ahora como si hubieran caído desde un saco, solapándose de cualquier manera o formando delgados copos, como obleas insertas en una rendija. El hielo había perdido su belleza y era ya demasiado tarde para estudiar el fondo. Curioso por saber qué posición ocupaban ahora mis grandes burbujas con respecto al hielo nuevo rompí uno de los témpanos, donde había quedado encerrada una de tamaño medio, y le di la vuelta. El nuevo hielo se había dispuesto alrededor y por debajo de aquélla, de manera que ésta había resultado como emparedada por las dos formaciones. Inserta plenamente en la inferior, se aproximaba mucho a la superior, revelándose, más bien aplanada o acaso lenticular con bordes romos, y de unos seis milímetros de altura por unos diez centímetros de diámetro; me sorprendió el comprobar que directamente por debajo de la burbuja, el hielo aparecía socavado o rundido con gran regularidad en forma de platillo invertido hasta una altura de un centímetro y medio aproximadamente en su centro, dejando allá una leve separación, entre burbuja y agua, de apenas tres milímetros de luz. Las diminutas burbujas que ocupaban esta partición se habían reventado y hundido en muchos lugares, y es probable que faltara el hielo por completo debajo de las más grandes, que medirían un palmo y medio de diámetro. Llegué a la conclusión que las infinitas burbujillas que había visto en principio adosadas a la capa inferior del hielo se habían congelado de tal manera, como aquél, que cada una de ellas, en mayor o menor grado, había actuado a guisa de cristal o lente, que haciendo acopio y concentrando el calor sobre el hielo había sido causa de su fusión y muerte. Esas son las pequeñas pistolas de aire comprimido que hacen que el hielo se resquebraje y gima.

Acababa de revocar mis paredes cuando, por fin, se instauró plenamente el invierno con toda su crudeza, y el viento empezó a aullar

alrededor de la casa como si hasta entonces no le hubiera sido permitido el hacerlo. Noche tras noche aparecían los gansos, de vuelo pesado, voces roncas y sibilante aleteo, algunos para posarse en Walden, incluso después de que su superficie se cubriera de nieve, y otros para sobrevolar el bosque en dirección a Fair Haven con destino a Méjico. Varias veces, viniendo yo de regreso del pueblo a eso de las diez u once de la noche pude oír el paso de una de sus bandadas, o quizá se tratara de patos, sobre la seca hojarasca del bosque, no lejos de una charca próxima a la casa a la que acudían a alimentarse, dirigidos por la voz, ora estridente ora gravemente conminatoria, de su guía. En 1845 Walden se heló completamente por primera vez durante el transcurso de la noche del 22 de diciembre, en tanto que la laguna de Flint, otras menos profundas y el río lo habían hecho ya más de diez días antes. En 1846 fue el día 16; en 1849, hacia el 31; y en 1850, andando el 27 de diciembre; en 1852, fue el 5 de enero; y en 1853, cerrando el año. La nieve cubría ya mi entorno desde el 25 de noviembre, y me había rodeado de una decoración totalmente invernal. Recluíme más, pues, en mi cascarón, y procuré mantener un buen fuego tanto en su interior como en mi pecho. Mis ocupaciones fuera de la casa consistían ahora en recoger leña muerta del bosque, para acarrearla a manos o sobre mis espaldas hasta la casa; otras veces serían dos pinos caídos los que llevaría al hogar, uno por brazo, arrastrándolos desde donde los encontrara. Una vieja cerca, lejos ya de sus mejores días, fue para mí una preciada presa; ida ya su ocasión de servir al dios *Terminus*,[1] hice ofrecimiento de ella a *Vulcano* ¡Cuánto más rico puede ser ese evento de la cena de un hombre que ha ido al bosque a cazar, o más bien a robar, cabria decir, en razón de lo que le va a permitir cocinarlo! Son dulces su pan y su carne.[3] Hay suficientes haces y leña de desecho en nuestros bosques próximos para alimentar numerosos fogones; pero, no sólo no calientan ahora a nadie sino que, según dicen algunos, hasta impiden el crecimiento de la madera joven. Luego, estaba también la leña que flotaba en el estanque. Durante el verano yo había descubierto una balsa de pino sin descortezar confeccionada por los irlandeses que construían el tendido férreo. La subí en parte a la orilla, y después de dos años en remojo y de seis meses en seco se hallaba en perfectas condiciones, aunque demasiado saturada de agua para secar por completo. Un día de invierno me entretuve haciéndola

1. Para servir de límite o linde. Trad.
2. El gran forjador, señor del fuego. Trad.
3. *Proverbios*, 9:17. Trad.

resbalar trozo a trozo sobre la superficie de la laguna, al tiempo que yo patinaba detrás con una percha de quince pies sobre el hombro, asiendo uno de sus extremos y dejando que el otro se arrastrara sobre el hielo; en otra ocasión até varios troncos y puse un gancho a su extremo a modo de reja. Aunque la madera estaba completamente saturada de agua y pesaba como el plomo, no sólo ardieron durante largo tiempo, sino que su fuego resultó sorprendentemente vivo; aún más, diría que ardieron tanto mejor por el empapamiento, como si la resina, confinada hasta entonces en su encierro acuoso, quemara más tiempo como en una lámpara.

Al hablar de los habitantes de los límites de los bosques en Inglaterra, Gilpin dice que «las intrusiones furtivas y las casas y cercas construidas en las lindes del bosque» eran «tenidas por grave falta según las viejas leyes forestales, y castigadas severamente como *purprestures*[1] por ser tendentes *ad terrorem ferarum — ad nocumentum forestae*, etc., es decir, al espanto de los animales y en perjuicio del bosque. Pero a mí me interesaba tanto la conservación de la fauna como si hubiera sido el mismísimo Celador Mayor; y si alguna parte se quemaba, aunque fuera por mi causa y accidentalmente, lo lamentaba con un pesar más hondo y duradero y aun menos consolable que el de los propios dueños; ¡qué digo!, sufría incluso cuando eran éstos quienes talaban su heredad. Desearía que cuando nuestros granjeros arrasan un bosque sintieran parte del respeto que embargaba a los antiguos romanos cuando llegaba el momento de clarear tan sólo un bosque sagrado (*lucum conlucare*)[2] para que llegara a su espesura algo de la luz del sol. Los romanos ofrecían un sacrificio expiatorio y se unían en una plegaria: «Quienquiera que seas, dios o diosa, a quien este bosque está consagrado, séme propicio, y a mi familia y a mis hijos, etc.».

Es notable qué valor se da a la madera, incluso en esta época y en este nuevo país; un valor más permanente y universal que el del mismo oro. Pese a nuestros descubrimientos e invenciones no hay hombre alguno que pase displicente al lado de una pila de madera. Sigue siéndonos tan preciosa como lo fuera para nuestros antecesores sajones o normandos. Si con ella confeccionaban aquellos sus arcos, nosotros la usamos para la culata de nuestros fusiles. Hace ya más de treinta años que Michaux decía que el precio de los leños para el hogar en Nueva York y Filadelfia «iguala y aun supera el de la mejor madera que pueda conseguirse en París, aunque esa inmensa capital requiera al año más

1. De *pourpressure* (del francés *pourprende* = ocupar furtiva o arbitrariamente). Trad.
2. Catón. *De re rustica*. Trad.

de trescientas mil cuerdas[1] y esté rodeada por llanuras labradas en trescientas millas a la redonda». En nuestra villa, el coste de la leña no cesa de aumentar, con regularidad casi, y la única cuestión hoy día relevante es cuánto va a subir este año con respecto al anterior. Aserradores y comerciantes, que acuden a nuestros bosques con este fin exclusivo, asisten a las ventas de madera y hasta pagan un elevado precio por el privilegio de recoger los restos abandonados por los leñadores. Hace ya muchos años que los hombres vienen al bosque en busca de combustible y materiales para la artesanía; el habitante de Nueva Inglaterra, el de la Nueva Holanda,[2] el parisino y el celta, el agricultor y Robin Hood, Goody Blake[3] y Harry Gill; en la mayoría de los lugares del mundo, el príncipe y el campesino, el sabio como el salvaje, todos sin excepción tienen necesidad de algún pedazo de leña del bosque para calentarse y para cocinar sus viandas. Tampoco yo podría valerme sin ella.

Todos contemplamos nuestra pila de leña con cierto cariño. A mí me gustaba que la mía se alzara delante de mi ventana, y cuánto más numerosas las astillas tanto más grato el recuerdo de mi trabajo para reuniríás. Contaba con una vieja hacha, que nadie reclamó jamás, con la que algunos días de invierno, en el lado soleado de la casa, me entretenía desbastando los tocones arrancados de mi campo de judías. Como bien dijera mi guía cuando yo estaba arando, aquéllas me calentarían dos veces, la primera al desgajarlas y de nuevo al arder, de modo que no había combustible que pudiere reportarme más calor. En cuanto al hacha, me aconsejaron que se la llevara al herrero de la villa para afilarla, pero haciéndome con un trozo de nogal le repuse un mango excelente sin ayuda de nadie. Si no brillaba por su filo, por lo menos se asía bien.

Unos pedazos de pino resinoso constituían un verdadero tesoro. Es interesante recordar la gran cantidad de teas así ocultas todavía en las entrañas de la tierra. Años atrás me había dado por salir de «prospección» hacia algunas colinas desnudas, donde había asentado anteriormente un bosquecillo de pinos tea, y logré arrancar varias de las gruesas raíces que restaban, pues éstas son poco menos que indestructibles. Las cepas de treinta y cuarenta años se revelan aún sanas en el centro, aunque de la albura no quede ya sino humus, como puede apreciarse reparando en las costras de espesa corteza que forman un

1. Atado de leña de 2,40 x 1,20 x 1,20 m, aproximadamente. Trad.
2. Australiano. Trad.
3. Cf. Woodsworth. Trad.

anillo a ras de suelo a una distancia de cuatro o cinco pulgadas del corazón. Con hacha y pala hay que explorar esa mina, siguiendo la médula sana que se ha conservado, amarilla como sebo de buey, o como si hubiéramos dado de pronto con una veta aurífera profundamente oculta en la tierra. Pero, por lo general yo prendía mi fuego con las hojas secas del bosque, de las que había hecho buena provisión en mi cobertizo antes de que llegara la nieve. De nogal verde, finamente astillado, hacen los leñadores su fuego de acampada, y alguna que otra vez recurrí yo también a este procedimiento. Cuando los habitantes de la villa encendían sus hogares, más allá del horizonte, yo también participé mi vigilia a los pobladores salvajes del bosque con el hilillo humeante de mi chimenea.

Light-winged Smoke, Icarian bird,
Melting thy pinions in thy upward flight.
Lark without song, and messenger of dawn,
Circling above the hamlets as thy nest;
Or else, departing dream, and shadowy form
Of midnight vision, gathering up thy skirts;
By night star-veiling, and by day
Darkening the light and blotting out the sun;
Go thou my incense upward from this hearth,
And ask the gods to pardon this clear flame.[1]

La leña verde y dura recién cortada, aunque la usaba poco, respondía a mis propósitos mejor que cualquier otra. A veces, cuando iba a darme una vuelta en una tarde de invierno, dejaba un buen fuego, y a mi regreso, tres o cuatro horas más tarde, lo encontraba aún vivo y resplandeciente. Mi casa, pues, no quedaba desierta siquiera en mi ausencia. Era como si hubiera dejado allá un animoso casero. Allí vivíamos el Fuego y yo; y mi casero se reveló siempre digno de la mayor confianza. Sin embargo, un día en que me encontraba tajando astillas, se me ocurrió mirar hacia el interior de la casa, asomándome a la ventana, por ver si el fuego habría causado algún accidente; es la única vez, que yo recuerde, en que me he sentido preocupado por esta razón.

1. «Humo de ligeras alas, ave de caro, / que fundes tus alones en vuelo, / alondra sin trinos, mensajero del alba, que te ciernes sobre la aldea como si fuera nido; / o sueño fugitivo y forma vaga / visión de media noche, que te recoges en tu propia túnica; / velando de noche las estrellas, y de día oscureciendo al sol; / sube, incienso mío, desde este hogar / y pide a los dioses perdón por esa viva llama.» El poema es de Thoreau. Trad.

Miré, pues, y vi que una chispa había prendido en las ropas de mi cama; cuando la hube extinguido, había consumido ya de aquellas una porción tan grande como mi mano. Pero ni casa ocupaba una posición tan soleada y recoleta, y su techo era tan bajo, que podía permitirme el dejar que la lumbre se extinguiera mediado el día en invierno.

Los topos anidaban en mi bodega, mordisqueando una patata de cada tres y haciéndose un lecho bien arropado con algunas crines sobrantes del revoque y con papel de estraza, pues incluso los animales más salvajes gustan del calor y de la comodidad igual que el hombre, y superan el invierno sólo porque han sido lo suficiente precavidos para asegurárselos de antemano. Algunos de mis amigos hablaban como si mi propósito al venir al bosque no fuera otro que el de congelarme. El animal se limita a prepararse un lecho, que calienta luego con su propio calor; pero el hombre, descubridor del fuego, encierra cierta cantidad de aire en un compartimento y procede luego a calentarlo, en lugar de robarse a sí mismo; seguidamente, hace que su lecho, en el que puede recogerse libre del aprisionamiento de ropas gruesas, mantenga una especie de verano en medio del invierno; por medio de ventanas da entrada a la luz, y aun alarga con su lámpara la duración del día. Le gana así un par de pasos al instinto, y se hace con algún tiempo extra que dedica a las bellas artes. De modo que, si después de haber estado expuesto a los más crudos embates del clima durante demasiado tiempo mi cuerpo adolecía de cierto torpor, cuando me incorporaba a la acogedora atmósfera de mi casa, recobraba pronto mis facultades plenas y prolongaba mi vida. Con todo, ni siquiera el hombre mejor alojado puede vanagloriarse de ello, ni es necesario que especulemos con el fin que le espera finalmente a la raza humana. Sería fácil segar sus hilos en cualquier momento con una ráfaga más cruda del Norte. Seguimos fechando con el recuerdo de los Viernes Fríos y las Grandes Nevadas;[1] pero un viernes un poco más frío o una nevada algo mayor pondrían fin a la existencia del hombre en la tierra.

El invierno siguiente, y por economía, me serví de un pequeño fogón para cocinar pues, el bosque, al fin y al cabo no era mío; sin embargo, no conservaba el fuego tan bien como el hogar abierto. Entonces, el cocinar había dejado de ser ya un lance poético para convertirse en simple proceso químico. En estos días de hornillo y demás, pronto se olvidará que solíamos asar patatas en las cenizas, a la manera de los indios. No sólo ocupó espacio aquella estufa, amén de dejar

1. Viernes Frío: 19 de enero de 1810. La Gran Nevada: 10 de diciembre de 1717. Trad.

olor, sino que ocultaba el fuego, y yo me sentí como si hubiera perdido un compañero. Siempre es posible descubrir un rostro en las llamas. Al mirarse en ellas al anochecer, el labrador purga sus pensamientos de la escoria y el polvo que se han adherido a ellos durante la jornada. Pero ¡ya no podía sentarme a contemplar el fuego! y las ajustadas palabras del poeta acudieron nuevamente a mi recuerdo con mayor fuerza:

Never, bright flame, may be denied to me
Thy dear, life imaging, close sympathy.
What but my hopes shot upward e'er so bright?
What but my fortunes sunk so low in night?

Why art thou banished from our hearth and hall,
Thou who art welcomed and beloved by all?
Was thy existence then too fanciful
For our life's common light, who are so dull?
Did thy bright gleam mysterious converse hold
With our congenial souls? secrets too bold?

Well, we are safe and strong, for now we sit
Beside a hearth where no dim shadows flit,
Where nothing cheers nor saddens, but a fire
Warms feet and hands —nor does to more aspire;
By whose compact utilitarian heap
The present may sit down and go to sleep,
Nor fear the ghosts who from the dim past walked,
And with us by the unequal light of the old wood fire talked.[1]

1. «Que nunca, llama brillante, pueda negárseme / tu cara y firme simpatía, imagen de vida / ¿Qué, si no mis esperanzas, se elevó tan resplandeciente? / ¿Qué, si no mi suerte, se hundió tanto en la negrura? / ¿Por qué eres proscrita de nuestros salones y hogares, / tú, la bien acogida y amada de todos? / ¿Tan fantástica era tu existencia / para la ordinaria luz de nuestra vida gris? / ¿Acaso tu brillante fulgor se regaló en misterios / con nuestras receptivas almas? ¿con secretos demasiado audaces? / Ya estamos seguros y fuertes de nuevo, aposentados / junto a un hogar donde no revolotean sombras confusas / donde nada alegra ni acongoja, y un fuego / calienta manos y pies, y a nada más aspira; / junto a cuya forma utilitaria y compacta / el presente puede recogerse y dormir / sin temor a los fantasmas venidos del pasado oscuro / para hablarnos a la incierta luz del viejo fuego de leña.» Ellen Hooper, publicado en *The Dial*, 1840. Trad.

14. HABITANTES DE ANTAÑO Y VISITANTES DE INVIERNO

Capeé algunas joviales tormentas de nieve, y no fueron pocos los gozosos anocheceres de invierno transcurridos junto a la chimenea mientras la nieve se arremolinaba locamente fuera y la voz del búho se entreoía apagadamente. No di con nadie en mis paseos durante varias semanas, a excepción de quienes ocasionalmente acudían al bosque en busca de leña que llevar luego en trineo hasta el poblado. Pero cuando decidí abrir un paso a través de la nieve más honda del lugar, los elementos vinieron en mi ayuda ya que, una vez lo hube practicado, el viento cubrió mis huellas con las hojas del roble, que absorbiendo los calores solares, fundieron la nieve de modo que no sólo conté luego con un cauce seco para mis pasos, sino con una guía también, llegada la noche, en la línea oscura que aquellas formaban. En lo que a compañía humana se refiere, me vi obligado a evocar a los antiguos habitantes de estos bosques. En el recuerdo de muchos de mis conciudadanos, la carretera que discurre a poco de mi casa resonaba aún con las risas y charlas de sus vecinos, y los bosques que la rodean aparecían mellados y salpicados aquí y allá con sus pequeños jardines y moradas, pese a que entonces aquél era mucho más denso y tupido que ahora. En algunos lugares, hasta yo lo recuerdo, los pinos de uno y otro lado rozaban de vez los costados del calesín viajero, y las mujeres y niños que se veían obligados a ir solos a pie a Lincoln lo hacían llenos de temor, y no era raro que ventilaran gran parte de su camino a la carrera. Aunque no se trataba sino de un caminejo que llevaba a los poblados vecinos o que parecía abierto tan sólo para uso de los taladores, hubo un tiempo en que su variedad, a la vez que reportaba más placer al viajero dejaba en su recuerdo una imagen menos efímera. Donde ahora atraviesa los campos abiertos entre la villa y el bosque, antes discurría entre los dispersos arces de un cenagal que cubría un lecho de leños o troncos caídos, cuyos restos dan base hoy, sin duda, a la polvorienta carretera que va desde la granja Stratten (hoy el hospicio) hasta la colina de Brister.

Al este de mi campo de judías, al otro lado de la ruta, vivía Cato Ingraham, el esclavo de Duncan Ingraham,[1] noble residente de la villa de Concord, quien hizo edificar una casa para aquél, al que concedió asimismo permiso para residir en Walden; Catón, pues, pero no el úti-

1. D. Ingraham, Esquire, el hacendado más rico de Concord hacia finales del siglo XVIII. Trad.

cense, sino el de Concord. Algunos dicen que era un negro de Guinea, y los hay que todavía se acuerdan de su finquilla, entre nogales que dejó crecer para cuando fuera viejo y tuviera necesidad de ellos; sin embargo, un especulador más joven y de tez mas blanca le ganó la vez. Pero, también éste ocupa ahora una cabana igual de minúscula. Todavía se ve la entrada de Cato, a medio cerrar, aunque son pocos quienes la conocen, pues una hilera de pinos la oculta a la vista del caminante y ha sido invadida ya por el zumaque (*Rhus glabra), y* una de las especies más tempraneras de la caña dorada (*Solidago stricta*) crece ahora allí con exuberancia.

Junto al límite mismo de mi campo y más cerca aún de la villa tenía su humilde morada la negra Zilpha, que hilaba para las gentes de la aldea y hacía resonar los bosques de Walden con su agudo canto, pues no era poco notable y sonora su voz. Con el tiempo, durante la guerra de 1812, su casa sería incendiada en su ausencia por unos soldados ingleses, prisioneros en libertad bajo palabra; gato, perro y gallinas perecieron en el lance. Era la suya una vida dura y harto cruel. Un viejo conocedor de estos andurriales recuerda que en una ocasión, al pasar hacia el mediodía cerca de la casa, oyó a la negra exclamar para sí misma: «¡No eres otra cosa que huesos, huesos!». Precisamente por allí he encontrado algunos ladrillos dispersos entre los robles jóvenes.

Camino abajo, a mano derecha, en una colina, vivió Brister Freeman, «negro útil para todo», un tiempo esclavo del hacendado Cummings; no quedaban ya sino los manzanos que un día plantara y atendiera, árboles viejos y retorcidos, de fruto que para mi gusto resultaba algo áspero y cidrero. No ha mucho que leí su epitafio en el antiguo camposanto de Lincoln, en un lugar algo apartado, próximo a las tumbas anónimas de unos granaderos ingleses caídos durante la retirada de Concord; dice allí: «Sippio Brister», «*Escipión el africano*» habría de llamársele, no sin razón, «un hombre de color», como si careciera de él. El epitafio me reveló asimismo clara y concisamente la fecha de su fallecimiento, lo que indirectamente me informaba de que, en efecto, había vivido. Y con él, Fenda, su mujer, echadora de cartas y buenaventuras, acogedora, voluminosa y negra donde las hubiera, más negra que los hijos de la noche; jamás se había visto ni se vería mole tan oscura en Concord.

Ladera abajo, a la izquierda, a lo largo del camino viejo del bosque pueden apreciarse los restos de algún establecimiento que fuera de la familia Stratton, cuya huerta antaño cubriera toda la falda de la colina de Brister antes de ser invadida y desplazada por los pinos pitea, salvo

por lo que a algunos tocones o cepas se refiere, que aún hoy suministran renuevos silvestres a algunos de los árboles más prósperos del pueblo. Más cerca aún de la villa, accedemos a las tierras de Breed, al otro lado del camino, junto al borde mismo del bosque, terreno famoso por las gestas de un demonio mal identificado en la antigua mitología, que, no obstante, ha desempeñado un destacado e importante papel en la vida de nuestra Nueva Inglaterra y que merece tanto como cualquier otro personaje mítico que su biografía sea escrita algún día; que se ofrece como preciosa asistencia y amigo, y que luego roba o da muerte a toda la familia: el ron de Nueva Inglaterra. Pero la historia no debe registrar aún las tragedias ocurridas aquí; dejemos que el tiempo intervenga en cierta medida para paliarlas y darles una pátina azulada. La tradición más vaga y dudosa dice que una vez hubo también aquí una taberna; el pozo sigue siendo el mismo que rebajaba antaño la bebida del viajero o que aplacaba la sed de su rocín. Aquí intercambiaban saludos los hombres, se escuchaban unos a otros, transmitían las nuevas y, al fin, reemprendían el camino.

La choza de Breed permanecía aún en pie hará una docena de años, aunque desocupada desde ya muchos. Por sus dimensiones, se asemejaba a la mía y, si mal no recuerdo, fue incendiada por unos jovenzuelos descarados un día de elecciones. Por entonces yo vivía junto a la linde del poblado y acababa de enfrascarme en el «Gondibert» de Davenant;[1] era en aquel invierno en que me daban letargos que, por cierto, no sé si atribuir a achaque familiar, pues tengo un tío que se queda dormido al afeitarse y que se veía obligado a desbrotar las patatas de su almacén en domingo, a fin de mantenerse despierto y cumplir con el precepto, o a mi intento de leer la colección de poesía inglesa de Chalmers[2] sin saltarme ninguna entrada. La verdad es que casi pudo con mis nervios.[3] Acababa de centrar mi atención sobre aquélla cuando las campanas sonaron a rebato y las bombas contra incendios empezaron a circular a toda prisa de un lado a otro, escoltadas por la tropa harto desordenada de hombres y muchachos; me uñí al grupo de cabeza saltando el arroyo. Los que habíamos acudido ya a otros incendios opinamos que el fuego se había desatado por el sur, más

1. Sir William Davenant (1606-1668), dramaturgo y empresario teatral inglés, sucesor de Ben Jonson como poeta de la Corte. Fue el primero en introducir la ópera en Inglaterra y en emplear actrices y decorados pintados. Su poema épico «Gondibert», inconcluso, apareció en 1651. Trad.

2. Alexander Chalmers: *The works of the English poets from Chaucer to Cowper* (Londres, 1810). Trad.

3. *Nervii*, tribu germánica vencida por César en 57 a. de 1C. Trad.

allá del bosque. «¡Es en la granja de Baker!», gritó uno; «¡En la de Codman!», afirmó otro. De pronto pudo oírse una renovada crepitación en la floresta, como si se hubiera hundido su techo, y todos gritamos al unísono: «¡Concord a la ayuda!». Las carretas se lanzaron a uña carrera desenfrenada con su abigarrada carga, entre la que acaso contara también el agente de la compañía de seguros, obligado a ir a todo ruego fuere donde fuere; por doquier sonaba la campana, cada vez más sonora y resuelta; y en la retaguardia, como se murmuraría más tarde, iban los que dieran la voz después de haber provocado el incendio. Seguimos, pues, como verdaderos idealistas, haciendo caso omiso de la evidencia que nos ofrecían nuestros sentidos, hasta que tras una vuelta del camino pudimos oír el chisporroteo y sentir las oleadas del calor que desbordaba el muro lindante y nos dimos cuenta ¡ay! de que a poco a poco damos de frente con el fuego mismo, cuya mera proximidad enfrió un tanto nuestro enardecido ánimo. De momento pensamos en vaciarle una vecina charca de ranas; luego, decidimos dejar que la cabana ardiera, de vieja y derruida que ya estaba. Nos quedamos, pues, junto a la bomba, empujándonos unos a otros y hablándonos a gritos o rememorando en voz baja las grandes conflagraciones, incluida la de la tienda de Bascom, de que había sido testigo la humanidad; y en nuestro fuero interno decidimos que, de haber llegado realmente a tiempo con nuestra «tina» y de tener una charca a mano, habríamos convertido en diluvio ese incendio que amenazaba ser último y universal. Por fin, y sin causar daño alguno, nos retiramos a dormir y al «Gondibert». Pero, en lo que a éste se refiere, extractaría quizás aquel pasaje del prefacio, donde se habla de que el ingenio es la pólvora del alma, «aunque la mayoría de los humanos desconocen el ingenio, al igual que los indios la pólvora».

Dióse el caso de que recorriera yo ese camino la noche siguiente, en mi vagar por los campos hacia la misma hora que la víspera, cuando me fue dado oír unos débiles lamentos. Aproximándome al lugar vine a dar con el solo superviviente que conozco de esa familia, heredero de sus virtudes y vicios, único afectado, pues, por aquel incendio, y echado entonces cuan largo era sobre su vientre, mientras contemplaba desde la pared del sótano las cenizas aún ardientes más abajo, al tiempo que murmuraba un nosequé inintelegible, como tenía por costumbre. Había estado trabajando todo el día en los distantes campos del río y aprovechado los primeros momentos que pudo considerar verdaderamente suyos para rendir visita al hogar de sus padres y de su juventud. Miró hacia el sótano desde todos los ángulos posibles, como si un tesoro del que sólo él tuviera conocimiento se ocultara

entre aquellas piedras, meros restos calcinados e informes. Desaparecida la casa, contempló sus ruinas. Se consoló un tanto por la simpatía implícita en mi presencia, y me mostró —en la medida en que la oscuridad lo permitía— dónde se hallaba el pozo cubierto que ¡gracias a Dios! nunca podría quemarse. Buscó a tientas durante mucho rato a lo largo de la pared, hasta dar con la roldana que su padre había tallado y montado, y luego con la argolla o gancho de hierro contrapesado en uno de sus extremos —poco más le quedaba ahora a qué agarrarse— para convencerme de que no se trataba de una obra cualquiera. Lo toqué, y aún hoy reparo en él casi cada día en mis paseos, pues del mismo cuelga la historia de toda una familia.

También a la izquierda, desde donde ahora se ve el pozo y el macizo de lilas junto al muro, vivieron Nutting y Le Grosse, ya en campo abierto. Pero sigamos hacia Lincoln.

Más adentrado en los bosques que cualquiera de los antedichos, se instaló furtivamente el alfarero Wyman, cerca de donde la carretera discurre ya junto a la laguna. Suministraba cacharros a sus conciudadanos y dejó allá sus descendientes.[1] Ninguno de ellos poseía gran cosa, y mientras vivieron ocuparon el lugar por tácito consentimiento. Vana y frecuentemente acudía allá el alguacil a recabar el pago de los impuestos, contentándose luego con embargar un leño, por lo de las formas, como he leído, pues no había más de qué echar mano. Un día de mediados de verano, un hombre cargado de cacharros con destino al mercado vino a interrumpir mi escarda al detener su caballo junto a mi claro para inquirir por Wyman el joven. Hacía mucho que le había comprado un torno y quería saber qué se había hecho de él. Yo había leído de barros y ruedas de alfarero en la Biblia, pero jamás se me había ocurrido que las ollas que empleamos no eran las que desde entonces han llegado hasta nosotros intactas, ni que no crecieran como las calabazas en algún lugar remoto, de manera que me complació en extremo el oír que un arte tan elástico como aquél había sido practicado siempre en mi vecindad.

El último habitante de estos pagos antes de mi presencia en ellos fue un irlandés, Hugh Quoil[2] (si me he dado para el nombre suficiente traza), quien ocupó el terreno de Wyman. Coronel Quoil le llamaban, y se rumoreaba que había sido soldado en Waterloo. De haber

1. Murió en 1843. Trad.

2. («If I have spelt his name with coil enough»), donde *coil* significa resorte o muelle helicoidal. Se trata de un juego de palabras alusivo a la particular vocalización del nombre. Trad.

vivido, le habría hecho librar de nuevo sus batallas. Su oficio aquí era el de cavador de zanjas. Napoleón acabó en Santa Helena; Quoil vino a parar a los bosques de Walden. Todo lo que sé de él es trágico. Era un hombre con maneras, con mundo, y capaz de sostener una conversación mucho más civil de lo que cabría esperar. Por sus accesos de *delirium tremens* solía vestir un largo levitón, incluso en verano, y mostraba siempre el rostro de color carmesí. Murió en plena carretera, en la falda de la colina de Brister, al poco de mi llegada al bosque, de modo que no he podido guardar de él como vecino ningún recuerdo. Visité su casa, que sus camaradas evitaban como «castillo siniestro», antes de que fuera derribada. Allí estaban sus trajes, arrugados por el uso, como si fuera él mismo lo que yacía sobre el desvencijado lecho de tablas. Vi su pipa quebrada junto al hogar, en lugar de ser cántaro roto junto a la fuente.[1] Ésta no podría haber sido nunca símbolo de su muerte, pues me confesó en una ocasión que, aunque había oído hablar de la fuente de Brister, jamás la había visto. Naipes sucios, reyes de diamantes, picas y corazones aparecían dispersos por el suelo. Un único pollo, negro, que el administrador no había podido capturar, oscuro como la noche e igual de silencioso pues ni siquiera rezongaba, acudía aún cada noche, a la espera de Reynard,[2] en busca de percha en la habitación contigua. Por detrás se apreciaba el bajo contorno de una huerta, que habiendo sido plantada esperaba aún su primera escarda, no recibida precisamente por causa de aquellos terribles ataques delirantes, aunque nos hallábamos ya en la época de la recolección. Había sido invadida por el ajenjo amargo y por «amor de hortelano»[3] que en última instancia se adhería a mis ropas a guisa de frutos. En la parte trasera de la casa había sido tendida una piel de marmota, aún fresca, como postrer trofeo de su último Waterloo; pero él ya no necesitaba gorro caliente alguno ni pantuflas.

Para marcar el emplazamiento de estas habitaciones no queda ya sino un hoyo en el suelo, donde se han amontonado las piedras que un día hicieran muro o sótano; y las fresas, sangüesas, frambuesas negras, avellanos silvestres y zumaques crecen ahora hacia el sol ocupándolo todo; algún pino pitea o roble retorcido se ha adueñado del lugar que fuera de la chimenea, y un negro abedul de suave fragancia se mece donde acaso se encontrara antaño el dintel de la puerta. A veces es visible la oquedad del pozo, donde tiempo ha brotaba un ma-

1. Eclesiastés, 12:8. Trad.
2. *Le renard,* el zorro. Trad.
3. *Videns frondosa.* Trad.

nantial; ahora se ve hierba seca y sin lágrimas; y puede que para que no fuera descubierto hasta un día remoto, el último de aquella raza en partir lo soterrara profundamente bajo una laja pétrea. ¡Qué penoso debe ser el cubrir un pozo!, acto que coincide con la abertura de otro abundante en lágrimas. Estos escalones del sótano, viejos agujeros parecidos a desierto cubil zorruno, es todo lo que queda donde un día resonara el bullicio y la animación de vida humana y donde «el destino, el libre albedrío y la presciencia absoluta»,[1] de alguna forma y en no importa qué dialecto era por turno objeto de discusión. Sin embargo, todo lo que me cabe colegir de sus conclusiones no es sino que «Cato y Brister lo pasaron mal», lo cual es casi tan edificante como la historia de las escuelas de filosofía más famosas.

Crece aún la vivaz lila, una generación después de que puerta, umbral y dintel hayan desaparecido, abriendo sus flores de dulce aroma todas las primaveras para que las arranque el caminante abstraído; sembrada y cuidada antaño por manos infantiles en arriates fronteros a la casa, la última de la estirpe se acurruca ahora en algún rincón humilde de retirado pasto para hacer lugar a los nuevos y pujantes bosques. Poco se imaginaban aquellos niños morenos que el esqueje diminuto, de apenas dos yemas, que ellos hincaron en el suelo a la sombra de la casa y que regaron a diario, enraizaría de tal manera para sobrevivirles, y se instalaría en el mismo lugar de lo que le daba sombra, para hacerse jardín y huerto del hombre y para contar quedamente su historia al solitario errante medio siglo después de que aquellos crecieran y desaparecieran, floreciendo con tanta belleza y aromando con igual dulzura que en su debutante primavera. No puedo dejar de reparar en su color lila, tierno, alegre y aún fresco.

Pero ¿por qué fracasó esta aldehuela, germen de mayor empresa, en tanto que Concord medraba? ¿Acaso no había también allí ventajas naturales, derechos de aguas? ¡Ay! el profundo estanque de Walden y la fría fuente de Brister, el privilegio de beber largos y saludables tragos, que aquellos hombres no aprovecharon más que para diluir sus bebidas. Era una raza eternamente sedienta. ¿Por ventura no habrían podido florecer allí las artes del cestero, del fabricante de escobas o felpudos, del tostador de maíz, del tejedor o del alfarero, haciendo que el erial floreciera como la rosa[2] y que una nutrida descendencia heredara el terreno paterno? El suelo estéril se habría resistido por lo menos a la degeneración de las tierras bajas. ¡Ay! ¡Qué poco aporta el recuer-

1. Milton: *Paradise Lost,* 2:560. Trad.
2. Isaías, 35:1. Trad.

do de estos habitantes humanos a la belleza del paisaje! Quizá la naturaleza pruebe conmigo de nuevo como primer colono, y mi cabana levantada la primavera pasada resulte la más antigua del lugar.

No sé que nadie haya edificado antes en el solar que ocupo. Libradme de toda ciudad erigida en el emplazamiento de una más antigua, donde la materia es ruina y los jardines cementerios. Ahí el suelo es yermo y maldito, y la tierra misma será destruida antes de llegada su hora. Con reminiscencias así iba repoblando yo los bosques y arrullando mi sueño.

Rara vez tenía visitantes en esta época del año. Cuando la nieve era espesa, bien podía pasarme una semana, quizá dos, sin ver un alma; pero ahí seguía yo, tan recogido y cómodo como una chinche de campo o como el ganado y la volatería que se dice han sobrevivido, hasta sin alimentos y aun sepultados durante largo tiempo por un alud, o como la familia de aquel primitivo colono de la ciudad de Sutton, en este mismo Estado, cuya alquería fue cubierta del todo estando el ausente, con ocasión de la gran nevada de 1717, y que al fin fuera rescatada por un indio, gracias al agujero que el tiro de la chimenea había abierto en aquella masa blanca. Pero, no había indio amigo que se preocupara de mí, ni falta que hacía, pues el amo estaba en casa. ¡La Gran Nevada! ¡Cuán agradable es oír hablar de ella! Cuando los colonos no pudieron dirigirse a los bosques y marismas con sus yuntas y se vieron obligados a derribar los umbrosos árboles que crecían frente a su porche; y cuando la helada corteza de la nieve se hizo tan dura que los talaron sobre el pantano a tres metros del suelo, como se vería más tarde, llegada la primavera y el deshielo.

Cuando se producían las tormentas más fuertes, el sendero que yo seguía de algo así como media milla desde la carretera hasta mi cabana, podría haber sido representado como una línea sinuosa apenas señalada por puntos muy separados entre sí. Durante una semana de buen tiempo empleé el mismo número de pasos, de igual longitud, para ir y venir, caminando deliberadamente sobre mis propias huellas con una precisión que diríase fijada a compás —a tal rutina nos reduce el invierno—, y viendo a menudo reflejado en ellas el mismo azul del cielo. Sin embargo, no hubo tiempo alguno que interfiriera decididamente con mis pasos o mis excursiones foráneas, pues con frecuencia recorría ocho o diez millas sobre la nieve más honda para acudir a mi cita con un haya, con un abedul amarillo o con un viejo conocido entre los pinos; cuando el hielo y la nieve doblaban sus ramas y afilaban así sus copas, los pinos se transformaban en abetos; vadeando caminos de cumbres elevadas, donde la nieve alcanzaba más de medio metro

sobre el terreno llano, y provocando mis propios aludes cada vez que un paso adelante me hacia sacudir la cabeza; o avanzando en ocasiones sobre manos y rodillas, cuando los cazadores hacía mucho que se habían reintegrado a sus cuarteles de invierno. Una tarde me entretuve gozoso observando a una lechuza listada (*Strix nebulosa)* posada en una de las ramas inferiores, ya muertas, de un pino blanco, cerca del tronco, a pleno día, y a una percha apenas de mí.

Oía mis pasos vacilantes, pero no alcanzaba a verme; y cuando el ruido se hacía mayor, enderezaba el cuello y rizaba las plumas que lo vestían, al tiempo que abría los ojos de par en par; pero sus párpados se cerraban de nuevo y pronto volvía a sus cabezadas. También yo empecé a sentir cierta modorra al cabo de media hora de observarla, posada así con los ojos semiabiertos como un gato, hermana alada de éste. Apenas si traslucía una estrecha rendija en aquellas cortinas, a través de las cuales guardaba conmigo una relación peninsular; así, con los ojos semicerrados, mirando desde el país de los sueños y tratando de localizarme, siendo yo vista u objeto vago que interrumpía sus visiones. Con el tiempo, y como produjera yo un ruido más fuerte o me acercara en demasía, el ave empezó a dar muestras de inquietud moviéndose perezosamente en su percha, como impaciente por haber sido molestada en su soñar; y cuando por fin emprendió el vuelo entre los pinos, abriendo sus alas desmesuradamente, no alcancé a percibir el menor ruido. Guiada entre las ramas por un fino sentido que le hacía notar la proximidad de aquéllas, más que por la vista, y tanteando su ruta crepuscular, diríase que con sensitivos alones, fue a posarse a otro lugar, en calma espera del amanecer de su particular jornada.

Siguiendo el terraplén alzado para el ferrocarril sobre la pradera, más de una vez hube de vérmelas con el azote helado y mordiente del viento, que en ningún otro lugar sopla tan a su aire como aquí; y cuando la helada me castigaba una mejilla, yo, pese a ser pagano, le ofrecía la otra.[1] Y no era mejor la situación a lo largo de la carretera de Brister; pero yo me dirigía a la villa tranquilo, como indio amigo, mientras toda la nieve de los grandes espacios abiertos iba amontonándose contra los bordes del camino de Walden y bastaba media hora escasa para cubrir las huellas del último viandante. A mi regreso, y para mayor esfuerzo, la nieve se había acumulado de nuevo, allá donde el viento del noroeste había ido espolvoreándola en torno a una brusca vuelta del camino, y donde no era posible distinguir el rastro de un conejo y ni siquiera la impresión más leve, en pequeños caracteres, de

1. San Mateo, 5:39. Trad.

una musaraña campera. Con todo, rara vez dejé de encontrar, aun en pleno invierno, algún aguazal cálido y esponjoso donde crecieran hierbas y yaros fétidos con verdor perenne, y en el que alguna ave de más brío aguardara a veces el retorno de la primavera.

En ocasiones, y a pesar de la nieve, cuando regresaba a casa con la caída de la tarde tropezaba con las profundas huellas de algún leñador,[1] que arrancaban desde mi cabana, en cuyo interior flotaba todavía el aroma de su pipa, mientras que la llar aparecía ornada de las astillas y desbastes por él dejados.[2] También, algún domingo por la tarde y si me encontraba en casa, podía oír el crujir de la nieve bajo las botas de un astuto granjero[3] que, procedente de muy lejos allende los bosques, venía a buscar en mi compañía la ocasión de intercambiar algo de «chachara» social; se trataba de uno de esos raros representantes de su clase, «hombres, amén de campesinos», que visten blusón en lugar de toga, y que tanto extraen una moraleja de los problemas de la Iglesia o del Estado como levantan una carga de estiércol de su establo. Hablábamos de tiempos pasados, más duros y más sencillos, cuando los hombres se reunían en torno a un fuego, con las ideas claras, mientras apretaba el frío crudo y seco; y a falta de mejor postre, probábamos nuestros dientes en las nueces de largo abandonadas por las sagaces ardillas, sabedoras de que, por lo común, las de cascara más dura están vacías.

Pero era un poeta[4] quien venía a mi refugio desde más lejos, salvando las nieves más densas y las tempestades más estremecedoras. Un labrador, un cazador, un soldado, un periodista e incluso un filósofo podían ceder al temor; pero nada intimida al poeta, pues es el amor lo que le mueve. ¿Quién puede predecir jamás sus idas y venidas? Sus ocupaciones le hacen salir a todas horas, incluso a las que los médicos dedican al sueño. Juntos hacíamos resonar de alegría sin freno aquella casita, que recogía también el murmullo de mucha y sensata conversación, compensando así al vallecillo de Walden por sus largos silencios. Broadway resultaba tranquilo y desierto en comparación. Con intervalos regulares se sucedían las explosiones de risa, que tanto podían celebrar la ocurrencia reciente como la que había de seguirla. Sobre un ligero plato de gachas compartido, formulábamos teorías de «nuevísima cosecha», donde se combinaban

1. Aleck Therieu. Trad.
2. Costumbre campera de sacarle punta a un palo con un cuchillo. Trad.
3. Edmund Hosmer, amigo de Thoreau. Trad.
4. Channing. Trad.

las ventajas del buen humor con la claridad mental que requiere la filosofía.[1]

Y no debiera olvidar que durante el último invierno que pasé en la laguna tuve otro visitante bienvenido,[2] quien en una ocasión atravesó todo el pueblo, la nieve, la lluvia la oscuridad hasta divisar mi lámpara entre los árboles y que luego compartiría conmigo más de un largo atardecer invernal. Uno de los últimos filósofos, nacidos en Connecticut, vendió mercaderías primero de puerta en puerta; más tarde, según declara él mismo, sus propias ideas, que sigue ofreciendo por ahí, hablando de Dios y avergonzando al hombre, sin más producto que su cerebro, como la cascara encierra la almendra. Creo que es el hombre de más fe que he conocido. Sus palabras y actitud reflejan siempre un estado de las cosas mejor que el que les es dado conocer a otros hombres; y será sin duda el último en sentirse defraudado por la evolución de los tiempos. Sus proyectos no tienen nada que ver con el presente. Pero, aunque no se le aprecie apenas ahora, llegará el día en que la mayoría de las leyes que hoy la gente ignora se revelaran vigentes, y cabezas de familia y gobernantes acudirán a él en busca de consejo.

How blind that cannot see serenity

Un verdadero amigo; casi el único con que cuenta el progreso humano. Un *Viejo Mortal,* o más bien el *Inmortal*, que con fe y paciencia infatigables sabe hacer visible la imagen grabada en el cuerpo humano, Dios, del que aquél no es sino monumento encorvado y casi sin rostro. Su inteligencia vasta y generosa se abre a todos: niños, pordioseros, dementes, eruditos, a cuya evocación da siempre cabida, añadiéndole por lo general más amplitud y elegancia. Se me ocurre que debiera instalar una posada en plena ruta del mundo, en la que pudieran albergarse los filósofos de todas las naciones, y que llevara como

1. *...We made many a «bran new» theory of life over a thin dish of «gruel»...* sutilísimo juego de palabras, terriblemente thoreauiano, con *gruel*, plato de gachas, donde darle a alguien su *gruel* significa darle su merecido, o como dicen en Méjico, figurada y familiarmente: *Dar atole con el dedo* a uno equivale a embaucarle; y con *bran new,* donde, amén de convenir deliberadamente con el habla inculta (en lugar de *brand new,* nuevo del todo), puede que en buena socarronería thoreauiana, *bran* (= salvado, a trecho) indique también la mucha cascarilla que envolvía las «perlas» de su festivo caletre. Trad.

2. Amos Bronson Alcott, padre de Louise May Alcott, autora de *Mujercitas*. Trad.

3. «¡Cuán ciego el que no puede ver la serenidad!» Thomas Storer: *The life and death of Thomas Wolsey* (El Cardenal). Trad.

4. Personaje de la novela de Walter Scott. Trad.

blasón: «Se atiende al hombre, no a la bestia. Entrad quienes poseéis ocio y una mente serena y buscáis honradamente el camino recto».[1] De todas las personas que me ha sido dado conocer, quizá sea él la más sana, la menos caprichosa, siempre igual, ayer como mañana. Antaño habíamos vagado y conversado, dejando realmente al mundo atrás, pues él había nacido libre, no debía pleitesía a ninguna de las instituciones de aquél y era, en verdad, *ingenuus*. Miráramos donde miráramos, parecía que cielo y tierra se unían, pues él hacía más hermosa la belleza del paisaje. Un hombre vestido de azul, cuyo techo más apropiado es la bóveda misma del cielo, que refleja su serenidad. No se me ocurre que pueda morir jamás; la Naturaleza no podría pasarse sin él.

Comoquiera que ambos disponíamos de algunas ripias de pensamiento bien secas, común era que procediéramos a sacarles punta probando en ellas el corte de nuestro ingenio, admirando de paso el grano claro y dorado del joven pino blanco. Vadeábamos las aguas con tal dulzura y respeto o remábamos con semejante suavidad, que los peces del pensamiento no huían asustados de la corriente de las ideas, sino que iban y venían con toda libertad, como las nubes que flotan en el cielo de poniente formando rebaños nacarados antes de disolverse. Allí trabajamos reconsiderando la mitología, redondeando aquí y allá una leyenda y erigiendo en el aire castillos para los cuales la tierra no ofrecía cimientos dignos. ¡Noble observador! ¡Gran Augur!, el hablar con quien era una de las mil y una noches de Nueva Inglaterra. ¡Ah, qué conversaciones entreteníamos, ermitaño y filósofo, y viejo colono de que he hablado!, nosotros tres; mi casa se expandía y henchía con ellas. No me atrevería a decir jamás cuánto peso sobrecargaba la atmósfera que gravitaba por baldosa o ladrillo; pero las junturas se abrían de tal modo que había que calafatearlas arduamente después, para evitar derrames; pero yo ya me había hecho con suficiente estopa para tal fin.

Hubo aún otro[2] con quién compartí «densas sesiones» inolvidables, en su casa de la villa, y que ocasionalmente venía también a mi encuentro. Y ésa era toda la compañía de mi soledad.

Y también allá, como en todas partes, aguardaba yo al visitante que nunca llega.[3] Dice el purana de Visnú: «El amo de la casa permanecerá en su patio, por la tarde, tanto tiempo como lleva el ordeñar una vaca, o más si le place, en espera del visitante». Practiqué a menudo

1. En tos antiguos mesones solía leerse: «Entertainment for man and beast» (se atiende al hombre y a su montura). Trad.

2. Emerson. Trad.

3. Cf. Visnú Purana. Trad.

este deber de hospitalidad, aguardé tiempo suficiente como para ordeñar un rebaño entero de vacas, pero no vi acercárseme al hombre procedente de la villa.

15. *ANIMALES DE INVIERNO*

Cuando las lagunas se hubieron helado del todo, no sólo ofrecían nuevas y más cortas rutas a muchos sitios, sino perspectivas inéditas del paisaje en torno. Cuando crucé la laguna de Flint, una vez cubierta de nieve, y a pesar de que había navegado y patinado en ella en repetidas ocasiones, se me antojó tan desusadamente vasta y extraña que me hizo pensar en la bahía de Baffin. Las colinas de Lincoln se alzaban a mi alrededor al extremo de una llanura nevada en la que no recordaba haber estado nunca antes; y los pescadores, a distancia indefinible sobre el hielo, desplazándose lentamente con sus lobunos perros, no parecían sino cazadores de focas o esquimales, cuando no, si el tiempo era neblinoso, criaturas fabulosas en continuo movimiento, imposibles de definir en modo alguno. Yo tomaba siempre esa ruta cuando me dirigía a mis clases en Lincoln, en recorrido sin carretera, sin edificación alguna de referencia entre mi cabana y el aula. En Goose Pond, de camino, vivía una colonia de ratas almizcleras que erigían sus madrigueras por encima del hielo, aunque jamás me fue dado el sorprender a ninguna a la intemperie. Walden, como los demás lugares libres de nieve o con sólo algunos retazos delgados y dispersos, era mi reserva recreacional, por así decir, donde podía pasearme sin problemas mientras la nieve alcanzaba dos palmos y aun más en otros sitios y mantenía a mis conciudadanos confinados en sus calles. Y allí, lejos del tráfago callejero y, salvo en algunas ocasiones raras, del cascabeleo de fugaces trineos, me deslizaba y patinaba, como en un anchuroso corral de antas bien pisoteado, entre robledales y pinos solemnes, doblados bajo el peso de la nieve o erizados de carámbanos.

En lo que a los sonidos se refiere, en las noches de invierno y con frecuencia durante el día podía oír la desamparada voz, y sin embargo melodiosa, del cárabo infinitamente lejano; un sonido como el que emitiría la tierra helada si fuere golpeada con un plectro adecuado, la genuina *lingua vernacula* de la laguna de Walden, y ¡tan familiar para mí a la postre! pese a que jamás pude ver al ave que lo causaba. Rara vez abrí mi puerta al atardecer invernal sin que me fuera dado oírlo. Un *ju ju ju, juá ju* sonoro, a modo de salutación cortés al extraño, con un *ju ju* más circunspecto. Un anochecer del invierno temprano, antes de

que la laguna se helara del todo, fui sobresaltado a eso de las nueve poco más o menos por el estentóreo graznido de un ganso. Me asomé a la puerta de mi cabana y pude oír el aleteo frenético de la bandada, como tempestad cernida de pronto sobre el bosque tras haber rasado casi mi techumbre. Sobrevolaron las aguas en dirección a Fair Haven, al parecer disuadidas de posarse antes por la luz de mi habitáculo, dirigidos por el rítmico vocear del ave en funciones de comodoro. De pronto, una inconfundible úlula, muy próxima a mi lugar y dotada de la voz más estridente y poderosa que jamás oyera de ninguno de los habitantes de la laguna, respondió con intervalos regulares al ganso vociferante, como si estuviera decidida a exponer a la desgracia pública a aquel intruso venido de la bahía de Hudson, y para ello hiciera gala de un registro vocal mucho más amplio y potente, con el fin de correrle, entre abucheos, fuera del horizonte de Concord. ¿Qué significa eso de alarmar la ciudadela a esas horas de la noche que me han sido consagradas? ¿Acaso crees que puedes sorprenderme ahora o que no tengo pulmones y laringe tan buenos como los tuyos? *¡Bu-ju, bu-ju, bu-ju!* Es uno de los desacordes más espeluznantes que jamás he oído. Y sin embargo, al sentido más diferenciador y fino, revelaba en su composición elementos de una armonía nunca apreciada u oída por estas llanuras.

También oía en la laguna las convulsiones del hielo, como si mi gran compañero de dormitorio en aquella parte de Concord se viera molestamente aquejado de flatulencias o pesadillas; o me despertaba al crujido de la tierra bajo la helada, como si alguien hubiera empujado una yunta contra mi puerta, para descubrir, llegado el día, la presencia de una grieta de un cuarto de milla de longitud y de casi un centímetro de anchura.

A veces llegaba hasta mí la voz de los zorros que pespunteaban la corteza nevada en las noches de luna en busca de una perdiz u otra presa, ladrando al plurísono y demoníacamente como perros de la pradera, como si en su esfuerzo hubiera también ansiedad o como en un intento de lograr verdadera expresión, afanándose en pos de luz y por convertirse en perros de una vez, para correr libremente por las calles; pues si tomamos en consideración las edades transcurridas. ¿No es posible que entre los brutos progrese una civilización al igual que lo hace entre los hombres? Se me antojaban hombres rudimentarios, practicantes de túneles, todavía a la defensiva en espera de su transformación. Alguna vez venía uno hasta mi ventana atraído por la luz, me dedicaba una maldición vulpina y se retiraba sin más.

Por lo general me despertaba la ardilla roja (*Scirus hudsonius*) co-

rreteando al alba sobre mi techo y arriba y abajo de las paredes de mi cabana, como si hubiera sido enviada desde el bosque con este propósito. Una vez, en invierno, esparcí frente a la puerta medio saco de mazorcas de maíz que no habían madurado y experimenté el contento de observar los movimientos de los diferentes animales que fueron tentados por ellas. Con el crepúsculo y de noche acudían con regularidad los conejos, y ciertamente con apetito. Durante el día no cesaban de corretear las ardillas, que me proporcionaban no poco entretenimiento con sus maniobras. Aparecía una de pronto entre los robles enanos, avanzando como a empellones sobre la nevada alfombra, como si se tratara de una hoja a merced del viento; ora unos pasitos por aquí, ora unos pasitos por allá, con gran derroche de energía en sus correteos, que apenas si le proporcionaban unos metros tan sólo de avance; luego, haciendo una pausa y dibujando en su rostro una expresión festiva, que había precedido de una voltereta gratuita y, como si todos los ojos del universo hubieran fijado su mirada en ella —pues todos los movimientos de una ardilla, incluso en los recesos más solitarios del busque, implican la presunta presencia de espectadores, al igual que ocurre en el caso de las bailarinas— y dedicando más tiempo a la dilación y a la circunspección del que habría sido necesario para recorrer simplemente toda la distancia —jamás vi andar a una ardilla— para encontrarse de pronto, antes de lo que cuesta decir buenos días, sobre un pinillo vecino, haciendo tiempo y provocando la impaciencia de los espectadores, en ameno soliloquio y dirigiéndose a todo el universo a la vez sin razón que me fuera posible detectar jamás o, me temo, que supiera, para ¡al fin! alcanzar la mazorca y dar cuenta de ella después de haberse encaramado de ese modo trigonométricamente incierto en la parte más alta de mi pila de madera de delante de mi ventana, desde donde me miraría descaradamente al rostro después de haber ido a proveerse de un nuevo bocado. El acto podía durar horas. La consumición del alimento procedía curiosamente; el animal roía al principio con gran voracidad, pero desechaba olímpicamente las mazorcas a medio consumir. Más tarde, más tiquismiquis, jugueteaba con su comida probando sólo la parte interior del grano, con lo que las más de las veces su presa, sujeta en difícil equilibrio entre la pata y un leño, eludía la descuidada prensión y caía al suelo, donde era contemplada con una expresión ridicula de incertidumbre, como si la ardilla sospechara que poseía vida propia, al tiempo que hacía cabalas sobre si valía la pena recuperarla o más bien ir en busca de una nueva, o de descanso; atendiendo ahora al maíz en sus pensamientos y escuchando luego el mensaje del viento. De manera que aquella frescales

era capaz de estropear numerosas mazorcas en tan sólo la mitad del día, hasta que, por fin, dando con una grande y voluminosa, considerablemente mayor que ella misma, partía en dirección al bosque haciendo alardes de equilibrio con la carga, como si se tratara de un tigre con un búfalo, y siguiendo un curso igual de zigzagueante, con las mismas pausas, entrechocando con los obstáculos y cayendo una y otra vez por el peso, aunque a lo largo de una diagonal trazada entre la horizontal buscada y la perpendicular habida, con resuelto propósito de avanzar a toda costa. ¡Singular, frivolo y curioso sujeto! que no pararía hasta alcanzar sus lares quizá en la cumbre de un pino perdido a cuarenta o cincuenta perchas del lugar, señalado en el bosque por una radial dispersión de mazorcas desde su base.

Y por fin llegaban los grajos, precedidos por el sonido de su discordante voz, que les ganaba casi medio kilómetro de ventaja mientras cansina y como subrepticiamente se acercaban al lugar saltando de árbol en árbol, desconfiados y reservones, tomando aquí y allá las mazorcas abandonadas por las ardillas. Luego, posados en la rama de un pino pitea trataban de engullir acaso un grano demasiado voluminoso para su garganta. Ahogo, agitación y, por último, expulsión laboriosa antes de dedicar una hora o más a la tarea de cascarlo a golpes de pico. Eran ladrones manifiestos y yo no sentía mucho respeto por ellos; las ardillas, en cambio, aunque tímidas al principio, iban a la tarea como si no estuvieran tomando sino lo que les pertenecía.

Entretanto, hacían aparición también las bandadas de paros que, tomando los restos abandonados por las ardillas volaban con ellos hacia la rama próxima, donde, después de prenderlos firmemente entre sus garras, llevaban una y otra vez su pequeño pico contra ellos, como si se tratara de insectos de la corteza, hasta que los reducían a un tamaño adecuado a su estrecha gola. Un pequeño grupo de esas avecillas acudían diariamente a buscar su cena entre mi leña o junto al umbral salpicado de migajas, dejando oír sus silabeantes y cantarinas notas, como carámbanos que entrechocaran en la hierba, y otras veces un vivaracho *dei, dei, dei;* más raro era y sólo en días de carácter primaveral, su *fi-bi* de estío, lleno de energía, que me llegaba ya desde la espesura. Se me hicieron tan familiares que, a la postre, uno fue a posarse en la mismísima pila de leña que yo entraba en la casa, y empezó a picotear los ramitos sin el menor empacho. En una ocasión, mientras me encontraba escardando un huertecillo del pueblo, un gorrión vino también a posarse un instante en mi hombro y yo me sentí más distinguido por esta circunstancia que por la más dorada charretera con que pudiéseme jamás adornar. También llegaron a hacérseme

muy familiares las ardillas, que no se recataban de pasar por encima de mi zapato si estimaban que era ese el camino más corto. Cuando la tierra no estaba cubierta aún del todo, y de nuevo hacia finales de invierno, cuando la nieve empezaba a fundirse en la ladera sur de mi cerrillo y alrededor de mi leña, las perdices abandonaban el bosque a primeras horas de la mañana y al retirarse el día, para acercarse en busca de alimentos. Cualquiera que sea el camino que toméis por el bosque siempre daréis con la perdiz, que alza el vuelo estrepitosa y repentinamente, sacudiendo la nieve de las hojas secas y ramitas altas, que hace caer como polvo dorado a la luz de los rayos de sol. Pues no es ave que amilane el invierno. A veces es cubierta por el alud, y otras se dice que «se lanza desde lo alto sobre la nieve blanda, en la que permanece oculta un día o dos». Yo solía asustarlas también en terreno abierto, al que habían acudido dejando la espesura para «despimpollar» los manzanos silvestres. No faltan a su cita cada noche con determinados árboles, junto a los cuales el solapado deportista espera al acecho, de manera que no es poco lo que sufren así los huertos lejanos de la parte del bosque. En cualquier caso, celebro que la perdiz se alimente. Es el ave de la misma Naturaleza, que se sustenta de pimpollos y dieta de agua.

En las oscuras mañanas de invierno o en sus breves tardes oía ocasionalmente los ladridos y lamentos de una jauría en tránsito, incapaz de resistirse al instinto de la caza, y la nota del corno que subrayaba a intervalos la presencia del hombre a la zaga. Los bosques se han vuelto a llenar de rumores, pero no surge zorro alguno en dirección a la laguna ni hay jauría que persiga incansable a su Acteón.[1] Y quizá por la noche vea a los cazadores de regreso a su posada con una sola cola que arrastrar del trineo como trofeo. Me dicen que si el zorro se ocultara en el seno de la tierra helada estaría a salvo, o que si se alejara siempre en línea recta, no habría perro que lo alcanzara; pero, después de haber dejado muy atrás a sus perseguidores, se detiene para recuperar fuerzas y escuchar hasta que se acercan de nuevo, y que cuando reemprende la huida, gira en círculo para regresar a sus viejos pagos donde le esperan ya sus enemigos. Algunas veces, no obstante, corre sobre un muro sus buenas perchas, para saltar a lo lejos del otro extremo; además parece no ignorar que el agua no conserva su olor. Un cazador me contó una vez que vio como un zorro perseguido saltaba a la laguna de Walden cuando el hielo estaba cubierto de charcos

1. Cazador que, convertido en ciervo por Diana a quien sorprendiera bañándose con sus ninfas, fue devorado por los perros de la diosa. Trad.

de poca profundidad, y cómo, después de atravesar gran parte de ella, regresaba de nuevo a la orilla. Llegaron los perros, mas habían perdido el rastro. No era raro tampoco que una jauría, de caza por su cuenta, cruzara delante de mi puerta aullando y gimiendo sin prestarme siquiera atención, como presa de una especie de locura tal, que nada podía arrancarles de su empeño. Así daban vueltas y más vueltas hasta dar con un rastro aún caliente, pues por tal el perro auténtico lo abandona todo. Un día llegó a mi cabana un hombre de Lexington preguntando por su can, que había descubierto un gran rastro y llevaba ya una semana cazando por su cuenta. Sin embargo, me temo que no le saqué de mucho, pues cada vez que intentaba responder a sus preguntas, me interrumpía con las mismas palabras: «¿Qué hace usted aquí?». Había perdido un perro y encontraba un hombre.

Un viejo cazador, taciturno él, que solía venir a bañarse a Walden una vez al año cuando el agua alcanzaba su momento más cálido, y que entonces no dejaba de hacerme una visita, me dijo que en cierta ocasión había tomado su escopeta, años ha, para darse un paseo por el bosque de Walden, y que marchando por el camino de Wayland, oyó las voces de una jauría; al poco, un zorro saltó el muro cayendo delante de él, y de otro brinco salvó el del lado opuesto burlando su disparo. Un instante después fueron una vieja perra y sus tres cachorros los que se le cruzaron como alma que lleva el diablo, siempre en pos del raposo. Avanzada ya la tarde, mientras se tomaba un descanso en mitad de la espesura que queda al sur de Walden, oyó de nuevo los ladridos por la parte de Fair Haven. Y así, más y más, en incansable acoso. Las voces hacían resonar la floresta toda, y cada vez más cerca, ora desde Well-Meadow[1] ora desde la granja de Baker. Permaneció inmóvil durante algún tiempo prestando oídos a su música, tan dulce al cazador, cuando de repente surgió de nuevo el zorro deslizándose fácilmente con paso ligero por aquellos tupidos corredores, donde el rumor de las hojas encubría sus prisas, tranquilo y veloz, decidido y seguro de sí mismo, dejando atrás a sus perseguidores; luego, brincando sobre un peñasco se detuvo tieso y a la escucha, dándole el lomo al cazador. La compasión contuvo su brazo un instante; pero el sentimiento fue efímero y con igual rapidez con que una idea sucede a otra, aquél se encaró el arma y *¡Bang!...* rodó la pieza a sus pies. El hombre se quedó donde estaba, atento a las voces de los perros. Se acercaban llenando el ámbito de ecos demoníacos; al fin apareció la vieja hembra, hocico pegado al suelo y dentelladas al aire, como ,po-

1. Arroyo Español, al norte del remanso de Fair Haven. J. Gárate, *op. cit.*, p. 252.

seída, y se dirigió directamente a la roca. Pero al ver al raposo muerto cesó inmediatamente en sus aullidos, como anonadada de asombro. Uno tras otro llegaron los cachorros, que, como su madre, enmudecieron ante aquel misterio. Luego avanzó el cazador para plantarse en medio de la escena; el enigma quedó resuelto. Los animales aguardaron en silencio mientras aquél despellejaba su presa; observaron un tiempo como cepillaba la piel y reemprendieron el regreso al bosque. Aquella noche un hacendado de Weston se llegó hasta la cabana del cazador de Concord para inquirir por sus canes, diciéndole que llevaban una semana cazando solos por aquellos andurriales. El de Concord le contó lo sucedido y aun le ofreció la piel, pero el otro no la aceptó y se fue. No recuperó sus perros aquella noche, pero al día siguiente le llegaron noticias de que habían cruzado el río y pernoctado en la granja desde donde, después de haber sido bien alimentados, reemprendieron su camino con la alborada.

El cazador que me relató esta peripecia me dijo también que recordaba a un tal Sam Nutting, que solía cazar osos en los roquedales de Fair Haven para cambiar luego sus pieles por ron en la villa de Concord, quien le había dicho que había visto por sus cotos hasta un alce. Nutting tenía un famoso raposero llamado Burgoyne —él decía Buguín— que mi informador solía tomar prestado. En el «diario» de un viejo comerciante de esta ciudad que era a la vez capitán, funcionario del Ayuntamiento y diputado, hallo la siguiente entrada: «18 de enero 1742-43, John Melven, CR.[1] por un zorro gris, 0-2-3,[2] ya no se encuentran aquí»; y en su Libro Mayor: «7 de febrero 1743, Hezekiah Stratton, crédito por media piel de gato, 0-1-4 1/2»; de gato montes, claro, pues Stratton había sido sargento en la vieja guerra anglofrancesa y no hubiera recibido crédito por caza menos noble. Se acreditaban valores también por piel de ciervo, objeto de comercio diario. Hay un hombre que conserva aún la cornamenta del último ciervo cobrado en esa vecindad; otro me ha contado los detalles de una batida en la que intervino su tío. Y es que antes los cazadores formaban aquí una cuadrilla numerosa y alegre. Me acuerdo bien de un enjuto Nemrod[3] capaz de tomar una hoja del borde del camino y de tocar con ella un aire más sonoro y melodioso, si mi memoria no falla, que el que podría conseguirse con un cuerno de caza.

A medianoche y con luna no era raro que tropezara en mi senda

1. Crédito. Trad.
2. Libras, chelines, peniques. Trad.
3. Génesis 10:8,9. Nemrod, hijo de Cush, vigoroso cazador. Trad.

con sabuesos de merodeo por el bosque, los cuales se ocultaban temerosos a mi paso para permanecer quietos y expectantes entre los arbustos hasta que me perdían de vista.

Las ardillas y los ratones del campo se peleaban por mis existencias de nueces. Eran numerosos los pinos pitea de tres a diez centímetros de diámetro en torno a la casa, roídos por los ratones durante el invierno pasado; invierno, por lo demás, verdaderamente noruego para ellos, pues la nieve se conservó durante mucho tiempo y con gran espesor obligándoles a mezclar una gran proporción de corteza de pino con su dieta habitual. Estos árboles seguían vivos y al parecer sanos y florecientes a mediados del verano, y muchos de ellos habían crecido más de un palmo para entonces, pese al repelón recibido. Sin embargo, al cabo de un nuevo invierno habían muerto todos sin excepción. Es notable que a un solo ratón se le conceda, pues, un árbol entero como cena, que roe felizmente en círculo en lugar de hacerlo en toda su longitud; aunque es posible también que sea ésta la forma de lograr el necesario clareo de estos árboles, proclives a acumularse con excesiva densidad.

Las liebres (*Lepus americanus*) eran sumamente familiares en aquella escena. Una de ellas, que vino a ocultarse durante todo el invierno debajo de mi casa, separada de mí tan sólo por la tablazón del piso, me sobresaltaba cada mañana con su presurosa salida cuando empezaba a amanecer: *zomp, zomp, zomp*, daba en sus prisas con la cabeza en los leños. Solían aparecer por mi portal con el ocaso, para mordisquear mis mondas de patatas, y era tan semejante su pelaje al color del terreno, que apenas podía distinguirlas cuando se estaban quietas. En el crepúsculo, más de una vez vi y dejé de ver de pronto, para redescubrir al poco, a la que había estado sentada antes delante mismo de mi ventana. Y cuando abría la puerta, al anochecer, con un brinco y un chillido desaparecían como por ensalmo. Tan cerca de mí, sólo me movían a compasión. Un atardecer vino a sentarse una a mi puerta, a pocos pasos de mí, temblando de miedo al principio, pero sin deseos de huir; era una criatura pequeña y huesuda, de orejas gachas y afilada nariz, cola escasa y garras escuetas. Parecía que la Naturaleza había dejado de contar con estirpe de mejores sangres y se hallara en las últimas. Los grandes ojos del animalito eran como enfermizos, casi hidrópicos. Di un paso y ¡zas! de un salto elástico sobre la tierra helada, enderezando cuerpo y miembros de repente en toda su gracia y longitud, puso tierra, o mejor bosque por medio; animal salvaje y libre reafirmando su vigor y la dignidad de la Naturaleza. No sin razón, pues, su esbeltez. Y tal era su natural (*lepus, levipes*, de pata ligera, piensan algunos).

¿Qué es la campiña sin conejos y perdices? Cuentan éstos entre sus productos animales más simples y propios viejas y venerables familias conocidas en la Antigüedad como en los tiempos modernos; de la sustancia y matiz mismos de la Naturaleza, los aliados más próximos de la hoja y del suelo. Y de sí mismos. Uno alado, el otro con patas. A duras penas diríase que se ha visto una criatura salvaje cuando un conejo o una perdiz arrancan de pronto por delante; es algo tan natural y tan de esperar como un murmullo de hojas. Una y otro medrarán sin duda alguna como auténticos nativos de este solar, por revoluciones que pudieren sobrevenir. Si se tala el bosque, los renuevos y matojos que surgen les proporcionan lugar de ocultación; su número, además, crece de día en día. Pobre ha de ser el país, en verdad, incapaz de sustentar a la liebre. Ricos son nuestros bosques en la presencia de ambos animales, y no hay charca ni cenagal que no conozcan los aseos de perdiz o conejo, acechados por cercas y trampas que les ponen algunos vaqueros.

16. LA LAGUNA EN INVIERNO

Tras una calma noche de invierno me desperté con la sensación de que mientras dormía me había sido formulada una pregunta a la que yo había tratado en vano de responder en medio de mi sueño. ¿Cómo, cuándo, dónde? Pero surgió con el amanecer la Naturaleza, en la que viven todas las criaturas, atisbando por mi ventana con rostro satisfecho y sin pregunta alguna en sus labios. Desperté, pues, a una cuestión ya resuelta, a la Naturaleza y a la luz del día. La nieve, salpicada de agujas de pino, que yacía pesadamente sobre la tierra y hasta la misma ladera sobre la que se asienta mi cabana parecían deck: ¡Adelante! La Naturaleza no hace preguntas ni responde a ninguna de las que formulamos los mortales. Ha ya mucho que tomó su propia decisión: «¡Oh, Príncipe!, nuestros ojos contemplan con admiración y transmiten al alma el maravilloso y variado espectáculo de este universo. La noche vela, qué duda cabe, parte de esta gloriosa creación; pero luego rompe el día para revelarnos esta magna obra, tan vasta, que alcanza desde la tierra hasta las mismas planicies etéreas».

¡Y a mi trabajo de la mañana! Tomo primero mi hacha y un cubo y voy en busca de agua ¡si es que no se trata de un ensueño! Después de una noche fría y nivosa hacía falta una varita mágica para encontrarla. Todos los inviernos, la superficie líquida y tremolante de la laguna, tan sensible al menor aliento y espejo de luces y sombras, se

vuelve sólida hasta una profundidad de un palmo y medio o dos, de manera que puede soportar al más pesado de los trineos o enganches, que a su vez puede ser cubierto por un manto de nieve de igual espesor, de modo que no es posible distinguirlo de su entorno. Como las marmotas de los oteros vecinos, cierra sus ojos y entra en letargo durante tres o más meses. En plena planicie nevada, como si se tratara de un pasto entre los cerros, abro un paso a través de un metro y medio de nieve y otro tanto de hielo, practicando luego una ventana a mis pies para arrodillarme y beber, al tiempo que indago en el quedo recibidor de los peces, bañado de una luz tan tenue que diríase filtrada por cristal esmerilado, en cuyo fondo percibo el" brillante lecho arenoso que conozco del verano; reina allí una eterna serenidad, sin olas, como en el ambarino cielo crepuscular, que bien cuadra con el temperamento frío y uniforme de sus habitantes. El cielo se halla a nuestros pies tanto como sobre nuestra cabeza. A primeras horas de la mañana, cuando todo parece como atónito por la helada, acuden hombres y más hombres con sus cañas de pescar y magro condumio para calar sus finos sedales a través del campo nevado, en busca del lucio y de la perca. Son hombres de la naturaleza libre, que instintivamente siguen otras modas y fian de otras autoridades que sus convecinos, y que con sus idas y venidas unen unos pueblos con otros en lugares donde, de otro modo, se alzarían aislados. Para tomar su escueto refrigerio se sientan sobre las secas hojas de roble que alfombran la orilla, bien arropados en sus gruesos tabardos de lana, tan duchos en saber natural como lo es en artificial el ciudadano. Nunca consultan libros, pero saben y pueden contar mucho menos de lo que han realizado. Se dice que aún no se conocen las cosas que son capaces de poner en práctica. He aquí uno que pesca lucios con carne de perca adulta como cebo; y uno puede mirar su cesto con asombro, como al estanque en verano, como si aquél guardara a éste en su casa o supiera exactamente dónde había ido a retirarse. ¿Cómo hizo para conseguir tantas piezas en pleno invierno? Sacó gusanos de los troncos podridos, cuando la helada y, sencillamente, ¡pescó las percas! Su propia vida penetra más en la Naturaleza que los mismos estudios del naturalista, de quien aquél es a su vez materia de estudio. El científico levanta cuidadosamente con el cuchillo la corteza del musgo; el otro yende y abre los troncos hasta el cerno con el hacha, y musgo y corteza vuelan por los aires en todas direcciones. Se gana la vida descortezando árboles. Un hombre así tiene todo derecho a pescar, y a mí me gusta ver reflejado en él todo lo natural. La perca engulle el gusano, y del lucio que la devora a ella da cuenta luego el pescador; y así se suceden todos los eslabones de la cadena de la existencia.

En el curso de mis paseos sin rumbo en días de bruma, más de una vez me hizo sonreír la primitiva técnica adoptada por al pescador mas rudo. Pues, bien puede que hubiera tendido ramas de aliso sobre los angostos orificios practicados en el hielo, separados entre sí unas cuatro o cinco brazas y a igual distancia de la orilla, y que después de haber sujetado el extremo de su sedal a un palo para evitar el perderlo, hubiera llevado la comba o lasca del cable alrededor de una rama, a eso de un par de palmos del suelo, sujetándole además una hoja seca que, con su conspicuo aleteo, había de avisarle cuando se produjere la picada. Estas ramas de aliso punteaban a intervalos regulares mis errantes pasos alrededor de la laguna, más o menos hasta su mitad.

¡Ah los lucios de Walden! Cuando los veo alineados sobre el hielo o en el pozuelo que el pescador practica a su vera dejando un pequeño agujero para permitir la entrada del agua, me sorprende siempre su enigmática belleza, como si se tratara de peces fabulosos, tan extraños a nuestras cosas como lo es Arabia a nuestra vida en Concord Es la suya una belleza tan maravillosa y trascendente que los diferencia notablemente de los cadavéricos abadejos y ceciales cuya fama es proclamada pomposamente en la rúa. No son verdes como el pino ni grises como las piedras, ni azules como el cielo; pero, por lo menos para mí exhiben colores aun mas raros, como de flores o piedras preciosas a guisa de perlas, *núcleos* animalizados o cristales de las aguas de Walden. Son, qué duda cabe, Walden mismo; pequeños waldens del reino animal, waldenses.[1] Es sorprendente que se les pesque aquí; que en esta fuente profunda y vasta, muy por debajo del traqueteo de las yuntas, carruajes y cascabeleantes trineos que hacen la ruta de Walden nade este gran pez oro y esmeralda. Jamás vi su clase en mercado alguno, donde serían inmediatamente foco de todas las miradas Con apenas unas sacudidas, sin más, rinden su espíritu acuático como mortal transportado antes de tiempo a los tenues aires del cielo

Comoquiera que estaba deseoso de recuperar el fondo de la laguna de Walden, tanto tiempo perdido, lo medí cuidadosamente a principios de 1806, con brújula, cadena[2] y sonda. Han sido muchas las leyendas circuladas acerca del lecho de esta laguna, o mejor de la ausencia de él; historias que, a su vez, probablemente carecían de todo fundamento. Maravilla constatar cuánto tiempo pueden llegar a creer

1. O *Pobres de Lyon.* Sociedad religiosa fundada por Pierre de Valdo a fines del siglo xii, que aspiraba a restituir la pobreza evangélica a la iglesia. Trad.
2. Unidad de longitud equivalente a 22 yardas (= 20,12 m). Trad.

los hombres que un estanque carece de fondo, sin haberse tornado la molestia de buscarlo. En el transcurso de un solo paseo me ha sido posible dar ya con dos de estas lagunas insondables. El caso es que han sido muchos los que han creído que las aguas de Walden llegaban hasta el punto opuesto del globo. Algunos, que se han echado boca abajo para observar largo tiempo el medio engañoso, quizá con ojos empañados, y que han llegado a conclusiones apresuradas por temor a resfriarse, afirman haber visto grandes simas por las que podría haber pasado «una carreta cargada de heno», de haber para ello conductor capaz; indudable fuente Estigia, en suma, y entrada desde estos lugares a las Regiones Infernales. Otros se han venido desde la villa con un «cincuenta y seis»[1] y una carretada de gruesa estacha de una pulgada, y tampoco han podido dar con el fondo, pues mientras la pesa hallaba reposo en su camino, ellos seguían lascando cabo en su vano intento de medir su verdaderamente insondable capacidad de asombro. Pero puedo asegurar a mis lectores que Walden tiene un lecho razonablemente firme a una profundidad no menos discreta, aunque poco común. Lo he sondado con relativa facilidad con el concurso de un sedal de pesca y un guijarro de algo así como libra y media, y no me ha sido difícil él precisar el momento en que aquél abandonaba el lecho, pues me he visto obligado a tirar con fuerza mucho mayor que cuando por debajo quedaba aún agua que me ayudara a izarlo. La mayor profundidad medida fue de exactamente ciento dos pies, a los cuales cabe añadir los cinco que ha crecido el caudal, con lo que contamos ciento siete pies.[2] Es una profundidad notable para una superficie tan menguada, a la que la imaginación no puede sustraer, empero, una pulgada siquiera. ¿Qué ocurriría si todas las lagunas fueran poco hondas? ¿No tendría ello efecto sobre la mentalidad de la gente? Doy gracias de que esta laguna haya sido hecha tan profunda y pura como un símbolo. Siempre las habrá insondables mientras los hombres crean en lo infinito.

El dueño de una fábrica, al saber del fondo medido por mí, me creyó equivocado, pues por sus conocimientos y experiencias con presas y diques pensó que era imposible que la arena pudiera reposar de forma tan estable sobre un plano así de inclinado. Pero los estanques más profundos no lo son en proporción a su extensión, como muchos creen, y de ser drenados, no serían gran cosa como valle. No se trata de tazas entre colinas; éste, tan insólitamente hondo para la superficie

1. Peso de 56 libras (25,4 kg, aprox.). Trad.
2. 36 metros.

que ocupa, en una sección vertical por su centro no parece apenas más hondo que un plato llano. William Gilpin, tan admirable en todo cuanto se refiere al paisaje, y en general tan exacto, hallándose a un extremo del Loch Fyne, en Escocia, que describe como «una bahía de agua salada, de unas sesenta o setenta brazas de profundidad y de unas cuatro millas de anchura», amén de unas cincuenta de longitud, y rodeada de montañas, observa: «Si lo hubiéramos podido ver inmediatamente después del diluvio, o después de la convulsión de la Naturaleza que lo provocara, antes de que las aguas se precipitaran en él ¡qué horrible abismo tenía que parecer!».

So high as heaved the tumid hills, so low
Down sunk a hollow bottom, broad, and deep
Capactous bed of water.[1]

Pero, si usando el diámetro más corto del Loch Fyne aplicamos estas proporciones a Walden, que, como hemos visto, en una sección vertical aparece como un plato llano, aquél se nos antojará cuatro veces menos profundo. Y en eso quedarían los *aumentados* horrores del abismo de Loch Fyne si fuere vaciado. Son muchos, sin duda, los risueños valles que con sus extensos trigales ocupan exactamente un abismo así de «horrible» del que se han retirado las aguas, aunque se requiera toda la perspicacia y persuasión de un geólogo para convencer de este hecho a las ignorantes gentes que ahora los pueblan. No es raro que el ojo inquisitivo logre descubrir las orillas de un lago primitivo en los cerrillos del horizonte, cuya historia ha permanecido oculta sin que haya mediado para ello elevación alguna del terreno.[2] Pero, como no ignoran quienes trabajan en el trazado y apertura de grandes vías, es más fácil descubrir las oquedades por los charcos que deja un aguacero. En suma, que si damos rienda suelta a la imaginación, su penetración es más honda y su vuelo más alto que los de la mismísima Naturaleza. Probablemente, pues, se hallará un día que ¡la profundidad del océano no es nada comparada con su extensión!

Sondando a través del hielo pude determinar la forma del fondo con mucha más precisión de lo que cabe hacerlo en puertos que no

1. «Tan alto como se alzaban las hinchadas colinas, / se fundía el álveo hueco, profundo y vasto / espacioso lecho de las aguas...» Milton, *Paradise Lost,* 7:288. Trad.

2. Texto un tanto confuso. Entiendo, no obstante, que Thoreau se refiere a que no es necesario que se produzca una alteración orográfica mayor, por ejemplo, plegamiento, para que queden veladas algunas formaciones antiguas. Trad.

se hielan; me sorprendió su regularidad. En la parte más honda hay varias hectáreas más llanas que campo alguno expuesto al sol, a los vientos y al arado. En una medición realizada tomando una directriz arbitrariamente elegida, la sonda no varió apenas dos palmos en treinta perchas; y por lo común hacia el centro, me era posible calcular de antemano la variación presente en cien pies a la redonda con una aproximación de medio palmo. Algunos dan en hablar de profundas y peligrosas simas, incluso en lagunas tan apacibles como ésta, cuando el efecto de las aguas en estas circunstancias no es otro que el de eliminar todas las desigualdades. La regularidad del fondo y su concordancia con la ribera y las estribaciones vecinas era tan perfecta, que un distante promontorio podía ser adivinado mediante sondeos efectuados en el lado opuesto, y su orientación, atendiendo a la orilla de enfrente. El cabo se hace barra y banco franco, como el valle aguas profundas, y la garganta canal.

Una vez hube trazado el plano del estanque a escala de diez perchas por pulgada[1] y después de transcribir los resultados de mis sondeos, más de cien en total, observé una curiosa coincidencia: habiendo reparado en que la medida indicadora de la mayor profundidad se hallaba al parecer en el centro de la carta, dispuse una regla en el sentido longitudinal primero y transversal después y descubrí con asombro que la linea de mayor longitud cortaba a la de mayor anchura exactamente en el punto de mayor calado, a pesar de que la parte central es casi uniformemente llana, de que el perímetro de la laguna dista mucho de ser regular y de que los ejes máximos mencionados fueron medidos desde el interior de caletas; con lo cual, me dije: ¿Quién sabe si esta indicación podría llevarme también a la parte más profunda del océano al igual que a la de un lago o charca? ¿No valdría la regla acaso para determinar la altura de una montaña, considerada como réplica opuesta al valle? Sabemos ya que una colina no alcanza su mayor altura en su parte más angosta.

En tres de cinco caletas, atendiendo al número de las sondeadas, se reveló la presencia de una barra justo a su entrada y de fondos más grandes en el interior, de manera que el golfo tendía a ser una expansión de agua tierra adentro no sólo en el sentido horizontal, sino también vertical, con lo cual se formaba un estanque independiente que delataba el sentido de la barra en la enfilación de los dos cabos. Todos los puertos de la costa cuentan asimismo con una barra en la bocana. Y según fuera la proporción, mayor o menor, entre la anchura y la

1. 1:1.949. Trad.

profundidad de la entrada de la caleta, las aguas de fuera eran más profundas que las interiores. Dadas, pues, la longitud y anchura de la caleta y las características de la orilla circundante, uno posee casi todos los elementos necesarios para la confección de una fórmula de uso general.

A fin de descubrir con cuánta aproximación podía calcular en base a esta experiencia el emplazamiento de la cota más honda de una laguna, es decir, observando sólo los perfiles de su superficie y las características de su perímetro, confeccioné una carta de las diecisiete hectáreas de White Pond,[1] que, como Walden, carece de islas, afluente o aliviadero alguno visibles; y comoquiera que la línea de mayor anchura quedaba muy cerca de la menor, donde dos cabos opuestos quedaban muy próximos el uno del otro, en tanto que precedían dos entrantes contrarios, probé de marcar un punto a poca distancia de la segunda línea, pero aún sobre la primera, y lo definí como el de mayor profundidad. La cota más honda fue hallada luego a menos de treinta metros de aquél, más allá todavía, pero en la misma dirección presumida por mí, y de tan sólo un par de palmos más de calado apenas, a saber, veinte metros. Está claro que la presencia de un islote en la laguna o de un río a su través complicaría mucho más el problema.

Si conociéramos todas las leyes de la Naturaleza, sólo necesitaríamos de un hecho o de la descripción justa de un fenómeno para inferir todos los resultados particulares concernientes a este particular. Pero, son pocas las leyes sabidas, y nuestra conclusión viene viciada, no por confusión o irregularidad alguna en la Naturaleza, sino por nuestra ignorancia de algunos de los elementos esenciales en el cálculo. Nuestra noción de lo que es ley y armonía queda imitada comúnmente a aquellos ejemplos que surgen ante nuestros ojos; pero la armonía resultante de un número mucho mayor de leyes aparentemente conflictivas, pero perfectamente concordantes, que no hemos detectado, es aún mucho más maravillosa. Las leyes particulares son como las facetas que se ofrecen a nuestra mirada; algo como para el viajero el perfil de una montaña, el cual varía con cada uno de sus pasos. Así, aquélla cuenta con un número infinito de aspectos, aunque en realidad la forma sólo sea una. Aun cuando la hendiéramos o perforásemos no la comprenderíamos en su totalidad.

Y lo que he observado con respecto a la laguna no es menos cierto en lo que atañe a la moral. Es la ley del promedio. Esa regla de los

1. La Laguna Blanca.

dos diámetros no sólo nos guía hacia el sol a través del sistema solar, y hacia el corazón en el hombre, sino que si trazáis las líneas apropiadas a lo largo y ancho de la conducta diaria de determinada persona y atendéis al oleaje que agita su vida, reparando en sus entrantes y salientes, allí donde se produce la intersección se encuentra la altura o la profundidad de su natural. Quizá nos bastara con conocer la orientación de sus orillas, sus tendencias externas, y el paisaje circundante o circunstancias para deducir su calado y las particularidades de su fondo oculto. Si se halla rodeado de circunstancias montañosas —curso aquileano,[1] donde los picos proyectan sombra y reflejo en su seno— la idea de profundidad viene así sugerida. Una orilla baja y plana denota en cambio, superficialidad. En nuestro cuerpo, una frente abombada cuadra con la hondura del pensamiento. Por otra parte, existe también una barra o rompiente a la entrada de cada una de nuestras caletas o particulares inclinaciones, cada una de las cuales es nuestro puerto de temporada, donde nos detenemos y quedamos parcialmente encerrados. Pero estas inclinaciones no suelen obedecer a mero capricho, sino que su magnitud, forma y orientación vienen determinadas por los promontorios presentes en la orilla, antañeros ejes de elevación.[2] A medida que esta barra crece poco a poco por causa de sucesivos embates, de mareas o corrientes, o cuando se produce un brusco descenso de las aguas y aflora, por tanto, en la superficie, lo que en principio no fuera sino un entrante de la orilla donde habría encontrado asilo un pensamiento, se convierte en lago desgajado del océano, en cuyo seno las ideas se aseguran sus propias condiciones de permanencia, donde se produce acaso un cambio de salado a dulce y donde aquél se transforma en caudal bienhechor, en mar muerto o en marisma. A la llegada de todo individuo humano a esta vida ¿No podemos suponer que en algún lugar ha aflorado a la superficie una barra tal? Verdad es que somos tan pobres navegantes que, en su mayor parte, nuestros pensamientos maniobran frente a una costa sin abras, apenas si conocen los recodos más francos de la poesía, y tan sólo se dirigen a los puertos públicos y más conocidos para recalar en el dique seco de la ciencia, donde se hacen recomponer nuevamente para este mundo y donde no concurre corriente natural alguna que los individualice.

En cuanto a los afluentes o desagües de Walden, no he descubierto ninguno que no sean la lluvia, la nieve y la evaporación, aunque

1. De aguas vivas, montañosas. Trad.

2. Difícil juego metafórico donde, no obstante, cabe presumir que por *elevación* indica educación, preformación juvenil. Trad.

quizá con ayuda de termómetro y sonda sea otro el resultado, pues está claro que donde se produzca una entrada de agua en la laguna, será probablemente la más fría en verano y la más caliente en invierno. Cuando los cortadores de hielo estuvieron trabajando aquí en 1846-47, los témpanos enviados a la orilla fueron rechazados en una ocasión por quienes cuidaban de apilarlos allá por resultar demasiado finos para que cuadraran con las remesas anteriores. Esos cortadores descubrieron así que en un lugar determinado, el hielo era casi medio palmo más delgado que en el resto, hecho que les hizo pensar en la posible existencia de un afluente en aquel punto. También me mostraron, haciéndome subir a una de aquellas lajas flotantes, lo que ellos creían un «escape» por donde la laguna vertía sus aguas por debajo de un cerro colindante en un prado próximo. Se trataba de una pequeña cavidad bajo unos tres metros de agua; sin embargo, creo poder garantizar que no hace falta soldadura alguna si toda la pérdida para en eso. Alguien ha sugerido que si hubiera tal escape, su conexión con el prado podría ser probada llevando algo de serrín o de polvo coloreado a la misma boca de la oquedad para, luego, disponiendo un tamiz en el manantial descubierto, recoger algunas de las partículas posiblemente arrastradas por la corriente.

Mientras me dedicaba así a la exploración del hielo, éste, que tenía un espesor de casi dos palmos, se ondulaba como el agua a la menor brisa. Sabido es que no es posible servirse de un nivel sobre el hielo. A una percha de la orilla, la fluctuación máxima ascendía a casi dos centímetros si se observaba en relación con un nivel situado sobre el terreno y enfilado con una mira plantada sobre el hielo, pese a lo cual éste parecía firmemente soldado a la costa. La variación era sin duda mayor hacia el centro de aquella gélida superficie. ¿Quién sabe si, de ser más precisos nuestros instrumentos, nos permitirían detectar las ondulaciones que puedan producirse en la corteza terrestre? Si dos de los pies de mi nivel descansaban sobre la tierra firme, haciéndolo el tercero sobre el hielo, y con los visores dirigidos precisamente hacia éste, el movimiento de subida y descenso, aún siendo infinitesimal representaba una diferencia de varios pies contra un árbol allende las aguas. Cuando empecé a practicar agujeros para mis sondeos había como medio palmo de agua bajo una nieve espesa que había hecho descender el nivel del hielo; pero el agua empezó a escurrirse rápidamente en esos agujeros y continuó haciéndolo con pujanza, formando surcos y canales que fundieron el hielo a ambos lados y contribuyendo esencialmente, sino principalmente, a secar la superficie de la laguna; y es que a medida que el agua fluía hacia el interior de aquélla,

elevaba y reflotaba el hielo. Era como si hubiera abierto un orificio en la cala de un barco para dejar que escapara su contenido. Cuando estos orificios se llenan, sigue la lluvia y viene una nueva helada, sobre ellos se forma un hielo nuevo y liso a través del cual es posible observar unas formas oscuras que lo motean con gran belleza dando la impresión de que se trata de una tela de araña o de lo que podríamos llamar rosetones de hielo, creados por los canalillos que forma el líquido al fluir de la periferia al centro. Y algunas veces, cuando sobre el hielo quedaban charcos de escasa profundidad, me ha sido dado el ver dos sombras de mí mismo, una sobre la cabeza de la otra, la primera en el hielo, la segunda proyectándose sobre los árboles o la colina.

Mientras hace aún frío, en enero, cuando la nieve y el hielo siguen sólidos y espesos, el patrón previsor viene de la villa a proveerse de hielo para enfriar sus bebidas veraniegas; impresiona esta prudencia que hasta parece patética, al prever el calor y la sed de julio ahora, en enero, ¡vistiendo abrigo grueso y mitones! cuando todavía no se ha provisto de tantas otras cosas. Quizá no aparte tesoro alguno en este mundo[1] capaz de refrescar lo que beberá en verano en el otro. Corta y sierra la laguna sólida, destecha la casa de los peces y parte a través del propicio aire invernal con el elemento que es aire mismo de aquéllos, al que sujeta firmemente como haz de leña con cadenas y estacas, carga que encierra en gélidos sótanos para que se conserve durante el verano. Visto de lejos, el hielo parece el mismo azur solidificado, de paso por las calles. Estos cortadores de hielo constituyen una raza alegre, llena de humor y alegría apenas conocidos; y cuando iba con ellos solían invitarme a serrar en su compañía, aunque cediéndome prudentemente el lado menos fino.

En el invierno del 46 al 47, unos cien hombres de procedencia hiperbórea[2] descendieron precipitadamente sobre nuestra laguna una mañana, con repetidas carretadas de aperos agrícolas de desusado aspecto, trineos, rejas para arar, sembradoras, cuchillas para la turba, azadas, sierras y rastrillos, y todos iban provistos de una pica de doble punta, tal como no describen siquiera *The New-England farmer* ni el *Cultivador*.[3] Ignoraba si habían venido para la siembra del centeno de invierno o de cualquier otra clase de grano recién importado de Islan-

1. Mateo, 6:19. Trad.
2. Nórdicos. Trad.
3. Revistas de agricultura publicadas en Boston. Trad.

dia. Y como no vi estiércol por parte alguna, deduje que habían acudido para explotar la tierra que, como había hecho yo, juzgaran de suelo profundo y asaz tiempo ya en barbecho. Me dijeron que un hacendado, responsable oculto de su llegada, quería doblar su capital, que, según entendí entonces, ascendía ya a medio millón de dólares. Pero, para cubrir cada uno de aquéllos con otro tomó el único vestido ¡ay! la piel misma de Walden Pond y en pleno invierno. Pusieron manos a la obra en seguida, arando, dragando, pasando el rodillo y haciendo surcos con un orden admirable, como si abrigaran la intención de establecer allí una granja modelo; pero cuando escudriñé atentamente para averiguar qué clase de simiente echaban al surco, una cuadrilla de obreros comenzó de repente, cerca de mí, a levantar con bruscos movimientos aquella gleba inmaculada hasta la mismísima arena o, más bien, agua —pues se trataba de un suelo colmado de manantiales, al igual que toda la *terra firma*— para partir luego con ella en trineos; de modo que, se me ocurrió, no hacían sino acopio de turba. Así transcurrieron los días con idas y venidas anunciadas por el peculiar chirrido de la locomotora procedente, diría yo, de algún rincón de las regiones polares, como si portara una bandada de aves árticas. Sin embargo la india Walden se vengaba a veces, y algún jornalero que caminaba tras el uncido se escurría por una grieta del terreno con destino al Tártaro;[1] y aquel que se había mostrado tan valiente hasta entonces, quedaba en apenas una novena parte de hombre,[2] renunciaba casi a su calor animal y se sentía feliz de hallar refugio en mi casa, al tiempo que reconocía ciertas virtudes en la estufa; otras veces era el suelo helado el que arrancaba alguna pieza de acero de la reja, cuando no era esta misma la que, encallada en un surco, había de ser liberada a trozos.

De hecho, cada día venían de Cambridge un centenar de irlandeses dirigidos por capataces yanquis con el fin de hacerse con el hielo, que dividían en bloques mediante un procedimiento tan común que huelga mayor descripción, y que, después de haberlos arrastrado hasta la orilla en trineo, los izaban hasta una plataforma donde, con ayuda de ganchos y polipastos tirados por caballos, los apilaban uno al lado de otro cual barriles de harina hilera sobre hilera, como si tuvieran por fin el formar la base de un obelisco destinado a horadar las nubes. Me dijeron que en un buen día de trabajo podían reunir hasta un millar de toneladas; lo cual venía a ser más o menos la mitad casi de lo

1. Homero (*Ilíada,* 7) o Virgilio (*Eneida,* 6). Lugar de los Infiernos. Trad.
2. *Nine tailors make but one man.* viejo proverbio inglés. Trad.

que les rendía una hectárea. El paso continuo de los trineos originaba profundos surcos y oquedades en el hielo, igual que sucede en la tierra firme, y los caballos comían invariablemente su avena del interior de témpanos vaciados a guisa de pesebre. Los hombres disponían los bloques al aire libre formando un montón que mediría unos doce metros de altura por seis a siete en cuadro, poniendo heno entre las capas externas para impedir la entrada de aire; pues, si el viento, jamás tan gélido, halla un paso a través, termina por originar grandes cavidades, apenas soportadas por estrechas columnas aquí y allá, que acabarán por dar al traste con el montón entero. Al principio se me antojaba una especie de vasta fortaleza azul o Walhalla;[1] pero cuando empezaron a introducir allá la vasta hierba del lugar y ésta fue cubierta por la escarcha de los carámbanos pensé más bien que se trataba de una gran ruina venerable revestida de musgo y de la nieve de los años, construida con mármol de tono azul, vivienda del invierno —ese anciano representado en el Almanaque—; su choza, vamos, como si le animara la intención de veranear entre nosotros.

Calculaban que de lo extraído no llegaría a destino siquiera la cuarta parte, y que del dos al tres por ciento se perdería en los vagones. Sin embargo, una cantidad aun mayor iba a tener un fin diferente, imprevisto, pues, ora porque el hielo no se conservó tan bien como se había esperado, por contener más aire de lo habitual, ora por otra razón ignorada, jamás llegó al mercado. Esa pila reunida durante el invierno del cuarenta y seis al cuarenta y siete, y que había sido estimada en unas diez mil toneladas, fue finalmente cubierta con heno y tablones; y aunque se la destapó de nuevo en julio y se hicieron incluso algunas remesas, el resto siguió expuesto al sol del verano y al transcurso del invierno, y no se fundió del todo hasta el mes de septiembre de mil ochocientos cuarenta y ocho, con lo que la laguna recuperó a la postre la mayor parte.

Como el agua, el hielo de la laguna de Walden tenía un tinte verde visto de cerca; pero, a mayor distancia es de un hermoso azul, y no cabe confundirlo, siquiera desde un cuarto de milla, con el hielo blanco del río o del solamente verdoso de algunos estanques. A veces, una de esas grandes lajas se deslizaba desde la carretera de su portador yendo a parar en mitad de la calle, donde podía permanecer hasta una semana cual enorme esmeralda objeto del interés de todos los viandantes. He observado que una porción de Walden, que en estado lí-

1. Mitología escandinava. Paraíso de Odín, al cual van destinados los héroes que mueren en la batalla. Trad.

quido era verde, aparecerá a menudo, una vez helada y vista desde igual punto, profundamente azul. Tanto es así, que las oquedades de la superficie se llenan en invierno de un agua verdosa, como la propia, para aparecer al día siguiente como hielo azul. Puede que el color azul del agua y del hielo se deba a la luz y al aire que contienen, y así resulta que el más transparente es también el más azul. El hielo es algo verdaderamente interesante de contemplar. Los trabajadores me han dicho que en sus depósitos de la laguna Fresh conservan hielo de cinco años, y tan bueno como el primer día. ¿Por qué un balde de agua se vuelve pútrido tan de prisa, mientras que, helado, se conserva en perfectas condiciones indefinidamente? Comúnmente se dice que ahí reside la diferencia entre los sentimientos y la inteligencia.

Así, pues, durante dieciséis días estuve viendo desde mi ventana a cien hombres en la tarea como si se tratara de industriosos granjeros con sus yuntas y caballos y, al parecer, todos los aperos propios del caso, diríase que componiendo uno de esos grabados que solemos ver en la primera página del Almanaque; y cada vez que oteaba desde mi ventana me venía a la memoria la fábula de la alondra y los segadores[1] o la parábola del sembrador[2] y otras de igual género; ahora, han partido; y en treinta días más miraré probablemente por esta misma ventana a esas puras aguas verdemar de Walden, que reflejarán las nubes y los árboles, evaporándose en soledad, sin que quede huella alguna del reciente paso por ellas del hombre. Puede que oiga reír a algún somorgujo solitario cuando se apresta a la zambullida y alisa el plumaje, o que vea a algún pescador solo en su chalupa, cual hoja flotante, contemplando el reflejo de su imagen entre las ondas, donde ha poco un centenar de hombres trabajaban sin recato.

Tal parece, pues, que los achicharrados habitantes de Charleston y de Nueva Orleans, de Madras, de Bombay y de Calcuta beberán de mi pozo. Por la mañana, baño mi intelecto en la estupenda y cosmogónica filosofía del Baghavad Ghita, desde cuya composición tantos años de los dioses han transcurrido, y en comparación con el cual nuestro mundo moderno y su literatura parecen encanijados y triviales; y me pregunto si esta filosofía no tiene relación con una época anterior ¡de tan alejada que está su grandeza de nuestros conceptos! Dejo el libro y acudo a mi pozo en busca de agua, y héte aquí que doy con el siervo del brahmán, sacerdote de Brahma, Vishnú e Indra, sentado en su templo del Ganges leyendo los Vedas, o emplazado junto al pie de

1. De La Fontaine. Trad.
2. Mateo, 13:3. Trad.

un árbol con su mendrugo y su cuenco. Tropiezo con su siervo, que viene a buscarle agua, y diríase que nuestros baldes entrechocan en el mismo pozo. Las puras aguas de Walden se mezclan con las sagradas del Ganges. Y con vientos favorables son llevadas más allá del emplazamiento de las fabulosas costas de la Atlántida[1] y de las Hespérides,[2] emulan el periplo de Hannón[3] y cómo, después de acariciar a Teníate y Tidor[4] y la boca del golfo Pérsico, se funden en los monzones tropicales de los mares de la India para arribar a puertos que Alejandro tan sólo oyera nombrar.

17. PRIMAVERA

Los cortadores de hielo, abriendo amplios boquetes en éste, precipitan el momento del deshielo en los estanques, puesto que el agua si es agitada por el viento, aun en tiempo frío, va consumiendo el hielo que la rodea. Esto, sin embargo, no es lo que ocurrió este año en Walden ya que pronto se formó una nueva capa en el lugar de la anterior. Esta laguna no se deshiela tan pronto como las otras d,e las cercanías, dada su mayor profundidad, y, también, el hecho de que no hay corriente alguna que la atraviese y ayude a fundir o resquebrajar el hielo. Nunca he visto que éste se fundiera durante el invierno, ni siquiera en el de 1852-53, por lo demás harto duro en las lagunas. El deshielo empieza normalmente alrededor del 1 de abril, una semana o diez días más tarde que en la laguna de Flint o en la de Fair Haven, y comienza a fundir por la parte norte, en los lugares menos profundos, que son también los que se helaron primero. Es, de todos los lagos de la zona, el que mejor refleja el avance de la estación, puesto que es el menos afectado por los cambios temporales de la temperatura. Una ola de frío durante algunos días de marzo puede retrasar bastante el deshielo en las otras lagunas; no obstante, la temperatura de Walden aumenta casi constantemente. Un termómetro situado en mitad de sus aguas el 6 de marzo de 1847 señaló 32°, es decir, el punto de congelación;[5] situado cerca de la orilla, llegó a 33°; introducido el mismo día en el centro de la laguna de Flint, marcó 32,5°; y a doce perchas de la

1. Isla fabulosa que Platón sitúa en el océano, hacia el estrecho de Gibraltar. Trad.
2. Legendarias islas donde nace la noche del mundo. Trad.
3. Explorador del África Occidental en 480 a. de J.C., primero en ser cronicado. Trad.
4. Milton: *Paradise Lost:* «Of Temate and Tidor, whence merchants bring / their spicy drugs». Trad.
5. Escala Farenheit.

orilla, allí donde el agua no es muy profunda, bajo palmo y medio de hielo, señaló 36°. Esta diferencia de tres grados y medio en la temperatura de las aguas profundas y superficiales del estanque de Flint y el hecho de que sea relativamente poco profundo explican el que se derrita antes que Walden. El hielo en este tiempo, y en las partes menos profundas, era visiblemente más delgado que en el centro; en cambio ocurre a la inversa en pleno invierno, cuando aquél está más caliente. Asi también, cualquiera que haya caminado descalzo junto a la orilla de un lago en verano se habrá podido dar cuenta de que el agua es bastante más caliente donde alcanza ocho o diez centímetros de profundidad que más adentro, y también en la superficie que cerca del fondo. En primavera, el sol actúa no solamente caldeando el aire y la tierra, sino que su calor atraviesa una capa de hielo de un palmo o más y se refleja en el fondo, cuando el calado no es mucho, calentando así el agua y haciendo que se funda la superficie interior de aquél a la vez que, directamente, la exterior. De esta forma el hielo se va tornando irregular, y al dilatarse, las burbujas de aire que contiene terminan por llenarlo de orificios como un panal de miel, el cual acaba por fundirse con sólo una lluvia de primavera. El hielo, como la madera, tiene grietas; y cuando un bloque comienza a deshacerse o «resquebrajarse», es decir, a tomar el aspecto de panal, las burbujas de aire, cualquiera que sea su situación, se disponen en ángulo recto con la superficie del agua. Y donde una roca o un tronco de árbol sumergidos quedan cerca de la superficie, el hielo es mucho más delgado aún y se funde con frecuencia a causa del calor reflejado; así, me han contado que durante un experimento realizado en Cambridge para congelar el agua de un recipiente de madera de escaso fondo, a pesar de que el aire frío circulaba por debajo de él y por los lados, la reflexión del sol en aquél compensaba de sobras este hecho. Cuando en medio del invierno, una lluvia tibia funde la nieve helada sobre la laguna dejando en el centro un hielo duro, transparente o no, como resultado del calor reflejado, habrá siempre una franja de hielo blanco y deteriorado, aunque más grueso, de una percha o más de ancho, a lo largo de toda la orilla; y como ya he dicho, las burbujas que hay en el interior del hielo actúan asimismo como espejos reflectantes que funden el que les queda por debajo.

El paso de las estaciones se reproduce cada día en pequeña escala en el estanque. Por lo general, cada mañana el agua poco profunda se caldea con más rapidez que la otra, aunque, al fin de cuentas, no mucho, y cada tarde se enfría también antes hasta que vuelve a llegar la mañana. El día es el resumen del año: la noche es el invierno; la

mañana y la tarde, la primavera y el otoño respectivamente, y el mediodía podría ser el verano. Los crujidos y crepitaciones del hielo indican un cambio en la temperatura. En una hermosa mañana, después de una fría noche, el 24 de febrero de 1850, jornada que dediqué a la laguna de Flint, me di cuenta, sorprendido, de que cuando golpeaba el hielo con mi hacha, éste resonaba como un enorme gong, igual que si hubiera dado sobre el parche tenso de un tambor. El lago empezó a crujir casi una hora después de la salida del sol al ser alcanzado por los primeros rayos, que caían oblicuos sobre las colinas; la desperezaba y bostezaba como un hombre al despertar, en medio de un tumulto cada vez mayor, que se prolonga tres o cuatro horas. Se tomó una pequeña siesta al mediodía y volvió a rugir con la llegada de la noche, cuando el sol dejó de hacerse sentir. Cuando el tiempo evoluciona normalmente, el estanque lanza sus cañonazos vespertinos con una gran regularidad, pero durante el día, al estar lleno de grietas y al ser el aire menos denso, pierde por completo su resonancia, y ni los peces ni las ratas almizcleras, probablemente, podrían ser aturdidos por un golpe dado sobre el hielo. Los pescadores afirman que «cuando la laguna truena» los peces tienen miedo y no muerden el anzuelo. La laguna no suele sonar cada noche, y yo no soy capaz de predecir con exactitud el momento en que el trueno va a dejarse oír; pero, aunque yo no pueda advertir un cambio en el tiempo, la laguna sí. ¿Quién imaginaría que una criatura tan enorme, fría y de piel tan gruesa fuese tan sensible? Tiene, no obstante, su ley, que acata estentóreamente, de igual modo que los capullos determinados a abrirse con la primavera. La tierra está viva y cubierta enteramente de papilas. La laguna más grande es tan sensible a las variaciones atmosféricas como la columna de mercurio en su capilar.

Uno de los atractivos de la vida en los bosques es que ofrece lugar y ocasión de ver la llegada de la primavera. El hielo aparece un buen día acribillado de agujeros como un panal de miel y mis tacones se hunden en él con facilidad. Las colinas, las nieblas y los rayos del sol, progresivamente más cálidos, van fundiendo la nieve paulatinamente; los días se alargan sensiblemente y me doy cuenta de que podré terminar el invierno sin necesidad de reponer los troncos de mi leñera, pues ya no habrá necesidad de grandes fuegos. Busco los primeros signos de la llegada de la primavera para tener la suerte de oír el canto de algún pájaro que llega o el chillido de la ardilla estriada, cuyas provisiones deben estar casi terminadas, o para ver como deja la marmota sus cuarteles de invierno, aventurando una salida. El 13 de marzo, después de haber oído cantar al ruiseñor azul, al pinzón cantarín y al

turpial de dorso rojo, el hielo aún tenía casi dos palmos de espesor. Y con el gradual caldeamiento del tiempo, el cielo no resultaba apreciablemente más gastado por el agua, ni roto ni arrastrado por la corriente, como ocurre en los ríos, pues si bien cerca de la orilla estaba completamente fundido en una anchura de media percha, el centro aparecía tan sólo como acribillado y saturado de agua, de tal forma que era fácil atravesar con el pie un grueso de medio palmo; sin embargo, al día siguiente por la tarde, tras una lluvia tibia seguida de nieblas caliginosas, puede que hubiera desaparecido con la bruma, desvanecido en el ancho entorno. Un año crucé la laguna a pie cinco días antes de que se deshelara por completo. En 1845, Walden se vio libre de hielo el 1 de abril; en 1846, el 25 de marzo; en 1847, el 8 de abril; en 1851, el 28 de marzo; en 1852, el 18 de abril; en 1853, el 23 de marzo, y en 1854, hacia el 7 de abril.

Todos los sucesos relacionados con el deshielo en ríos y lagunas, y con la llegada del buen tiempo son muy interesantes para nosotros los que vivimos en un clima de cambios extremos. Con la llegada de los días más cálidos, quienes viven cerca de la orilla oyen como el hielo cruje durante la noche con un «vuup» retumbante, tan sonoro como una salva de artillería, como si el entramado gélido se descoyuntara de parte a parte, y, a los pocos días, lo ven desaparecer rápidamente. De igual modo sale el caimán de su yacija en el fango, haciendo retemblar la tierra. Un viejo que desde siempre ha venido observando de muy cerca la Naturaleza, y que parece estar tan perfectamente al corriente de sus manifestaciones como si de joven la hubieran puesto en dique seco y él hubiera ayudado a colocar su quilla, un hombre que ha llegado ya al máximo de sus posibilidades y que apenas puede adquirir más conocimientos sobre ella, aunque viviere tanto como Matusalén, me contó —y quedé muy sorprendido al oírle expresar extrañeza ante un hecho natural, pues me había imaginado que no había secreto alguno entre ellos— que un día de primavera había tomado su escopeta y su barca con la intención de entretenerse cazando patos. Había hielo aún en los prados, pero no en el río, de modo que pudo descender sin dificultades desde Sudbury, lugar donde habitaba, hasta el estanque de Fair Haven, que le sorprendió sobremanera por su sólida capa de hielo, en cantidad tal que no habría sido de esperar en tiempo tan caluroso. Al no ver pato alguno escondió su bote en la parte norte de la laguna, tras un islote, y se agazapó al acecho entre la maleza de la parte sur. El hielo se había derretido en una anchura de tres o cuatro perchas a lo largo de la orilla y ofrecía una superficie líquida tranquila y turbia sobre un fondo de lodo, como gusta a los

patos; pensó, pues, que no tardarían en presentarse. Después de aguardar inmóvil durante casi una hora, oyó un ruido sordo que parecía provenir de lejos, fuerte e impresionante, distinto a cualquier otro conocido, que se expandía y aumentaba en intensidad, como si su fin fuere memorable y universal, rugido agitado y acelerado, que se le antojó de pronto como de una enorme bandada de pájaros que viniere para posarse; tomando su fusil, se incorporó rápidamente, ansioso y lleno de impaciencia, para descubrir, con gran estupor, que la totalidad de la masa de hielo se había requebrajado durante el tiempo que había permanecido al acecho, y se dirigía hacia la orilla, y que el ruido percibido no era otro que el causado por los bordes de hielo al roce de la orilla, al principio suave y desdibujado, y más tarde creciente y avasallador, arrancando ecos a considerable distancia antes de calmarse.

Llega por fin el momento en que los rayos solares alcanzan el ángulo necesario y en que los vientos tibios portadores de nieblas y lluvias funden las orillas nevadas; y el sol, dispersando las brumas, sonríe al paisaje, a cuadros rojos y blancos, que exhala un perfume como de incienso, en medio del cual debe buscar su camino, saltando de islote en islote, el viajero que pretenda atravesarlo animado por la música de mil arroyos y regatos que murmuran pletóricos de la sangre invernal de que son portadores.

Pocas cosas me causan tanta alegría como el observar, de entre los fenómenos de la Naturaleza, las formas que toman la arena y la arcilla cuando se escurren, mezcladas con agua, por la pendiente de una profunda hendidura sobre la vía férrea que seguía siempre para volver al pueblo; fenómeno bastante raro, cuando es de cierta envergadura, aunque el número de taludes hechos con esta clase de materiales haya debido multiplicarse desde la invención de los tendidos férreos. Este material consistía de areniscas más o menos finas, de ricos y variados coloridos, mezcladas generalmente con un poco de arcilla. Cuando llega el deshielo en la primavera, o bien en un día cálido de invierno que provoque un cierto derretimiento, la arena comienza a descender a guisa de lava por las pendientes, surgiendo a veces rebosante de entre la nieve, donde antes no podía presumirse siquiera su presencia. Son innumerables los arroyuelos que se cruzan y entrelazan, formando una especie de producto híbrido, que obedece tanto a las leyes del agua como a las del reino vegetal, y que a medida que va fluyendo arrastra hojas y lianas llenas de savia y crea montones de ramas pulposas de un palmo o más de espesor que, vistas de cerca y con atención, parecen los tallos recortados, bulbosos y escamosos de los liqúenes, o bien os recuerdan los corales, las patas de un leopardo, las garras de los

pájaros, masas de sesos, pulmones e intestinos, cuando no excrementos de todas clases. Es una vegetación realmente grotesca, cuyas formas y colores vemos a menudo reproducidos en bronce, especie de arquitectura de hojarasca, más antigua y típica que el acanto, la achicoria, la hiedra o las viñas, y aun que cualquier otra hoja vegetal, y que está destinada quizá, bajo ciertas circunstancias, a plantear un enigma a los geólogos venideros. Ese cortado me producía la impresión de hallarme en una caverna, con sus estalactitas expuestas a la luz del día. Los diferentes matices de la arena son extraordinariamente ricos y agradables, puesto que engloban los diferentes colores del hierro, rojizos, amarillentos, marrones y grises. Cuando en su camino descendente esta masa vegetal, llega a la zanja que queda al pie del talud, se extiende, se aplana, se divide en distintas porciones que, perdiendo su forma semicilíndrica y tornándose cada vez más planas y anchas, se deshacen por ser más líquidas, hasta formar unas hebras casi lisas, aún coloreadas de forma admirable y variada, en las que cabe descubrir todavía las formas de la vegetación original; por último, dentro ya del agua, se transforman en *bancos* semejantes a las barras de las desembocaduras de los ríos, y las formas vegetales se pierden en las ondulaciones del fondo.

El talud entero, de seis a doce metros de altura, resulta revestido de una espesa capa de esa hojarasca, agrietada, rasgada, mezclada con arena en una extensión de un cuarto de milla en uno o en los dos lados, como resultado de un solo día de primavera. Este follaje arenoso es notable porque aparece súbitamente. Cuando veo un lado del talud estéril, pues el sol llega primero a uno de ellos, y el otro con una vegetación exuberante, nacida en una hora, no puedo evitar la asombrosa sensación de hallarme casualmente en el laboratorio del Artista que nos creó, al mundo y a mí, y de haber llegado en el momento en que con la máxima energía se está trabajando en ese talud, que se dota generosamente de un adorno de formas inéditas. En cierto modo, me siento más cerca de las partes vitales del mundo, puesto que este desbordamiento arenoso es una masa foliácea semejante a las entrañas del cuerpo de un animal. Así, no es raro que se encuentre en esa arena el origen de la hoja de una planta. Ni ha de extrañar que la tierra se manifieste externamente en forma de hojas, de tanto como labora internamente con esta idea. Los átomos han aprendido esta ley y la tienen presente, y la hoja del árbol puede contemplar ahí su prototipo. *Internamente*, tanto en el globo como en el cuerpo animal, no es sino un *lóbulo* grueso y húmedo, imagen especialmente aplicable al hígado y a los pulmones y a los *panículos* de grasa (λειβω,

labor, lapsus, flujo o corrimiento hacia abajo, caída; *λοβος, globus, lóbulo, globo*; también *lap*[1] *y flap*[2] y muchas otras palabras); *externamente*, una *hoja* seca y delgada, hasta porque la *f* y *v*[3] no son sino una *b* comprimida y disecada. Las consonantes de lób(ul)o son lb, la suave masa de la *b* (monolobulada o de *B bilobulada*), con una *l* líquida detrás, que la empuja adelante. En globo, *glb*, donde la gutural g suma al significado el apoyo de la garganta. Las plumas y alas de los pájaros son hojas más secas y delgadas aún. Y, así, se pasa igualmente de la tosca lombriz a la airosa y volandera mariposa. La tierra misma trasciende y avanza continuamente, haciéndose salada en su órbita. Hasta el hielo se forma así, como delicadas hojas de cristal que diríase colocadas en los moldes que el follaje de las plantas acuáticas hubiera impreso en el espejo de las aguas. El árbol entero no es sino una hoja, y los ríos son hojas aún más grandes cuya pulpa es la tierra que los separa, mientras que las ciudades y pueblos son los huevos depositados por los insectos en los recodos.

Cuando el sol se pone, la arena deja de fluir, pero llegada la mañana, los riachuelos vuelven a moverse, a dividirse y subdividirse sin cesar formando miríadas de arroyos. Y así es como se forman, probablemente, los vasos sanguíneos. Si miráis de cerca, notaréis que de la masa que se funde primero surge una corriente de arena blanda y esponjosa, cuya punta es como una gota, como un dedo que palpa lenta y ciegamente para abrirse camino hacia abajo, hasta que, con la ayuda del calor y de la humedad, y al tiempo que el sol se eleva, la parte más fluida, en sus esfuerzos por someterse a las leyes que rigen también la parte más lenta, se separa de esta última formando un canal sinuoso, una arteria en el interior de otras, en la que podemos ver una pequeña corriente plateada, de luces centelleantes, que corre desde las hojas o ramas pulposas hasta un nivel inferior, desapareciendo aquí o allí en la arena. Es maravilloso ver cómo se coloca, rápida, y no obstante perfectamente, esa arena a medida que va fluyendo, haciendo uso de los mejores materiales que encierra la tierra para formar los bordes nítidamente recortados de su canal. Y así se originan los ríos. En los silicatos que el agua transporta podemos ver, quizá, el sistema óseo; y en la tierra, más fina, y en la materia orgánica, las fibras musculares o el tejido celular. ¿Qué es el hombre sino lodo?[4] La punta del

1. Colgajo.
2. Falda.
3. *Leaf*=hoja (pl., *leaves*).
4. Job, 13:12. Trad.

dedo humano no es otra cosa que una gota solidificada. Los dedos de la mano y del pie han crecido hasta un límite conveniente a partir de la masa que se fundía en el cuerpo. ¿Quién sabe hasta qué punto crecería, se desarrollaría el cuerpo humano bajo un cielo más propicio? ¿No es la mano una hoja de palma con sus lóbulos y venas? Y si queremos, podemos ver la oreja como un liquen, *umbilicaria,* colocado en un lado de la cabeza con su lóbulo colgante. Los labios —*labium*, de «labo (?)— penden o caen bordeando los flancos de la cavernosa boca. La nariz es, sin duda, una gota congelada o estalactita; pero mayor es la del mentón, sobre la que confluyen las corrientes que resbalan por el rostro. Las mejillas, a su vez, no son sino la pista que discurre desde las cumbres de la frente hasta el valle del rostro, obstaculizada y difusa por los pómulos. Cada abultamiento redondeado de la hoja de la planta es como una gota más densa y, por tanto, retrasada, sea grande o pequeña; y estos lóbulos son los dedos de la hoja, la cual se extiende en tantas direcciones como lóbulos contenga; y si tuviera más color o contara con otras influencias bienhechoras, aún más lejos se proyectaría.

Parece, por consiguiente, que esta fina ladera ilustraba perfectamente el principio que rige las operaciones de la Naturaleza. El Creador de esta tierra se limitó a patentar una hoja. ¿Qué Champollion[1] nos descifrará este jeroglífico para que podamos, al fin, darle la vuelta a la hoja?[2] Este fenómeno me resulta más excitante que toda la fertilidad y exuberancia de los viñedos. Es cierto que hay en su carácter algo de excrementicio, y que son innumerables los órganos y entrañas de toda suerte que encierra, como si ese globo hubiera sido vuelto del revés; pero tal sugiere, al menos, que la Naturaleza posee entrañas, y aun más, que es la madre de la humanidad.

He aquí que la escarcha se retira del suelo; llega la primavera. Es augurio de la floración y del verdor que seguirán, al igual que la Mitología precede a la poesía común. No conozco nada más eficaz para purificarnos de los flatos e indigestiones invernales. Y ello me confirma que la tierra está aún en sus principios y extiende sus dedos in-

1. Jean François Champollion (1790-1832). Egiptólogo francés, autor del *Précis du système Hiéroglyphique des Anciens Egiptiens,* publicado en 1824, que descifró la famosa «Piedra de Rosetta» con inscripciones jeroglificas en griego y en demático, hallada por las tropas francesas en 1799 cerca de una de las bocas del Nilo. Trad.

2. *Turn over a new leaf (sic)* en el original, que Gárate *(op.* .), p. 276, traduce como: «...de manera que por fin podamos empezar vida nueva...», versión con la cual estoy absolutamente de acuerdo, pues entiendo que el sentido es, en efecto, de *borrón y cuenta nueva.* Trad.

fantiles hacia todas partes. Renacen los cabellos en cráneos desnudos; nada hay que sea inorgánico. Los montones foliáceos se desparraman a lo largo del talud como escorias de una fundición, demostrando que la Naturaleza trabaja «a todo ritmo». La tierra no es sólo un simple fragmento de historia muerta, estrato sobre estrato, como páginas de un libro hecho para que geólogos y anticuarios las estudien, sino que es poesía viva, al igual que las hojas de un árbol que preceden a las flores y frutos; no es tierra fósil, sino tierra viva, de tal modo, que la vida animal y vegetal es simplemente parasitaria si la comparamos con su intensa vida interior. Sus convulsiones levantarán algún día nuestros restos de sus tumbas. Mandad fundir vuestros metales e introducidlos en los más bellos moldes que podáis encontrar, y jamás me conmoverán tanto como los formas que adopta esta tierra en fusión. Y no es tan sólo la tierra, sino sus instituciones, las que son maleables como la arcilla en manos del alfarero.

Antes de que pase mucho tiempo, tanto en este talud como en cada colina, llanura o valle, el hielo saldrá del suelo como el animal de su sueño invernal en la madriguera, y se irá en busca del mar entre músicas o se transformará en nubes para emigrar hacia otros cielos. Thaw,[1] el dios del deshielo, sutilmente persuasivo, es más poderoso que Thor con su martillo. El primero funde el hielo, el otro sólo puede romperlo.

Cuando el suelo queda parcialmente libre de nieve y su superficie se ha secado algo por efecto de los días tibios, me era grato buscar las primeras señales del tiempo nuevo que atisbaban apenas al exterior entre la majestuosa belleza de la vegetación ya marchita que logró resistir el invierno: siemprevivas, olidagos, junquillos y las graciosas gramíneas salvajes, más visibles y a menudo más graciosas que en verano, como si su belleza no madurase hasta entonces; igual ocurre con la planta del algodón, la espadaña, el verbasco, la candelaria, el corazoncillo, la espirea y otras plantas de tallo duro, graneros inagotables que alimentan a los primeros pájaros llegados, plantas discretas como velo de viuda para la naturaleza invernal. Mis preferencias se inclinan hacia los juncos de tallo inclinado, con su punta en forma de haz, que nos traen durante el invierno el recuerdo del estío, a los cuales gusta de imitar el arte, y que dentro del reino vegetal guardan en la mente del hombre ideal relación que la astronomía. Es un estilo antiguo, más

1. Deshelar, verbo. Fonéticamente semejante a Thor (mitología escandinava), primer hijo de Odín y de Friga, mediador entre Dios y los hombres, que reina en los aires, lanza el rayo, distribuye las estaciones y excita o calma las tempestades. Trad.

viejo que el de Grecia o Egipto. Muchos de los fenómenos invernales nos sugieren una ternura y una frágil delicadeza inexplicables. Estamos acostumbrados a ver en el invierno un tirano violento y tumultuoso, cuando en realidad adorna las trenzas del verano con la dulzura de un amante.

Cerca ya la primavera, las ardillas coloradas se acercaban hasta mi casa, por parejas, viniendo hasta mis pies mientras leía o escribía, sin cesar de chillar y parlotear, regalándome fantasías vocales y arrullos de lo más divertido y raro que podáis imaginar; y cuando yo daba impaciente con el pie en el suelo, ellas parloteaban aun más alto, como si no tuvieran respeto o temor alguno en sus excitados juegos y retando a la humanidad a que la hiciera callar. ¡A ver si es verdad! *¡Chicarí, chicarí!* Se hacían las sordas ante mis protestas o eran incapaces de notar su fuerza, y reemprendían sus denuestos de modo irresistible.

¡El primer gorrión de la primavera! ¡Es el año que comienza con una esperanza más joven que nunca! Los primeros cantos, débiles y argentinos, que podéis oír en los campos aún semidesnudos y húmedos son los del ruiseñor azul, los del pinzón cantarín y los del turpial de espalda roja ¡como si los últimos copos de invierno cayeran resonando! ¿Qué nos pueden importar ahora todas las historias, cronologías, tradiciones y revelaciones escritas? Los arroyos cantan madrigales y odas a la primavera. El gavilán de los pantanos, que roza con su vuelo la pradera, está buscando ya la vida que despierta en el fondo del lodo. El ruido subterráneo de la nieve que se funde resuena en todos los valles, y el hielo de los pantanos se disuelve con rapidez. El pasto flamea sobre las lomas como un fuego invernal *et primitus oritus herba imbridus primoribus evocata,*[1] como si la tierra dejara asomar su calor interno para saludar el retorno del sol; pero esta llama no es amarilla, sino verde; símbolo de la eterna juventud, la hoja de hierba, como una larga cinta verde arranca desde el seno de la tierra hacia el verano; detenida por la escarcha en su camino, pero recomenzándolo pronto, y apartando el heno del año anterior con el empuje de la vida nueva. Crece de forma regular, como el arroyo que aflora en la tierra, y se me antoja casi idéntica a éste porque al secarse durante los largos días de junio es la hierba la que recoge su agua y deja que cada año beban los rebaños de esa fuente eterna, de la que pronto el segador recolecta también su provisión para el invierno. Y así es como muere nuestra vida humana hasta las raíces, para elevar de nuevo su rebote verde a la eternidad.

1. «Y empieza a surgir la hierba llamada por las primeras lluvias.» Trad.

El estanque de Walden funde con rapidez. Hay un canal de dos perchas de ancho a lo largo de las riberas norte y oeste, y más ancho aún en la parte este. Una gran losa de hielo se ha roto separándose del resto. Oigo un pinzón saltarín entre los matorrales de la ribera: *¡olit, olit! chip, chip, chip, chi, char... chi uis, uis, uis.* Él también aporta su ayuda al hielo. ¡Qué hermosas son las amplias y prolongadas curvas que orillan el hielo, semejantes a las de la ribera, pero más regulares! El hielo se ha vuelto extraordinariamente duro a causa de un frío reciente, intenso aunque pasajero, y se muestra ondulado y bruñido como el suelo de un palacio. El viento se desliza en vano sobre su superficie opaca en dirección al este hasta alcanzar la superficie abierta que hay más allá. Es maravilloso ver esta cinta líquida que brilla al sol, la faz desnuda del estanque llena de juventud y alegría como si expresara el contento de los peces de su interior, no menos que el de las arenas de la ribera; es un reflejo plateado cual produjeren las escamas de un *leuciscus*;[1] es como si fuera un solo pez en movimiento. Este es el contraste entre el invierno y la primavera. La laguna de Walden estaba muerta y he aquí que ahora ha revivido.[2] Pero, ya he dicho, este año el deshielo ha sido más regular.

El paso del invierno y sus borrascas a la dulzura del tiempo en calma, del sopor de las horas oscuras a la vivacidad de las claras, es una crisis inolvidable, que todas las cosas proclaman. Al final, parece instantánea. De repente, una oleada de luz llenó mi casa pese a la proximidad de la noche, de las nubes invernales que surcaban el cielo y del goteo helado de los aleros. Miré por la ventana y héte aquí que, allí donde ayer todo era gris, frío y helado, ¡se extendía ahora la laguna transparente, tranquila y llena de esperanza, como en una tarde de verano, reflejando en su seno el cielo, aunque éste seguía velado, como si se tratara del espejismo de un horizonte lejano! Oí a lo lejos el canto de un petirrojo, el primero... me pareció, tras miles de años, y al que recordaré dentro de miles más con la misma, dulce y poderosa voz de siempre. ¡Oh, el canto del petirrojo al atardecer de un día de verano en Nueva Inglaterra! ¡Si pudiere encontrar la rama donde posa! ¡Sí, ésta! Por lo menos no se trata del *Turdus migratorius*. Los pinos tea y las encinas de los alrededores de mi casa, que durante mucho tiempo habían nacido tristemente, recuperaron con rapidez su verdadero carácter y se me ofrecieron más vivos, verdes, rectos y animados, como si la lluvia los hubiera lavado y sanado. Sabía que no iba a llover más.

1. Representante americano de los peces ciprínidos (carpas). Trad.
2. Lucas, 15:24. Trad.

Con sólo mirar cualquier rama del bosque, o hasta el propio montón de leña, se puede asegurar si el invierno ha marchado o no. Al caer la noche, me estremecí al oír el trompeteo de los gansos salvajes volando bajo sobre el bosque, viajeros cansados y tardíos de los lagos del sur, que se dejaban caer por fin libremente entre quejas y consuelos mutuos. Desde la puerta pude oír el ruido de sus alas, cuando, al dirigirse hacia mi casa, advirtieron la luz que había en ella, y con un griterío ensordecedor dieron media vuelta y se posaron sobre la laguna. Entré, cerré la puerta, y pasé mi primera noche de primavera en el bosque.

Por la mañana los observé nadando en la laguna envueltos en bruma, a unas cincuenta perchas de mi puerta componiendo una bandada tan grande y escandalosa que Walden parecía ser un lago artificial creado para su diversión. Pero cuando fui hasta la orilla se elevaron inmediatamente, batiendo fuertemente las alas en obediencia a una señal de su jefe, y cuando se hubieron colocado en formación regular, cada uno en su sitio, en número de veintinueve, describieron algunos círculos sobre mi cabeza y tomaron después rumbo al Canadá, mientras el guía emitía sus «jonk» a intervalos regulares, a la espera de romper su ayuno en estanques más cenagosos. Una bandada de patos se elevó al mismo tiempo y tomó la ruta del norte en la misma estela de sus escandalosos primos.

Durante una semana fui oyendo a mi alrededor el grito ronco de un ganso solitario que en la mañana brumosa buscaba a su pareja, al tiempo que llenaba el bosque de un clamor de vida demasiado rica para aquél. En abril se vio volar de nuevo a las palomas en pequeñas y rápidas bandadas, y, llegada su vez, oí también trinar a los vencejos en mi claro; y aunque no me hubiera parecido que el pueblo contara con tantos como para poder cederme una parte, gocé en creer que aquéllos pertenecían a una raza antigua y peculiar, pobladora ya de los árboles huecos antes de la llegada del hombre blanco. En casi todos los climas, la tortuga y la rana cuentan entre los precursores y heraldos de esta estación, testigo de cantos y vuelos de pájaros de plumaje de nuevo brillante, de plantas que nacen y florecen y de vientos que soplan para corregir la ligera oscilación de los polos y mantener el equilibrio de la Naturaleza.

Como en su momento, cada estación nos parece la mejor; así, la llegada de la primavera se nos antoja la creación del Cosmos a partir del Caos y la Edad de Oro hecha realidad.

Eurus ad Auroram Nabathaeaque regna recessit,
Persidaque, et radiisjuga subdita matutinis.[1]

Nació el hombre. Quién sabe si ese Artífice de cosas,
el origen de un mundo mejor, lo hizo de la divina simiente;
o si la tierra, apenas recién separada del alto éter,
retuvo algunas semillas de cielo afín.

Un solo y suave aguacero basta para dar a la hierba un verde con mucho más vivo. Igual se aclaran nuestros deseos bajo la influencia de mejores pensamientos. Afortunados seríamos si pudiéramos vivir siempre en el presente, aprovechando cada uno de los sucesos que nos ocurren, como la hierba que cambia al influjo del más ligero rocío; y quizás así nos pasaríamos el tiempo tratando de disimular la ligereza que nos hizo perder oportunidades pasadas, a lo cual llamamos «cumplir con nuestro deber». Nos descuidamos en invierno, cuando ya está aquí la primavera. En una bella mañana de primavera quedan perdonados todos los pecados de los hombres. En un día como éste, el vicio concede una tregua; mientras un sol así nos llene de sus rayos, el más vil pecador puede arrepentirse. Y nuestra recobrada inocencia nos hace comprender la inocencia de los demás. Este vecino, al que ayer creíais ladrón, borracho o disipado, y por el que podíais sentir piedad o desprecio al haceros desesperar del mundo, ahora, cuando el sol brilla y calienta la primera mañana de primavera creando un mundo nuevo, lo podéis encontrar dedicado a cualquier tarea sencilla; y veréis como sus venas, embotadas por el desenfreno, se dilatan con serena alegría bendiciendo la nueva jomada, y como al influjo de la primavera y de su renovada inocencia le son perdonados los pecados. No sólo es un aura de buena valuntad lo que le rodea, sino también un algo de santidad, que intenta expresarse a tientas, quizás a ciegas o por camino equivocado, como instinto apenas consciente; durante un tiempo, breve pero real, la parte sur de la colina no resuena con charlas vulgares. Podéis ver también algunos delicados retoños, bellos e inocentes, pres-

1. «El viento del Este se retiró hacia la Aurora y al reino de Nabatea / y el Persa, y sometió las crestas a los rayos matutinos.» Antiguo pueblo nómada de la Arabia Pétrea, entre el mar Rojo y el Eufrates. Trad.

2. Ovidio. *Metamorfosis.* Trad.

tos a saltar de su seca y dura coraza para comenzar a vivir un nuevo año, tan tiernos y frescos como la planta más joven.

Hasta él ha accedido al gozo del Señor.[1] ¿Por qué el guardián no deja abiertas las puertas de la prisión? ¿Por qué el juez no abandona el caso, y el pastor a su congregación? Porque no obedecen la señal que Dios les ha hecho ni aceptan el perdón que Él libremente ofrece a todos.

Cada día se produce un retorno a la bondad con el aliento tranquilo y bienhechor de la mañana, hecho que con respecto al amor por la bondad y aversión al vicio nos aproxima un poco a la primitiva naturaleza del hombre, como en su caso ocurre con los jóvenes tocones del bosque cuando han sido talados los árboles. De igual modo, un día de mal hacer estorba a los gérmenes de la virtud que comenzaban a asomar y desarrollarse, y terminan destruyéndolos.

Después de que los brotes de la virtud han sido así repetidamente dañados, ya no es suficiente el soplo bienhechor de la tarde para guardarlos. Y cuando este aliento no basta, la naturaleza del hombre no se diferencia en mucho de la de los animales. Y el prójimo de aquél, viendo que la naturaleza de ese hombre es tan parecida a la da la bestia, piensa que jamás le cupo la facultad de la razón. ¿Son esos acaso los sentimientos naturales y verdaderos del hombre?

Primero se creó la Edad de Oro que, sin juez
ni ley, amaba naturalmente la justicia y la fidelidad.
Sin temores ni castigos, sin tablas de bronce
con palabras ominosas, las gentes, suplicantes y sin miedo a
las arengas del juez, vivían seguras, sin necesidad de vengador.
El pino derribado en la montaña no había descendido aún
hasta las olas del océano para conocer un mundo nuevo,
y los mortales no conocían más riberas que las suyas.
La primavera era eterna, y el soplo de plácidos céfiros
acariciaba tibiamente las flores nacidas de ninguna semilla.[2]

El 29 de abril, mientras pescaba desde la orilla del río cerca del puente de Mine-Acre-Corner, entre los lirios del valle y las raíces del sauce, donde se esconden las ratas almizcleras, oí un ruido singular, como el de las tablillas que los niños hacen entrechocar entre los dedos, cuando, al levantar la vista, reparé en un halcón, delgado y airoso, del

1. Mateo, 23:25. Trad.
2. Ovidio. *Metamorfosis*. Trad.

tamaño de un chotacabras, que sucesivamente se elevaba como una ola para caer después a una o dos perchas de mí, girando sobre sí mismo y mostrando la cara interna de sus alas, relucientes como una cinta de raso al sol o como el interior anacarado de una concha. Este espectáculo me hizo evocar imágenes de cetrería y toda la nobleza y poesía que se asocian a este arte. Parecióme que podría llamarse Merlin, pero no me gusta mucho este nombre. Fue el vuelo más etéreo que jamás me haya sido dado presenciar. No revoloteaba simplemente como una mariposa ni se cernía en lo alto tal como hacen las grandes rapaces, sino que jugaba, orgulloso y seguro de sí mismo, con las corrientes aéreas, remontándose, lanzando su grito, bajando en bella y libre caída, girando a menudo como una cometa, y volviendo a recomenzar tras ese precipitado descenso, como si no se hubiera posado jamás en *térra firma.*[1] Parecía no tener compañero alguno en el universo, y se divertía solo, no necesitando sino de la mañana y del aire para jugar. Pero, no había soledad en él, sino que la impartía a la tierra bañada por el sol. ¿Dónde, en aquellos cielos, paraban la madre que lo incubó, sus hermanos y su padre? Ocupante del aire, no parecía más relacionado con la tierra que por el huevo antaño eclosionado en alguna grieta rocosa. ¿O acaso fue puesto su nido en un rincón de las nubes, tejido con hilos de arco iris y de crepúsculo, y revestido de suaves calinas de la tierra de estío? Sus dominios se hallaban ahora en algún escarpado nubarrón.

Además de todo esto, obtuve un delicioso plato de pescados de oro, plata y brillante cobre, que parecía una corona de joyas. ¡Ah!, cuántas veces he penetrado en estas praderas pantanosas durante una bella mañana de principios de primavera saltando de terreno en terreno, de una raíz de sauce a otra, mientras el valle del río salvaje y la floresta habían sido inundados por una luz tan pura y brillante que hubiera despertado a los muertos, si en verdad dormitaran éstos en su sepulcro, tal como creen algunos. ¿Es necesaria alguna otra prueba de la existencia de la inmortalidad? Todas las cosas han de vivir con semejante luz. ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulturero, tu victoria?[2]

La vida en nuestro pueblo sería bastante monótona si no fuera por los bosques aún inexplorados y las praderas que lo circundan.

Tenemos necesidad de ser tonificados por la naturaleza agreste, de recorrer a veces las arenas de las orillas, donde acechan el alcaraván y

1. *(Sic)* en el original. Trad.
2. 1 Corintos, 15:55. Trad.

el rascón, de oír el grito de la chocha, de sentir el olor de los juncos que murmuran allí donde sólo el pájaro más salvaje y solitario puede vivir y donde la marta se agazapa panza al suelo. Pero al mismo tiempo que intentamos explorar y aprender, deseamos que todo siga misterioso e inexpugnable, que la tierra y el mar sean infinitamente salvajes, ariscos e insondables, puesto que en realidad tal son. Jamás nos cansamos de la Naturaleza; y es preciso que nos confortemos con la vista de su fuerza inagotable, de sus vastos y gigantescos rasgos, de las riberas de los océanos salpicadas de naufragios, de las vastedades vírgenes, con sus árboles vivos y sus árboles muertos, de las nubes preñadas de tormentas, de la lluvia de tres semanas que desborda los cauces. Necesitamos ver superadas nuestras propias limitaciones, ver criaturas que viven libremente donde nosotros no osamos aventurarnos. Nos gusta ver a los buitres alimentándose y obteniendo fuerza y salud de la carroña que nos disgusta y horroriza. En la cuneta del camino de mi casa había un caballo muerto, que a menudo me obligaba a dar un rodeo, sobre todo de noche y con atmósfera pesada, aunque me compensaba por ello el constatar el enorme apetito y envidiable salud de la Naturaleza. Me complace, pues, el ver que ésa es tan rica en vida que puedan ser sacrificadas miríadas de animales para servir de comida a otros, y que criaturas delicadas puedan ser aplastadas, suprimidas o reducidas a pulpa tranquilamente: las garzas engullen renacuajos, las tortugas y sapos son aplastados en los caminos y ¡hay lluvia portadora a veces de carne y sangre! Son tantas las posibilidades de accidente que penden sobre nosotros, que no deberíamos siquiera pensar en ellas. El hombre consciente conserva la impresión de que existe una inocencia universal. El veneno, a fin de cuentas no envenena, y no hay ninguna herida mortal. La compasión es una postura que no puede aplicarse por sistema; ha de ser expeditiva, y sus llamadas mal casan con lo estereotipado.

A principios de mayo, los robles, nogales, arces y otros árboles de hojas incipientes que resurgían entre los pinares en torno a la laguna daban al paisaje una claridad semejante a la del sol, sobre todo en los días nublados, como si aquél lograra romper al fin la bruma, aquí y allá, para plantar sus pálidos rayos en la ladera. El 3 o 4 de mayo sorprendí a un somormujo bañándose, y aquella semana oí también al chotacabras, al tordo de Wilson, al pardillo, al tirano de los bosques, al pipit y a otras aves, y aún antes que a éstos, al zorzal. Y había visto ya cómo el papamoscas, alas temblorosas y garras tiesas como para sostenerse dando pie en el aire, echaba una ojeada a mis ventanas y puerta, para ver si mi cabana era lo bastante cavernosa para su gusto.

El polen color de azufre de los pinos cubrió muy pronto las aguas, las piedras y los tocones podridos a lo largo de la orilla, y en tal cantidad que se hubiera podido llenar un barril. Es lo que se da en llamar «lluvias de azufre», como la citada en el drama de Calida en el Sakhuntala: «Riachuelo amarillento por el polvo dorado de los lotos». Y así van pasando los días hasta llegar al verano, como un paseante que avanza entre hierba cada ves más alta.

Con ello dio fin mi primer año de estancia en los bosques, pauta que siguió también el segundo. Al fin, abandoné Walden el 6 de septiembre de 1847.

18. CONCLUSIÓN

Los médicos recomiendan sabiamente al enfermo un cambio de aires y de escenario. Gracias a Dios, no se considera para ello todo el mundo. El castaño de Indias no crece en Nueva Inglaterra, y rara vez se oye al arrendajo por estos pagos. El ganso salvaje es más cosmopolita aun que nosotros; desayuna en el Canadá, almuerza en Ohio y alisa sus plumas, antes de dormir, en un canalizo del Sur. Hasta el bisonte, en cierto modo, se atiene a las estaciones y pasta en las praderas del Colorado sólo hasta que se le ofrece una hierba más dulce y más verde en el Yellowstone. Sin embargo, creemos que si se cierran los pasos a nivel y se erigen muros en nuestras heredades, nuestras vidas han de resultar así limitadas, y nuestro sino, decidido. Si se os nombra secretario de la municipalidad, cierto es que no podréis ir a la Tierra de Fuego este verano;[1] pero, en cualquier caso, sí a la de los fuegos infernales. El universo es más ancho de lo que creemos.

Pero, debiéramos mirar con más frecuencia por encima de la popa de nuestro navio, como pasajeros curiosos, en lugar de limitarnos a hacer el viaje como zafios marineros enfrascados en hilar estopa. El otro extremo del orbe no es sino la patria de nuestro corresponsal. Nuestro viajar no es otra cosa que el seguimiento de un gran círculo,[2] y los médicos se limitan a prescribir para las enfermedades cutáneas. Uno viaja presuroso al sur de África para cazar jirafas; pero, seguro que no es esa la pieza que le gustaría cobrar. Decidme ¿cuánto tiempo cazaría un hombre jirafas si pudiera? También la becada y la chocha

1. Tierra de Fuego *(sic)*, en español en el original. Trad.
2. La distancia más corta entre dos puntos de la esfera terrestre se salva siguiendo el arco del círculo máximo que los une, menor de 180°. Trad.

son preciadas; pero no me cabe duda de que seria caza más noble el cobrarse a sí mismo.

Direct your eye right inward, and you'll find
a thousand regions in your mind
yet undiscovered. Travel them, and be
expert in home-cosmography.

¿Qué significa África, qué Occidente? ¿Acaso no es blanco nuestro interior sobre el mapa, incluso si se revelare negro como la costa cuando se descubre? ¿Son las fuentes del Nilo o del Niger o del Mississippi, o el Paso del Noroeste para este continente lo que quisiéramos encontrar? ¿Son éstos los problemas que más inquietan a la humanidad? ¿Es Franklin[2] el único hombre perdido para que su esposa esté tan preocupada por encontrarlo? ¿Acaso sabe Mr. Grinnell[3] dónde se encuentra él mismo? Sed más bien el Mungo Park,[4] el Lewis, el Clark[5] y el Frobisher[6] de vuestros propios ríos y océanos; explorad vuestras propias actitudes, provistos, si hace falta, de cargamentos de cecina para sustentaros, y apilad las latas vacías cielo arriba como seña. ¿Acaso se inventaron las viandas enlatadas sólo para conservar la carne? No; sed Colones de los continentes y mundos enteramente nuevos de vuestro interior y abrid nuevas vías, no para el comercio, sino para las ideas. Todo hombre es dueño y señor de un reino junto al cual el imperio terrestre del zar no es sino una nimiedad, un rimerillo dejado por el hielo. Sin embargo, algunos que no se tienen respeto a sí mismos pueden pasar por patriotas y sacrificar lo más grande a lo más vano. Aman el suelo que conformará su tumba, pero no sienten simpatía alguna por el espíritu que anima aún su propio barro. El patriotismo no es más que un gusano que les roe la mente. ¿Qué significaba aquella ex-

1. «Dirige la mirada a tu interior, y hallarás / en tu mente mil regiones / aún por descubrir. Recórrelas, y hazte / experto en cosmografía propia.» Del poema de W. Habington, *To my honoured friend Sir E. D. P. Knight.* Trad.

2. Sir John Franklin (1786-1847), explorador inglés que se perdió en el Ártico cuando buscaba el paso del Noroeste entre los océanos Atlántico y Pacífico. Por el diario de un miembro de su expedición hallado durante la década de 1858-1859 se supo que murió en junio de 1847. Trad.

3. Henry Grinnell, de Nueva York, sufragó una expedición en busca del anterior. Trad.

4. Mungo Park (1771-1806), escocés explorador de África.

5. Lewis y Clark, exploradores norteamericanos de la costa del Pacifico. Trad.

6. Sir Martin Frobisher (1535-1594), resuelto y poco sobrado de escrúpulos navegante y explorador inglés. Trad.

pedición exploradora a los Mares del Sur,[1] con toda su pompa y gastos, sino un reconocimiento indirecto del hecho de que existen continentes y mares en el mundo moral, para los que cada hombre es istmo o acceso por explorar, y de que es mucho más fácil el recorrer miles de millas a través del frío, las tormentas y los caníbales en una nave del gobierno, con quinientos hombres y grumetes en ayuda de uno, que al explorar el mar propio, los océanos Atlántico y Pacífico de uno mismo?

Erret, et extremos alter scrutetur Iberos,
Ius habet hic vitae, ius habet ille viae.[2]

No vale la pena el dar la vuelta al mundo para contar los gatos que hay en Zanzíbar. Pero ¡hacedlo! hasta que podáis mejor y os sea dado, quizá, el tropezar con algún «agujero de Symmes»[3] por el que finalmente acceder a vuestro interior. Inglaterra y Francia, España y Portugal, la Costa de Oro y la Costa de los Esclavos, dan todas a este mar privado; pero ningún bajel de estos países se ha aventurado más allá de la tierra vista, aunque ésta es sin duda la ruta directa a la India.[4] Si uno quisiera aprender todas las lenguas y adaptarse a las costumbres de todas las naciones, si uno quisiera llegar a lugares no visitados aún por viajeros previos y aclimatarse por doquier u obligar a la Esfinge a abrirse la cabeza contra una piedra, hay que seguir el precepto del filósofo antiguo: ¡Conócete a ti mismo! Para ello se requiere vista y valor. Sólo los derrotados y los desertores van a las guerras; cobardes que huyen y se alistan. Empezad ahora por ahí, por el occidente más lejano, que no se detiene en el Mississippi ni en el Pacífico, ni lleva a una China exhausta ni al Japón, sino que sigue una tangente al globo, invierno y verano, día y noche, ocaso y amanecer, y aun hasta la consumación del mismo vivir en esta tierra.

Se dice que Mirabeau se hizo salteador de caminos «para comprobar qué grado de resolución era necesario para ponerse en oposición directa a las leyes más sagradas de la sociedad». Declaró que «el soldado que lucha en el frente no requiere la mitad del valor del bandolero», «que el honor y la religión jamás han interferido en una resolu-

1. Mandada por el yanqui Charles Wilkes (1798-1877) en 1838-1842. *Vid The Dial.*

2. «Que deambulen errantes en busca de extraños australianos / yo tengo más de Dios; ellos, más del camino.» Iberos ha sido sustituido por australianos, y vida por Dios. Pertenece al *De Sene Veronensis.*(J. Gárate, *op. cit.,* p. 287.)

3. J. Cleves Symmes, cuya teoría establece que la tierra es una esfera hueca abierta por los polos. Trad.

4. «No comment.» Trad.

ción tomada y firme». Eso era viril a tenor de lo que se lleva; y sin embargo, era también vano, si no desesperado. Un hombre más cuerdo se habría encontrado más de una vez «en oposición formal» a lo que se considera «las leyes más sagradas de la sociedad» por avenencia a otras, más sacras aún, y así, habría comprobado su resolución sin salirse de su camino. No es propio que el hombre adopte tal actitud frente a la sociedad, sino que mantenga y temple aquella que es conforme a las leyes de su ser, las cuales jamás serán opuestas a las de un gobierno justo, si por ventura diere alguna vez con tal.

Dejé los bosques por una razón tan buena como la que me llevó a ellos. Quizá porque me parecía que tenía varias vidas más que vivir y que no podía seguir prodigando mi tiempo en aquella. Choca y sorprende con qué facilidad e inconsciencia proseguimos una particular ruta, haciéndonos de ella un camino trillado. No habría vivido allá una semana cuando mis pies habían hecho ya un camino desde mi puerta a la ribera; y aunque hace ya cinco o seis años desde que lo recorriera, me resulta aún claramente familiar. Es verdad que temo que otros hayan pasado por él, así, que hayan contribuido a mantenerlo abierto. La superficie de la tierra es blanda y fácilmente maleable por los pies de los hombres; igual ocurre con las veredas seguidas por la mente. ¡Qué gastados y polvorientos pueden ser, pues, los caminos del mundo! ¡Qué profundas las rodadas de la tradición y el conformismo! No quise viajar en primera sino delante del mástil[1] en la cubierta del mundo, pues desde allí podía ver mejor la luz de la luna[2] entre las montañas. Ahora no deseo ya descender. Mi experiencia me enseñó, por lo menos, que si uno avanza confiado en la elección de sus sueños y se esfuerza por vivir la vida que ha imaginado, tropezará con el éxito menos esperado en su vida corriente. Dejará atrás un gran número de cosas, atravesará una frontera invisible; leyes nuevas, universales y más abiertas empezarán a establecerse dentro y alrededor de su persona; o se ampliarán las viejas, cuya interpretación le favorecerá con más largueza; vivirá en una libertad propia de un orden de seres más elevado. A medida que simplifique su vida, las leyes del universo se le revelarán menos complejas, la soledad dejará de ser soledad; la pobreza, pobreza; la debilidad, debilidad. Si has levantado castillos en el aire, tu trabajo no tiene por qué ser vano; ahí es donde debieran estar. Ponies ahora los cimientos.

1. N. H. Dana: *Two years before the mast*. El autor Dana estudió con Thoreau en Harward. Cf. p. 67. Trad.

2. Referencia a una excursión con Channing por el Hudson. Trad.

Es una demanda ridicula la que formulan Inglaterra y América de que debes hablar de un modo que te comprendan. Ni los hombres ni los hongos crecen así ¡Como si ello fuera importante y no hubiera ya suficientes que aparte de aquéllos, te comprendan! ¡Como si la naturalezaa no pudiera permitirse más de un solo orden de inteligencia, no pudiera albergar aves amén de cuadrúpedos, seres voladores al igual que otros reptantes como si ¡So! y ¡Arre!, que bien entiende el buey, fuera lo mejor del idioma! Como si la seguridad se encerrara solamente en la estupidez. Temo, sobre todo, que mi manera de expresarme no sea lo suficientemente *extra-vagante,* que no pueda proyectarse más allá de los límites angostos de mi experiencia cotidiana, con objeto de convenir con la verdad que me ha convencido. *¡Extra vagancia!* depende de cómo te midan, de dónde te enchiqueren. El bisonte errante en busca de nuevos pastos en otras latitudes no es extravagante como la vaca que cocea el cubo, salta el cercado y sale corriendo en pos de su ternero cuando ordeñada. Deseo hablar en algún lugar *sin* límites; como un hombre en estado vigil, que habla a hombres despiertos; pues estoy convencido de que no puedo exagerar siquiera lo suficiente para poner los cimientos de una expresión verdadera. ¿Quién que haya oído una melodía temería el hablar extravagantemente en el futuro? En vista del porvenir o posible deberíamos vivir totalmente relajados e indeci sos en lo que a nuestra proyección se refiere, con perfiles brumosos y vagos por este lado como nuestras sombras cuando al sol revelan una perspiración apenas perceptible. La volátil verdad de nuestras palabras deberá traicionar en todo instante la impropiedad del resto de nuestra expresión. Su verdad se traslada inmediatamente; sólo quedan las palabras. Los términos que expresan nuestra fe y nuestra piedad no son definidos; sin embargo, para las naturalezas superiores son significati vos y fragantes como el incienso.

¿Por qué descender siempre al nivel de nuestra perfección mas gro sera y aclamarla como sentido común? El más común de todos ellos es el de los hombres dormidos que lo expresan roncando. A veces, y pensar que sólo apreciamos una tercera parte de su inteligencia, nos sentimos inclinados a clasificar a quienes poseen una medida y media de ingenio junto a aquellos que apenas reúnen una mitad. Los habría que hallar en falta incluso en la aurora, si se levantaran a hora lo suficiente temprana. «Pretenden» eso que los versos de Kabir revelan cuatro

sentidos diferentes: ilusión, espíritu, intelecto, y el esoterismo de la doctrina de los Vedas»; pero, en esta parte del mundo se considera motivo de queja que lo escrito por un hombre admita más de una interpretación. Mientras Inglaterra intenta curar la roña de la patata ¿habrá alguien que se esfuerce en hacer lo mismo con la del cerebro, mucho más extendida y fatal?

No creo haber llegado a la oscuridad, pero me sentiría orgulloso si a este respecto no se hallara falta más fatal en estas páginas que la que le fuera encontrada al hielo de Walden. Los clientes del sur se quejaban de su color azul, que es la prueba de su pureza, como si ello fuera turbiedad, y preferían el hielo de Cambridge, que es blanco, pero sabe a hierbas. La pureza que admiran los hombres es como la bruma que envuelve la tierra y no como el azul etéreo.

Los hay que nos ensordecen los oídos diciendo que, nosotros los americanos, y los hombres modernos en general, somos unos enanos intelectuales comparados con los antiguos, o si se quiere, con los de la época elisabethiana. Pero ¿adonde quieren ir a parar con ello? Un perro vivo es mejor que un león muerto.[1] ¿Debe colgarse un hombre por pertenecer a la raza-de los pigmeos, en vez de tratar de ser el más grande entre ellos? Que cada uno cuide de sus asuntos y se esfuerce por ser lo que ha sido creado.

¿Por qué hemos de tener tanta prisa por alcanzar el éxito, y en empresas tan desesperadas? Si un hombre no guarda el paso con sus compañeros, acaso se deba a que oye un tambor diferente. Que marche al son de la música que oiga, por lenta y alejada que resulte. No es importante que madure tan pronto como un manzano o un roble. ¿Hará por esto de su primavera, verano? Si el estado de las cosas para que fuimos creados no se ha alcanzado aún, ¿qué realidad podríamos poner en su lugar? No debemos encallar en una realidad huera. ¿Nos construiremos trabajosamente un cielo de cristal azul, aunque cuando esté terminado contemplaremos todavía, sin duda, la verdadera y remota bóveda etérea como si aquél no existiese?

En la ciudad de Kouroo vivía un artista dispuesto a luchar por la perfección. Un día se le ocurrió hacer un bastón, y habiendo considerado que para una obra imperfecta el tiempo cuenta, pero no así cuando lo que se busca es la perfección absoluta, se dijo que debía alcanzarla en todos los sentidos, aunque no hiciere otra cosa en la vida. Fue inmediatamente al bosque por madera, toda vez que decidió nousar de material que no fuera el más apropiado; pero, a medida que

1. Eclesiastés, 9:4. Trad.

rechazaba leño tras leño, sus amigos fueron abandonándole poco a poco envejeciendo y muriendo en sus quehaceres ientras que en él no se jaba cambio alguno, siquiera en la más mínima medida. La singularidad de su propósito y resolución, y su extrema piedad le habían dotado, sin que él tuviera conocimiento de ello, de una juventud eterna. Comoquiera que no había hecho acuerdo alguno con el tiempo, este se apartó de su camino, limitándose a suspirar a lo lejos por no poder vencerle. Antes de que hubiera hallado un leño apropiado bajo todos los aspectos, la ciudad de Kouroo se había convertido en una desolada ruina, en una de cuyas escombreras él se sentó a descortezar un palo y antes de que hubiera dado fin a esa tarea, la dinastía de los Candahars se había extinguido, y él escribió en la arena el nombre del último de sus representantes, antes de proseguir con su labor. Cuando hubo desbastado y pulido la madera, Kalpa[1] había dejado de ser la lla Polar, y antes de que hubiera puesto la contera y adornado el puño con piedras preciosas, Brahma había dormido y despertado varias veces. Pero ¿por qué me detengo a contar estas cosas? Cuando dió toque final a su obra, ésta se mostró de pronto a los ojos del brado artista como la más hermosa de las creadas por Brahma. Pero haciendo el bastón había construido un nuevo sistema, un orden de armoniosas y plenas proporciones en el que, pese a la extinción de las ejas ciudades y dinastías, otras más bellas y gloriosas habían venido a ocupar su lugar. Y en este momento, viendo el montón de vidas todavía frescas a sus pies, comprendió que para él y su trabajo, el paso del tiempo había sido una ilusión, y que no había transcurrido más del que le lleva a un simple destello de la mente de Brahma el soplar inflamar la yesca del cerebro de un mortal. El material era puro y su arte también. ¿Podía no ser maravilloso el resultado?

o hay postura alguna que podamos aceptar ante un asunto que, a a larga, nos vaya mejor que la que corresponde a la verdad. Sólo ésta lo resiste todo. La mayoría no nos encontramos sino en falso. Por un [illegible] de nuestra naturaleza, nos imaginamos un caso, nos ponemos en él, y héte aquí que son, pues, dos, los que coexisten a la vez, de manera que es doblemente difícil el salir del brete. En los momentos cuerdos consideramos solamente los hechos, el caso tal como en verdad se presenta. Decid lo que tenéis por decir, no lo que debéis decir. Cualquier verdad es mejor que el fingir. Cuando el calderero Tom Hyde se hallaba en el patíbulo, le fue preguntado si tenía algo que

1 Según la mitología india, gran período de tiempo que abarca 432 millones de años que debe terminar con el aniquilamiento de todo lo creado. Trad.

decir: «Decid a los sastres», respondió, «que se acuerden de hacer un nudo en el hilo antes de dar la primera puntada». La plegaria de su compañero ha sido totalmente olvidada.

Por mediocre que sea vuestra vida, hacedle frente y vividla; no la esquivéis ni la denostéis. No es tan mala como vosotros mismos. Parece tanto más pobre cuanto mayor es vuestra riqueza. El buscador de defectos los halla incluso en el paraíso. Amad vuestra vida, por pobre que sea. Es posible vivir unas horas amables, emocionantes y gloriosas hasta en un asilo. El sol que se pone se refleja con igual esplendor en las ventanas del hospicio que en las del rico, y la nieve se funde frente a ambas puertas, llegada la primavera. No veo por qué una mente serena no ha de poder hallar tanta satisfacción y gozar de pensamientos tan estimulantes allí como en un palacio. A menudo nos parece que son los pobres del pueblo quienes viven de la manera más independiente, quizá porque son lo suficientemente nobles para recibir sin escrúpulos. En su mayoría piensan que se hallan por encima de ser mantenidos por el pueblo; pero ocurre con frecuencia que no se sienten por encima de automantenerse por medios ilícitos, lo cual debiera ser menos decoroso. Cuidad la pobreza como una hierba, como salvia. No os intereséis demasiado por adquirir cosas nuevas, sea vestidos o amigos. Remozad los gastados; volved a los viejos. Las cosas no cambian; somos nosotros los que cambiamos. Vended vuestras ropas y conservad vuestras ideas. Dios se ocupará de que no necesitéis de la sociedad. Si yo fuera confinado a un rincón de una buhardilla toda mi vida, como una araña, el mundo seguiría siendo igual de grande para mí en tanto conservara mis pensamientos. El filósofo decía: «De un ejército compuesto por tres divisiones, uno puede prender al general y provocar la desbandada; pero no es posible quitarle los pensamientos al hombre más abyecto y vulgar». No busquéis con tanto anhelo el desarrollaros ni os sometáis a tantas influencias como se ejerce sobre vosotros: es la disipación. La humildad, como la oscuridad, revela las luces del cielo. Las sombras de la pobreza y la ruindad se acumulan en vuestro entorno, *and to creation widens to our view.*[2] A menudo se nos recuerda que si nos fuera conferida toda la riqueza de Creso, nuestros objetivos deberían seguir siendo los mismos, al igual que en esencia nuestros medios. Además, si en tu grado de pobreza te ves incluso restringido, si no puedes comprar periódicos ni libros, por ejemplo, lo

1. Confucio: *Analectas*. Trad.

2. Del famoso soneto de J. M. Blanco White, *Mysterious Night* («...y ved como la Creación se ensancha ante nuestros ojos»). Trad.

que ocurre es que quedas limitado a las experiencias más importantes y vitales, reducido a tratar con el material que rinde más azúcar y más enjundia. Es la vida más escueta, la más grata. Quedas imposibilitado de ser frívolo, no se pierde nada en el orden inferior y sí se es magnífico en el superior. Con fortuna superflua sólo se pueden adquirir cosas superfluas. No hace falta dinero para comprar lo que necesita el alma.

Vivo en el ángulo de un muro de plomo, en cuya composición fue vertida una pequeña cantidad de bronce de campanas. A menudo, en mi reposo del mediodía, llega desde fuera a mis oídos un confuso *tintinnabulum.*[1] *Es* el ruido de mis contemporáneos. Mis vecinos me cuentan sus aventuras con damas y caballeros célebres, y qué personajes célebres han conocido en ocasión de tal o cual cena. Pero, estas cosas no me interesan más que el contenido del *Daily Time.* La atención y la chachara se centran principalmente en indumentaria y modales, pero la mona en mona queda, aunque se vista de seda. Me hablan de California y de Tejas, de Inglaterra y de las Indias, del honorable Mr. de Georgia o de Massachusetts, no más que fenómenos" pasajeros, hasta que estoy a punto de librarme de su asedio saltando como el bey de los mamelucos.[2] Me gusta seguir siempre mi ruta, no marchar en procesión con pompa y en desfile por un lugar público sino en línea, si puedo, con el Creador del universo; no deseo vivir en este siglo diecinueve ajetreado, nervioso, trivial y estentóreo; prefiero estar sentado o de pie, queda y pensativamente. ¿Qué están celebrando los hombres? Todos forman parte de un comité de preparativos en espera de que se produzca un discurso ajeno cada hora. Dios es sólo el presidente de jornada, y Webster[3] su portavoz. A mí me gusta ponderar, resolver y dirigirme hacia lo que con más fuerza y justamente me atrae; no, el permanecer suspendido del brazo de la balanza y tratar de pesar menos; no el imaginar un caso, sino vérmelas con el que se presenta, viajar por el único camino por donde puedo y donde no hay poder alguno que se me resista. No me reporta ningún placer el empezar a tender

1. Dice Gárate *(op. cit.,* p. 294), que Thoreau confunde la campana con el tintineo. Yo discrepo. Creo que Thoreau, libérrimo, hace onomatopeaya de *tintinnabulum* (=campanilla, cascabel) porque le da la gana y porque, de paso, juega —y por partida doble— con *tin* (estaño), que con el cobre forma el bronce (de la campana). Seria muy suyo, ...*e se non é vero...* Trad.

2. Que saltando desde el baluarte de la Ciudadela de El Cairo se salvó de la matanza realizada por el Pacha Mehemet Alí, en 1811, en la que perdieron la vida todos los mamelucos. Trad.

3. Daniel Webster (1722-1752), famoso orador nacionalista yanqui, senador por Massachusetts. Trad.

un arco sin afirmar antes los cimientos. No juguemos a patinar sobre hielo delgado. En todas partes se encuentra fondo sólido. Leemos que el viajero le preguntó al muchacho si la ciénaga que se extendía delante de él tenía un fondo duro. El muchacho respondió que en efecto; pero, héte aquí que el caballo del viajero se hundió al poco hasta la cincha. «Pensé que habías dicho que esa ciénaga era de fondo sólido», dijo el viajero. «Y así es», respondió aquél, «sólo que aún no ha recorrido usted la mitad para llegar a él». Igual ocurre con los lodazales y arenas movedizas de la sociedad; pero ya es talludo el chico cuando lo sabe. Sólo lo hecho, dicho o pensado es bueno en alguna rara coincidencia. No sería yo uno de esos tontos que se empeñan en clavar un clavo donde no hay más que listones y revoque; una acción así me desvelaría durante noches. Dadme un martillo y dejad que descubra por mí mismo el grosor del tabique. No dependáis de la masilla restauradora, meted el clavo a fondo y que quede tan seguro que podáis despertaros de noche y recordar vuestro trabajo con satisfacción, tarea para la cual no os avergonzaríais de invocar a la musa. Así, y sólo así, os ayudará Dios. Cada clavo que afirméis es como un nuevo remache en la máquina del universo, y obra que será vuestra.

Dadme la verdad antes que el amor, el dinero y la fama. En una ocasión me senté a una mesa en la que abundaban ricos manjares, generoso vino y servicio obsequioso; pero faltaban la sinceridad y la verdad, y marché con hambre de aquel refectorio inhóspito; la hospitalidad era tan glacial como los helados; tanto así, que sobraba el hielo que había de enfriarlos. Me hablaron de la solera del vino y del renombre de la cosecha; pero yo pensaba en otro más añejo y más nuevo a la vez, y más puro, de cosecha aun más gloriosa, del que ellos carecían y no podían siquiera comprar. El estilo, la casa, los terrenos y el «entretenimiento» no valen para mí. Ni siquiera el rey, y éste me hizo aguardar en su antesala, conduciéndose como hombre incapaz de toda hospitalidad. En mi comunidad había un hombre que vivía en el hueco de un árbol y poseía maneras verdaderamente regias. Más me habría valido el visitarle a él.

¿Cuánto tiempo permanecemos sentados en el portal practicando vanas y rancias virtudes que cualquier trabajo haría irrelevantes? ¡Como si uno fuera a iniciar su día con paciente resignación, y contratara en seguida a un hombre para que le escardara las patatas! Y por la tarde, ¡a practicar la humildad y caridad cristianas premeditadamente! Considerad la fatuidad oriental y pasiva complaciencia humanas. Esta generación hace un alto para felicitarse de ser la última de una estirpe ilustre; y en Bostón y en Londres, en París y en Roma, pensando en su

larga ascendencia, perora con satisfacción sobre sus procesos en el arte, las ciencias y la literatura. ¡Eh ahí las Actas de las Sociedades Filosóficas y los Elogios públicos de los *Grandes Hombres* ¡El bueno de Adán contemplando su propia virtud! «Sí, hemos llevado a cabo grandes gestas y cantado divinas canciones que nunca morirán», es decir, en tanto *nosotros* las recordemos. ¿Dónde están ahora las sociedades ilustres y los grandes hombres de Asiria? ¡Somos unos filósofos y experimentadores muy jóvenes! No hay siquiera uno entre mis lectores que haya vivido entera una vida humana. Puede que éstos no sean sino los meses primaverales de la raza. Si hemos sufrido la comezón de los siete años, no hemos visto aún en Concord la langosta de cada diecisiete.[1] Apenas conocemos una tenue peliculilla superficial del globo en que vivimos. La mayoría de los hombres no ha ahondado más de dos metros en el suelo y subido otro tanto por encima de él. No sabemos dónde nos encontramos. Además, permanecemos dormidos la mitad de nuestro tiempo. Sin embargo, nos las damos de sabios y hasta vivimos en un orden establecido. En verdad que somos pensadores profundos, espíritus ambiciosos. Mientras contemplo el insecto que se arrastra entre las agujas de pino que alfombran el suelo del bosque y que trata de ocultarse a mi vista, y mientras me pregunto por qué ha de abrigar esos humildes pensamientos, pudiendo ser yo, quizá, su benefactor o el que impartiere a su raza alguna información consoladora, me acuerdo del Gran Bienhechor, de la gran Inteligencia, que me contempla a mí, insecto humano.

Hay un flujo incesante de novedades en el mundo y no obstante, toleramos un fastidio increíble. Me basta recordar la clase de sermones que siguen oyéndose en los países más ilustrados. Hay palabras como alegría y tristeza, pero sólo como el estribillo de un salmo cantado con rezonque nasal, mientras seguimos creyendo en lo ordinario y mezquino. Creemos que sólo podemos cambiar de indumentaria. Se dice que el Imperio Británico es muy grande y respetable, y que los Estados Unidos constituyen una potencia de primer orden. No creemos que detrás de cada hombre pueda haber una marea capaz de jugar con el Imperio Británico como si fuera una brizna, si aquél fuera capaz de albergarla en su espíritu. ¿Quién sabe qué clase de langosta decimoseptenial surgirá la próxima vez de la tierra? El gobierno del mundo en que yo vivo no fue creado, como el de la Gran Bretaña, en conversaciones de sobremesa al calor del vino.

La vida que encerramos es como el agua del río. Este año puede

1. Plaga que aparece cada diecisiete años en algunas regiones de América. Trad.

subir más que nunca e inundar los eriales altos; puede resultar también memorable porque se ahoguen todas nuestras ratas almizcleras. No siempre ha sido páramo seco el solar que pisamos. A lo lejos, tierra adentro, veo las orillas que tiempo atrás bañaba la comente, antes de que la ciencia empezara a registrar sus crecidas. Todos conocemos el cuento que ha dado la vuelta por toda Nueva Inglaterra, de la cresa vigorosa y bella que salió del reseco sobre de una vieja mesa de madera de manzano que había estado en la cocina de un granjero durante sesenta años, primero en Connecticut y luego en Massachusetts, adonde fuera a parar con el huevecillo depositado en el tronco vivo del árbol muchos años antes todavía, a juzgar por las capas circulares superpuestas; y de cómo se la oyó roer durante semanas estimulada por el calor de un puchero, antes de lograr su eclosión. ¿Quién, al oír esto, no siente robustecida su fe en la resurrección y en la inmortalidad? ¡Quién sabe qué hermosa vida alada, cuyo germen ha permanecido encerrado durante siglos bajo un sinnúmero de capas concéntricas de esterilidad en la seca y muerta vida de nuestra sociedad, puede surgir de entre el mobiliario más corriente y manoseado, después de haber permanecido depositada en el alburno del árbol vivo y verde que poco a poco ha ido convirtiéndose en tumba seca, y de que la asombrada familia humana, sentada en torno a festiva mesa, viniera oyéndola durante años royéndose el camino hacia su perfecta madurez de estío!

No digo que John o Johnatan[1] se den cuenta de ello; pero tal es el carácter de ese mañana que el mero paso del tiempo no puede hacer alborear. La luz que ciega nuestros ojos es nuestra oscuridad. Sólo amanece el día para el que estamos despiertos. Y quedan aún muchos por abrírsenos. El sol no es sino la estrella de la mañana.[2]

1. *Vide* pág. 32. *John Bull,* genérico para el pueblo británico. *Jonathan,* pueblo americano. Trad.

2. «Pensamos que nuestra civilización se encuentra en el cénit, pero apenas si ha despuntado la estrella de la mañana y cantado el gallo.» Emerson, *Politics.* Trad.